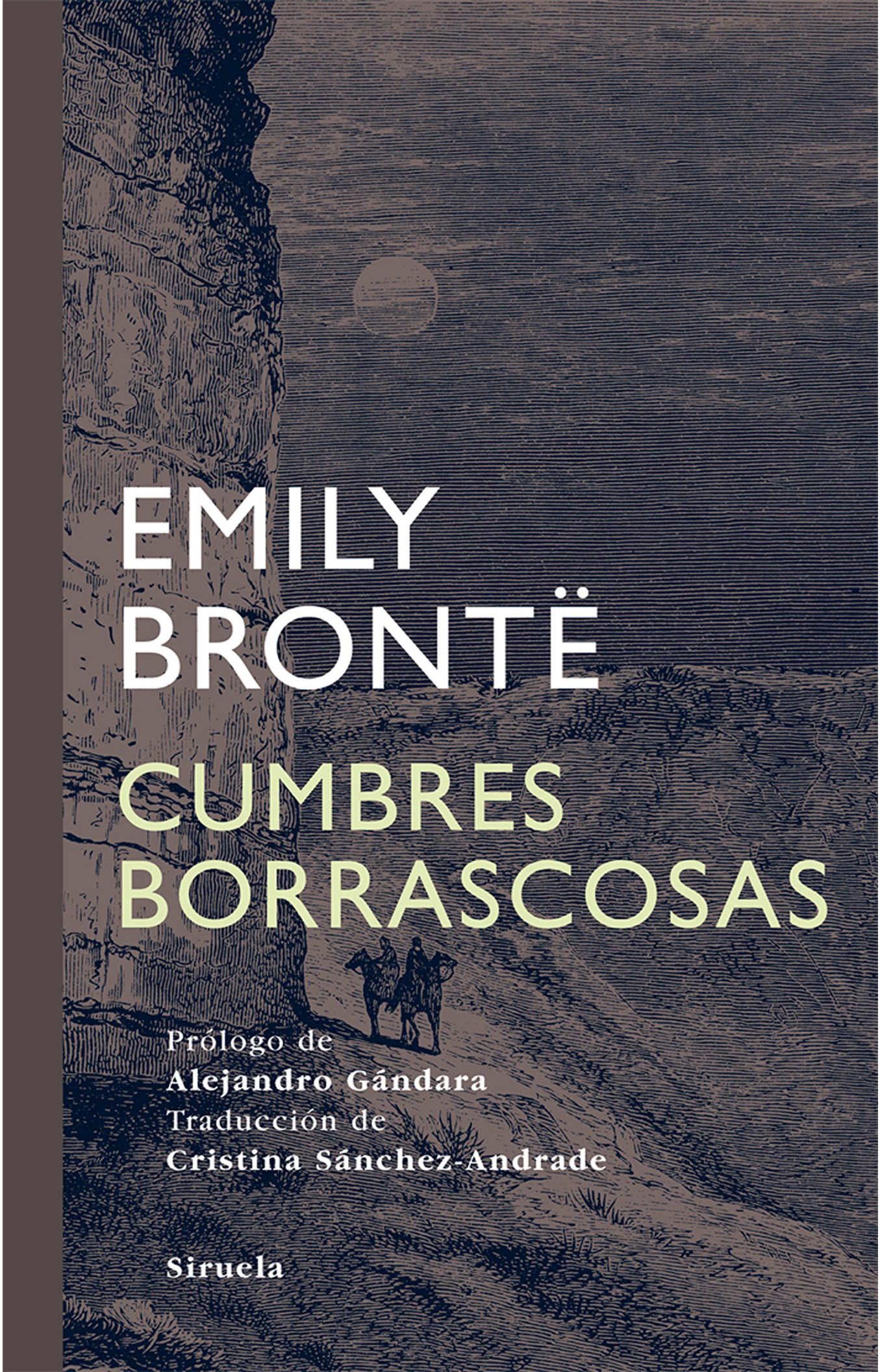


EMILY BRONTË

CUMBRES BORRASCOSAS

Prólogo de
Alejandro Gándara
Traducción de
Cristina Sánchez-Andrade

Siruela

EMILY BRONTË

Cumbres Borrascosas

Ediciones Siruela

Table of Contents

Portadilla
Prólogo
Nota a la traducción
Cumbres borrascosas
Créditos
Notas

Índice

Cubierta
Portadilla
Prólogo
Nota a la traducción
Cumbres borrascosas
Créditos
Notas

EMILY BRONTË

CUMBRES BORRASCOSAS

Prólogo de
Alejandro Gándara

Traducción del inglés y notas de
Cristina Sánchez-Andrade

Tiempo de Clásicos Ediciones Siruela

TIEMPO DE CLÁSICOS

• Los clásicos son esos libros de los cuales suele oírse decir: «Estoy releyendo...» y nunca «Estoy leyendo...». • Se llama clásicos a los libros que constituyen una riqueza para quien los ha leído y amado, pero que constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en las mejores condiciones para saborearlos. • Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular, ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual. • Toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera. • Toda lectura de un clásico es en realidad una relectura. • Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir. • Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres). • Un clásico es una obra que suscita un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima. • Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad. • Llámase clásico a un libro que se configura como equivalente del universo, a semejanza de los antiguos talismanes. • Tu clásico es aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él. • Un clásico es un libro que está antes que otros clásicos; pero quien haya leído primero los otros y después lee aquél, reconoce enseguida su lugar en la genealogía. • Es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo. • Es clásico lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone.

***Por qué leer los clásicos*, Italo Calvino**

Prólogo

Somos Heathcliff y todo lo demás

Cumbres Borrascosas es una novela sobre la que suelen correr rumores: es un folletón, es un melodrama decimonónico, es la enfermedad del amor romántico… Y sobre la que cuelgan las etiquetas correspondientes, sin mayores reparos. Es posiblemente una consecuencia derivada más de las versiones cinematográficas –en las que ha sido regla exaltar la pasión entre Catherine y Heathcliff llevándola más allá de la vida, y borrando la urdimbre y los contornos en los que esa pasión se sitúa– que de una lectura estrictamente literaria.

Ciertamente la trama, el encadenamiento de la acción, gira sobre esa relación y es ella la que da pie a todo lo demás. Pero no hay que confundir la trama con el argumento o tema, porque éste es muy superior y mucho más amplio que los sucesos que afectan a los dos protagonistas enamorados. De hecho, no estamos ante una visión psicológica del asunto, sino ante una visión panorámica, una cosmovisión en la que el amor es una fuerza más en un mundo regido por fuerzas desatadas, sin origen y sin control, que se despliegan a la vez sobre la naturaleza, la sociedad y los individuos. Y hasta el punto de que afirmar que *Cumbres Borrascosas* es una novela de amor resulta un pobre esquematismo.

Sólo con el juego de narradores que se trae este relato bastaría para indicar la complejidad de sus pretensiones. El principal es un narrador identificado en la figura de un forastero (urbano) que se deja caer por los páramos con la intención de encontrar un poco de sosiego y que va a darse de bruces con un Heathcliff ya amargado y resentido, sin otra perspectiva que la de envenenar las vidas de los que están cerca. Del recién llegado acabamos sabiendo que en realidad es el espejo inverso del protagonista: un ser medroso, incapaz de enfrentarse al compromiso y al que ha puesto en fuga la simple posibilidad de comenzar una relación con una señorita con la que se ha cruzado unas cuantas veces. Tan blando personaje habrá de contarnos una historia de pasión y locura, en la que el tejido de afectos, rencores y puntos de vista sobre los acontecimientos es una maraña en la que además abundan las zonas de sombra.

Se diría, sin temor a equivocarse mucho, que es un narrador del todo inadecuado, tanto por sus escasos conocimientos de los entresijos del alma humana, no digamos del alma retorcida de los sufrientes, como por sus escasos conocimientos de lo que parece dispuesto a contar. Entonces, ¿qué hace ahí? ¿No es más que un recurso a falta de otros mejores, una ocurrencia bastante convencional, por otro lado?

Pero al principio, aunque lo sospeche, el lector no sabe nada de esto, desconoce el grado de miseria y de epifanía al que podrá llegar una galería de personajes que

va tomando forma –y deformándose– a medida que la información –y la contrainformación– avance. En cambio, cuando el relato se encuentre en mitad de la tormenta, azotado furiosamente por los antagonismos, caerá en la cuenta de que ese narrador blando e incompetente cumple una función gloriosa: la de observar con ojos deslumbrados y sin prejuicios morales (al menos esa clase de prejuicios que rondan los páramos y la vida rural de la época y del sitio) una devastación humana absoluta al tiempo que un canto a esa misma existencia, en la que el dolor y el amor, el éxtasis y la putrefacción, la pureza y el resentimiento se mezclan como las manifestaciones de un meteoro. Bien, es lo que se llama un *narrador especular*, un espejo que es fiel reflejo de lo que ponen delante de él, y donde su pulida falta de relieves permite que nos hagamos una idea confiable de la materia que se proyecta (tanto más pulido y fiel cuanto más arduo y enrevesado es lo que muestra).

Dado que el sujeto/narrador en cuestión carece de información de primera mano sobre lo que quiere contarnos y dado que tampoco parece muy capaz de conseguirla a base de propia iniciativa (segunda incompetencia), observamos cómo no le queda más remedio que servirse de alguien que sepa. Y así se nos presenta la señora Dean, que es la que de verdad domina los oscuros materiales de los páramos, a veces como testigo directo y otras como depositaria de las confesiones de los implicados. En algún momento, y comprobada la competencia de cada cual, el lector ha de preguntarse por qué no lo cuenta todo y directamente la señora Dean, qué necesidad hay de que las cosas tengan que ser filtradas por el narrador flojo. Parte de la respuesta ha sido dada más arriba (deslumbramiento y ausencia de prejuicio). La otra parte tiene que ver con lo que la novela aspira a contar, y ello no es una determinada peripecia amorosa, cargada de episodios singulares (aunque lo singular del amor es lo comunes que son todos sus episodios), sino a qué otros asuntos remite esa fuerza poderosa, de qué modo es constitutiva del mundo o, mejor, de qué modo el mundo la constituye. Y para eso no bastan los episodios ni la peripecia, ni los protagonistas, ni su amor, ni su desenlace. Para eso hay que comenzar en la perplejidad, sumergirse en la confusión y desafiar al caos. El único que está dotado para ello es precisamente ese narrador que considerábamos blando, para el que la existencia humana es un laberinto y para quien el universo es un escaparate de amenazas. Como Parménides, si queremos entender, es necesario viajar a la oscuridad del Hades: pero viajar desde la luz mortal, y sin tener miedo. Y lo curioso de nuestro narrador principal (especular) es que no tiene miedo a meterse ahí, o lo tiene y aún así persiste. Blando, pero al fin y al cabo valiente. Quiere enterarse: ¿qué le queda, si no? ¿Qué nos queda si ni siquiera nos enteramos de qué está hecho nuestro miedo?

Él ordena la historia, la confabula, dispone la claridad y las sombras…, mientras la señora Dean le entrega los suministros para que eso sea posible. Un narrador especular y otro secundario, aunque fundamental… A medida que progresamos en el texto la sospecha o la incomodidad es creciente acerca de un asunto, a saber: si Lockwood, ese forastero empeñado en conocer, está ofreciendo las palabras de la

señora Dean o las suyas. ¿Hasta dónde debemos creerle? ¿Hasta dónde se escucha a la señora Dean y hasta dónde a Lockwood en cada una de las afirmaciones y cada uno de los secretos? El lector vivirá esa tensión subrepticia con el mismo estado de ánimo en que soportará las otras tensiones entre lo verdadero y lo falso, lo cierto y lo incierto, el amor y sus invenciones, fatalidades y mentiras consentidas…, entre el amor y todo lo demás.

Y es que la pasión está mirada desde muy arriba, desde una especie de ojo cósmico que en vez de engrandecerla la disminuye al mezclarla con las otras fuerzas de la existencia. Sigue ahí, desde luego, jactanciosa como una dueña de almas, pero zarandeada por otras pasiones y por otras violencias. Tanto es así que, en el comienzo de la narración, lo que nos encontramos son ya las consecuencias de ese amor –que al parecer fue tan grande– convertido en miseria y rencor: Heathcliff se halla en pleno despliegue de su venganza, destilando su mal, su impotencia y su tétrico desdén sobre las segundas generaciones de los páramos, que reproducen a las primeras con una simetría que pregona por adelantado la tragedia. Es decir, en el arranque no se habla de amor, sino de resentimiento, un resentimiento tan fuerte como el amor que lo precedió, pero con una extraordinaria capacidad de expansión. Y de hecho, en este segundo movimiento de la novela, que ocupa tanto como el de la relación entre Catherine y Heathcliff, uno puede preguntarse justificadamente si toda la historia no girará en realidad sobre la potencia destructiva del corazón humano más que sobre los afectos y su desbordamiento romántico. Desde luego, en el relato pesan por igual.

Pero ya hemos dicho que la psicología y lo estrictamente humano están convenientemente diluidos, o al menos relativizados, en un conjunto mayor en el que hay otras cosas que destacan. Es el caso de la naturaleza fisica que da título a la novela, cuya presencia e intervenciones son de tal magnitud y significado que da lugar a lo que se conoce como *correlato objetivo*, es decir, junto al de los personajes con alma hay un relato que debe ser leído paralelamente y que corresponde a un protagonista objetivo (de objeto), que también está contando lo suyo. Los páramos no son un paisaje ni un escenario aunque también lo sean: son, sobre todo, personajes del drama que aportan su particular carácter y sus conflictos. Se trata de una naturaleza semoviente, cambiante, en busca siempre de forma, cuyo rostro se modifica a cada paso y donde los protagonistas con alma, los seres vivos, tan pronto como se introducen, se pierden. Es el territorio en el que lo humano se anega, en contacto con una dimensión que le supera de principio a fin y donde late la amenaza de su desaparición. El mundo humano, sus conflictos, pasiones e intereses quedan reducidos a la mezquindad de sus verdaderas proporciones cuando entran en pugna con las auténticas fuerzas del todo. El ejercicio literario de la autora es aquí muy consciente, arrancando la semántica de la psicología y del espíritu mortal del campo de descripción de los objetos naturales, que tienen sus propias leyes y, por tanto, su lenguaje.

Otra fuerza que cruza el relato, sin un aparente protagonismo, pero con una eficiencia fuera de duda, es ese espacio exterior al ambiente centrípeto y angustiado en el que viven los personajes de estas cumbres, y en el que puede

sentirse la presencia lejana, aunque intensa, de la ciudad, de las nuevas urbes que comienzan a despuntar en la revolución industrial y que ya están cambiando la fisonomía de la ciudad antigua tanto como carcomiendo la vida comunitaria del campo, que se resiente. De la ciudad llega Heathcliff en brazos de su padre adoptivo. Y de ella regresa también años más tarde, enriquecido y dispuesto a sacudir las jerarquías en su propio beneficio. Ambos episodios son oscuros. Ni el padre adoptivo dará explicaciones suficientes para que se conozcan los motivos de su acción, lo que podría alentar sospechas y sugerencias de vario tipo, ni el propio Heathcliff se mostrará nunca convincente acerca de los procedimientos que siguió para salir de pobre. Lo que resulta evidente es que el viaje a la ciudad o a las ciudades, el tránsito al espacio extraño es profundamente alterador. Cuanto se trae de allí tiene una extraordinaria capacidad de agitación, acaso porque la vida de los páramos se pretende inmóvil, sujeta a reglas que sin embargo no resisten el mínimo contacto con lo ajeno. Más aún cuando la nueva urbe, en la retina del lector de la época, está dotándose de una extraordinaria potencia transfiguradora y disolviendo a toda prisa los antiguos lazos que envolvían a la comunidad cognoscible, limitada y de papeles asignados por la tradición e incluso por la Historia.

En sordina, *Cumbres Borrascosas* hace sentir el latido de esa otra forma de existencia que sobreviene y que ya se ha presentado a las puertas de una sociedad que, tanto en lo civil como en lo moral, tiene los días contados. El derrumbe humano, la falta de grandeza que se van apoderando de los personajes y de las relaciones entre los personajes de la novela, así como el hastío y la indiferencia hacia la tierra, en lo físico y en lo simbólico, son una silenciosa metáfora de la evidencia de que hay un mundo que se acaba. Y toda caída y todo fracaso concluyen siempre, como escribió Benet, en un combate por la razón. Las tensiones y las contradicciones morales de estas almas implacables que tratan de sobrevivir a una destrucción que en parte ellas mismas han provocado, conforman otra de las grandes fuerzas del relato. Moral y vida, una vida que ha tomado rumbo desconocido, fuera y dentro del paisaje reconocible, luchan también apasionadamente dentro y fuera de los individuos.

En fin, que aunque la narración mantenga las apariencias casi canónicas de una historia de amor, en realidad se nos está describiendo un sistema de fuerzas: de fuerzas que luchan unas con otras, pero también de fuerzas que luchan dentro de sí. La Naturaleza pugna con el universo humano, pero también con el caos y en busca de un orden superior y de una divinidad que no llega; la sociedad debate con la Naturaleza y con los individuos, pero sus entrañas se revuelven de moral nueva y vieja, de antagónicos sentimientos de clase, de rivalidad extrema entre lo urbano y lo rural; los individuos tratan de sobrevivir en medio de todo ello, pero a la vez agitados por deseos contradictorios (en el que no falta el de destruirse y el de inmolarse a causa del propio deseo), por sentimientos de conquista y de renuncia, por aspiraciones al placer tan intensas como la propensión al dolor… Es decir, *Cumbres Borrascosas*.

He aquí, pues, una de las obras mayores de todos los tiempos, escrita además

con esas palabras destinadas a pesar en el corazón humano y en el de la vida, y tan afiladas que atraviesan limpiamente las épocas y nos alcanzan como si hubieran sido escritas para nosotros, ayer mismo.

Cuando se habla de literatura inmortal, esa expresión manoseada hasta la bajeza e igualmente manipulable, el lector no puede dejar de pensar en este libro, porque nunca esa expresión se ha hecho tan exacta y tan radiante como cuando uno abre sus páginas.

Alejandro Gándara

Nota a la traducción

De todos es sabida la dificultad que entraña enfrentarse a obras que, como en ésta, no son las palabras lo que se traduce sino más bien un espíritu y una atmósfera absolutamente personales, obras que, como decía Charlotte Brontë, la hermana de Emily, han sido «talladas en un taller natural, con herramientas sencillas y materiales del lugar».

Ante todo he intentado preservar, por encima de la obsesión de que el texto adquiera el formato castellano (extensión de los párrafos que influyen en el ritmo y el movimiento sintáctico, ese oído interior que tiene que tener toda prosa), el espíritu de rusticidad y la atmósfera electrizante de que está impregnado. Decía también Charlotte –y ésta es una opinión que comparto al cien por cien– que esta novela es «agreste, árida y nudosa como la raíz del brezo». Por ello, y porque esta rusticidad me parece uno de los mayores méritos de *Cumbres Borrascosas*, he respetado la extensión de los párrafos tal y como aparece en el original, cosa que va en contra del criterio utilizado en casi todas las versiones castellanas. De todos es sabido que el idioma inglés, frente al español, es mucho más directo y sentencioso, menos barroco (fiel reflejo del carácter típicamente inglés, y aquí estamos ante personajes que no tienen pelos en la lengua), y es extraño que se pierda en alambicados párrafos, divagaciones y digresiones que no encuentran su fin.

Mi decisión de no juntar párrafos, de dejar a la vista el «nudo de la raíz del brezo», naturalmente, arrastra consigo su mayor o menor porción de fracaso (tal vez algunos puedan argumentar que el ritmo en castellano se trunca un poco...); pero había que correr el riesgo, y me atrevería a decir que ésta es la mayor novedad de la presente versión.

Y es que esta porción de fracaso siempre existe a la hora de traducir. En el caso de esta obra hay algo que es absolutamente imposible de reflejar: el acento de la zona de Yorkshire (zona al noroeste de Inglaterra de donde procedían las hermanas Brontë y que se aprecia muy bien en películas como *Full Monty* o *Little Voice*) del personaje del criado Joseph, cuyos matices (esa sorna taciturna y seca) no tienen equivalente en castellano e inevitablemente se pierden. Es como si alguien pretendiera encontrar un equivalente en otro idioma al acento andaluz, o al acento murciano.

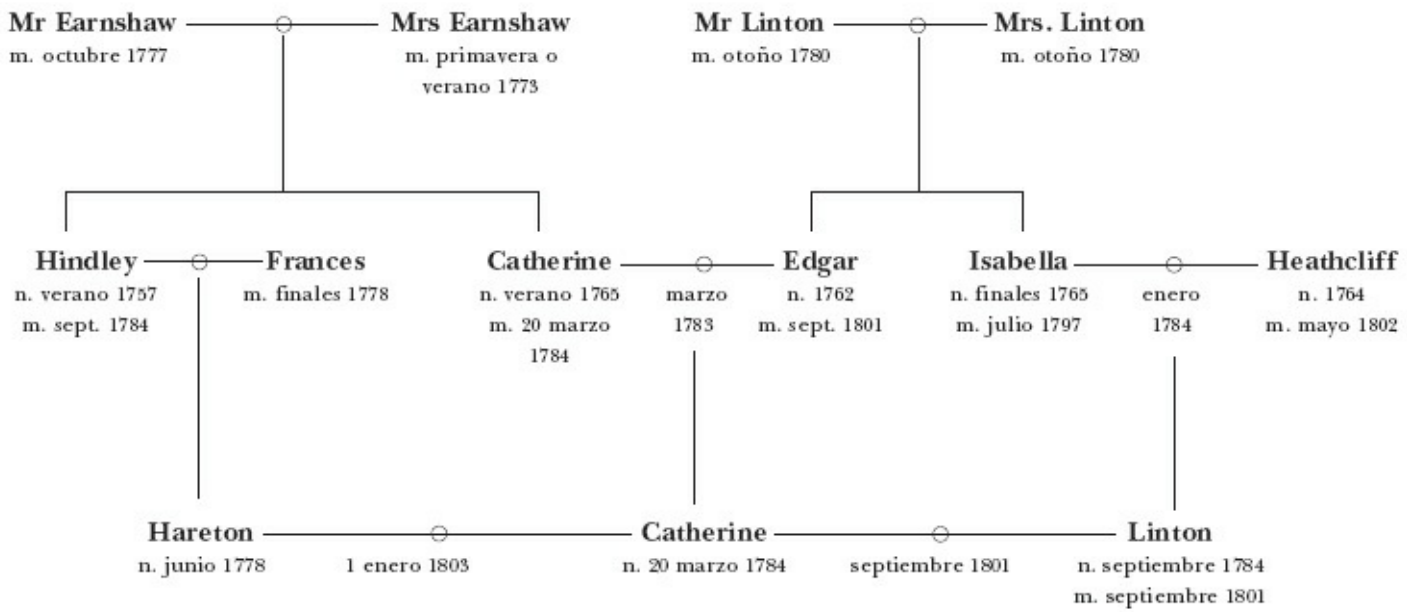
Tarea también compleja ha sido la de seguir el formalismo que se dispensan entre sí los personajes. Como todos sabemos, en el idioma inglés no existe la diferencia entre el «tú» y el «usted», aunque sí hay otros indicativos que nos ayudan (el que un personaje se dirija a otro por el nombre de pila o el apellido, por ejemplo). A medida que iba avanzando en la traducción, me iba encontrando con que el propio tono de los diálogos me pedía saltar del «tú» al «usted» de una manera un tanto caótica e indiscriminada. Mi primer pensamiento fue el de unificar. Luego me di cuenta de que este vaivén en el trato (áspero y respetuoso en

una misma página) entre los personajes también formaba parte del espíritu de la novela. Porque he de confesar que lo que más me llamó la atención la primera vez que leí *Cumbres Borrascosas*, y lo que aún hoy, después de conocerme el texto casi de memoria, me sigue dejando perpleja, es la crudeza y el desprecio que se dispensan los personajes entre sí, esa violenta explosión de las pasiones que todo lo envuelve.

Por último, mencionar también que sobre todo al comienzo de la novela, y puesto que se está hablando de tres generaciones y personajes que además están emparentados (hay dos matrimonios entre primos), resulta un poco difícil enterarse de quién es quién. Por ello, y para comodidad del lector, adjuntamos un árbol genealógico.

Cristina Sánchez-Andrade

Árbol genealógico



CUMBRES BORRASCOSAS

Capítulo I

1801.– Acabo de regresar de una visita al casero... el vecino solitario con quien voy a tener que vérmelas durante un tiempo. Éste es un paraje realmente hermoso. No creo que hubiera podido dar con un lugar tan alejado del mundanal ruido en toda Inglaterra. El edén perfecto para misántropos, y el señor Heathcliff y yo somos la pareja ideal para compartir la desolación. ¡Un tipo formidable! Lo que seguramente nunca imaginó es el regocijo que experimentó mi corazón cuando, al acercarme a caballo, contemplé que sus ojos negros se replegaban con aprensión bajo las cejas, y cómo luego sus dedos se hundían aún más en su chaleco, refugiándose allí con una recelosa determinación al anunciarle mi nombre.

–¿El señor Heathcliff? –pregunté.

Asintió con la cabeza.

–Soy el señor Lockwood, su nuevo inquilino, señor. He querido venir a visitarle en cuanto he llegado para decirle que espero no haberle causado molestias con mi insistencia en solicitar el alquiler de la Granja de los Tordos; ayer oí que albergaba usted alguna duda...

–La Granja de los Tordos es mía, señor –interrumpió él esbozando una mueca de disgusto–, y si puedo evitarlo, no permitiré que nadie me cause molestia alguna. ¡Pase!

Masculló aquel «pase» entre dientes, como si estuviese diciendo «váyase al cuerno». Incluso la cancela contra la que se apoyaba parecía hacer oídos sordos a la invitación; y creo que esa circunstancia fue precisamente la que me animó a aceptarla: sentía interés en conocer a aquel hombre que parecía exageradamente más reservado que yo.

Sólo cuando advirtió que el pecho de mi caballo empujaba con decisión la cancela, alargó su mano para abrir. A continuación, con ceño hosco, me condujo por el empedrado voceando al entrar en el patio:

–¡Joseph, llévate el caballo del señor Lockwood y sube el vino!

«He aquí todo el servicio doméstico de esta casa», pensé al oír la doble orden. «No me extraña que la hierba crezca entre las lajas y que las vacas sean las encargadas de recortar los arbustos.»

Joseph era un anciano, o mejor dicho un viejo, tal vez un viejo muy reviejo, aunque robusto y nervudo.

–¡Que el Señor nos asista! –prorrumpió (y aquello era más un rebuzno malhumorado que otra cosa) mientras se hacía cargo de mi caballo. Me escrutaba con tanta acritud que me dio por pensar, de modo caritativo, en lo mucho que iba a costarle aquel día hacer la digestión, y que su piadosa jaculatoria nada tenía que ver con mi intempestiva visita.

Cumbres Borrascosas es el nombre de la morada del señor Heathcliff. «Borrascosas» es un significativo adjetivo local que hace referencia a la perturbación atmosférica a la que se expone la región en época de tormentas. En

contrapartida, jamás les faltará ahí arriba una perfecta ventilación. Uno intuye el poderío del viento norte soplando sobre los contornos en el vaivén desmesurado de unos pobres abetos desmedrados al fondo de la casa, así como en una hilera de espinos esmirriados que estiran sus ramas en la misma dirección, como mendigando la luz del sol. Menos mal que el arquitecto tuvo la precaución de construir una casa recia: las angostas ventanas están profundamente insertadas en la pared, y las esquinas defendidas por enormes contrafuertes de piedra.

Antes de traspasar el umbral me detuve unos instantes. Pude admirar la profusión de grotesca decoración cincelada en toda la fachada, pero sobre todo como ornato de la puerta principal. Sobre ella, en torno a un amasijo de grifos en ruinas y niños impúdicos, divisé la fecha «1500» y el nombre «Hareton Earnshaw». De haber sido por mí, habría hecho algún comentario y hasta me habría interesado brevemente por la historia del lugar, pero la actitud del propietario en la puerta me decía que entrara rápidamente o que me fuera de inmediato. En todo caso, no tenía ganas de acrecentar su impaciencia precisamente en el momento de estar a punto de inspeccionar el interior.

Un escalón nos condujo a la salita de estar, sin que hubiera un vestíbulo o pasillo introductorio: en esta región suele recibir el nombre de «la casa». Consta generalmente de cocina y sala, pero creo que en Cumbres Borrascosas la cocina quedaba relegada a otra estancia, porque me pareció que del fondo salía un cotorreo y un repicar de utensilios de cocina; además no había señal alguna de que sobre el fuego se asara, hirviera o cocinara nada. Tampoco refulgían las sartenes de cobre o los pucheros de estaño. En cambio, en una de las paredes del fondo sí se reflejaban espléndidamente la luz y el calor que emitía una inmensa vajilla metálica, entreverada de jarras y copas de plata amontonadas en filas y hasta el techo en un vasto aparador de roble. El techo no había sido revocado nunca, de modo que exhibía su estructura ante las miradas curiosas, excepto donde quedaba oculto por un bastidor de madera cargado con tortas de avena, cecina de vaca, de oveja y jamones. Sobre la chimenea reposaban varias escopetas desparejadas y viejas, así como un par de pistolas de arzón. A modo de decoración había tres botes de latón pintados de manera chillona y dispuestos sobre la cornisa. El suelo era de piedra blanca caliza; las sillas, pintadas de verde, tenían un respaldo alto, con un diseño anticuado: una o dos, más pesadas, relucían negrísimas en la sombra. En un arco bajo el aparador dormitaba una enorme perra perdiguera del color del hígado, rodeada por una camada de cachorritos que chillaban; otros perros bullían por escondrijos y rincones.

De haber pertenecido a un vulgar granjero del Norte con semblante huraño y robusto, vestido con calzones y polainas, el aposento y mobiliario no habrían tenido nada de particular. Este individuo, sentado en su butaca con la jarra de cerveza espumeante sobre una mesa redonda, se puede encontrar en cualquier sitio de estas lomas a cinco o seis millas a la redonda, siempre y cuando uno se presente a la hora adecuada después de comer. Pero ocurre que el señor Heathcliff ofrece un contraste muy particular con su morada y con su estilo de vida. Su tez lora le confiere un aspecto agitanado, aunque su indumentaria y sus modales sean

los de un caballero, es decir, todo lo caballero que puede ser un hombre de campo: tal vez un tanto descuidado, pero sin que su desaliño llame la atención gracias a su porte erguido y atractivo. Es, además, un tipo de alma encallecida, al que algunos podrían achacar en el carácter una prestancia soterrada, aunque hay algo que me dice que no se trata de eso. Estoy convencido de que esta reserva se debe a su reticencia a la hora de exhibir los sentimientos, más concretamente a las manifestaciones de cariño. Amará y odiará con igual secreto, y considerará una impertinencia ser, a su vez, amado y odiado. Pero estoy yendo demasiado lejos, le estoy dotando de mis propias cualidades alocadamente. El señor Heathcliff debe de tener razones muy distintas a las mías a la hora de retirar la mano cuando se encuentra con un posible amigo. Digamos simplemente que mi espíritu es un tanto peculiar. Mi querida madre solía decirme que nunca tendría un hogar acogedor, y hasta el pasado verano no quedó demostrado que era indigno de tenerlo.

Cuando disfrutaba de un mes de buen tiempo a orillas del mar, di con la criatura más fascinante de la tierra, una auténtica diosa, por lo menos para mí, en tanto le era indiferente. Nunca le declaré mi amor[1], al menos verbalmente; aunque, si es verdad que las miradas hablan, cualquier idiota habría podido advertir que estaba absolutamente embobado. Por fin ella se dio cuenta y me correspondió con la mirada más dulce que se pueda imaginar. Y entonces, ¿qué es lo que hice? Me da vergüenza confesarlo: replegarme fríamente sobre mí mismo, como un caracol, mientras que a cada mirada de ella me iba alejando cada vez más. Finalmente, la pobrecita empezó a dudar de sus propios sentidos y, abrumada por la supuesta confusión, persuadió a su madre de que se fueran.

Debido a estos cambios bruscos en mi disposición me he granjeado fama de hombre deliberadamente frío, aunque yo sea el único que pueda juzgar lo inmerecida que es.

Me senté en el extremo opuesto de la chimenea al que se dirigía mi casero, guardando silencio durante un rato mientras intentaba acariciar a la perra, que se había alejado de su camada para acercarse a hurtadillas a mis piernas, el labio encrespado y los colmillos blancos al aire, babeando del gusto ante la dentellada que me iba a lanzar.

Mi caricia provocó un gañido largo y gutural.

–Es mejor que deje usted a la perra en paz –gruñó el señor Heathcliff casi al unísono, en tanto que le propinaba un puntapié para corroborar sus palabras–. No es una perrita de compañía y por tanto no está acostumbrada a que la mimen.

Entonces, dirigiéndose hacia una puerta trasera, volvió a gritar:

–¡Joseph!

Joseph rezongó confusamente desde las profundidades de la bodega, pero no hizo ademán de subir; por lo que su señor se sumergió en su búsqueda, dejándome cara a cara con la perra bruta, así como con un par de perros pastores lúgubres y greñudos que compartían con ella la celosa vigilancia sobre todos mis movimientos.

Como no tenía la menor intención de tomar contacto con sus colmillos, permanecí inmóvil en mi puesto. Pero imaginando que no entenderían los insultos

tácitos, opté con desatino por rebajarme a hacer guiños y gestos al trío, cosa que irritó a la dama, que de repente desplegó toda su furia y se abalanzó sobre mis rodillas. Conseguí arrancármela de encima e interpuse la mesa como parapeto. Pero esto hizo que toda la jauría se alterara. Media docena de cuadrúpedos de todo pelaje surgió de los más recónditos rincones para arrejuntarse en un mismo punto. De pronto sentí cómo mis tobillos y los faldones de mi levita eran objeto de ataque; y mientras me defendía como podía de los combatientes más voluminosos con el atizador, me vi obligado a pedir ayuda en alto para que alguien en la casa restableciera la paz.

El señor Heathcliff y su hombre remontaron la escalera del sótano con una flema irritante. No creo que se movieran ni un segundo más rápido de lo habitual, a pesar de que la estancia era ahora un campo de batalla.

Menos mal que alguien más dispuesto salió de la cocina; se trataba de una mujer lozana con los faldones arremangados, brazos desnudos y mejillas arreboladas, que se nos interpuso blandiendo una sartén. De hecho, ésa fue el arma que esgrimió, junto con su lengua, hasta el punto de que la tormenta se aplacó como por ensalmo. Se quedó sola en el centro, el pecho alborotado como un mar después de un huracán, cuando su señor entró en escena.

–¿Qué diablos está ocurriendo? –preguntó él, lanzándome una mirada que a duras penas podía tolerarse después de su inhóspita acogida.

–¡Eso digo yo!, ¡diablos! –refunfuñé–. Porque ni una piara de cerdos endemoniados habría albergado peores intenciones que esos animales suyos, señor. Es como si se le ocurriera a usted dejar a un extraño con una manada de tigres.

–No incordian a las personas que no tocan nada –colocó la botella frente a mí y la mesa en su sitio–. Los perros cumplen su función de guardianes. ¿Quiere un vaso de vino?

–No, gracias.

–Pero no le han mordido, ¿verdad?

–Si así hubiera sido, ya me habría ocupado yo de dejar mi marca en el perro correspondiente.

El gesto de Heathcliff se relajó con una mueca.

–Venga, hombre –dijo–, no se sulfure, señor Lockwood. Ea, beba un poco de vino. Vienen tan pocos huéspedes a mi casa que tengo que confesar que ni yo ni mis perros sabemos cómo recibirlos. ¡A su salud, señor!

Me incliné y acepté sus excusas, pues empecé a darme cuenta de que era absurdo permanecer sentado lamentándome por la descortesía de un puñado de perros. Además, estaba poco dispuesto a ofrecerle a aquel tipo más entretenimiento a mi costa, pues, a la vista estaba, ahora él se encontraba de buen humor.

Probablemente movido por las prudentes consideraciones acerca de lo descabellado de ofender a un buen inquilino, suavizó un poco su lacónico estilo de sincopar pronombres y verbos auxiliares; introdujo lo que supuso sería un tema de interés para mí, un discurso sobre las ventajas y desventajas de mi actual

emplazamiento de retiro.

Me pareció muy inteligente en los temas que tratamos; de modo que antes de emprender el regreso a casa ya estaba dispuesto a volver a visitarle al día siguiente.

Evidentemente, él no deseaba volver a verme. A pesar de todo me pasaré por allí. Es increíble lo sociable que me siento en comparación con él.

Capítulo II

Ayer por la tarde se echó encima la niebla y el frío. Tenía la intención de pasar la tarde junto al fuego de mi despacho, en lugar de andar abriéndome camino entre brezales y barro en dirección a Cumbres Borrascosas.

Cuando acabé de comer (suelo hacerlo entre las doce y la una, pues el ama de llaves, una señorona que venía junto con el mobiliario de la casa, como si fuera una prolongación de la misma, no puede o no quiere entender que a mí me gusta ser servido a las cinco), subí las escaleras con aquella indolente intención, pero al entrar en mi habitación atisbé a una doncella arrodillada, rodeada de cepillos y cubos de carbón, provocando una polvareda de mil demonios al intentar apagar las llamas con montones de cenizas. Semejante espectáculo me hizo salir por piernas; cogí el sombrero y, después de una caminata de cuatro millas, llegué a la cancela del jardín de Heathcliff justo a tiempo de escapar de los primeros copos afelpados de una nevada.

En esa loma desolada la tierra era una costra de escarcha negra y el aire me hacía castañetear los dientes. Como no pude retirar la cadena, salté por encima de la cancela y eché a correr por el empedrado flanqueado por destartalados arbustos de grosella; golpeé la puerta en vano con el fin de que me dejaran entrar, hasta que comenzaron a arderme los nudillos y los perros arrancaron a ladrar.

–¡Malditos! –musité–. ¡Os mereceríais desolación perpetua, por groseros e inhospitalarios! Ni a mí mismo se me ocurriría dejar las puertas cerradas durante el día. Ah, pero me importa un rábano. ¡Ya que estoy..., voy a entrar!

Tomada esa resolución, empuñé la aldaba y la sacudí con vehemencia. La cara avinagrada de Joseph asomó a través del óculo del granero.

–¿Pero qué es lo que quiere usted? El amo está abajo en el corral. Vaya hasta el final del granero si es que quiere hablar con él.

–¿Es que no hay nadie que pueda abrirme la puerta? –voceé.

–Sólo está la señorita; y no le abrirá aunque siga usted metiendo bulla hasta la noche.

–¿Y qué problema hay en anunciarle mi nombre, si se puede saber, Joseph?

–¡Ni lo sueñe! Yo no quiero meterme en líos –refunfuñó moviendo la cabeza de un lado a otro, y se esfumó.

Empezaban a caer gruesos copos de nieve. Agarré el picaporte para hacer un nuevo intento cuando, en el patio de atrás, surgió un joven sin abrigo con una azada al hombro. Me gritó que le siguiera, y después de atravesar un lavadero y un espacio adoquinado con una carbonera, una bomba de agua y un palomar, por fin llegamos a la estancia caliente y acogedora en la que se me había recibido la primera vez.

Un fuego inmenso hacía saltar deliciosos destellos de carbón, turba y madera: y junto a la mesa, dispuesta para una abundante cena, se reveló ante mis complacidos ojos la «señorita», persona de cuya existencia no había tenido noticia

con anterioridad[2].

Hice una reverencia y esperé a que me invitara a sentarme. Ella me escrutó, la espalda apoyada en el asiento, inmóvil y muda.

–¡Menudo tiempecito! –dije–. Me temo, señora Heathcliff, que la puerta va a tener que pagar las consecuencias de la atención despreocupada de sus sirvientes. Me ha costado sudor y lágrimas que me oyeran.

Siguió sin abrir la boca. La miré, y me devolvió la mirada. De cualquier forma, mantuvo los ojos fijos en mí de manera fría e insolente, y esto me resultó sobremanera bochornoso y desagradable.

–Siéntese –dijo el joven bruscamente–. Ahora viene él.

Obedecí; luego carraspeé y llamé a la perversa Juno, que en esta segunda visita había decidido mover la punta de su cola en señal de que me había reconocido.

–Bonito animal –proseguí–. ¿Tiene usted intención de desprenderse de los cachorros, señora?

–No son míos –dijo la atractiva dueña de la casa en un tono aún más repelente que el que podría haber empleado el propio Heathcliff.

–Ah, ya..., sus favoritos están ahí... –proseguí yo, girándome hacia un oscuro almohadón sobre el que pululaba algo parecido a unos gatos.

–Pues menuda elección si así fuera –apostilló ella, desdeñosa.

Para colmo de males, se trataba de un montón de conejos muertos; carraspeé de nuevo y me acerqué al hogar, repitiendo mi comentario sobre lo desapacible que estaba la tarde.

–Pues no haber salido –dijo ella poniéndose de pie y alcanzando dos de los tarros pintados de la repisa de la chimenea.

Hasta ese momento había estado a contraluz; pero ahora tenía una visión clara y completa de su fisonomía y gestos. Era esbelta, y a primera vista apenas acababa de salir de la adolescencia: un cuerpo bien contorneado y la carita más exquisita que había visto en mi vida, de facciones limpias y tez sonrosada. Sobre su delicado cuello brotaba una cascada de tirabuzones que parecían de oro, y si su expresión hubiera sido más agradable, sus ojos habrían resultado irresistibles. Afortunadamente para mi corazón vulnerable, el único sentimiento que evidenciaban oscilaba entre el desdén y una suerte de desesperación especialmente chocante en aquel rostro.

Como los tarros no le quedaban a mano, hice ademán de ayudarla; pero se volvió hacia mí con la airada expresión de un pobre al que alguien pretende ayudar en la labor de contar sus monedas de oro.

–No necesito su ayuda –me increpó–. Puedo alcanzarlos yo sola.

–Perdone usted –me apresuré a decir.

–¿Le han invitado a una taza de té? –preguntó, atándose un delantal sobre su impecable vestido negro, y quedándose de pie con una cucharada de hojas que había sacado del bote.

–Me encantaría tomar una taza –contesté.

–¿Pero le han invitado? –repitió.

–No –dije esbozando una media sonrisa–. Usted es la persona indicada para

hacerlo.

Devolvió el té al bote, cuchara incluida. A continuación volvió a tomar asiento con el ceño fruncido, e hizo un puchero con los labios como una niña a punto de llorar.

A todo esto, el joven se había arrojado sobre los hombros un abrigo francamente andrajoso y, alzándose frente al fuego, comenzó a mirarme con el rabillo del ojo, como si entre nosotros se interpusiera una suerte de enemistad mortal todavía sin vengar. Empecé a dudar de si se trataba de un criado o no; su manera de vestir y hablar eran rudas, desprovistas de la evidente superioridad que se observaba en el señor y la señora Heathcliff; sus rulos hirsutos hervían en una maraña castaña, las patillas le poblaban la cara ocultando las mejillas y tenía las manos curtidas como las de un vulgar labrador. Aun así, su talante era el de un hombre desenvuelto, en cierto modo altanero, y no mostraba la menor diligencia a la hora de atender a la señora de la casa.

Como carecía de pruebas concluyentes acerca de su condición, resolví dejar de fijarme en su curiosa conducta, y cinco minutos más tarde la llegada de Heathcliff me sacó, en cierta medida, de la incómoda situación.

–Pues como ve, señor, he cumplido mi promesa –exclamé, esforzándome en mostrarme alegre–; y me temo que, debido al tiempo, tendré que permanecer aquí una media hora, si es que usted puede darme cobijo durante ese rato.

–¿Media hora? –dijo, sacudiéndose los copos blancos de la ropa–. ¿Acaso no reparó en la magnitud de la tormenta a la hora de salir de paseo? ¿No sabe usted que se arriesga a perderse en las marismas? Incluso la gente que conoce estos páramos se pierde a menudo en días como éste, y le aseguro que de momento no hay posibilidad de que el tiempo cambie.

–Tal vez podría usted cederme a alguno de sus mozos; me haría de guía y luego podría quedarse a dormir en la Granja hasta mañana. ¿Podría ser?

–No, no podría ser.

–¡Ah, bueno! En ese caso, tendré que apañármelas yo mismo.

De su boca salió un gruñido bronco.

–¿Vas a hacer el té? –preguntó el del abrigo andrajoso, apartando de mí su mirada feroz para dirigirla hacia la joven.

–¿*Él* va a tomar? –preguntó ella, dirigiéndose a Heathcliff.

–Tú prepáralo y punto –fue la respuesta, pronunciada de un modo tan bestial que me hizo retemblar. El tono de sus palabras traslucía una genuina naturaleza malévola. Ya no me parecía adecuado llamar a Heathcliff «tipo formidable».

Una vez se terminaron los preparativos, me invitó a sentarme junto a él.

–Ahora, señor, acerque su silla –dijo. Y todos, incluido el palurdo, se arracimaron en torno a la mesa. Mientras comíamos, flotaba un austero silencio.

Pensé que, si era cierto que yo había sido el causante de la nube, era mi deber hacer un esfuerzo por dispersarla. No podía ser que se sentasen a la mesa siempre con ese talante sombrío y mohíno, y en todo caso era imposible que, por muy malhumorados que fueran, mantuvieran a diario aquel talante.

–Es extraño... –comencé en el intervalo de la primera taza de té y la segunda que

me sirvieron–, es extraño hasta qué punto la costumbre puede moldear nuestros gustos e ideas; a muchos les sería imposible concebir que una vida de completo exilio como la suya pueda ser feliz, señor Heathcliff; y sin embargo, me atrevería a decir que, rodeado de su familia y con su amable señora presidiendo su hogar y corazón...

–¡Mi amable señora! –interrumpió él, con una mueca casi diabólica–. ¿Dónde está, mi amable señora?

–Me refiero a la señora Heathcliff, su esposa.

–Ah, ya. Lo que usted sugiere es que su espíritu, aun cuando su cuerpo nos haya abandonado, ha tomado la forma de ángel de la guarda que se dedica a proteger los destinos de Cumbres Borrascosas. ¿Es así?

Al darme cuenta de mi metedura de pata, intenté enmendarla. La verdad es que podría haberme percatado de que había una gran diferencia de edad entre los dos para ser marido y mujer. Uno rondaba los cuarenta, un periodo de serenidad intelectual en el que los hombres raramente abrigan la ilusión de que las muchachas se casen con ellos por amor. Ese sueño se reserva al solaz de la edad decrépita. La otra no tendría ni diecisiete.

A continuación, una idea estalló en mi mente: «El pelagatos sentado a mi lado, que bebe té de un cuenco y que come el pan sin haberse lavado las manos, podría ser su marido. Heathcliff hijo, por supuesto. Y ésta es la consecuencia de haberse enterrado en vida: ella se ha arrojado en brazos de ese palurdo, ignorando que existen tipos mejores. ¡Qué lástima! Y yo tengo que tener cuidado de que, por culpa mía, no se arrepienta de su elección».

Esta última reflexión podría resultar un tanto vanidosa, pero es que mi vecino me había llamado la atención por lo repulsivo que era. En cambio, por experiencia, sabía que yo mismo podía resultar pasablemente atractivo.

–La señora Heathcliff es mi nuera –dijo Heathcliff, corroborando mis reflexiones. Según hablaba se volvió hacia ella lanzándole una mirada muy especial, una mirada de odio, a menos que tuviese un conjunto de músculos faciales tan perversos que fuesen incapaces de interpretar el lenguaje de su corazón, como ocurre con el resto de las personas.

–Ah, claro, ya veo; usted es el agraciado poseedor de esta preciosa hadita –puntualicé volviéndome hacia mi vecino.

Esto empeoró aún más las cosas. El joven se puso como la grana y apretó el puño como para lanzarse en un ataque premeditado. Pero a continuación se avino; calmó su tormenta interior mascullando una serie de insultos dirigidos a mi persona, mientras yo hacía oídos sordos.

–¡No da usted pie con bola! –puntualizó mi anfitrión–. Ninguno de los dos tenemos el privilegio de poseer a la preciosa hadita; su marido murió. Dije que era mi nuera y, por tanto, debió de haberse casado con mi hijo.

–Y este joven es...

–¡No es mi hijo, entérese de una vez![3]

Heathcliff volvió a sonreír, como si atribuirle la paternidad de aquel oso fuera una broma demasiado pesada.

–Me llamo Hareton Earnshaw –gruñó el otro–, y le aconsejo que me respete.

–En ningún momento le he perdido el respeto –fue mi respuesta, riéndome para mis adentros de la dignidad con la que se anunciaba a sí mismo.

Fijó la vista en mí durante más tiempo de lo que yo pude mantener la mía en él, por miedo a que me entraran ganas de propinarle un tirón de orejas o que mi risa se hiciera audible. Comencé a sentirme mal en ese círculo familiar. Prevalecía sobre el bienestar físico una atmósfera espiritual sombría, por lo que decidí andarme con pies de plomo antes de aventurarme por tercera vez bajo aquel techo.

Una vez concluida la tarea de comer (nadie hizo el menor esfuerzo por dar conversación), me acerqué a la ventana para otear el tiempo.

La visión no podía ser más desoladora: la noche oscura cerniéndose prematuramente, y cielo y montes se confundían en una cellisca sofocante.

–No creo que pueda volver a casa ahora sin un guía –no pude por menos de exclamar–. Los caminos estarán sepultados; y en el caso de que no lo estuvieran, apenas podré distinguir nada a un metro de distancia.

–Hareton, lleva a esa docena de ovejas al cobertizo. Acabarán por cubrirse si se dejan en el redil toda la noche, y pon un tablón en la puerta –dijo el señor Heathcliff.

–¿Qué puedo hacer? –proseguí yo, cada vez más irritado.

No hubo respuesta a mi pregunta; y, mirando a mi alrededor, tan sólo vi a Joseph trayendo un cubo con gachas para los perros y a la señora Heathcliff inclinándose hacia el fuego, entreteniéndose en quemar un manojo de cerillas que se habían caído de la repisa de la chimenea al devolver el bote del té a su sitio.

Joseph, una vez depositado el cubo en el suelo, esparció una mirada torva por la habitación; soltó con tono quejumbroso:

–Me pregunto cómo puede quedarse ahí como un pasmarote cuando todos se han ido fuera. Pero no sirve de nada seguir hablando porque es usted una inútil y se irá al infierno en derechura, tal y como ocurrió con su madre.

Por un momento imaginé que este elocuente discurso se dirigía a mí; y como ya estaba bastante enfurecido, corrí hacia el viejo sinvergüenza con intención de sacarle de la estancia a puntapiés.

Sin embargo, la señora Heathcliff se me adelantó con la respuesta:

–¡Viejo asqueroso! –respondió–. ¿Acaso no tienes miedo de que el diablo te lleve con vida cuando mencionas su nombre? Deja de provocarme, te lo advierto, o pediré como favor especial que te saque de aquí. Cállate y mira –siguió diciendo mientras sacaba un libro grande y oscuro de un estante–. Te voy a demostrar los progresos que he hecho en magia negra. Pronto seré capaz de poner en claro todo lo que está sucediendo últimamente por aquí. ¿O acaso te crees que la vaca roja se murió por casualidad y que tu reumatismo es el resultado de la providencia divina?

–¡Bruja, más que bruja! –jadeó el viejo–. Que el Señor nos libre del mal.

–¡No, réprobo, descastado! Vete o te haré mucho daño de verdad. Os he moldeado a todos con cera y barro; y el primero que franquee los límites que yo fije, pues… ¡No voy a decir lo que haré, oh, no! Pero ya veréis. Vete, y ten cuidadito porque te estoy vigilando.

La bruja alumbró sus preciosos ojos con una burla maligna, y Joseph, temblando de pavor, se apresuró a salir profiriendo rezos y jaculatorias entremezclados con un «bruja, más que bruja».

Pensé que la conducta de ella respondía a una suerte de broma macabra; y ahora que habíamos quedado a solas, me propuse que se interesara por mi problema.

–Señora Heathcliff –le dije muy serio–, tiene que perdonarme por las molestias, pero estoy seguro de que con esa carita no puede usted evitar ser buena. Haga el favor de indicarme algún punto en el camino gracias al cual pueda guiarme, tengo la misma idea de cómo volver que la que usted pueda tener de ir a Londres.

–Coja el mismo camino que tomó a la ida –contestó ella, retrepándose en su asiento con una vela y el gran libro abierto frente a ella–. Es un consejo breve, pero el mejor que le puedo dar.

–Entonces, si oye que me han encontrado muerto en una ciénaga o en una cuneta llena de nieve, ¿no le susurrará la conciencia que, en parte, ha sido por su culpa?

–¿Y por qué iba a ser así? Yo no puedo hacerle de guía. No me dejarían ir ni hasta el final de la valla del jardín.

–*Usted*..., oh, no, me daría verdadera lástima tener que pedirle que cruce el umbral por mí en una noche como ésta –grité–. Yo lo que quiero es que me *indique* el camino, no que me haga de acompañante. O, si no, que persuada usted al señor Heathcliff para que me proporcione un guía.

–¿Quién? Los únicos habitantes de esta casa son él mismo, Earnshaw, Zillah, Joseph y yo. ¿A quién prefiere?

–¿Es que no hay criados en la finca?

–No; ya le he dicho todas las personas que hay en la casa.

–Entonces, no me queda más remedio que quedarme.

–Pues eso lo arregla usted con su anfitrión. Yo no tengo nada que decir.

–¡Espero que esto sea un escarmiento para usted! –gritó la voz severa de Heathcliff desde la entrada de la cocina–. Y en lo que respecta a quedarse aquí, no tengo habitaciones para los invitados; si se queda deberá compartir cama con Hareton o Joseph.

–Puedo dormir en una butaca de esta habitación –contesté.

–¡Ni hablar! Un extraño es un extraño, sea pobre o rico, y no permitiré que nadie esté aquí cuando yo no estoy vigilando –dijo el muy grosero.

Con su insulto, mi paciencia llegó a su límite. Prorrumpí en expresiones de disgusto, y lo empujé para abrirme paso hacia el patio, chocando con Earnshaw en mi apresuramiento. Estaba tan oscuro que no podía dar con la salida. Mientras deambulaba de un lado a otro, fui testigo de otra muestra más del trato que esa gente se dispensaba entre sí.

Al principio el joven parecía mostrarse amable conmigo.

–Iré con él hasta el parque –dijo.

–Irás con él al infierno –exclamó su amo, o cual fuera la relación entre los dos–. ¿Y quién va a cuidar de los caballos, eh?

–No hay comparación entre la vida de un hombre y el que una tarde unos caballos no reciban los cuidados de siempre. Alguien tiene que ir –murmuró la

señora Heathcliff, haciendo gala de una amabilidad que jamás habría sospechado en ella.

–Porque tú lo digas... –replicó Hareton–. Más te vale que cierres el pico si es que tienes algún interés por él.

–Pues entonces espero que su fantasma te persiga; ¡y espero que el señor Heathcliff no vuelva a tener otro inquilino hasta que la Granja sea una ruina! –respondió con aspereza.

–Escuche, escuche –refunfuñó Joseph, a quien yo había estado observando–. ¡Los está maldiciendo!

Se sentó, aguzando el oído y ordeñando a las vacas bajo la luz de una lámpara. Se la arranqué sin más ceremonias, y gritando que se la devolvería mañana, corrí hacia el portillo más cercano.

–¡Señor, señor, está robando la lámpara! –gritó el anciano al tiempo que me perseguía–. ¡Eh, Gnasher! ¡Perros! ¡Eh, Lobo, agarradlo, agarradlo!

Al abrir el portillo, dos monstruos peludos se me lanzaron al cuello, tirándome al suelo y apagando la luz del farol. Una carcajada compartida por Heathcliff y Hareton colmó mi rabia y mi humillación.

Afortunadamente, las bestias parecían más interesadas en darme la pata, bostezar y menear las colas que en devorarme vivo. Pero como no tenían la menor intención de levantarse, me vi forzado a permanecer tirado en el suelo hasta que sus malévolos dueños tuvieron a bien rescatarme. Entonces, sin el sombrero y temblando de ira, ordené a los malditos que me dejaran salir, advirtiéndoles que si me dejaban ahí un minuto más iban a vérselas conmigo. Solté varias amenazas incoherentes a modo de venganza que recordaban a las del rey Lear por su extraña e intensa virulencia.

Preso de agitación, comencé a sangrar por la nariz, y el señor Heathcliff aún tuvo el descaro de reírse, con lo que me vi obligado a amonestarle de nuevo. No acierto a imaginar en qué habría acabado todo aquello de no haber intervenido una persona aún más civilizada que yo y menos absurda que mi anfitrión. Se trataba de Zillah, la fornida ama de llaves, que finalmente se acercó a preguntar por qué peleábamos. Pensó que alguno de los hombres me había puesto las manos encima, pero como no se atrevía a atacar a su señor, arremetió con toda la violencia de su artillería verbal contra el malandrín más joven.

–Muy bien, señor Earnshaw –gritó–. Me pregunto qué será lo siguiente... ¿Acaso vamos a empezar a matar a la gente en la mismísima escalera de la puerta? Ya veo que jamás me adaptaré a esta casa; pero mira a este pobre hombre, está casi sin resuello. ¡A callar todo el mundo!, no puede usted irse así, venga para adentro que le cure. A ver, estese quieto.

Con estas palabras, sin más, me lanzó un jarro de agua helada por el cuello y me arrastró hasta la cocina. El señor Heathcliff me siguió mientras su alegría momentánea expiraba rápidamente para dejar paso a su habitual mal humor.

Me sentía verdaderamente mal, zarandeado y débil, y por tanto, obligado a aceptar alojamiento bajo su techo. Heathcliff ordenó a Zillah que me sirviera una copa de coñac. Ella seguía lamentándose de mi estado, y después de haber

obedecido las órdenes de su amo, me acompañó a la cama.

Capítulo III

Mientras me precedía escalera arriba, me recomendó que escondiera la vela y que no hiciera ruido, ya que su amo tenía una extraña relación con la habitación en donde ella me pensaba instalar. Por lo visto, no le gustaba que nadie se alojara allí.

Quise saber el motivo.

Contestó que lo desconocía; sólo llevaba viviendo allí uno o dos años, y se comportaban de una manera tan rara que a estas alturas no podía permitirse el lujo de cuestionarse nada.

Demasiado aturdido para empezar a curiosear, cerré la puerta y busqué la cama. Todo el mobiliario consistía en una silla, un armario y un gran bargueño de roble con una celosía en la parte superior que recordaba las ventanas de los carruajes.

Me acerqué a aquel mamotreto para echar un vistazo dentro. Entonces me di cuenta de que se trataba de un lecho de estilo muy antiguo, diseñado de tal modo que obviara la necesidad de que cada miembro de la familia tuviera su propia habitación. De hecho formaba un pequeño gabinete, y el antepecho de la ventana que cerraba uno de los lados hacía de mesa.

Descorrí los tableros laterales, me introduje con la vela y volví a correrlos hasta que me sentí a salvo de la vigilancia de Heathcliff y todos los demás.

En una esquina del alféizar sobre el que deposité mi vela había unos cuantos libros polvorientos apilados. Además, alguien había rayado algo sobre la pintura. Estas inscripciones no eran más que un nombre repetido con diversos caracteres, grandes y pequeños: *Catherine Earnshaw*, decía aquí, y más allá: *Catherine Heathcliff*, y de nuevo: *Catherine Linton*.

Sumido en una insípida languidez, apoyé la cabeza contra la ventana sin dejar de deletrear Catherine Earnshaw-Heathcliff-Linton, hasta que se me cerraron los ojos; no había descansado ni cinco minutos cuando unas letras blancas, vívidas como espectros, comenzaron a bullir en la oscuridad, irradiando destellos que cuajaban el aire de Catherines. Me levanté con intención de disipar tan llamativo nombre, y entonces descubrí que el pabilo de la vela se había reclinado sobre uno de los antiguos volúmenes, perfumando la estancia con un aroma a cuero quemado.

Lo apagué; y sintiéndome francamente mal por causa del frío y de una náusea persistente, me incorporé y abrí el tomo chamuscado sobre mis rodillas. Se trataba de una Biblia impresa en letra pequeña que apestaba a humedad. Una guarda tenía la inscripción: «El libro de Catherine Earnshaw», así como una fecha de un cuarto de siglo atrás.

Lo cerré y tomé otro, y luego otro, hasta haber examinado todos. La biblioteca de Catherine era selecta y el deterioro de los libros indicaba que habían sido muy utilizados, aunque la mayoría de forma no demasiado ortodoxa; apenas había un capítulo que hubiese escapado a los comentarios hechos en tinta –al menos eso parecían, efectivamente, comentarios que cubrían todos los márgenes libres en la hoja impresa.

Algunas eran frases sueltas; otras conformaban un diario llevado con asiduidad, emborronado por lo que parecía una mano infantil. Encabezando una de las páginas en blanco (cuyo hallazgo debió de suponer un tesoro para ella) había una excelente caricatura de mi amigo Joseph. Era algo rudimentaria, pero los trazos tenían una gran fuerza expresiva.

Me sentí terriblemente atraído por la desconocida Catherine, por lo que comencé a descifrar los borrosos jeroglíficos.

–¡Qué domingo más horroroso! –decía el párrafo siguiente–. Ojalá estuviera mi padre. Hindley es detestable como sustituto y su conducta hacia Heathcliff es atroz. H. y yo nos vamos a rebelar, y ya dimos el primer paso esta tarde.

Ha estado diluviando todo el día; como no pudimos ir a misa, Joseph se vio obligado a montar un servicio religioso en la buhardilla; y mientras Hindley y su esposa se refocilaban al amor de un fuego acogedor en el piso de abajo –haciendo todo menos leer sus biblias, de eso no me cabe la menor duda–, Heathcliff, yo y el desgraciado mozo de labranza tuvimos que coger nuestros libros de oraciones y subir a la buhardilla, donde, dispuestos en fila sobre un saco de maíz, gimiendo y tiritando, rogamos para que Joseph también tiritara con el fin de que, también por su propio bien, nos dispensara un sermón corto. ¡Qué ilusa! El servicio duró exactamente tres horas; y mi hermano, al vernos bajar, aún tuvo la cara de exclamar:

–Pero ¿ya está?

Los domingos por la noche nos permitían jugar con tal de que no hiciéramos demasiado ruido; pero ahora una simple risita tonta es suficiente para que nos manden al rincón.

–Os olvidáis de que aquí tenéis un amo –dice el tirano–. ¡Machacaré al primero que me saque de quicio! Insisto en que guardéis absoluta seriedad y silencio total. ¿Has sido tú, niñato? Frances, querida, dale un buen tirón de pelo cuando pases por delante; le estoy oyendo chascar los dedos.

Frances le tiró del pelo de manera salvaje, y luego fue a sentarse en las rodillas de su esposo; y ahí estaban, como dos críos, besándose y soltándose memeces, una verborrea ridícula de la que cualquiera debería avergonzarse.

Nos acomodamos todo lo bien que pudimos bajo el arco del vestidor. Justo acababa de atar nuestros delantales y de colgarlos a modo de cortina cuando llegó Joseph, que venía de hacer un recado en el establo. De un tirón arrancó los delantales, me soltó una bofetada y graznó:

–¡Acabamos de dar sepultura al amo, aún tenéis en los oídos la voz del Evangelio y tenéis la desfachatez de meteros aquí! ¡Vergüenza debería daros! ¡Niños condenados! Ea, sentaos bien, que lo que sobran son los libros buenos para entretenerse. ¡Sentaos y poneos a pensar en vuestras almas![4]

Una vez dicho esto nos hizo sentarnos de forma que un tenue rayo del fuego de la chimenea nos iluminara el texto del libraco que nos arrojó encima.

No podía soportar ese trato. Agarré mi mugriento volumen por una de las tapas y

lo arrojé a la perrera, jurando que aborrecía los buenos libros.

Heathcliff dio un puntapié al suyo en la misma dirección.

Entonces se armó la de Dios.

–¡Amo Hindley! –chilló nuestro improvisado capellán–. ¡Amo, venga aquí! La señorita Cathy ha destrozado las tapas de *El yelmo de salvación* y Heathcliff ha pisoteado el primer tomo de *El ancho camino de la perdición*. Es una verdadera pena que les consienta usted estas cosas. El señor ya les habría castigado. Pero ahora él no está.

Hindley salió precipitadamente de su paraíso junto a la chimenea y, cogiendo a uno por el cuello y a otro por el brazo, nos arrastró hasta la antecocina. Cuando llegamos allí, Joseph comenzó a vocear que nos atraparía el «Viejo Nick»[5], tan cierto como que estábamos vivos; y con este pensamiento reconfortante, cada uno buscó su propio escondrijo para esperar la llegada.

Así que alcancé este libro y un tintero de la estantería y entreabrí la puerta para que entrara algo de luz. Llevo escribiendo veinte minutos pero mi compañero está impaciente y sugiere que nos apropiemos de la capa de la lechera y que, cobijados bajo ella, hagamos una escapada hacia los páramos. No es mala idea. Además, si al viejo avinagrado se le ocurre entrar, pensará que su profecía se ha cumplido. La verdad es que, bajo la lluvia, es imposible sentir más frío y humedad que en este sitio.

Supongo que Catherine llegó a poner en marcha su proyecto, ya que la siguiente frase trataba de otro tema. Y lo hacía en tono lastimero:

¡Nunca imaginé que Hindley pudiera hacerme llorar tanto! –escribía–. Me duele tanto la cabeza que no puedo ni apoyarla en la almohada. Pero hay algo que me duele aún más. ¡Pobre Heathcliff! Hindley dice que es un vagabundo y no le deja ni sentarse ni comer con nosotros; y dice que no debemos jugar juntos, y amenaza con echarle de la casa si quebranta sus órdenes.

Se ha dedicado a censurar a nuestro padre (pero ¿cómo se atreve?) por tratar a H. con demasiada liberalidad; y jura que lo pondrá en el sitio que le corresponde.

Comencé a dar cabezadas sobre la página borrosa; mis ojos iban de la letra manuscrita a la impresa. Me detuve en un título orlado en rojo que decía: «Setenta veces siete, y el Primero de los Setenta y Uno[6]. Un piadoso discurso por el reverendo Jabes Branderham, en la capilla de Gimmerden Sough». Medio inconsciente, mientras me devanaba los sesos tratando de dilucidar de qué habría hablado Jabes Branderham, me hundí en la cama y me quedé dormido como un tronco.

¡Y vaya con los efectos del mal té y el genio! Porque ¿qué otra cosa me habría hecho pasar una noche tan terrible? No se me viene a la cabeza ninguna otra

comparable desde que tengo uso de razón.

Antes de perder la noción de dónde me encontraba, comencé a soñar. De hecho, pensé que ya era de día y que emprendía la vuelta a casa guiado por Joseph. La nieve se amontonaba en el camino y, según avanzábamos a trompicones, mi compañero me reprochaba constantemente el que no hubiera traído un bastón de peregrino: me decía que nunca llegaría a la casa sin él, y blandía ostentosamente el suyo, un cayado de puño grueso.

En principio me parecía absurdo necesitar semejante utensilio para poder acceder a mi propia casa. Entonces, una nueva idea estalló en mi mente. No íbamos realmente allí, sino a escuchar el famoso sermón de Jabes Branderham del texto «Setenta veces siete». Joseph, el cura o yo, habíamos cometido el «Primero de los Setenta y Uno», y por ello íbamos a ser públicamente acusados y excomulgados.

Llegamos a la capilla; en mis paseos he pasado por ahí dos o tres veces. Está situada en una hondonada entre dos colinas, un altozano cercano a una ciénaga cuya turba húmeda, se dice, es ideal para embalsamar los pocos cadáveres que son enterrados allí. Hasta hace poco el tejado estaba intacto; pero, dado que el sueldo del cura consiste en tan sólo veinte libras al año, así como una casa con dos habitaciones que amenazan con convertirse en una sola cualquier día de éstos, ningún clérigo quiere asumir las funciones pastorales, especialmente porque de todos es sabido que los feligreses preferirían dejarlo morir de hambre antes que aumentarle su manutención con un solo penique de sus bolsillos. En todo caso, en mi sueño, Jabes contaba con un auditorio atento y numeroso: y predicaba, vaya que si predicaba, ¡y con qué sermón! Estaba dividido en *cuatrocientas noventa partes*, equivalentes cada una de ellas a un sermón tradicional y versando sobre un pecado distinto. ¡De dónde se los habría sacado! Tenía su manera particular de ir interpretando las frases, y daba por supuesto que cada feligrés pecaba de forma diferente en cada ocasión.

Los pecados eran de lo más curioso, extravagantes transgresiones que nunca antes habría podido imaginar.

¡Qué cansado estaba, Dios mío! Y lo que me retorcí, bostecé, cabeceé y reviví. Y cómo me pinchaba y pellizcaba, y me frotaba los ojos, y me levantaba, y me volvía a sentar, dando codazos a Joseph para que me informara de cuándo acabaría aquello de una vez.

Estaba condenado a oírlo todo de cabo a rabo: finalmente llegó al *Primero de los Setenta y Uno*. En ese momento de crisis, una inspiración repentina descendió sobre mí; me sentí impulsado a levantarme y a denunciar a Jabes Branderham como el pecador de un pecado para el que ningún cristiano merece perdón.

–Señor –exclamé–, he aguantado de un tirón, aquí sentado y entre estas cuatro paredes, los cuatrocientos noventa apartados de su sermón. Setenta veces siete he cogido el sombrero y he estado a punto de marcharme... y setenta veces siete me ha forzado usted a volver a tomar mi asiento absurdamente. Pero en esta ocasión, que es la cuatrocientos noventa y una, ya es demasiado. ¡A por él, compañeros mártires! ¡Arrastradle, trituradle, que el lugar que le conoce no le reconozca jamás!

–*Tú eres el hombre* –chilló Jabes, tras una solemne pausa, reclinándose sobre su

cojín–. Setenta veces miraste embobado, y setenta veces siete consulté con mi conciencia. Pero es debilidad humana y como tal debe ser absuelta. El Primero de los Setenta y Uno ha llegado. ¡Hermanos, ejecutad pues sobre él la sentencia escrita! ¡Que todos los santos del Señor tengan ese honor!

Concluyendo con estas palabras, la asamblea al completo se precipitó sobre mí enarbolando los bastones de peregrino. No teniendo arma alguna que blandir en defensa propia, comencé a forcejear con Joseph, mi agresor más cercano y feroz, con el objeto de arrancarle la suya. En medio del tumulto, garrotazos que iban dirigidos a mí fueron a parar sobre otras cabezas. La capilla entera se convirtió en un guirigay de golpes y contragolpes. Cada uno vapuleaba al que tenía al lado, y Branderham, que no tenía ninguna gana de permanecer ocioso, derrochó sus energías aporreando el antepecho del púlpito. Aquellos porrazos resonaron en mi cabeza de un modo tan brutal que, por fin, para mi indecible alivio, acabaron por despertarme.

Pero ¿qué era lo que había introducido en mi conciencia medio despierta semejante barahúnda? ¿Quién había representado el papel de Jabes? Pues, simplemente, la rama de un abeto que repiqueteaba contra mi contraventana cada vez que una ráfaga de viento le hacía sacudir sus piñas secas contra los cristales.

Permanecí a la escucha durante un momento, absolutamente perplejo; una vez detectada la causa del disturbio, volví a mi duermevela, y comencé a soñar de nuevo; si cabe, aún de forma más desagradable que antes.

Esta vez me acordaba de que estaba acostado sobre la cama de roble, y percibí claramente el viento huracanado, así como el azote de la nieve. También volví a escuchar el fastidioso golpeteo de la rama del abeto, achacándolo ahora a su verdadera causa. Me enervaba tanto que resolví acallarlo a toda costa; incluso me dio la impresión de que me levantaba a abrir la ventana. La falleba estaba soldada a la abrazadera, cosa que había visto estando despierto, pero que había olvidado.

–Tengo que detenerlo sea como sea –murmuré, al tiempo que rompía el cristal con los nudillos y sacaba un brazo para hacerme con la rama inoportuna. En lugar de eso, mis dedos se cerraron sobre los de una manita helada.

El horror de la pesadilla descendió sobre mí; intenté retirar el brazo, pero la mano se aferraba a él, en tanto que una voz de lo más melancólica sollozaba:

–¡Déjame entrar! ¡Déjame entrar!

–¿Quién eres? –pregunté, forcejeando para librarme de la mano.

–Catherine Linton –replicó, trémula. Pero ¿por qué pensé en *Linton*? Había leído veinte veces más el nombre de *Earn - shaw* que el de Linton–. He vuelto a casa, me perdí en los páramos.

Según hablaba, me pareció distinguir el rostro de una niña que miraba por la ventana. El terror me volvió cruel y, como era inútil intentar sacudir a la criatura para que se fuera de allí, opté por apoyar su muñeca contra el cristal roto, restregándola a un lado y a otro hasta que comenzó a brotar la sangre y a empapar la ropa de la cama. Pero seguía suplicándome:

–Déjame entrar –y seguía fuertemente aferrada a mí, cosa que me volvía loco de miedo.

–Pero ¿no te das cuenta de que es imposible? –dije por fin–. Suéltame primero si quieres que te deje pasar.

Los dedos se aflojaron, saqué rápidamente la mano del agujero, apilé los libros en una pirámide e hice oídos sordos al quejumbroso lamento.

Ignoré el ruido durante un cuarto de hora, pero cuando quise darme cuenta, ahí estaba el penoso gimoteo de nuevo.

–¡Vete! –grité–. ¡No te dejaría entrar aunque estuvieras veinte años suplicándomelo!

–Veinte años –lloriqueó la voz–. ¡Precisamente veinte años son los que llevo perdida!

Entonces se puso a arañar débilmente desde fuera, y la pila de libros comenzó a desmoronarse como si hubieran sido empujados.

Traté de incorporarme para evitarlo, pero no pude mover ni un solo músculo; preso de un terror frenético, comencé a gritar.

Para mayor confusión, descubrí que el grito no era un sueño. Unos pasos apresurados se aproximaban a la puerta de mi habitación; alguien la abrió de un empellón, con mano vigorosa, y una luz destelló a través de la celosía de la parte alta de la cama. Me senté tembloroso y me dispuse a enjugarme el sudor de la frente. El intruso parecía dudar y murmurar algo para sí.

Luego, como si no esperara realmente obtener respuesta, dijo en un susurro:

–¿Hay alguien ahí?

Pensé que era mejor confesar que estaba allí, puesto que ya sabía cómo se las gastaba Heathcliff y temía que se pusiera a buscarme si permanecía quieto.

Así que di media vuelta y abrí el tablero: nunca olvidaré el efecto que mi actitud provocó en Heathcliff.

Permanecía junto a la entrada, en pantalón y mangas de camisa, sosteniendo una vela que dejaba caer lagrimones de cera sobre sus dedos. Su rostro estaba tan blanco como el muro que tenía a sus espaldas. El primer chasquido del roble le sobresaltó como si hubiera recibido una descarga eléctrica. La vela cayó de sus manos a unos pasos de él, y estaba tan sumamente agitado que apenas podía volver a cogerla.

–Se trata sólo de su huésped, señor –grité, para evitarle la humillación de que siguiera mostrando su cobardía–. He tenido la mala suerte de sufrir una pesadilla horripilante que me ha hecho gritar en sueños. Siento haberle perturbado.

–¡Oh, que Dios le confunda, señor Lockwood! Ojalá estuviera usted en el... –comenzó a decir mi anfitrión, poniendo la vela en una silla ante la incapacidad de sujetarla con pulso firme–. ¿Y se puede saber quién le condujo hasta esta habitación? –prosiguió, clavándose las uñas en las palmas de la mano y rechinando los dientes con objeto de mitigar las convulsiones de la mandíbula–. ¿Quién fue, eh? ¡Estoy dispuesto a expulsar de la casa a quien haya sido en este preciso instante!

–Fue su criada, Zillah –repliqué, poniendo un pie en el suelo y recogiendo mis ropas a toda prisa para vestirme–. Y no me importa si la echa usted, señor Heathcliff; de veras lo merece. Supongo que quería demostrar, una vez más y a mi

costa, que la habitación está embrujada. Y vaya si lo está: ¡cuajadita de fantasmas y duendes! Hace usted muy bien en cerrarla. Nadie le va a dar las gracias por echarse un sueñecito en semejante antro.

–¿A qué se refiere usted? –preguntó Heathcliff–. ¿Y qué está haciendo? Ya que está ahí, acuéstese y complete la noche; pero, por el amor de Dios, no vuelva a emitir ese ruido tan horrible. ¡Ni que le estuvieran cortando el pescuezo!

–Si ese diablillo llega a meterse por la ventana, probablemente me habría degollado –repliqué–. No voy a aguantar el acoso de sus hospitalarios antepasados de nuevo. O ¿acaso el reverendo Jabes Branderham no era pariente suyo por línea materna? Y en cuanto a la lagarta de Catherine Linton, o Earnshaw, o como se llame, debe de haber sido una bruja. Me dijo que había estado errando por estos contornos durante veinte años; sin duda un castigo justo por sus pecados mortales.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando recordé la asociación entre el nombre de Heathcliff y Catherine en el libro. Asociación que había olvidado por completo hasta que desperté. Enrojecí ante la falta de consideración; pero como queriendo quitarle hierro al asunto, me apresuré a añadir:

–La verdad, señor, es que consumí la primera parte de la noche... –aquí me detuve de nuevo, a punto de decir «examinando estos viejos volúmenes», cosa que habría revelado mi conocimiento del contenido, tanto manuscrito como impreso, por lo que, enmendando mi error, continué–: deletreando el nombre garabateado en ese alféizar. Una ocupación monótona, pero apropiada para hacerme conciliar el sueño, como contar, o...

–¿Qué diantres hace hablándome a mí de esa manera? –rugió Heathcliff con brutal vehemencia–. ¿Cómo se atreve estando bajo mi techo? ¡Sólo un loco podría hablarme así! –y comenzó a golpearse la frente enfurecido.

No sabía qué hacer, si ofenderme por su lenguaje o continuar con mi explicación. Pero parecía tan profundamente afectado que me dio pena y proseguí con el relato de mis sueños. Le aseguré que nunca antes había oído el nombre de «Catherine Linton», pero que de tanto leerlo mi mente llegó a personificarla cuando ya no controlaba la imaginación.

Según iba hablando, Heathcliff retrocedía gradualmente hacia el cobijo de la cama, hasta que al final se sentó en una zona que yo no podía ver. Por su respiración irregular y entrecortada, adiviné que luchaba por vencer un estallido pasional.

Como no quería mostrarle que era consciente de su conflicto, continué vistiéndome ruidosamente, miré el reloj y emprendí un soliloquio acerca de lo larga que me estaba resultando la noche:

–¡No son siquiera las tres!, pues habría jurado que eran las seis, parece que aquí el tiempo se estanca, debimos de retinarnos a dormir a las ocho...

–A las nueve en invierno, siempre, y nos levantamos a las cuatro –dijo mi anfitrión, reprimiendo un gruñido y, como pude adivinar por el movimiento de su brazo en la oscuridad, enjugando alguna que otra lágrima–. Señor Lockwood, puede usted ir a mi habitación; si baja tan temprano, no hará nada más que

estorbar: su grito infantil ha espantado mi sueño.

–Y el mío –repliqué–. Daré una vuelta por el patio hasta que amanezca y luego me marcharé. No tendrá que aguantar una nueva visita por mi parte. Estoy ya curado en salud a la hora de buscar la compañía de la gente, tanto en la ciudad como en el campo. Un hombre sensible debe buscar la compañía necesaria en su interior.

–Pues menuda compañía –musitó Heathcliff–. Coja la vela y váyase a donde más le apetezca. Le acompañaré de inmediato. Pero no ande por el patio, los perros están sueltos; y Juno vigila la casa, y..., en fin, que sólo puede usted deambular por los pasillos y el zaguán, pero ¡váyase de una vez!; me encontraré con usted dentro de un par de minutos.

Obedecí en cuanto a salir de la habitación. Pero ignoraba hacia dónde conducían los estrechos pasillos, por lo que permanecí quieto. Fui entonces testigo involuntario de una muestra de superstición de mi casero, que contrastaba extrañamente con su aparente sensatez.

Se acercó a la cama y abrió los postigos de par en par, estallando en un apasionado arrebato de lágrimas.

–¡Entra, entra! –sollozó–, Cathy, entra. Oh, por favor, una vez más. ¡Oh, vida mía, escúchame! ¡Entra de una vez!

El espectro dio muestras de ser tan veleidoso como un espectro cualquiera, es decir, que no dio señal alguna de su existencia. Pero la nieve y el viento penetraron impetuosamente por la ventana hasta donde yo estaba, apagando la vela.

Su angustia iba acompañada de una pena tan lastimosa que no pude sino compadecerme de su desvarío. Me retiré con una mezcla de malestar por haber tenido que escuchar todo aquello y de vergüenza por haber relatado mi ridícula pesadilla, origen de tan agobiante escena, cuyos motivos estaban más allá de mi entendimiento.

Descendí cautelosamente a la planta inferior de la casa y me introduje en la antecocina, en donde un rescoldo de brasas compactas me permitió volver a encender mi vela.

Todo estaba inmóvil, excepto un gato de pelaje gris listado que salió reptando de las cenizas para saludarme con un quejumbroso maullido.

Dos bancos con secciones circulares rodeaban casi por completo el espacio del hogar; me tendí sobre uno de ellos y Grimalkin trepó al otro lado de un salto. Ambos cabeceábamos cuando alguien irrumpió en nuestro retiro. Era Joseph, que bajaba por una escalerilla de madera, uno de cuyos extremos desaparecía en el techo a través de una trampilla. Supongo que se trataría del ascenso al cubículo de su buhardilla.

Lanzó una torva mirada a la llamita que yo había logrado avivar entre las parrillas, barrió al gato de un manotazo e, instalándose en el lugar vacío, comenzó la ceremonia de rellenar una pipa muy larga con tabaco. Era evidente que mi presencia en su santuario le parecía una desfachatez indecorosa que no valía la pena comentar. Se llevó la pipa a los labios en silencio, cruzó los brazos y comenzó a echar bocanadas de humo.

Le dejé disfrutar de aquel placer sin incordiarle; y después de haber aspirado hasta la última calada, se levantó exhalando un suspiro profundo y se fue con la misma solemnidad con la que había entrado.

Se oyó a continuación un rumor de pasos más elásticos, y entonces sí que abrí la boca para pronunciar un «buenos días», aunque tuve que cerrarla de nuevo con el saludo a medias. Al parecer, Hareton Earnshaw profería sus oraciones en voz baja, un torrente de palabrotas arrojadas sobre los objetos que le salían al paso. Mientras tanto, se había puesto a revolver en un rincón en busca de una pala o azada para despejar el camino de nieve. Miró por encima del respaldo del banco, con las aletas de la nariz dilatadas, sin que por un momento se le ocurriera intercambiar saludo alguno ni conmigo ni con mi compañero el gato.

Deduje por todos estos preparativos que ya podía salir. Así que dejé mi duro asiento y me dispuse a seguirle. Se dio cuenta y con la punta de su azadón me señaló la puerta interior, indicándome con un sonido inarticulado que ése era el lugar al que debía dirigirme si es que quería cambiar de habitación.

La puerta daba a la sala, donde las mujeres ya estaban trajinando. Zillah, con un enorme fuelle, avivaba las llamas; la señorita Heathcliff estaba arrodillada junto a la chimenea, enfrascada en la lectura de un libro a la luz de la lumbre.

Con una mano trataba de protegerse los ojos del calor del fuego, y parecía absorta en la tarea de leer: solamente de vez en cuando se permitía la pequeña distracción de reprender a la criada por cubrirla de ceniza, o de empujar a un perro que le incrustaba el hocico en la cara.

Me sorprendió ver allí también a Heathcliff. Permanecía junto al fuego, dándome la espalda, y acababa de terminar una turbulenta escena con la pobre Zillah, que de vez en cuando interrumpía su labor para recogerse la punta del delantal y exhalar un gruñido de indignación.

–Y tú, pedazo de zángana –bramó a su nuera en el momento en que yo entraba, empleando epítetos que bien podrían haber sido dirigidos a un perro o a una oveja, inofensivos pero contundentes–. Ya estás con tus estúpidos trucos. Mientras el resto de la gente se gana el pan, tú vives de mi caridad. Guarda esa basura y ponte a hacer algo. Algún día me tendrás que compensar por la peste de tenerte eternamente ante mi vista, ¿me estás oyendo, bribona?

–Voy a guardar mi basura, porque de otro modo me obligarás a hacerlo –contestó la joven cerrando el libro y arrojándolo sobre una silla–. Pero no pienso hacer nada más que lo que me dé la gana, aunque se te caiga la lengua a pedazos a fuerza de maldecirme.

Heathcliff levantó la mano, y ella, que evidentemente conocía su peso, saltó a un lugar más seguro.

Puesto que no tenía la menor intención de entretenerme con aquella refriega entre gato y perro, me adelanté con brío, como si estuviera deseoso de disfrutar del calor de la chimenea y fingiendo que no me daba cuenta de la disputa que interrumpía. Tuvieron el decoro suficiente de no proseguir con sus hostilidades. Heathcliff hundió los puños en los bolsillos para evitar tentaciones. En cuanto a la señorita Heathcliff, hizo un mohín y se dirigió a un lugar alejado, en donde, tal y

como había anunciado, permaneció como una estatua durante todo el tiempo que estuve allí.

No fue mucho tiempo. Me negué a compartir su desayuno y aproveché el primer rayo de la mañana para escapar al aire libre, ahora limpio y sereno, frío como si un hielo impalpable estuviese suspendido en el ambiente.

Antes de llegar a la cerca del jardín, oí las voces de mi casero; quería que me detuviera, y se ofreció a acompañarme a través de los páramos. Y menos mal que lo hizo, porque las faldas de las colinas se habían convertido en un ingente y ondulado océano blanco. Las crestas y las vaguadas no se correspondían con las elevaciones y depresiones del terreno. Muchas cunetas estaban llenas hasta el borde y filas enteras de montículos, deshechos de canteras, que en el paseo del día anterior había tratado yo de grabar en mi memoria, se habían borrado del mapa.

Había reparado en que a uno de los lados del camino, a intervalos de seis o siete yardas, había una hilera vertical de piedras que se extendían a lo largo de todo el páramo. Estaban enhiestas y recubiertas de cal con el fin de servir de guías en la oscuridad, y también para que una nevada como la presente no confundiera el camino con las ciénagas. Pero ahora, a excepción de alguna mancha oscura sobresaliente aquí o allá, cualquier rastro de la existencia de dichas piedras había desaparecido. Mi compañero tuvo que advertirme en más de una ocasión que me dirigiera a la derecha o a la izquierda, cuando yo tenía la impresión de que seguía correctamente los hitos del camino.

Intercambiamos pocas palabras, y ya en la entrada de la Granja de los Tordos se detuvo para decirme que desde ahí era imposible que me extraviase. Nuestra despedida se limitó a un parco saludo con las cabezas, y luego proseguí mi camino, ahora confiando en mis propios recursos ya que la casa del portero seguía estando desocupada.

La distancia que hay entre la verja y la Granja es de dos millas pero se convirtieron en cuatro: me perdí entre los árboles y me hundí hasta el cuello en la nieve, una experiencia que hay que haber vivido para poder contarla. En todo caso, cualesquiera fueran mis vagabundeos, el reloj dio las doce cuando entré en la casa, lo que correspondía exactamente a una hora por cada milla del camino habitual desde Cumbres Borrascosas.

Mi ama de llaves y sus satélites se abalanzaron sobre mí para darme la bienvenida, exclamando con alborozo que me habían dado por desaparecido; todo el mundo conjeturaba que había muerto ayer noche, e incluso estaban ya pensando en cómo organizar la búsqueda de mis restos.

Les pedí que se tranquilizaran, ahora que me veían sano y salvo, y aterido hasta el tuétano, me arrastré escalera arriba para cambiarme de ropa. Después de pasear de aquí para allá durante treinta o cuarenta minutos para entrar en calor, volví a mi despacho, débil como un gatito, incluso demasiado para ser capaz de disfrutar del calor de la chimenea y del humeante café que la criada me había preparado.

Capítulo IV

Somos veletas. Yo, que había decidido mantenerme al margen del bullicio y que daba gracias al cielo por haber dado finalmente con un lugar en donde la vida social era poco menos que impracticable; yo, pobre desgraciado, que tras sostener una lucha hasta el atardecer contra el aburrimiento y la soledad, finalmente me vi obligado a darme por vencido, con el pretexto de estar informándome acerca de las vicisitudes de mi hospedaje, pedí a la señora Dean, cuando me trajo la cena, que se sentase a mi lado mientras comía, abrigando la esperanza de que se revelara una chismosa y que, o bien me animara con la conversación, o bien me arrullara para dormir.

–Lleva usted aquí ya un tiempo –empecé–. ¿No dijo que dieciséis años?

–Dieciocho, señor; vine a atender a la señorita cuando se casó, y cuando murió, el señor me nombró su ama de llaves.

–Caramba...

Sobrevino el silencio. Temí que no fuera una chismosa, excepto si se trataba de sus propios asuntos, y aquéllos, la verdad, me interesaban bien poco. Sin embargo, después de permanecer durante un rato rumiando pensamientos, con un puño apoyado en cada rodilla y una sombra de meditación en el rubicundo semblante, exclamó:

–¡Ay, pero cómo han cambiado las cosas desde entonces!

–Sí –dije–. Supongo que ha sido usted testigo de muchas transformaciones...

–Así es; y de muchas desgracias también.

«Intentaré desviar la conversación hacia la familia de mi casero», me dije para mis adentros. «Un buen tema para empezar, y en cuanto a esa bella viudita, me encantará conocer su historia. Me pregunto si será originaria de la zona o, cosa más probable, una extraña a quien aquellos indígenas huraños se niegan a reconocer como semejante.»

Con este fin, pregunté a la señora Dean por qué había dejado Heathcliff la Granja de los Tordos para vivir en una situación y vivienda tan inferiores.

–¿Acaso no es lo bastante rico como para mantener la finca en buen estado? –pregunté.

–¡Rico, dice! –dijo ella–. Nadie sabe el dinero que tiene, y aumenta de año en año. Oh, sí, sí, es lo suficientemente rico como para vivir en una casa mucho mejor que ésta; pero es muy agarrado, un tacaño redomado, y aunque se le pasara por mientes la idea de habitar la Granja de los Tordos, en cuanto tuviera noticia de un buen inquilino, no se permitiría el lujo de dejar pasar la oportunidad de conseguir unos cuantos millones más. ¡Es increíble hasta qué punto puede llegar la avaricia de la gente, y más si están solos en el mundo!

–¿No tiene un hijo?

–Tenía; ahora está muerto.

–Y esa jovencita, la señorita Heathcliff, ¿es su viuda?

–Así es.

–¿Y de dónde procede originariamente?

–Ah, pues es la hija de mi difunto señor, Catherine Linton era su nombre de soltera. Yo la crié, ¡pobrecita mía! ¡Ojalá que el señor Heathcliff se hubiera mudado aquí para seguir juntas!

–¡Ha dicho Catherine Linton! –exclamé atónito. Pero un minuto después caí en la cuenta de que no podía tratarse de mi espectral Catherine–. Entonces –proseguí– el nombre de mi predecesor era Linton.

–Efectivamente.

–¿Y quién es el tal Earnshaw, Hareton Earnshaw, que vive con el señor Heathcliff? ¿Son parientes?

–No, es el sobrino de la difunta señora Linton.

–El primo de la joven, entonces.

–Sí, y su marido también era primo suyo; uno por parte de madre y otro por parte de padre. Heathcliff se casó con la hermana del señor Linton[7].

–He observado que la casa de Cumbres Borrascosas tiene grabado «Earnshaw» sobre la puerta principal. ¿Se trata de una familia antigua?

–Muy antigua, señor, y Hareton es el último vástago, lo mismo que la señorita Cathy lo es de la nuestra, quiero decir, de los Linton. ¿Ha estado usted en Cumbres Borrascosas? Perdone mi atrevimiento, pero es que me gustaría saber cómo se encuentra ella.

–¿La señora Heathcliff? Yo la he encontrado muy bien, y muy hermosa; ahora, creo que no es muy feliz.

–¡Ay, madre, no me extraña nada! ¿Y qué le pareció el señor?

–Pues… qué quiere que le diga, un hombre áspero, señora Dean. ¿Es siempre así?

–Áspero como el filo de una sierra y duro como el pedernal. Cuanto menos le trate, mejor.

–Debe de haber pasado por algún que otro altibajo en la vida para llegar a convertirse en un ser tan huraño. ¿Conoce su pasado?

–Su pasado es el del cuco[8], señor. Sé todo acerca de él, excepto dónde nació, quiénes fueron sus padres y cómo consiguió su primer dinero. A Hareton lo ha desplazado como quien echa del nido a un gorrión desplumado. El pobre es el único en la parroquia que no se da cuenta de hasta qué punto le han estafado.

–Bueno, señora Dean, sería muy amable por su parte si me contase algo de mis vecinos, tengo la impresión de que no voy a descansar si me voy a la cama; venga, sea buena y siéntese conmigo a charlar durante una hora.

–Muy bien, señor. Deje que vaya a buscar la costura, y luego me sentaré el tiempo que usted quiera. Pero ha cogido usted frío, le he visto tiritar. Tiene que tomar un poco de caldo para reponerse.

La buena mujer salió de la habitación como una centella, y yo me acurruqué junto al fuego: tenía la cabeza ardiendo y el resto del cuerpo helado. Además, mis nervios y mi cerebro estaban tan excitados que me encontraba a punto de empezar a delirar. Lo cual me hacía sentirme no exactamente incómodo, pero sí bastante temeroso (todavía lo estoy) de las graves consecuencias que los incidentes de ayer

y de hoy pudieran tener.

Volvió al rato con un tazón humeante y la caja de costura. Colocó el primero en la repisa de la chimenea y acercó su asiento, claramente satisfecha de encontrarme tan sociable.

Antes de venir a vivir aquí –comenzó sin esperar a que yo volviera a requerirle su relato– estaba casi siempre en Cumbres Borrascosas. El caso es que mi madre crió al señor Hindley Earnshaw, es decir, al padre de Hareton, mientras que yo acostumbraba jugar con los niños, al tiempo que hacía recados, ayudaba a recoger el heno y andaba por la granja dispuesta a hacer lo que se me ordenara.

Una hermosa mañana de verano, recuerdo que era el comienzo de la siega, el señor Earnshaw, el amo viejo, descendió la escalera vestido con atuendo de viaje. Después de explicarle a Joseph lo que tenía que hacer durante el día, se volvió a Hindley, a Cathy y a mí, ya que yo estaba comiendo mis gachas con ellos, y dijo, dirigiéndose a su hijo:

–Me marcho a Liverpool, zagal. ¿Qué te apetece que te traiga? Puedes escoger lo que quieras siempre y cuando sea pequeño, ya que voy y vengo a pie: sesenta millas ida y otras tantas de vuelta, ¡que no está nada mal!

Hindley pidió un violín. Luego le hizo la misma pregunta a Cathy. Apenas tenía seis años, pero sabía montar cualquiera de los caballos de la cuadra, por lo que escogió una fusta.

No se olvidó de mí, porque aunque a veces resultara demasiado severo, tenía buen corazón. Prometió que me traería un saquito de manzanas y peras, y entonces despidió a sus hijos con un beso y se marchó.

A todos se nos hicieron eternos los tres días que estuvo fuera, y a menudo la pequeña Cathy preguntaba que cuándo volvería a casa. Al cabo del tercer día, la señora Earnshaw le esperaba para cenar, pero fue retrasando el momento de servir la comida hora tras hora. No daba señales de vida, y los niños se cansaron de bajar hasta la verja para otear. Cuando cayó la noche, ella los habría mandado a la cama de buena gana, pero pidieron encarecidamente que se les permitiera seguir levantados. Justo a eso de las once se descorrió silenciosamente el cerrojo de la puerta y entró el amo. Se dejó caer sobre una silla, y entre risas y gemidos, pidió a todos que se fuesen porque estaba muerto de cansancio. No volvería a hacer semejante caminata ni por todo el oro del mundo.

–Y para colmo de males, me he llevado un susto de muerte –dijo desplegando el gabán que sostenía a modo de petate entre sus brazos–. ¡Mira esto, mujer! Nada en mi vida me había impresionado tanto. Pero debes aceptarlo como un don divino, aunque sea casi tan oscuro como si saliera del infierno.

Nos arracimamos a su alrededor, y sobre la cabeza de la señorita Cathy pude entrever a un mocoso de cabellos negros sucio y desarrapado. A pesar de que ya tenía edad para andar y hablar –de hecho, parecía mayor que Catherine–, cuando se puso en pie se limitó a mirar en redondo y a repetir una jerga interminable que

nadie entendía. Yo estaba asustada, y la señora Earnshaw a punto de ponerlo de patitas en la calle. Acabó subiendo al piso de arriba para preguntarle a su marido cómo se le había ocurrido traer a la casa a semejante gitano andrajoso, cuando tenían a sus propios hijos que alimentar y sacar adelante. También quiso saber qué tenía pensado hacer con él y si se había vuelto loco.

El amo intentó explicar lo sucedido, pero la verdad es que estaba reventado, y todo lo que saqué en claro, entre las reprimendas de la señora, fue que lo había encontrado muerto de hambre, sin techo y prácticamente mudo en las calles de Liverpool, en donde lo recogió y preguntó por su dueño. Explicó que no pudo encontrar a ninguna persona que lo reclamara, y como andaba con el tiempo y el dinero justos, pensó que lo mejor era llevarlo a casa sin más miramientos; porque lo que tenía claro es que no le dejaría tal y como lo encontró.

Finalmente mi señora se avino a regañadientes; el señor Earnshaw me ordenó que lo lavara y le pusiera ropa limpia y que lo llevara a dormir con sus hijos.

Hindley y Catherine se limitaron a mirar y a escuchar hasta que la paz se restableció: entonces se lanzaron a rebuscar en los bolsillos de su padre los regalos que les había prometido. Hindley era ya un chico de catorce años, pero rompió a llorar en alto cuando sacó lo que había sido un violín, ahora hecho astillas dentro del gabán de su padre. En cuanto a Cathy, al oír que el señor había extraviado su fusta por atender al intruso, sacó su mal humor lanzando a la estúpida criatura muecas como escupitajos, lo que le valió una sonora bofetada de su padre para que aprendiera buenos modales.

Se negaron tajantemente a compartir no sólo la cama sino también la habitación, y yo, que tampoco estaba muy por la labor, me limité a ponerlo en el rellano de la escalera abrigando la esperanza de que a la mañana siguiente se hubiera ido. Por casualidad, o bien porque oyó la voz del señor Earnshaw, se arrastró hasta su puerta y éste se lo encontró al salir de la habitación. Preguntó que cómo había llegado hasta allí y yo me vi obligada a confesar. En pago a mi cobardía y dureza de sentimientos, me echaron de la casa.

Ésta fue la presentación de Heathcliff en la familia. Al volver unos cuantos días después, ya que no consideré que mi castigo fuera perpetuo, me encontré con que lo habían bautizado con el nombre de Heathcliff. Se trataba del nombre de otro hijo que había muerto en la infancia, y desde entonces este apelativo hace las veces de nombre y apellido.

La señorita Cathy y él se habían hecho amigos; pero Hindley lo odiaba, y a decir verdad, yo también. Le atormentábamos y tratábamos de forma vergonzosa. Yo no tenía entonces la capacidad de razonamiento suficiente para darme cuenta de mi injusto proceder y, por otra parte, la señora jamás abrió la boca en su defensa cuando veía que le maltratábamos.

Parecía un niño agraz y sufrido, quizá endurecido por el mal trato. Soportaba los golpes de Hindley sin pestañear ni derramar una lágrima, y mis pellizcos tan sólo hacían que se estremeciera y abriera mucho los ojos, como si él mismo se hubiera hecho daño por casualidad, sin que nadie tuviera la culpa de ello.

Esta capacidad de aguante hacía que el viejo Earnshaw echara pestes cada vez

que descubría a su hijo hostigando al pobre huérfano, como él mismo lo llamaba. Se encariñó extrañamente con Heathcliff, creyendo a pies juntillas todo lo que decía (por entonces apenas hablaba, y si lo hacía era generalmente para contar la verdad), y le mimaba más que a Cathy, que era demasiado voluble y tozuda como para ser su ojito derecho.

Así que, desde el principio, sembró malos sentimientos en la casa. Para cuando murió la señora Earnshaw, cosa que ocurrió menos de dos años después, el hijo del amo había terminado por tratar a su padre más como a un opresor que como a un amigo, y a Heathcliff como a un usurpador de los afectos y privilegios de su padre, y se amargó a fuerza de rumiar ese agravio.

Durante un tiempo simpaticé con Heathcliff. Fue cuando los niños cayeron enfermos con el sarampión y yo tuve que atenderles y cuidarles, viéndome obligada a asumir de pronto las responsabilidades de una madre y cambiando así de opinión. Heathcliff estaba muy enfermo, y en sus peores momentos quería que yo permaneciera siempre en la cabecera de su cama. Supongo que pensaba que lo hacía por él, sin que se le pasara por la cabeza que era mi obligación. En todo caso, debo admitir que era el niño más tranquilo que haya cuidado nadie. Las diferencias entre él y los otros me obligaron a ser menos parcial: Cathy y su hermano me fastidiaban de forma inaguantable. Heathcliff se quejaba menos que un cordero, pero si daba tan poca guerra era por dureza más que por ternura.

Acabó recuperándose, y el doctor aseguró que en buena medida había sido gracias a mí, así que agradeció mis cuidados. Me envanecí y ablandé con la criatura que había sido motivo de los elogios del médico, y de ese modo Hindley perdió su último aliado. Pero no podía llegar a encariñarme con Heathcliff y muchas veces me pregunté qué habría visto el amo de admirable en un niño tan hosco que nunca, que yo recuerde, respondió a sus muestras de cariño con la menor señal de gratitud. No es que fuera insolente con su benefactor; simplemente era insensible, aunque perfectamente conocedor de lo encariñado que estaba, consciente asimismo de que le habría bastado decir una palabra para que la casa entera se pusiera a sus pies.

Recuerdo, por ejemplo, una vez que el señor Earnshaw compró un par de potros en la feria de la comarca y dio uno a cada chico. Heathcliff escogió el más hermoso, que pronto comenzó a cojear, y cuando lo descubrió, le dijo a Hindley:

–Me tienes que cambiar el caballo; no me gusta el mío, y si no lo haces le contaré a tu padre las tres palizas que me has propinado esta semana, y le enseñaré el brazo que tengo cubierto de moratones hasta la espalda.

Hindley le sacó la lengua y le abofeteó.

–Más te vale que lo hagas de una vez –insistió el otro escapando hacia el porche, pues estaban en los establos–. Tienes que hacerlo, porque si me pongo a hablar de los golpes, te aseguro que los recibirás de vuelta con sus respectivos intereses.

–¡Fuera de aquí, perro! –gritó Hindley, amenazándole con una pesa de hierro que se usaba para pesar patatas y heno.

–Tírala –le retó el otro, inmóvil–, y entonces le contaré a tu padre cómo me amenazaste con echarme de la casa en cuanto se haya muerto, y veremos si no es

él quien te echa a ti primero.

Hindley arrojó la pesa y le golpeó en el pecho, haciéndole caer al suelo. Se incorporó de inmediato, tambaleándose sin resuello y pálido, y si no llega a ser por mí, habría ido a buscar al amo para obtener su venganza. Su aspecto físico habría hablado por él, confesando luego quién había sido el causante.

–¡Coge mi potro, gitano asqueroso! –dijo el joven Earn - shaw–. Y ojalá que te rompa la crisma. ¡Llévatelo, maldito intruso miserable! Saquea a mi padre y después le demuestras lo que eres, hijo de Satanás. Llévatelo de una vez, y espero que te haga saltar la tapa de los sesos a golpes.

Heathcliff había ido a desatar al animal para trasladarlo a su propio establo. Cuando pasaba por detrás del animal, Hindley puso fin a su retahíla derribándole bajo sus patas, huyendo a todo correr sin pararse siquiera a pensar si sus deseos se habían cumplido.

Me sorprendió ver la sangre fría con que el muchacho se puso en pie para proseguir con su objetivo de cambiar la silla de montar y todos los demás arreos, y luego se sentó en un montón de heno para reponerse del golpe y serenarse antes de entrar en casa.

Le persuadí fácilmente de que me dejara achacar sus moratones a una caída de caballo. No le preocupaba demasiado lo que se dijera porque ya había conseguido lo que quería. Se quejaba tan poco en situaciones como ésta que llegué a pensar seriamente que en su naturaleza no existía la venganza. Pero me equivoqué por completo, como tendrá ocasión de escuchar.

Capítulo V

Con el paso del tiempo, el señor Earnshaw comenzó a renquear. A pesar de que siempre había sido un hombre vital y saludable, las fuerzas le abandonaron de forma repentina, y al verse arrumbado en un rincón de la chimenea, se volvió terriblemente atrabiliario. Saltaba por nada, y los supuestos desaires a su autoridad le sacaban de quicio.

De forma aún más patente, esto se agravaba cuando alguien intentaba imponerse o dominar a su protegido. Se mostraba receloso de cualquier palabra que los demás profirieran en contra de Heathcliff hasta extremos enfermizos, y parecía habérsele metido en la cabeza la idea de que todos le odiaban y querían jugarle malas pasadas simplemente porque él le quería.

Esto era una desventaja para el muchacho, ya que los demás, deseosos de complacer al amo, le seguíamos la corriente en su parcialidad, cosa que sólo contribuía a dar pábulo al orgullo y mal genio del chico. Lo que sucedió, por tanto, más o menos se barruntaba. En dos o tres ocasiones, las manifestaciones de rabia de Hindley desataron la furia del viejo. Levantaba su vara para azotarle, pero acababa estremeciéndose de rabia porque era incapaz de hacerlo.

Finalmente intervino nuestro cura. Por entonces teníamos un cura que vivía de dar clase a los niños de los Linton y de los Earnshaw, así como del cultivo de su propio pedazo de tierra. Fue él quien aconsejó que mandara a Hindley a la escuela[9]. Su padre consintió, aunque poco convencido, porque dijo:

–Hindley es un cero a la izquierda, y nunca saldrá adelante, vaya donde vaya.

Yo abrigaba la esperanza de que a partir de entonces se restableciera la paz. Me dolía pensar que el amo sufriera por su buena acción. Me figuraba que el fastidio de la edad y de la enfermedad tenían su origen en estas desavenencias familiares, como él afirmaba. Pero la verdad, señor, es que lo que se iba apagando, ¿comprende usted?, era su vida.

Habríamos podido, con todo, ir tirando de manera tolerable de no ser por dos personas, la señorita Cathy y Joseph, el sirviente. Lo habrá visto usted allí arriba. Era, y probablemente siga siendo, el fariseo más recalcitrante y santurrón que nunca antes y mejor se haya aprovechado de la Biblia para acaparar todas sus promesas y, por el contrario, cargar al prójimo con sus anatemas. Esta costumbre suya de soltar sermones y píos discursos a diestro y siniestro impresionaba sobremanera al señor Earnshaw, que cuanto más se iba debilitando, tanto más acusaba la influencia de Joseph.

No dejaba de atosigarle para que se preocupara por la salvación de su propia alma y para que educara a sus hijos con rigor. Fomentaba su aversión hacia Hindley haciéndole ver que era un réprobo, y día tras día iba acumulando una retahíla de chismorreos en contra de Heathcliff y Catherine. Ahora bien, siempre cuidando mucho de halagar la debilidad del amo por el primero a costa de acumular las acusaciones más graves en contra de Catherine.

Era cierto que tenía unos modales que no he visto nunca en una niña, y que nos sacaba de las casillas cincuenta veces y más en un día. De hecho, desde el momento en que bajaba la escalera, hasta que se iba a la cama, no teníamos un minuto de sosiego: en cualquier momento podía estar maquinando alguna fechoría. Era de espíritu inquieto y siempre andaba dándole a la lengua, ora cantando, ora carcajeándose o fastidiando al que no le siguiera la corriente. Una niña malévola y montaraz, eso es lo que era. Pero tenía los ojos más bonitos, la sonrisa más dulce y el andar más sigiloso de la comarca, y, a pesar de todo, creo que no era malintencionada. De hecho, una vez que te había hecho llorar de buena gana, era raro que no se quedara a hacerte compañía obligándote a callar para no sentirse mal.

Se había encariñado mucho con Heathcliff. Separarle de él era el mayor castigo que le podíamos imponer, y eso que la regañaban por su culpa más que a ninguno de nosotros.

Le chiflaba jugar a interpretar el papel de «amita», soltando sopapos cuando le venía en gana y manejando a sus compañeros de juego. Conmigo también lo intentaba, aunque yo le hice saber que no estaba dispuesta a aguantar ni sopapos ni órdenes.

Pues como iba diciendo, el señor Earnshaw no entendía las bromas de sus hijos y siempre se había comportado de manera estricta y solemne con ellos. Pero lo que Catherine no entendía era que estuviese más irascible e impaciente cuando estaba enfermo que cuando estaba sano.

Sus desagradables reproches despertaban en ella el malévolo placer de provocarlo. Lo que más le gustaba en el mundo era desafiarnos con su mirada insolente y descarada, así como con su lengua viperina, cuando todos le reñíamos a un tiempo. Convertía las maldiciones de Joseph en bagatelas ridículas, me hacía rabiar, y simplemente se dedicaba a hacer lo que su padre odiaba con más intensidad, esto es, demostrar cómo su supuesta insolencia (que su padre consideraba auténtica) ejercía más poder sobre Heathcliff que su cariño. Tanto es así que el chico hacía todo lo que ella le decía y, en cambio, cumplía las órdenes del amo sólo cuando le venía en gana.

A veces, después de haberse comportado todo lo mal que podía durante el día, venía a hacer las paces por la noche.

–No, Cathy –decía el viejo–. No te puedo querer, eres peor que tu hermano. Anda, vete, chiquilla, vete y reza tus oraciones y pídele perdón a Dios. Ahora empiezo a pensar que tu madre y yo tendríamos que habernos lamentado de haberte traído al mundo.

Al principio esto le hacía llorar; pero luego el hecho de ser continuamente repudiada la fue endureciendo, e incluso se echaba a reír si le decía que tenía que arrepentirse y pedir perdón por sus faltas.

Pero finalmente llegó la hora en que el señor Earnshaw descansó de todas sus desgracias en la tierra. Murió apaciblemente en su silla una noche de octubre, sentado junto al fuego.

En torno a la casa comenzó a soplar un viento que zumbaba en la chimenea con

un silbido salvaje y tormentoso. Pero no hacía frío y estábamos todos juntos. Yo, un poco apartada del hogar, entretenida con la calceta, y Joseph leyendo su Biblia junto a la mesa, ya que normalmente los criados se sentaban en la sala después de haber terminado el trabajo. La señorita Cathy había estado enferma y eso la mantenía quieta. Se apoyaba en las rodillas de su padre, mientras que Heathcliff estaba acostado en el suelo, con la cabeza sobre el regazo de ella.

Recuerdo que el amo, antes de caer en un sopor mientras acariciaba su preciosa cabellera, realmente contento de verla tan sosegada, dijo:

–¿Por qué no podrás ser siempre la niña buena que eres ahora, Cathy?

Ella levantó el rostro hacia él y, riendo, le contestó:

–¿Y por qué no podrás ser tú siempre un hombre bondadoso, padre?

Tan pronto vio que se enojaba de nuevo, le besó la mano y le dijo que le cantaría hasta que se durmiese. Comenzó a cantar muy bajito, hasta que los dedos del viejo se soltaron de los de la niña, y su cabeza se hundió en el pecho. Entonces le dije que se callara, y que no rebullera, no fuera a despertarle. Todos permanecimos callados como muertos durante media hora, y habríamos podido estar así durante más tiempo de no ser por Joseph, que una vez terminada la lectura se levantó y dijo que tenía que despertar al amo para que rezase sus oraciones y para acostarlo. Se inclinó hacia delante y lo llamó por su nombre, tocándole el hombro. Pero como el amo no se movió, Joseph tomó la vela para escrutarlo.

Me imaginé que pasaba algo malo cuando bajó la vela, cogió a los niños por el brazo y les susurró que subieran y que no montaran bulla. Tenían el permiso para rezar solos esa noche pues tenía algo que hacer.

–Primero quiero darle las buenas noches a padre –dijo Catherine echándole los brazos al cuello antes de que pudiéramos impedirlo.

La pobre se dio cuenta de la desgracia inmediatamente:

–¡Oh, está muerto, Heathcliff! –gritó–. ¡Está muerto! –y ambos rompieron a llorar de forma desgarradora.

Uní mi pena a la de ellos con un llanto audible y amargo. Pero Joseph preguntó en qué estábamos pensando, lloriqueando de ese modo por un santo que ya estaba en el cielo.

Me dijo que me pusiera el abrigo y que corriera a Gimmerton a buscar al médico y al párroco. No comprendía entonces de qué nos iban a servir ninguno de los dos. Pero fui, a pesar del viento y la lluvia, y traje a uno de ellos, el médico; el otro dijo que acudiría por la mañana.

Delegué en Joseph la explicación de lo ocurrido y corrí a la habitación de los niños. La puerta estaba entreabierta, y comprobé que no se habían acostado aunque ya pasaban las doce de la noche. Pero estaban tranquilos y no necesitaban de mi consuelo. Las pobres criaturas se consolaban entre sí con mejores argumentos de los que se me habrían ocurrido a mí. Ningún párroco habría podido dibujar el cielo de forma tan hermosa como lo hacían ellos en su inocente charla, y mientras sollozaba y escuchaba, no pude por menos de desear que estuviéramos allí todos, juntos y a salvo.

Capítulo VI

El señor Hindley volvió a casa para asistir al funeral. Es más: se trajo consigo a su esposa, cosa que nos sorprendió sobremanera y desató el chismorreo entre los vecinos.

Nunca nos dijo quién era y dónde había nacido, probablemente porque la chica ni tenía dinero ni apellido que la recomendaran. De no ser así, no habría tenido por qué esconder el enlace a su padre.

No era el tipo de mujer que se dedica a incordiar en la casa con sus iniciativas. Diría que se mostró entusiasmada con todo lo que vio desde el momento en que cruzó el umbral, así como con todo lo que ocurría a su alrededor, salvo con los preparativos del entierro y la presencia de los asistentes al velatorio.

Su comportamiento durante los preparativos me llevó incluso a pensar que era medio boba. Se metió en su alcoba e hizo que la acompañase, aun sabiendo que tenía que vestir a los niños. Se sentó temblorosa y retorciéndose las manos, preguntando a cada momento:

–¿Se han ido ya?

Entonces comenzó a describirme con histérica emoción la impresión que le producía ver tanto luto. Se sobrecogía embargada por un sobresalto, hasta que finalmente rompió a llorar. Cuando le pregunté qué le ocurría contestó que no lo sabía, pero que ¡tenía tanto miedo de morirse!

La imaginé con tan pocas posibilidades de morir como yo. Era bastante delgada, aunque joven y lozana, y sus ojos despedían el fulgor de los diamantes. De lo que sí me di cuenta, todo hay que decirlo, es de que se quedaba sin resuello al subir las escaleras, que el menor ruido la sobresaltaba y que a veces tenía una tos enfermiza. Pero desconocía lo que había detrás de esos síntomas y no tenía ninguna gana de simpatizar con ella. En general no somos muy dados aquí a hacer migas con los extraños, señor Lockwood, a no ser que de antemano lo hagan ellos[10].

El joven Earnshaw había cambiado bastante durante los tres años en que estuvo ausente. Había adelgazado y su piel había mudado de color, y hablaba y vestía de manera muy distinta. El mismísimo día en que llegó, nos comunicó a Joseph y a mí que de ahí en adelante debíamos instalarnos en la cocina y dejar la sala de estar para él. De buena gana habría alfombrado y empapelado una habitación pequeña para que sirviera de gabinete, pero su mujer parecía tan encantada con el suelo encalado, la enorme chimenea chisporroteante, los platos de peltre, el armario de la porcelana, la perrera y el vasto espacio de que disponían como lugar habitual para sentarse, que pensó que aquella reforma era innecesaria para su comodidad, así que finalmente abandonó la idea.

También parecía encantada de haber encontrado una hermana entre sus nuevos conocidos, y al principio charlaba con Catherine, e iba de aquí para allá con ella y la colmaba de regalos. Pero su afecto se agotó rápidamente, y cuando se tornó

desabrida, Hindley se volvió tiránico. Unas cuantas palabras de ella evidenciando su aversión hacia Heathcliff eran suficientes para que aflorase el viejo odio embalsamado hacia el muchacho. Lo desterró de su vista para relegarlo a la compañía de los criados, le privó de las clases del cura e insistió en que debía trabajar en el campo, obligándole a hacerlo tan duramente como cualquier otro criado.

Al principio Heathcliff soportó la degradación bastante bien, porque Cathy le enseñaba lo que ella iba aprendiendo, y trabajaba o jugaba con él en el campo. Se prometieron solemnemente el uno al otro crecer tan rudos como salvajes, más si cabe porque al joven amo le era totalmente indiferente cómo se comportaban y qué hacían, con tal de no tenerlos delante. Incluso le habría dado igual si iban a misa o no los domingos de no ser porque Joseph y el cura reprendían la falta cuando se abstenían de hacerlo, y eso le recordaba que tenía que mandar azotar a Heathcliff y dejar a Catherine sin comer o cenar.

Una de sus diversiones preferidas era la de escaparse al páramo temprano y permanecer allí durante todo el día, riéndose de antemano del castigo que les esperaba. Ya podía el cura ordenar que Catherine se aprendiese de memoria los capítulos que quisiera, o ya podía Joseph azotar a Heathcliff hasta que se le cayera el brazo: en el momento en que estaban juntos de nuevo, se olvidaban de todo, sobre todo si habían urdido algún malévolo plan de venganza. A mí a veces se me encogía el corazón al verles crecer como salvajes. Pero no me atrevía a decir una sola palabra por miedo a perder la poca influencia que todavía conservaba sobre las desvalidas criaturas.

Un domingo por la noche habían sido expulsados del salón por meter bulla u otra bagatela por el estilo, y ocurrió que cuando fui a llamarles para la cena, no los encontré por ningún sitio.

Recorrimos la casa de arriba abajo en su busca, y registramos el patio y las cuadras. Se habían esfumado. Finalmente, Hindley, enfurecido, nos ordenó atrancar las puertas y nos juró que aquella noche se quedarían fuera.

Nos fuimos todos a la cama. Pero yo, demasiado alterada para conciliar el sueño, abrí la ventana de mi cuarto y, a pesar de lo que llovía y de la prohibición del amo, asomé la cabeza para escuchar, dispuesta a admitirles en casa si regresaban.

Después de un rato, distinguí un rumor de pasos aproximándose por la carretera, y vi la luz temblorosa de un farol a través de la verja.

Me arrojé un chal sobre los hombros y corrí a prevenirles de que no despertaran al señor Earnshaw aporreando la puerta. Y ahí estaba Heathcliff; casi me da algo al verle solo.

–¿Dónde está la señorita Catherine? –exclamé atropelladamente–. No habrá ocurrido ningún accidente, ¿verdad?

–En la Granja de los Tordos –contestó–. Y yo también debería estar ahí, pero no han tenido la delicadeza de pedirme que me quede.

–¡Te lo tienes merecido! –dije–. Parece que no os quedáis contentos si no os metéis en algún lío. ¿Y se puede saber qué es lo que se os ha perdido en la Granja de los Tordos?

–Primero deja que me quite la ropa mojada y luego te cuento todo, Nelly –contestó él.

Le pedí que tuviese cuidado de no despertar al amo, y mientras se desvestía, y yo esperaba para apagar el farol, reanudó su relato:

–Cathy y yo nos escapamos del lavadero para dar un paseo a nuestras anchas, y al ver de lejos las luces de la Granja, se nos ocurrió comprobar si los Linton pasaban las tardes del domingo tiritando por los rincones mientras sus padres se sentaban a comer, a beber, a cantar y reír hasta chamuscarse las pestañas delante del fuego. ¿Tú crees que hacen eso? ¿O crees que se dedican a leer sermones y a dejarse catequizar por su criado que les hace aprenderse una lista de nombres bíblicos en caso de que no contesten adecuadamente?

–Probablemente no –respondí–. Son buenos chicos, no cabe duda, y no reciben castigos parecidos a los que tú te ganas por tu pésima conducta.

–No me vengas con monsergas, Nelly –dijo–. Corrimos desde la cima de las Cumbres hasta la finca sin detenernos. Catherine llegó completamente derrengada porque iba descalza. Por cierto que mañana tendrás que buscar sus zapatos en la ciénaga. Nos deslizamos a través de un seto roto, subimos a tientas por el sendero y nos plantamos en un arriate de flores bajo la ventana del salón. La luz procedía de allí, pues no habían cerrado las contraventanas y las cortinas estaban a medio correr. De puntillas en el zócalo y agarrándonos al alféizar de la ventana, podíamos divisar lo que había dentro, y vimos (¡ah, qué maravilla!) una estancia espléndida alfombrada de color carmesí, sillas y mesas cubiertas de rojo, así como un techo encalado de blanco y ribeteado de oro, con una cascada de gotas de cristal colgando de cadenas de plata desde el centro y titilando con finas velitas. El señor y la señora Linton no estaban, así que Edgar y su hermana campaban a sus anchas, ¿no es como para que se hubieran sentido satisfechos? A nosotros, en un caso así nos habría parecido que estábamos en el cielo. Pues adivina lo que hacían tus niñitos. Isabella, que calculo tiene ahora once años, uno menos que Cathy, estaba tirada en un rincón de la habitación y rebuznaba como si las brujas le estuvieran clavando agujas al rojo vivo. Edgar, de pie junto a la chimenea, sollozaba en silencio, y en medio de la mesa yacía un perrito sacudiendo una pata y gañendo. A juzgar por sus mutuos reproches, habían estado a punto de despedazarlo. ¡A eso se dedicaban el par de idiotas!, a pelearse por quién debía coger aquella pelambre caliente, para después echarse a llorar porque tras el forcejeo resultaba que ya ninguno tenía interés en quedarse con el animal. Nos reímos a carcajada limpia de aquellos críos mimados, ¡vaya si lo hicimos!, y de paso los despreciamos. ¿Cuándo me has visto a mí deseando tener lo mismo que Catherine? ¿O cuando nos has encontrado solos, buscando entretenimiento a base de gritos y gimoteos, y de rodar por los suelos, cada uno en un extremo de la habitación? No cambiaría por nada en el mundo mi situación por la de Edgar Linton en la Granja de los Tordos, ¡aunque me dieran la oportunidad de tirar a Joseph desde lo más alto del tejado o de embadurnar la fachada de la casa con la sangre de Hindley!

–¡Uy, por Dios, calla! –le interrumpí–. Todavía no me has contado, Heathcliff, por qué Catherine se ha quedado allí.

–Te decía que nos reímos –contestó–. Pues bien, los Linton nos oyeron y los dos echaron a correr hacia la puerta como almas que lleva el diablo. Se hizo el silencio, y luego irrumpió un grito: «¡Ay, mamá, mamaíta! ¡Papá! ¡Ay, mamá, ven! ¡Ay, papá, ay!». De verdad que profirieron gritos de esa guisa. Nos pusimos a hacer ruidos terroríficos para asustarlos aún más y entonces nos descolgamos del zócalo porque alguien estaba descorriendo los cerrojos y comprendimos que era mejor esfumarse. Yo sostenía a Cathy de la mano, y le pedía que se apresurase cuando de repente se cayó.

»–Corre, Heathcliff, corre –me susurró–. ¡Han soltado al bulldog y me ha atrapado!

»El mismo diablo la había enganchado por el tobillo, Nelly, incluso pude oír su bufido abominable. La pobre ni se quejó. Se habría avergonzado de gritar aunque se hubiera visto entre los cuernos de una vaca brava. Ah, pero yo sí que grité: vomité las suficientes maldiciones como para desterrar a cualquier espíritu maligno del reino de Cristo. Luego agarré una piedra y se la encasqueté al animal en la mandíbula, intentando con todas mis fuerzas hundírsela hasta el gaznate. Finalmente se acercó un criado con un farol, y el muy bestia gritaba:

»–¡Atrápalo, Skulker, atrápalo!

»Pero enseguida cambió de tercio cuando se dio cuenta del estado en que se hallaba Skulker. Se estaba asfixiando. La enorme lengua le colgaba amoratada a medio metro de la boca, y de sus labios chorreaba un hilo de sangre.

»El hombre levantó a Cathy y se la llevó dentro. Se había desvanecido aunque no de miedo sino de dolor, de eso no me cabe duda. Yo les seguí farfullando insultos y maldiciones.

»–¿Cuál ha sido la presa, Robert? –exclamó Linton desde la entrada.

»–Skulker ha atrapado a una niña, señor, y hay un chico aquí –dijo agarrándome–, un chico con aspecto de bandido. Parece que los ladrones intentaban meterlos por la ventana para que abriesen las puertas a la banda de forajidos y así asesinarnos a todos tranquilamente mientras dormíamos. ¡Y tú cállate, deslenguado! Vas a ir a la cárcel por esto. Señor Linton, tenga la escopeta preparada.

»–Descuida, Robert –dijo el viejo–. Los sinvergüenzas sabían que ayer era día de cobranza y querían aprovecharse, los muy cucos. Pase, pase, que les vamos a dar su merecido. Aquí tienes, John, ata la cadena. Dale agua a Skulker, Jenny. Mira que atacar a un magistrado en su propia casa, y encima en domingo, ¿hasta dónde llegarán con su insolencia? Ay, mi querida Mary, mira. No tengas miedo, es sólo un mocoso, aunque se lee en su rostro que es un villano. ¿No es cierto que haríamos un craso favor al país ahorcándole de una vez por todas antes de que aflore su malévola naturaleza?

»Me arrastró hasta colocarme bajo la lámpara y la señora Linton se puso los lentes sobre la nariz alzando las manos en un gesto de horror. Los cobardicas de los niños también se acercaron. Se oyó a Isabella bisbisear:

»–¡Qué espanto! Métele en la bodega, papá. Es exactamente igual al hijo de la hechicera, el que me robó el faisán domesticado, ¿a que sí, Edgar?

»Mientras se dedicaban a pasarme revista, Cathy volvió en sí. Oyó estas últimas palabras y se rió. Después de mirarla de manera inquisitiva, Edgar Linton consiguió reunir un poco de ingenio y la reconoció. Nos ven en misa, ya sabes, aunque casi nunca coincidimos con ellos en ningún otro sitio.

»–Es la señorita Earnshaw –le susurró a su madre–, y mira lo que le ha hecho Skulker, mira cómo le sangra el pie.

»–¿La señorita Earnshaw?, ¡qué bobada! –gritó la dama–. ¿Cómo va a andar la señorita Earnshaw correteando por los campos con un gitano? Pero lo cierto es que va de luto..., es ella, querido, ¡y puede que quede coja para toda la vida!

»–¡Qué abandono por parte de su hermano! –dijo el señor Linton desviando su mirada del rostro de Catherine al mío–. Me he enterado por el padre Shielders (el cura, señor Lockwood) de que la está dejando vagar de un lado a otro como una salvaje. Pero ¿quién es éste? ¿De dónde se ha sacado semejante compañía? Ah, ya; apuesto a que es esa extraña adquisición que hizo mi viejo vecino en su viaje a Liverpool, un pequeño golfo indio, un descastado americano o español.

»–Un chico endemoniado en todo caso –dijo la vieja–, y poco apropiado para una casa decente. ¿Has reparado en cómo habla, Linton? Me preocupa que mis hijos le hayan oído.

»No te enfades, Nelly, pero seguí blasfemando, y entonces ordenaron a Robert que me sacara de ahí. Me negué a irme sin Cathy, pero me arrastró hasta el jardín, me plantó una linterna en la mano, me aseguró que iba a informar al señor Earnshaw de mi conducta y, ordenándome que me largara sin más contemplaciones, volvió a atrancar la puerta.

»Las cortinas seguían descorridas, así que volví a mi puesto de observación, porque si Catherine quería volver, era capaz de romper los ventanales en mil añicos con tal de que la dejaran salir.

»Ella se sentó silenciosamente en el sofá. La señora Linton le quitó el manto gris de la lechera que habíamos tomado para la excursión mientras mecía la cabeza, y supongo que le echaba un buen rapapolvo. En todo caso, ella era una señorita, y no se la podía tratar de la misma manera que a mí, había que hacer distingos. La criada trajo una palangana con agua templada y le lavó los pies. El señor Linton le preparó un ponche; Isabella le vació en el regazo un plato lleno de tartaletas mientras que Edgar permanecía observando en la distancia. A continuación le secaron y peinaron la preciosa cabellera, le dieron un par de zapatillas enormes y arrastraron su butaca hasta la chimenea. Así es como la dejé, más contenta que unas castañuelas, compartiendo su comida con el perrito faldero y Skulker, al que pellizcaba en el hocico mientras comía. Y cuando ya estaba a punto de irme, vi cómo se encendía una llamita en los ojos azules y vacíos de los Linton, un tenue reflejo de su carita encantadora, y pude ver que estaban llenos de estúpida admiración. La verdad es que es tan inconmensurablemente superior a ellos..., a todo el mundo, ¿verdad, Nelly?

–Este asunto tendrá más repercusiones de lo que te piensas –contesté, mientras le remetía la ropa de la cama y apagaba la luz–. No tienes remedio, Heahtcliff, y el señor Hindley tendrá que tomar medidas, no dudes que lo hará.

Mis palabras resultaron más certeras de lo que habría deseado. La desdichada aventura enfureció a Earnshaw. Y entonces, para colmo de males, el señor Linton nos hizo una visita al día siguiente. Le soltó al joven amo tal sermón sobre cómo estaba guiando a su familia que bastaba con mirarle para comprender que le había dejado obsesionado.

Esta vez Heathcliff no fue azotado, pero le dijeron que la primera palabra que dirigiera a la señorita Catherine supondría su despido. Por su parte, la señora Earnshaw convino poner a su cuñada a buen recaudo cuando volviera a casa. Ahora, eso sí, con más maña que fuerza. Había quedado claro que la fuerza no daba resultados.

Capítulo VII

Cathy permaneció cinco semanas en la Granja de los Tordos, hasta Navidad. Para entonces su tobillo se había curado del todo y sus modales habían mejorado considerablemente. La señora Earnshaw fue a visitarla a menudo durante su estancia en la Granja, iniciando así su plan de reforma, consistente en estimular su vanidad a base de lisonjas y trajes elegantes que la otra aceptaba de buena gana. Como consecuencia de todo ello, la Cathy que vimos apearse de una preciosa jaca negra ya no tenía nada que ver con la pequeña salvaje que irrumpía en la casa con el pelo desgreñado dejándonos a todos sin resuello con sus achuchones. Era más bien una persona muy digna, de cuyo sombrero de castor adornado con plumas caía una cascada de tirabuzones castaños, vestida con un abrigo de montar de paño que estaba obligada a alzar con las dos manos para poder avanzar.

Hindley la ayudó a apearse del caballo y exclamó encantado:

–Vaya, vaya..., Cathy, ¡menuda belleza! Quién lo habría dicho... Estás hecha una señorita. Isabella Linton no tiene nada que envidiarle, ¿verdad, Frances?

–Isabella no tiene sus encantos naturales –contestó su mujer–, pero, en todo caso, tiene que tener cuidado de no volverse una salvaje de nuevo. Ellen, ayuda a la señorita Catherine a desvestirse. Pero espera, querida, que se te van a descolocar los rizos, deja que te desate el sombrero.

Le quité el abrigo y debajo apareció un magnífico vestido de seda a cuadros, pantalones blancos y zapatos de charol. Y, aunque sus ojos centelleaban de alegría cuando los perros se acercaron dando saltos para saludarla, casi no se atrevió a tocarlos por miedo a que le lamiesen las espléndidas vestimentas.

Me besó con cuidado, pues estaba haciendo el pastel de Navidad y estaba enharinada de pies a cabeza, por lo que no habría sido oportuno darme un abrazo, y entonces buscó con la mirada a Heathcliff. El señor y la señora Earnshaw vigilaban el encuentro con ansia porque pensaban que les ofrecería la oportunidad de juzgar, en cierta medida, qué posibilidades tendrían de conseguir la separación de los dos amigos.

Al principio fue difícil encontrar a Heathcliff. Si antes de la ausencia de Catherine era descuidado y nadie se ocupaba de él, ahora las cosas habían ido de mal en peor.

Nadie excepto yo misma tenía la delicadeza de echarle en cara que era un sucio, y de pedirle que se lavara una vez a la semana, y es raro que los chiquillos de su edad hagan buenas migas con el agua y el jabón. Así que tenía la superficie de las manos y la cara terriblemente mugrientas, por no hablar de sus ropas, que llevaban tres meses de servicio entre el barro y el polvo, y el pelo hirsuto y desgreñado. Era probable que estuviese agazapado detrás del banco para fisgar a la esplendorosa y agraciada damisela haciendo su entrada en la casa, en lugar de la desgreñada réplica de sí mismo que esperaba.

–¿No está Heathcliff? –preguntó mientras se quitaba los guantes, dejando al

descubierto unos dedos perfectamente blancos a fuerza de no hacer nada y de permanecer todo el día metida en casa.

–Heathcliff, puedes acercarte –gritó el señor Hindley, gozando de su desconcierto y satisfecho de poder hacer la presentación de aquel arrapiezo repelente–. Puedes venir a saludar a la señorita Catherine, como los otros criados.

Cathy, tras echar un vistazo a su amigo en su escondrijo, se precipitó a abrazarle. En poco más de un segundo le plantó siete u ocho besos en la mejilla, y acto seguido se detuvo, reculó y se echó a reír. Exclamó:

–¡Vaya, pues qué negrito y enfurruñado estás!, y qué... ¡qué raro y ceñudo! Será porque estoy acostumbrada a Edgar y a Isabella Linton. Entonces qué, Heathcliff, ¿te has olvidado de mí?

Tenía sus motivos para hacer la pregunta porque la pena y el orgullo ensombrecían por partida doble el semblante del chico y lo mantenían inmovilizado.

–Dale la mano, Heathcliff –dijo el señor Earnshaw de manera condescendiente–. Se te permite, al menos por una vez.

–¡No quiero! –contestó el chico, que finalmente parecía haber encontrado la lengua–. ¡No soporto que nadie se ría de mí!

De buena gana se habría escabullido, pero la señorita Cathy volvió a retenerlo.

–No tenía intención de burlarme de ti –dijo–, no pude evitarlo. Heathcliff, por lo menos dame la mano. ¿Qué motivo tienes para mostrarte tan desabrido? Lo único que pasa es que tienes un aspecto un tanto raro. Si te lavas la cara y te cepillas los dientes, volverás a estar presentable. Porque, la verdad, ¡estás más puerco...!

Miró con cierto desdén los dedos roñosos que sujetaba entre sus manos y luego su propio vestido, que temía haber ensuciado con el roce.

–¡No haberme tocado! –contestó el otro siguiendo la dirección de su mirada y retirando bruscamente la mano–. Estoy sucio porque me da la gana, y lo que es más: me gusta estar sucio y siempre estaré sucio.

Y diciendo esto, se escabulló fuera de la habitación con la cabeza gacha para regocijo del señor y la señora y para el incomodo de Catherine, que no podía comprender por qué sus comentarios habían desatado semejante explosión de mal humor.

Después de hacer de doncella de la recién llegada, de meter mis pasteles en el horno y de alegrar la casa y la cocina con fogatas dignas de la Nochebuena, me senté a pasar el rato sola cantando villancicos sin tener en cuenta los comentarios de Joseph, el cual consideraba que las alegres melodías que escogía estaban muy cerca de los cantos profanos.

Se retiró a rezar a su habitación, y el señor y la señora Earn shaw se dedicaron a entretener a la señorita mostrándole unas chucherías vistosas que habían comprado para regalar a los pequeños Linton en agradecimiento a su amabilidad.

Los habían invitado a pasarse por Cumbres Borrascosas al día siguiente, y la invitación había sido aceptada con una condición: la señora Linton pidió que sus queridos niñitos permanecieran rigurosamente apartados de aquella «criatura malévola y blasfema».

Así que me quedé sola disfrutando del rico aroma de las especias que se calentaban al fuego, admirando los relucientes utensilios de cocina, el reloj pulido y adornado con acebo, las jarras de plata alineadas en una bandeja y listas para ser rellenadas con la cerveza a la hora de la cena, y, por encima de todo, la pureza inmaculada del objeto especial de mis cuidados: el suelo barrido y fregado a conciencia.

Otorgué la debida aprobación a cada objeto y después me acordé de que el viejo señor Earnshaw solía entrar cuando todo estaba reluciente y me llamaba «buena chica», y después me deslizaba un chelín en la mano como aguinaldo de Navidad. Esto me llevó a acordarme también de su predilección hacia Heathcliff, y del temor que le solía asaltar ante la idea de que, una vez muerto él, el otro quedara desprotegido; y de ahí, como es lógico, me puse a pensar en la triste situación del chico. Así que, de cantar, pasé a derramar unas cuantas lagrimitas. Pero enseguida caí en la cuenta de que mucho mejor era corregir los errores que derramar lágrimas sobre ellos. Por lo que me levanté y fui a buscarle al patio.

No andaba muy lejos; le encontré en la cuadra, cepillando la piel brillante de la jaca y alimentando a los otros animales, como de costumbre.

–¡Date prisa, Heathcliff! –le dije–, se está tan bien en la cocina..., y además, Joseph ha subido. Si te das prisa y me dejas vestirte y ponerte guapo antes de que llegue la señorita Cathy, tendréis todo el calorcito de la chimenea para vosotros solos y podréis conversar a vuestras anchas hasta la hora de acostaros.

Siguió con lo que estaba haciendo sin dignarse volver la cabeza hacia mí.

–Venga, hombre, ¿vas a venir o no? –proseguí–. Hay un pastelito para cada uno y me llevará media hora arreglarte.

Esperé cinco minutos, pero como no obtuve respuesta opté por dejarle solo. Catherine cenó con su hermano y con su cuñada mientras Joseph y yo compartíamos una cena de lo más insociable, sazonada con reproches de una parte e impertinencias de otra. La tarta y el queso de Heathcliff permanecieron sobre la mesa toda la noche. Se las apañó para seguir trabajando hasta las nueve, y después se retiró a su cuarto, mudo y protervo.

Cathy tardó un rato en acostarse, pues tenía un montón de cosas que organizar para la recepción de sus nuevos amigos. En una ocasión entró en la cocina para hablar con su viejo compañero, pero como éste ya se había ido, se limitó a preguntar si yo sabía lo que le ocurría. Luego volvió a marcharse.

Al día siguiente, Heathcliff se levantó temprano. Como era día de fiesta, se marchó con su mal humor a los páramos, y no volvió a aparecer hasta que toda la familia se había marchado ya a misa. El ayuno y la reflexión parecían haberle insuflado aires renovados. Se quedó merodeando en torno a mí durante un rato, y de repente, como reuniendo fuerzas, prorrumpió desmañadamente:

–Ponme guapo, Nelly. Voy a ser bueno.

–Ya era hora, Heathcliff –le dije–, has ofendido a Catherine y hasta me parece que ahora lamenta haber vuelto a casa. Se diría que le tienes celos porque se ocupan más de ella que de ti.

La idea de envidiar a Catherine era incomprensible para él, pero la de disgustarla

la captó perfectamente.

–¿Ha dicho ella que se sintió ofendida? –preguntó muy afectado.

–Lloró cuando le dije que habías vuelto a marcharte esta mañana.

–Pues yo también lloré anoche, y más motivos tengo yo que ella para llorar –replicó.

–Sí, y para irte a la cama con el corazón rebosante de soberbia y el estómago vacío –le dije–. La gente soberbia no hace más que alimentar sus propias desdichas. Si de verdad sientes haberla ofendido, tienes que pedirle perdón en cuanto vuelva. Subes, la abrazas y le dices..., bueno, tú sabes bien lo que tienes que decirle, lo único que te pido es que lo hagas de corazón y no pensando que se ha convertido en una extraña por la ropa que trae puesta. Y ahora, aunque tengo que preparar la comida, voy a sacar tiempo para acicalarte de modo que Edgar Linton parezca un fantoche a tu lado. No será difícil porque aunque tú eres más joven, tengo que admitir que eres más alto y el doble de ancho de espaldas, de modo que podrías derrumbarle en un abrir y cerrar de ojos. ¿No crees que podrías?

Por un momento, el rostro de Heathcliff se iluminó. Pero a continuación, una sombra pareció recorrerlo y lanzó un suspiro.

–Pero, Nelly, por muchas veces que le derribara, él nunca dejaría de ser guapo ni yo llegaría a serlo. Ojalá tuviera el pelo rubio y la piel blanca, y ojalá vistiera y me comportara tan bien como él, y tuviera la oportunidad de ser tan rico como lo va a ser él.

–Sí, y ojalá lloraras por tu mamá cada dos por tres –añadí- y te pusieras a temblar cada vez que un muchachuelo de campo levanta su puño contra ti, y te quedaras sentado en casita todo el santo día porque afuera caen unas cuantas gotas de lluvia. ¡Ay, Heathcliff, que pareces un niñito de mamá! Acércate al espejo, te voy a mostrar lo que tienes que querer. ¿Ves esas dos arrugas que tienes en el entrecejo y esas cejas espesas que en lugar de enarcarse con ímpetu se hunden en el medio, y ese par de diablos negros tan profundamente sepultados que en lugar de abrir sus ventanas de par en par acechan chispeantes por debajo como espías satánicos? Pues lo que tienes que aprender es a hacer desaparecer las torvas arrugas, y a levantar los párpados con franqueza, y a convertir los diablos en angelitos inocentes y confiados que no sospechan ni dudan de nada, dispuestos siempre a ver amigos mientras no se demuestre lo contrario. No te quedes con la expresión del perro rabioso que cree que se merece todos los puntapiés que recibe y sin embargo odia al mundo entero, y también al que le da el puntapié por todo lo que sufre.

–O sea que tengo que desear los enormes ojos azules de Edgar Linton, así como su frente ancha –replicó–. Pues bien, lo haré, pero eso no me ayudará a tenerlos.

–Un buen corazón, mi niño, ayuda a tener una cara bonita –continué– aunque seas un negro de verdad. Lo mismo que un corazón malo hace que la cara más bonita se convierta en algo detestable. Y ahora que hemos terminado de lavarte, peinarte y regañar, dime si no te ves bastante guapo. Yo te digo que sí, que podrías pasar por un príncipe disfrazado. Aunque, ¿quién me dice que tu padre no era emperador de la China y tu madre una reina india, cada cual capaz de adquirir, con

el sueldo de una semana, Cumbres Borrascosas y la Granja de los Tordos juntas...? ¿Quién me dice que no te secuestraron los piratas y te llevaron a Inglaterra...? Yo en tu lugar, tendría mis propios orígenes en alta consideración, y esa idea me infundiría fuerza y dignidad suficientes para soportar el avasallamiento de un granjero de pacotilla.

Continué con la cháchara hasta que Heathcliff fue relajando el ceño poco a poco y comenzó a tener un aspecto bastante agradable. Y, entonces, nuestra charla fue interrumpida por un repentino rumor que se aproximaba por el camino y crecía llenando el patio. Corrió a la ventana, y yo a la puerta, justo a tiempo de presenciar la llegada de los dos Linton, que descendían de su coche familiar embutidos en abrigos de pieles, así como de los Earnshaw desmontando de sus caballos, pues en invierno solían ir cabalgando a la iglesia.

Catherine tomó la mano de los niños, los introdujo en la casa y los acomodó frente al fuego de la chimenea, que rápidamente encendió sus pálidas mejillas.

Yo animé a mi compañero para que se diera prisa y se mostrara afable. Obedeció de buen grado, pero con la mala suerte de que, según abría la puerta por un lado de la cocina, Hindley aparecía por el otro. Se encontraron de frente, y el amo, quién sabe si furioso al ver que estaba limpio y alegre, o quizá deseoso de cumplir con la promesa que le había hecho a la señora Linton, le propinó un empujón y ordenó de mala manera a Joseph que sacara al chico de la habitación y lo encerrara en el altillo hasta que hubieran terminado de cenar. Porque si permanecía ahí, aunque fuera sólo un minuto, «iba a meter los dedazos en las tartas y a robar la fruta».

–No, señor –no pude evitar decir–, *él* no va a tocar nada. Y supongo que le corresponde su parte de las golosinas como a nosotros.

–Le daré su parte con mis propias manos si le pillo de nuevo abajo antes de que se haga de noche –exclamó Hindley–. ¡Lárgate de aquí, vagabundo! Intentas hacerte el modosito, ¿no es así? Pues espera que te agarre uno de esos elegantes tirabuzones y verás cómo te lo estiro.

–Ya están lo suficientemente estirados –apuntilló el señorito Linton, que estaba fisgando desde la puerta–. Lo que no sé es cómo no le dan dolor de cabeza cayéndole así sobre los ojos como si fueran crines de potro.

Lanzó el comentario sin ánimo de insultar, pero el temperamento violento de Heathcliff no estaba preparado para soportar lo que parecía ser una insolencia de alguien a quien ya odiaba, incluso entonces, como a un rival. Cogió lo primero que encontró, una escudilla de salsa de manzana, y le arrojó su contenido contra la cara y la garganta con la que acababa de hablar, que acto seguido se puso a chillar. Isabella y Catherine acudieron presurosas al lugar.

El señor Earnshaw le arrebató directamente la escudilla y le acompañó a su alcoba, en donde, sin duda, debió de administrarle un brutal remedio contra el arrebato pasional, porque reapareció sofocado y sin aliento. Cogí un trapo de cocina y, con cierta mala idea, lo restregué por la nariz y la boca de Edgar, afirmando que se lo tenía merecido por meterse donde nadie le llamaba. Su hermana comenzó a sollozar y a decir que quería volver a casa, y Cathy nos miraba confusa. Se había puesto colorada.

–¡No sé para qué le has dicho nada! –reconvino al joven Linton–. Estaba de mal humor y lo que has conseguido ahora es estropear la visita y que a él lo azoten. ¡Odio que le azoten! Se me han quitado las ganas de cenar. ¿Por qué has tenido que decirle nada, Edgar?

–Yo no he dicho nada –sollozó el joven escabulléndose de mis manos y terminando de limpiarse la cara con su pañuelo de batista–. Le prometí a mamá que no le diría ni una sola palabra y así he hecho.

–Bueno, pues no lloréis más –dijo Catherine en tono despectivo–. No os ha matado, ¿no? No le deis mayor importancia, que viene mi hermano, ea, callaos. Déjalo ya, Isabella, ¿acaso te han hecho a ti daño?

–¡A cenar, niños, a cenar! –gritó Hindley irrumpiendo en la estancia–. Ese bruto me ha hecho entrar en calor. La próxima vez, joven Edgar, tómate la justicia por tu mano y verás cómo se te abre el apetito.

El pequeño grupo recobró el ánimo ante la vista del oloroso festín. Tenían hambre después del paseo y, como en realidad nada grave había ocurrido, se consolaron fácilmente.

El señor Earnshaw trinchaba abundantes tajadas de carne y su esposa les divertía con una charla amena. Yo esperaba tras su silla, apenada de observar a Catherine que, con ojos secos y aire indiferente, comenzaba a desmenuzar el ala de ganso que tenía delante.

«Una chiquilla sin sentimientos», me dije, «y con qué ligereza olvida los problemas de su antiguo compañero de juegos. Nunca imaginé que pudiera ser tan egoísta».

Se llevó un bocado a la boca y a continuación lo volvió a dejar en el plato: sus mejillas se ruborizaron, y empezaron a caérsele las lágrimas. Dejó caer el tenedor al suelo y se lanzó presurosa bajo el mantel para ocultar su emoción. Ya no se me pasaba por mientes llamarla insensible. Me di cuenta de que había estado sufriendo durante todo el día, agobiada por encontrar un minuto para quedarse sola o para hacer una visita a Heathcliff, a quien el amo había encerrado, como descubrí al intentar llevarle una secreta ración de vituallas.

Por la noche se organizó un baile. Aprovechando que Isabella Linton no tenía pareja, Cathy pidió que liberaran a Heathcliff. Pero sus súplicas no fueron atendidas y yo tuve que suplir la falta.

Gracias al ejercicio, conseguimos sacudirnos de encima el aire sombrío y nuestro bienestar aumentó con la llegada de la banda de música de Gimmerton, compuesta por quince instrumentos: trompeta, trombón, clarinetes, fagots, oboes y un contrabajo, además de los cantantes. Todas las Navidades hacían la ronda por las casas respetables recibiendo un aguinaldo a cambio. Era una delicia escucharlos.

Después de cantar los villancicos de rigor, les pedimos que interpretaran alguna que otra canción típica inglesa[11]. A la señora Earnshaw le gustaba la música, así que nos dedicaron unas cuantas.

A Catherine también le gustó, pero dijo que sonaría más suave en el rellano de las escaleras, así que subió a oscuras. Yo la seguí. Cerraron la puerta del salón, y como había tanta gente, no se percataron de nuestra ausencia. Pero Cathy no se

quedó en el rellano sino que siguió subiendo hasta el altillo donde Heathcliff estaba encerrado y lo llamó. Él, terco como una mula, se negó a responder al principio. Pero ella insistió hasta convencerle de que tenían que hablar a través de las tablas.

Dejé que los pobrecillos conversaran sin ser molestados hasta que supuse que las canciones estaban a punto de acabarse y que los cantantes querrían un pequeño refrigerio. Entonces subí por la escalera para avisarla.

Pero en lugar de encontrarla fuera, oí su voz dentro. La muy monita se había deslizado desde el tragaluz de uno de los altillos a lo largo del tejado hasta introducirse en el siguiente tragaluz. Me costó mucho convencerla de que tenía que salir.

Cuando finalmente lo hizo, Heathcliff venía con ella. Insistió en que debía llevarle a la cocina ya que mi compañero de servicio había huido a casa de un vecino espantado por el sonido de nuestra «salmodia diabólica», como tenía a bien llamarla.

Les advertí que en modo alguno pensaba dar pábulo a sus travesuras, pero que, como el prisionero estaba en ayunas desde la cena del día anterior, por aquella vez iba a hacer la vista gorda y a engañar al señor Hindley.

Bajó, le instalé una butaca junto al fuego y le ofrecí un montón de cosas ricas. Pero estaba incomodado y no podía comer mucho, así que rechazó mis intentos de entretenerle. Apoyó los dos codos en las rodillas, el mentón entre las manos y permaneció sumido en una muda meditación. Cuando le pregunté qué es lo que andaba rumiando, contestó solemnemente:

–Estoy pensando qué es lo que puedo hacer para que Hindley las pague todas juntas. No me importa el tiempo que tenga que esperar con tal de que consiga hacerlo. Sólo espero que no se muera antes que yo.

–Uy, pero qué cosas tienes, Heathcliff –le dije yo–. Sólo Dios castiga a la gente mala y nosotros tenemos que aprender a perdonar.

–Pero a Dios no le daría el gusto que me va a dar a mí. Sólo quiero saber cuál será la mejor manera. Déjame solo, que lo voy a planear. Al menos no sufro mientras pienso en ello.

–Pero, señor Lockwood, quizá le esté aburriendo con estas historias. ¿Quién me manda hablar tanto? Y mientras tanto, su caldo se ha enfriado y usted ha empezado a cabecear. Debería haberme limitado a contar la historia de Heathcliff, todo lo que usted necesita saber, con media docena de palabras.

Después de esto, el ama de llaves calló, se levantó y recogió la costura. Pero yo me sentía incapaz de separarme del fuego de la chimenea, y estaba muy lejos de cabecear.

–Espere, señora Dean –exclamé–, siéntese otra media horita. Ha sido un placer escuchar todos esos detalles. Así es como me gustan las historias, y así debería usted terminar la suya. Me interesan, más o menos, todos los personajes que ha mencionado.

–Pero el reloj está a punto de dar las once, señor.

–No importa, no acostumbro irme a la cama tan pronto. Teniendo en cuenta que no me levanto hasta las diez, con acostarme a la una o a las dos será suficiente.

–Pues no debería usted quedarse en cama hasta las diez. Lo mejor de la mañana se va antes de esa hora. Y el que no ha hecho la mitad de su trabajo antes de las diez corre el riesgo de dejar la otra mitad sin hacer.

–Con todo, señora Dean, vuelva a tomar asiento. Tengo toda la impresión de que voy a alargar la noche hasta la tarde. Creo que, como poco, he atrapado un buen resfriado.

–Confío en que no, señor. Bueno, entonces permítame que me salte unos tres años. En ese tiempo, la señora Earnshaw...

–Ah, no, no. Nada de saltarse años, por favor. ¿Conoce el estado de ánimo del que, sentado a solas y con una gata frente a él lamiendo a sus gatitos sobre una alfombra, se mete tanto en situación que si la gata dejara de limpiarse una oreja sería suficiente para sacarle de quicio?

–Más bien diría que me estoy abandonando a un ejercicio de pereza total.

–Al contrario, creo que es una actividad agotadora. Y como estoy viviendo un momento parecido, le ruego continúe contando la historia minuciosamente. Se podría decir que la gente de esta comarca adquiere sobre la gente de la ciudad una superioridad semejante a la que tendría una araña en un calabozo comparada a una araña en una casa de campo a los ojos de sus distintos ocupantes. Con todo, no creo que la mayor intensidad de la atracción dependa simplemente de las circunstancias del observador. En el campo se vive con mayor intensidad, siendo más uno mismo y estando menos atento a lo superficial, cambiante y frívolo. A pesar de que soy un firme escéptico en lo que respecta a cualquier amor que dure más de un año, podría decir que aquí se puede llegar a amar la vida. La primera situación podría compararse a la de un hombre hambriento que concentra todo su apetito en un solo plato y lo saborea a fondo. La otra es como poner al mismo hombre ante una mesa servida por cocineros franceses. Este último podrá extraer, en conjunto, la misma satisfacción, pero para su mirada y su recuerdo de cada una de las partes será un mero átomo.

–Yo creo que, cuando se nos conoce, somos iguales a la gente de cualquier otro sitio –apuntó la señora Dean, un tanto perpleja ante mi perorata.

–Perdóneme –respondí–, pero usted, querida amiga, es un claro ejemplo de que lo que acaba de decir no es así. Quitando un matiz provinciano de poca monta, no muestra usted los ademanes que yo suelo asociar con los de su clase. Estoy convencido de que ha pensado usted bastante más que la gran mayoría de los criados y que, a falta de oportunidades para desperdiciar su vida en necias fruslerías, se ha visto obligada a cultivar sus dotes de reflexión.

La señora Dean se rió.

–La verdad es que sí que me considero una persona tranquila a la que le gusta razonar –dijo–, pero no precisamente por vivir en las montañas y por ver siempre las mismas caras y hacer lo mismo año tras año. He cultivado una dura disciplina que me ha capacitado para razonar, y además, he leído más de lo que usted puede

imaginar, señor Lockwood. No podría usted abrir ni un solo libro de esta biblioteca al que yo no haya echado un vistazo y, de paso, sacado algo de provecho, excepto esa hilera de libros en griego, en latín o en francés, aunque sí soy capaz de distinguirlos unos de otros. Y qué más se podría esperar de una chica de origen humilde...

»En todo caso, si voy a seguir contando mi historia como una auténtica chismosa, en lugar de saltarme tres años, lo que haré es ir hasta el verano siguiente, el verano de 1778, es decir, hace casi veintitrés años.

Capítulo VIII

Una hermosa mañana del mes de junio nació un niñito precioso, el primero que crié y el último vástago de la antigua estirpe de los Earnshaw.

Estábamos ocupados con la recogida del heno en un prado lejano cuando la chiquilla que acostumbraba traernos el almuerzo llegó corriendo una hora o dos antes de lo habitual. Atravesó la pradera y remontó el sendero llamándome a voz en cuello.

–¡Qué niño tan guapo! –exclamó sin resuello–. ¡El más guapo que he visto en mi vida! Pero el médico dice que la señora se va, pues ha estado tuberculosa durante todos estos meses. Oí cómo se lo decía al señor Hindley, que ahora no hay nada que la retenga y que morirá antes del invierno. Tiene que venir usted inmediatamente a casa. Tiene que criarlo, Nelly, alimentarlo con azúcar y leche y cuidarlo día y noche. Ojalá estuviera en su lugar, porque será todo suyo cuando falte la señora.

–¿Tan enferma está? –pregunté soltando el rastrillo y anudándome el sombrero.

–Supongo..., aunque tiene un aspecto estupendo –contestó la chica– y habla como si fuera a vivir para ver cómo el niño llega a hacerse un hombre. No cabe en sí de la alegría, y no me extraña porque el niño es una monada. Si yo fuera ella, estoy segura de que no moriría. Me pondría buena con tan sólo mirarlo, por mucho que dijera Kenneth. Ese tipo casi consigue sacarme de quicio... La señora Archer bajó al angelito a la sala para enseñárselo al señor, y justo cuando se le empezaba a iluminar el rostro, viene el muy viejo cascarrabias y le suelta: «Earnshaw, es una bendición que su mujer haya podido vivir para darle este hijo. Cuando llegó, estaba convencido de que no estaría mucho tiempo entre nosotros, pero ahora me veo obligado a decirle que probablemente el invierno acabará con ella. Pero no se aflija ni le dé muchas vueltas porque ya nada se puede hacer. Lo único que le digo es que podría haber escogido a una muchacha menos enclenque que ella...».

–¿Y qué contestó el amo? –pregunté.

–Creo que se puso a soltar blasfemias, aunque no me fijé muy bien, porque yo estaba más pendiente del angelito.

Y siguió describiéndolo apasionadamente. Contagiada por su entusiasmo, corrí ansiosa a casa para ver al chiquillo con mis propios ojos, aunque he de decir que me daba mucha pena el señor Hindley. En su corazón sólo había sitio para dos ídolos: su mujer y él mismo; amaba a los dos, pero a ella la adoraba, y no podía concebir cómo iba a soportar la pérdida.

Cuando llegamos a Cumbres Borrascosas, estaba allí, en la puerta delantera. Pasé por delante y le pregunté por el bebé.

–Casi a punto de echar a correr, Nell –dijo, esbozando una sonrisa alegre.

–¿Y la señora? –me atreví a preguntar–. El médico dice que está...

–¡Al diablo con el médico! –me interrumpió ruborizándose–. Frances está bastante bien, y la semana que viene, sobre esta hora, estará perfectamente. ¿Vas a

subir? ¿Puedes decirle que enseguida subo yo si promete no hablar? He tenido que dejarla porque no paraba de darle a la lengua; dile que el señor Kenneth ha dicho que tiene que estar calladita.

Hice llegar el mensaje a la señora Earnshaw. Parecía estar de buen humor y contestó alegremente:

–¡Pero, Ellen, si casi no he hablado y ha salido dos veces llorando! Bueno, pues dile que le prometo no hablar, pero que lo que no puede impedirme es que me ría de él.

¡Pobrecilla! Hasta una semana antes de morir seguía de buen humor. Y su marido erre que erre, insistiendo con obstinación, o mejor dicho, con furia, en que su salud mejoraba día a día. Cuando Kenneth le advirtió que la enfermedad había llegado a un punto en que ya eran inútiles las medicinas y que por tanto no valía la pena gastar más dinero en atenderla, él contestó:

–Ya sé que no, porque ella está bien y no necesita más cuidados de su parte. Nunca tuvo tuberculosis. Eran unas fiebres que ya han remitido. Su pulso es tan normal como el mío, y su mejilla está perfectamente fresca.

A su mujer le fue con el mismo cuento, cosa que ella pareció creer. Pero una noche que estaba reclinada sobre su hombro y diciéndole que se encontraba con fuerzas para levantarse al día siguiente, la sacudió un leve acceso de tos. Él la cogió en brazos, ella le rodeó el cuello con los suyos, se le demudó el rostro y ya estaba muerta.

Y como había anticipado la muchacha, el niño Hareton quedó enteramente a mi cargo. El señor Earnshaw veía a su hijo sano y nunca le oyó llorar, por lo que, en lo que a esto respecta, estaba satisfecho. En cuanto a él, su desesperación iba en aumento. Le aquejaba ese tipo de pena que no se desahoga con lamentos, ni lágrimas, ni oraciones. Perjuraba y se rebelaba, renegaba de Dios y de los hombres, y se dio al desenfreno de forma insensata.

Los otros criados no soportaron por mucho tiempo su conducta tiránica y malvada; de hecho, Joseph y yo fuimos los únicos que permanecimos allí. Yo no tenía la entereza de abandonar mi cargo, y además ya sabe que era su hermana de leche, por lo que estaba más dispuesta a excusar su comportamiento que cualquier extraño.

Joseph se quedó para mangonear sobre arrendatarios y trabajadores, porque siempre había tenido como vocación estar donde abundaban las oportunidades para reprender las maldades.

Los malos modales del amo y sus compañías fueron un pésimo ejemplo para Catherine y Heathcliff. El trato que le dispensaba a este último era suficiente para justificar que un santo se convirtiera en demonio. De hecho parecía que durante todo aquel periodo el chiquillo estuviera poseído por una fuerza diabólica. Le entusiasmaba contemplar cómo Hindley se iba degradando progresivamente y, día a día, su salvaje hosquedad y su violencia se iban haciendo más y más notables.

No tengo palabras para describir el tipo de infierno que vivíamos en aquella casa. El cura dejó de visitarnos, por lo que finalmente ya no había nadie decente a nuestro lado, a excepción de Edgar Linton que venía a visitar a la señorita Cathy. A

los quince años era la reina de la comarca, sin rival, y se convirtió en una criatura tozuda y altanera. Admito que dejé de quererla como cuando era niña, y que la incordiaba continuamente para que bajase los humos. Aun así, nunca me cogió tirria. Estaba realmente apegada a su pasado, e incluso mantenía inalterado su afecto hacia Heathcliff. De hecho, el joven Linton, con toda su superioridad, tuvo sus dificultades para estar a su altura.

Él fue mi último amo, sobre la chimenea está su retrato. Solía estar colgado junto al de su mujer. Pero el de ella lo quitaron, y es una lástima, porque habría podido hacerse una idea de cómo era. ¿Lo ve bien?

La señora Dean alzó la vela y alcancé a distinguir un rostro de facciones suaves, muy parecido al de la joven de las Cumbres, aunque de expresión más pensativa y cordial. Era un retrato bonito: el cabello largo y rubio, ligeramente rizado a la altura de las sienes, ojos grandes y meditabundos, y una figura tal vez demasiado grácil. No me extrañó que Catherine Earn - shaw hubiera olvidado a su primer amigo por un tipo como aquél; lo que me asombraba es que, si su inteligencia se correspondía con su aspecto, pudiera enamorarse de la Cathy que yo imaginaba.

–Un retrato de alguien verdaderamente atractivo –le comenté al ama de llaves–. ¿Se le parece?

–Sí –contestó–, aunque tenía mejor aspecto cuando estaba alegre. Pero casi siempre estaba así. Le faltaba algo de viveza por lo general.

Catherine había mantenido la amistad con los Linton desde que pasó aquellas cinco semanas con ellos. Y, como no tenía ninguna gana de mostrarles su lado indómito y tenía el sentido común de avergonzarse de sus toscas maneras en un lugar donde la trataban con tan invariable cortesía, acabó, sin quererlo, ganándose el corazón de la vieja dama y del viejo caballero por su ingenio y simpatía. Además, se granjeó la admiración de Isabella y el corazón y alma de su hermano, conquistas que desde un principio alimentaban su orgullo, porque era muy ambiciosa, y que hicieron que finalmente adoptara una doble personalidad sin que tuviera exactamente la intención de engañar a nadie.

En los lugares en donde escuchaba que Heathcliff era un «vulgar rufián» y un «verdadero salvaje», procuraba no portarse así. Pero en casa no estaba dispuesta a practicar los buenos modales sólo para que se rieran de ella, ni a refrenar su arisca naturaleza, sabiendo que no iba a obtener con ello ni prestigio ni elogios.

Edgar Linton casi nunca tuvo el coraje suficiente de visitar Cumbres Borrascosas abiertamente. Le horrorizaba la fama de Earnshaw y, si bien es verdad que siempre era recibido con las mejores intenciones cívicas, rehuía encontrarse con él. El propio amo, a pesar de que conocía el motivo de sus visitas, intentaba no ofenderle, y dado que la cortesía no era su especialidad, prefería mantenerse fuera de la vista. Más bien pienso que aquellas visitas de Edgar Linton disgustaban a Catherine. Dado que no era ni falsa ni coqueta, el hecho de que sus dos amigos coincidieran le resultaba incómodo, porque cuando Heathcliff expresaba su desprecio hacia Linton en presencia de éste, no podía darle la razón como cuando no lo tenía delante. Por otro lado, cuando Linton evidenciaba su disgusto y antipatía hacia Heathcliff, tampoco se atrevía a mostrar indiferencia hacia esos

sentimientos, ni a fingir que el desprecio hacia su compañero de juegos no le importaba.

Yo me reía mucho de sus contradicciones y sus secretas dudas, que en vano ella trataba de ocultar con mis burlas. Esto puede sonar malintencionado por mi parte, pero era tan arrogante que casi era imposible compadecerse de sus penas hasta que no se aviniera a ser más humilde.

Finalmente sí que acabó confesándome sus pesares y confiando en mí. No habría encontrado a ninguna otra alma con la que ahogar sus penas.

Una tarde el señor Hindley había salido de casa y Heathcliff, aprovechando la ocasión, decidió darse a sí mismo unas vacaciones. Había cumplido dieciséis años, o eso creo, y aunque no tenía unas facciones feas ni era un deficiente mental, se las arreglaba para dar una impresión realmente repulsiva, tanto de su interior como de su exterior, de la que no quedan huellas en su actual aspecto.

En primer lugar, por entonces había perdido cualquier beneficio que la educación recibida en su niñez hubiera podido aportarle. El trabajo duro y continuado, que desempeñaba de sol a sol, había conseguido extinguir la curiosidad que una vez había tenido de adquirir conocimientos, así como cualquier tipo de apego hacia los libros o el afán de saber. Aquel sentido de la superioridad auspiciado por los favores que le profesaba el viejo señor Earnshaw se había esfumado. Durante un tiempo se esforzó duramente en mantenerse a la altura de Catherine en los estudios, pero acabó dándose por vencido con agudo y secreto resentimiento. Cualquier esfuerzo dirigido a que hiciera algo para recuperarse era inútil, puesto que él estaba convencido de que estaba necesariamente abocado a hundirse por debajo de su nivel anterior. Su aspecto físico parecía ir a la par con la desintegración moral: adquirió un andar cabizbajo y un aspecto innoble. Su natural disposición de reserva se exageró hasta llegar a un extremo casi absurdo de taciturnidad insociable y parecía sentir un sombrío regodeo al provocar la aversión más que la estima de sus pocos conocidos.

Cuando tenía un respiro en su trabajo, Catherine y él seguían siendo amigos inseparables, pero Heathcliff había cesado de expresarle cariño con palabras, y evitaba con rabioso recelo sus infantiles caricias, como si fuera consciente de que no podía ser gratificante para ella derrochar tales muestras de afecto.

Pues, como iba diciendo, entró en la casa para anunciar su intención de no hacer nada en el momento en que yo ayudaba a la señorita Cathy a ponerse un vestido, ya que a ésta ni se le había pasado por la cabeza que Heathcliff pudiera tomarse un día libre. Y, como había imaginado que tendría toda la casa para ella, no sé de qué manera se las compuso para informar al señor Edgar de la ausencia de su hermano, y se estaba preparando para recibirle.

–Cathy, ¿estás ocupada esta tarde? –preguntó Heathcliff–. ¿Vas a alguna parte?

–No –contestó ella–. Está lloviendo.

–¿Y para qué tienes puesto ese vestido de seda? –dijo él–. No será que esperas visita, ¿verdad?

–No, que yo sepa –balbució ella–. Pero ¿qué haces que no estás trabajando, Heathcliff? Ya ha pasado una hora desde la cena, creí que te habrías ido al campo.

–Hindley no suele darnos el gusto de librarnos de su maldita presencia –observó el chico–. Por hoy no voy a trabajar más; me quedaré contigo.

–Sí, pero Joseph se chivará –se aventuró a decir ella–, será mejor que te vayas.

–Joseph está cargando cal en el Roquedal de Penistone estará allí hasta que oscurezca, no tiene por qué enterarse.

Y diciendo estas palabras, se acercó perezosamente al fuego y tomó asiento. Catherine reflexionó un instante con el ceño fruncido..., tenía que allanar el camino para una posible intrusión.

–Isabella y Edgar Linton hablaron de venir esta tarde –dijo, después de un minuto de silencio–. Es probable que no vengan porque está lloviendo. Pero puede que lo hagan y, si es así, corres el riesgo de que te caiga una buena inútilmente.

–Ordénale a Ellen que diga que estás ocupada, Cathy –insistió él–. No me vas a cambiar por esos amiguitos tuyos tan idiotas y lamentables. Muchas veces he estado a punto de decírtelo, mira, ellos..., pero no, no te lo digo.

–¿Qué pasa con ellos? –exclamó Catherine mirándole con gesto alterado–. ¡Quita, Nelly! –añadió con petulancia, apartando la cabeza de mis manos–, me vas a dejar sin un solo rizo. ¡Ya basta, lárgate! Pero ¿qué estabas a punto de decirme, Heathcliff?

–No, nada…, sólo te digo que eches un vistazo al calendario de la pared.

Señaló un papel enmarcado que colgaba cerca de la ventana.

–Las cruces indican los días que has pasado con los Linton –continuó–, los puntos los que has pasado conmigo. Como ves, he señalado cada día.

–Sí, menuda tontería, como si me importaran algo esas cosas –contestó Catherine airadamente–. ¿Y de qué te sirve hacer eso?

–Pues para demostrarte que *a mí* sí que me importa –dijo Heathcliff.

–¿Acaso tengo que estar siempre sentadita a tu lado? –preguntó ella cada vez más irritada–. ¿De qué me serviría? Porque…, vamos a ver, ¿de qué sabes hablar tú? Por mucho que dijeras o por mucho que te esforzaras en entretenerme, nunca dejaría de tener la sensación de estar con un mudo o con un niño pequeño.

–Nunca me habías dicho que hablara poco, Cathy, ni que te disgustara mi compañía –exclamó Heathcliff muy agitado.

–No se puede hablar de compañía cuando una persona no sabe nada, ni dice nada –murmuró ella.

Su compañero se puso en pie, aunque no tuvo tiempo de dar rienda suelta a sus sentimientos porque se oyó el repiqueteo de un caballo sobre las losas. Después de llamar suavemente a la puerta, hizo su entrada el joven Linton con el rostro iluminado por la ilusión ante la inesperada llamada que había recibido.

No cabe duda de que Catherine notó la diferencia entre sus amigos al entrar uno y salir el otro. El contraste recordaba a lo que se ve cuando se cambia un paisaje áspero, montañoso y de pizarra de carbón por un magnífico valle fértil, y la diferencia no sólo estaba en la voz y en la manera de saludar, sino también en el aspecto. Linton hablaba de forma dulce y sosegada, y pronunciaba las palabras como usted, es decir, menos duras que las que utilizamos aquí, y más amables.

–¿No habré llegado demasiado pronto, verdad? –dijo lanzándome una mirada. Yo

había empezado a secar la vajilla y a ordenar unos cajones del aparador del fondo.

–No –contestó Catherine–. ¿Qué haces aquí, Nelly?

–Pues mi trabajo, señorita –contesté (el señor Hindley me había dado instrucciones de hacer las veces de carabina en cualquiera de las visitas privadas que hiciera Linton).

Se situó a mis espaldas y murmuró enfurruñada:

–¡Vete con tus trapos a otra parte! A ver si te enteras de que cuando hay visita en la casa, los criados no van de un lado a otro limpiando la habitación.

–Es que aprovecho la ausencia del amo –contesté en alto–. No le gusta nada que ande revolviendo estas cosas cuando él está delante, estoy segura de que el señor Edgar sabrá excusarme.

–Pues a mí tampoco me gusta nada que andes revolviendo las cosas delante de mí –exclamó la joven impetuosamente, sin dejar tiempo para que su invitado interviniera. No había podido recobrar la tranquilidad desde su pequeño altercado con Heathcliff.

–Lo siento, señorita Catherine –fue mi respuesta, y proseguí afanosamente con mi tarea.

Pensando que Edgar no la veía, me arrancó el trapo de la mano y me propinó un pellizco en el brazo, retorciéndomelo larga y maliciosamente.

Ya dije que no la quería y que, de vez en cuando, hasta me gustaba mortificar su vanidad. Además, me hizo un daño atroz, por lo que me incorporé y comencé a chillar:

–¡Oh, señorita, eso que ha hecho está muy mal! ¡No tiene usted ningún derecho a pellizcarme, y no lo voy a consentir!

–¡No te he tocado, embustera! –gritó ella imitando el pellizco con un movimiento de dedos y con las orejas encendidas de ira. Siempre fue incapaz de esconder sus arrebatos y todo el rostro se le ponía como una berenjena.

–Y esto ¿qué? –dije, mostrando un moratón para refutarla.

Dio un taconazo en el suelo, vaciló un momento, y luego, impelida por la rabia interior, me soltó en la mejilla una sonora bofetada que me llenó los ojos de lágrimas.

–¡Catherine, querida! ¡Catherine! –se interpuso Linton, muy afectado por la doble falta de mentira y violencia que acababa de cometer su ídolo.

–Vete de aquí, Ellen –repitió, temblando toda ella.

El pequeño Hareton, que me seguía a todas partes y que estaba sentado a mi lado en el suelo, al ver mis lágrimas, comenzó a llorar y sollozaba quejas contra «Catherine, la tía mala», lo que hizo que la chica concentrase en él su furia. Lo cogió por los hombros y lo zarandeó hasta que el pobre chiquillo se puso lívido, y Edgar, sin pensárselo dos veces, agarró sus manos hasta que consiguió liberar al niño. Pero en el instante en que una de esas manos quedó libre, el joven la sintió en su oreja de forma tal que no podía confundirse con una broma.

Se echó para atrás muy afectado mientras yo cogía a Hareton en brazos y lo llevaba a la cocina, dejando la puerta abierta, pues tenía curiosidad de saber cómo se arreglaría el desaguisado.

El agraviado visitante fue hasta el lugar en donde había dejado su sombrero, pálido y con un labio tembloroso.

«¡Muy bien!», me dije. «¡Entérate de una vez y vete! No está nada mal que te lleves una impresión de su verdadera naturaleza.»

–¿Adónde vas? –preguntó Catherine, avanzando hasta la puerta.

Él se hizo a un lado e intentó pasar.

–¡No puedes irte! –exclamó ella a bocajarro.

–Puedo irme, y me iré –contestó él con la voz quebrada por el miedo.

–No –insistió ella empuñando el picaporte–, todavía no, Edgar Linton. Siéntate, no puedes dejarme en este estado. Me sentiría mal durante toda la noche, y no quiero sentirme mal por tu culpa.

–¿Acaso crees que me puedo quedar después de que me hayas pegado? –preguntó Linton.

Catherine se quedó muda.

–Me has hecho sentir miedo y vergüenza –continuó el otro–, y no volveré a venir nunca más.

Los ojos de Catherine titilaban, y sus párpados comenzaron a temblar.

–Además, has mentido deliberadamente –dijo.

–¡No es cierto! –dijo ella recuperando el habla–. ¡No hice nada deliberadamente! Vete si quieres, ¡vete! Porque lo que voy a hacer es llorar; llorar hasta que me ponga mala.

Se hincó de rodillas junto a una silla y comenzó a sollozar con toda su alma.

Edgar se mantuvo en su resolución hasta llegar al patio; allí comenzó a vacilar. Yo estaba decidida a animarle a que se fuera.

–¡La señorita es terriblemente caprichosa, señor! –grité–. Peor que una niña malcriada. Es mejor que se vaya usted a casa, de lo contrario se pondrá mala sólo para hacernos daño.

El pobrecito miró de reojo hacia la ventana. Tenía tan poca capacidad de irse como un gato de dejar un ratón medio muerto o un pájaro a medio comer.

Pensé que no tenía salvación. Estaba condenado e iba derechito a su destino.

Y así fue; se volvió de repente, y se apresuró de nuevo hacia la sala cerrando la puerta tras de sí. Y cuando, un poco después, volví a entrar para informarles de que Earnshaw había vuelto a casa borracho como una cuba, dispuesto a ponerlo todo patas arriba (que era lo que acostumbraba hacer en condiciones semejantes), pude comprobar cómo la pelea había dado paso a la intimidad rompiendo las barreras de la timidez infantil: los había liberado del disfraz de la amistad y ahora se confesaban su amor mutuo.

Nada más enterarse Linton de la llegada del señor Hindley, corrió rápidamente hacia su caballo, y Catherine a su habitación. Yo me fui a esconder al pequeño Hareton y a descargar la escopeta del señor, con la que solía jugar en situaciones de desquicie como ésta. Era capaz de matar a cualquiera que le provocara o que simplemente se le cruzara por delante. Yo acostumbraba hacer siempre lo mismo para que, si se le ocurría disparar, hiciera el menor daño posible.

Capítulo IX

Entró aullando juramentos terribles, y me pilló en el momento en que ocultaba a su hijo en la alacena de la cocina. A Hareton le aterrorizaba tanto la amabilidad de bestia salvaje como la rabia de loco de su padre. Con la primera corría el peligro de morir asfixiado por los achuchones y los besos, y con la segunda, de ser arrojado al fuego o aplastado contra la pared. Por eso, el pobre se quedaba quietecito en cualquier sitio que yo escogiera para él.

–¡Aquí está, por fin lo encontré! –vociferó Hindley, tirándome hacia atrás por el pescuezo, como si fuera un perro–. ¡Por Dios y el diablo, os habéis confabulado para asesinar al niño! Ahora entiendo por qué está siempre fuera de mi vista. Pues con la ayuda del diablo, Nelly, voy hacer que te tragues el cuchillo de trinchar. ¡No os riáis; acabo de hundir la cabeza de Kenneth en el pantano de Blackhorse, y quien dice uno dice dos..., tengo unas ganas locas de matar a alguno de vosotros y no descansaré hasta conseguirlo!

–Es que no me gusta el cuchillo de trinchar –contesté–, acaba de cortar arenques y preferiría que me pegaran un tiro.

–¡Preferirías irte al cuerno! ¡Y vaya si te irás! –dijo él–. No existe ley inglesa que pueda impedir que un hombre tenga una casa decente, y la mía es abominable. ¡Abre la boca!

Empuñó el cuchillo, empujando la punta entre mis dientes. Pero yo nunca tuve mucho miedo de sus desvaríos. Escupí y dije que sabía a rayos, por lo que no pensaba aguantarlo ni loca.

–¡Ajá! –dijo él soltándome–. Veo que este andrajoso no es Hareton, te pido perdón, Nell, porque si lo fuera, se merecería ser desollado vivo por no correr a saludarme y por berrear como si hubiera visto a un duende en lugar de a su padre. ¡Pero ven aquí, cachorro indomable! ¡Te enseñaré a abusar de un padre bondadoso y defraudado! Y ahora que lo pienso..., ¿no crees que el chiquillo estaría más guapo con las orejas rapadas? Los perros son más feroces con las orejas rapadas, y a mí me gustan las fieras..., ¡pásame unas tijeras!, ¡las fieras orgullosas! Además, es una afectación infernal, una vanidad diabólica tener tanto aprecio por nuestras orejas..., ya somos lo suficientemente asnos sin ellas. ¡Cierra el pico, niño, caaalla! Pero si es mi querido niño, sécale los ojos, parece que está contento. Bésame. ¡Qué! ¿Que no quiere? ¡Bésame, Hareton! ¡Al diablo contigo, he dicho que me beses! ¡Por el amor de Dios, ni que hubiera criado a un monstruo! Juro por mi vida que le romperé la crisma.

El pobre Hareton berreaba y pataleaba con todas sus fuerzas en brazos de su padre, y redobló sus gritos cuando lo llevó arriba y lo alzó por encima del pasamanos. Le grité que lo iba a volver loco de miedo, y corrí a rescatar al niño.

Cuando les alcancé, Hindley se reclinó sobre la barandilla para escuchar un rumor que venía de abajo, casi olvidándose de lo que tenía entre las manos.

–¿Quién va? –preguntó al oír que alguien se acercaba a la escalera.

Yo también me eché hacia delante con el propósito de advertir a Heathcliff, cuyos pasos había reconocido, de que no avanzara más. Pero, en el instante en que desvié la mirada de Hareton, éste saltó súbitamente soltándose de los descuidados brazos que lo sujetaban y se cayó.

No tuvimos ni el tiempo de experimentar un escalofrío de terror cuando comprobamos que la criatura estaba a salvo. Heathcliff se había situado por debajo justo en el momento crítico. De manera instintiva había detenido la caída, y poniéndole en pie, miró hacia arriba para encontrar al culpable del accidente.

Un avaro que se hubiera desprendido por cinco chelines de un billete de lotería premiado y descubriera al día siguiente que había perdido cinco mil libras en el negocio no mostraría un semblante más pálido que el suyo al encontrarse con la figura del señor Earnshaw arriba. Su expresión denotaba, con más nitidez de lo que lo habrían hecho las palabras, la aguda angustia de convertirse él mismo en el instrumento que frustraba su venganza. Me atrevería a decir que si hubiese estado oscuro, habría intentado poner remedio a la equivocación golpeando el cerebro de Hareton contra los escalones. Pero habíamos presenciado su salvación, y yo ya estaba abajo apretándome al pecho a mi precioso niñito encomendado.

Hindley descendió más despacio, sobrio y avergonzado.

–Es tu culpa, Ellen –dijo–, deberías haberlo escondido, deberías haberlo alejado de mí. ¿Está herido?

–¿Herido, dice? –grité furiosa–. ¡Si es que no está muerto, se quedará tonto para siempre! ¡Si su madre levantara la cabeza y viera cómo le está tratando usted! Ni un hereje trataría así a un niño que lleva su misma sangre.

Intentó tocar al chiquillo, quien, tan pronto se dio cuenta de que estaba en mi regazo, comenzó a desahogar su angustia sollozando. Pero nada más ponerle un dedo encima, comenzó a chillar de nuevo, más alto que antes, forcejeando como si tuviera convulsiones.

–¡No se atreva a tocarle! –proseguí–. Le odia, todos le odian, ésa es la verdad. Menuda familia feliz tiene usted, y menudo estado al que ha llegado.

–Pues todavía puedo llegar a más, Nelly –rió el pobre depravado recobrando la dureza–. De momento, largaos tú y él. ¡Y tú escucha, Heathcliff! Esfúmate tú también, ponte donde no pueda verte ni oírte... No pienso asesinarte esta noche, a no ser que se me ocurra prender fuego a la casa. Pero puedo cambiar de opinión en cualquier momento...

Mientras decía esto, tomó una botella de coñac del aparador y se sirvió un poco en un vaso.

–¡No se atreverá usted! –intervine yo–. Señor Hindley, tenga cuidado. Apiádese de este pobre niño, si es que le importa algo su propia vida.

–Cualquiera le trataría mejor que yo –contestó.

–Apiádese de su propia alma –dije, haciendo todo lo posible por arrebatarle el vaso de las manos.

–¡Ni loco! Más bien al contrario, será un verdadero placer que caiga en desgracia y de paso castigar al que la creó –exclamó el muy blasfemo–. Mira, ¡por su adorable condenación!

Apuró la bebida y nos ordenó que nos marcháramos con impaciencia, no sin antes haber lanzado una serie de terribles imprecaciones, tan impías que es mejor no repetirlas ni recordarlas.

–Es una pena que no consiga matarse con la bebida –observó Heathcliff, mascullando una retahíla de insultos cuando la puerta estaba cerrada–. Ha llegado al límite de la depravación, pero le salva su constitución. El señor Kenneth dice que apostaría su yegua a que sobrevive a cualquier hombre de este lado de Gimmerton, y que se irá a la tumba siendo un pecador que ya peina canas. A no ser que tenga la suerte de que acontezca algo fuera del curso habitual de las cosas...

Fui a la cocina y me senté para arrullar a mi corderito. Pensé que Heathcliff había ido hasta el granero. Pero luego resultó que sólo llegó hasta el otro lado del escaño; se había tumbado en el banco junto a la pared, retirado del fuego, y permanecía en silencio.

Yo acunaba a Hareton sobre mi rodilla, murmurando una canción que empezaba así:

> Muy entrada la noche, los niños lloriquean,
> y los ratones los oyen debajo de la tierra.

Entonces la señorita Cathy, que había estado escuchando todo el jaleo desde su habitación, asomó la cabeza y susurró:

–¿Estás sola, Nelly?

–Sí, señorita –contesté.

Entró y se aproximó a la chimenea. Como imaginé que estaba a punto de decir algo, la miré. La expresión de su cara denotaba molestia y ansiedad. Tenía los labios entreabiertos, como si quisiera hablar; y tomó aire, que acabó soltando en un suspiro en lugar de construir una frase.

Yo volví a mi canturreo porque no era capaz de olvidar lo mal que me había tratado minutos antes.

–¿Dónde está Heathcliff? –me interrumpió.

–Pues haciendo su trabajo en los establos –fue mi respuesta.

Él no me contradijo, quizá se había adormilado.

A continuación se hizo otro silencio, durante el cual pude ver cómo una o dos lágrimas fluían por la mejilla de Catherine hasta caer sobre las losas.

«¿Acaso se arrepiente de su desvergonzada conducta?», musité para mis adentros. «Sería una novedad, pero puede que efectivamente llegue el momento en que lo haga, y ¡yo no pienso ayudarla!»

No; la verdad es que, salvo sus propios asuntos, todo le importaba más bien poco.

–¡Ay, Dios mío! –lloriqueó por fin–. ¡Soy tan desgraciada!

–Es una verdadera lástima que sea usted tan difícil de contentar... –observé yo–. Tantos amigos, tan pocas obligaciones, y no logra ser feliz...

–Nelly, ¿me guardarías un secreto? –continuó; se arrodilló junto a mí y me lanzó

esa clase de mirada seductora que te desmonta, aunque tenga uno toda la razón del mundo para estar enfadado.

–¿Merece la pena guardarlo? –pregunté, ya de mejor talante.

–Sí, me preocupa, y tengo que soltarlo. Quiero saber qué debo hacer. Hoy Edgar Linton me ha pedido que me case con él, y le he dado una respuesta. Pero antes de que te diga si ha sido positiva o negativa, quiero que tú me digas cuál debería haber sido.

–A decir verdad, señorita Catherine, ¿cómo podría saberlo? –contesté–. Está claro que, teniendo en cuenta el escándalo que organizó en su presencia esta tarde, me atrevería a decir que lo más razonable sería que lo rechazase. Pero, dado que le ha pedido en matrimonio después de que ocurriera el incidente, el chico debe de ser o bien un tonto redomado, o bien un loco de atar.

–Si sigues hablando así no te contaré nada más –respondió airadamente, poniéndose en pie–. Pues bien, acepté, Nelly. Corre, ¡dime si me he equivocado!

–¿Qué ha aceptado, dice? Pues entonces, ¿de qué nos sirve estar discutiendo sobre el tema? Ha dado usted su palabra, y ahora no se puede echar atrás.

–Pero tú dime si he hecho bien, ¡rápido! –exclamó con tono irritado, el ceño fruncido y retorciéndose las manos.

–Hay muchas cosas a tener en cuenta antes de valorar adecuadamente esa respuesta –sentencié–. Lo primero, y por encima de todo, ¿está enamorada del señorito Edgar?

–¿Cómo no? Por supuesto que estoy enamorada –contestó.

Y a continuación, la sometí al siguiente cuestionario, que no era demasiado imprudente para una chiquilla de veintidós años:

–¿Por qué está usted enamorada de él, señorita Cathy?

–Qué estupidez. Estoy enamorada y punto.

–Tiene usted que decirme obligatoriamente por qué lo está.

–Bueno, pues porque es guapo y resulta agradable estar con él.

–Mala cosa –fue mi comentario.

–Y porque es joven y alegre.

–Mala cosa, una vez más.

–Y porque me ama.

–Eso no viene a cuento.

–Y porque será rico, y a mí me encantará convertirme en la mujer más importante de la comarca, y estaré orgullosa de tener un marido como él.

–¡Arrea! Y ahora, dígame, ¿de qué forma le ama?.

–Pues como todo el mundo, ¿o es que estás tonta, Nelly?

–No tengo un pelo de tonta, pero ¡respóndame!

–Amo el suelo que pisa y el aire que respira, y todo lo que toca y todo lo que dice. Amo sus miradas, sus actos, y a él enteramente, de arriba abajo. ¿Te basta?

–¿Y por qué?

–Ya vale. Te lo estás tomando a broma, ¡y eso sí que es tener mala idea…! No es ninguna broma para mí –dijo la joven volviéndose hacia el fuego enfurruñada.

–Estoy muy lejos de bromear, señorita Catherine. Está usted enamorada del

señorito Edgar porque es guapo, joven, alegre y rico, y porque él también la quiere a usted. Aunque esto último no sirve de nada. Probablemente le querría igual sin eso, y con ello no le amaría a menos que poseyera los otros cuatro atributos.

–No, probablemente no. Si fuera un adefesio y un pazguato, tan sólo lo compadecería, o quizá le detestaría.

–Pero hay muchos otros hombres ricos y jóvenes en el mundo. Posiblemente más guapos y más ricos que él. ¿Qué es lo que le impide quererlos?

–Si es verdad que hay alguno así, no están a la vista. No me he topado con ninguno como Edgar.

–Puede que se encuentre con alguno. Y puede que él no sea siempre guapo y joven, e incluso rico.

–Lo es ahora, y lo único que me concierne es el presente. A ver si hablas con un poco más de cabeza.

–Bueno, creo que ya está todo dicho: lo único que le concierne es el presente. Cásese con el señorito Linton.

–No necesito tu permiso, lo haré de cualquier forma. Pero todavía no me has dicho si hago bien.

–Perfectamente bien, siempre que uno actúe correctamente pensando sólo en el presente a la hora de casarse. Y ahora, cuénteme por qué está triste. A su hermano le dará una alegría. La vieja dama y el caballero no tendrán nada que objetar, creo. Saldrá de una casa desordenada e incómoda para instalarse en una casa rica y respetable. Y quiere usted a Edgar, y Edgar la quiere a usted. Todo parece fácil y sencillo, ¿dónde está el problema?

–*Aquí* y *aquí* –repuso Cathy llevándose una mano a la frente y la otra al corazón–. Dondequiera que resida el alma.¡Porque en el fondo de mi alma y de mi corazón, estoy convencida de que me equivoco!

–Eso sí que es extraño, no logro entenderlo.

–Es un secreto, y si no te ríes de mí, te lo contaré. No sé explicarme con mucha claridad, pero al menos intentaré darte una idea de cómo me encuentro.

Volvió a sentarse a mi lado. Su expresión se tornó más triste y grave, y sus manos entrelazadas temblaban.

–Nelly, ¿tú nunca has soñado cosas raras? –dijo de pronto, después de reflexionar durante unos minutos.

–Sí, de vez en cuando –respondí.

–Yo también. En mi vida he tenido sueños que luego permanecían latentes durante un tiempo, y que han cambiado totalmente mi manera de concebir el mundo. Se han ido filtrando poco a poco en mi ser, como el vino a través del agua, mudando el color de mi alma. Y éste es uno de ellos, te lo voy a contar, pero ten cuidado de no sonreír en ningún momento.

–¡Ay, no, señorita Catherine, no me lo cuente! –grité–. Bastante tétrico es ya todo para que andemos conjurando a los fantasmas o a las imágenes que nos asustan. Ea, póngase alegre y siéntase satisfecha con usted misma. Mire al pequeño Hareton, él sí que no tiene sueños tétricos. Mire con qué dulzura sonríe en sus sueños.

–Sí, y con qué dulzura despotrica su padre contra su soledad. ¿Recuerdas cuando no era más que otro niño regordete como éste, casi tan pequeño e inocente? En fin, Nelly, te ordeno que escuches, el sueño no es tan largo. No me encuentro con fuerzas para estar alegre esta noche.

–¡He dicho que no me da la gana de escucharlo!, ¡y no pienso escucharlo! –repetí compulsivamente.

Por entonces, era supersticiosa con respecto a los sueños, y lo sigo siendo ahora. Además, el rostro de Catherine estaba velado por un resplandor inusual, y me daba miedo tener que sacar una profecía o intuir a través del sueño una catástrofe temeraria.

Estaba molesta, pero no continuó. Con la excusa de empezar a hablar de otro tema, al cabo de un rato volvió a lo mismo.

–Si estuviera en el cielo, Nelly, me sentiría terriblemente triste.

–Porque no está preparada para estar ahí –contesté–. Cualquier pecador se sentiría triste en el cielo.

–No es por eso. Una vez soñé que estaba ahí.

–Le repito que no voy a escuchar sus sueños, señorita Catherine. Me voy a la cama –volví a interrumpirla.

Se rió, y como hice ademán de levantarme, me retuvo en la silla.

–No pasa nada –gritó ella–. Sólo quería contarte que en el cielo no me sentía como en mi casa, y que el corazón me reventó de tanto llorar porque quería volver a la tierra, y que los ángeles estaban tan enfadados que me echaron y me dejaron caer en medio del páramo, en lo más alto de Cumbres Borrascosas, donde me desperté sollozando de alegría. Esto sirve para explicar mi secreto, y también el otro. No tengo más interés en casarme con Edgar Linton del que tengo en estar en el cielo, y si ese malvado de ahí no hubiera hundido a Heathcliff tan bajo, no habría pensado en ello. Hoy por hoy, casarme con Heathcliff me degradaría, de modo que nunca sabrá cuánto le amo. Y ello es así, no porque sea guapo, Nelly, sino porque es más yo de lo que lo soy yo misma. No sé de qué están hechas nuestras almas, pero la suya y la mía son iguales, y la de Linton es tan distinta como lo puede ser un rayo de luna de un relámpago o la escarcha del fuego.

Antes de que terminara su perorata, me apercibí de la presencia de Heathcliff. Después de percibir que se movía ligeramente, volví la cabeza y le vi levantarse del banco y deslizarse hacia fuera sin hacer ruido. Había escuchado hasta cuando Cathy dijo que se degradaría casándose con él, y luego decidió no oír más.

Mi compañera estaba sentada en el suelo, de modo que el escaño le había impedido advertir tanto la presencia como la partida de Heathcliff. Pero yo sí que me di cuenta, y le pedí que se callara.

–¿Por qué? –preguntó, esparciendo una mirada nerviosa a su alrededor.

–Joseph está aquí –contesté, aprovechando que oí el ruido de la carreta aproximándose por el sendero– y Heathcliff entrará con él. Quién sabe si no estará al otro lado de la puerta en este momento.

–No podría oírme desde la puerta –dijo ella–. Dame a Hareton mientras preparas la cena, y cuando esté lista, me llamas para que cene contigo. Quiero expiar mi

mala conciencia y convencerme de que Heathcliff no tiene ni idea de estas cosas, porque ¿no la tiene, verdad? ¿No sabe lo que es estar enamorado, verdad?

–No veo por qué no ha de saberlo tan bien como usted –contesté–, y si se da la casualidad de que su elección ha recaído sobre *usted*, se convertirá en la criatura más desgraciada de la tierra. Tan pronto se convierta en la señora Linton, perderá a su amiga, a su amor y todo lo demás. ¿Se ha parado a pensar en cómo llevará la separación, y cómo se sentirá al encontrarse completamente solo en el mundo? Porque, señorita Catherine...

–¡Encontrarse solo en el mundo!, ¡la separación! –exclamó con tono indignado–. ¿Quién nos va a separar, dime? El que lo intente correrá la suerte de Milo[12]. No mientras yo viva, Ellen, al menos ninguna criatura mortal. Cualquiera de los Linton quedaría reducido a ceniza antes de que yo consintiera en deshacerme de Heathcliff. No son ésas mis intenciones, ni es eso lo que he dado a entender. No seré nunca la señora de Linton si ése es el precio que tengo que pagar. Seguiré teniéndole el mismo aprecio de siempre y Edgar deberá sacudirse de encima su antipatía hacia él, o por lo menos aguantarle. Y lo hará cuando conozca mis verdaderos sentimientos hacia él. Nelly, me doy cuenta ahora de que piensas que soy una egoistona, pero ¿no te has parado a pensar que si Heathcliff y yo nos casamos no acabaríamos siendo más que vagabundos? En cambio, si me caso con Linton, puedo ayudar a Heathcliff a prosperar y sustraerle del poder de mi hermano.

–¿Con el dinero de su marido, señorita Cathy? –pregunté–. Pues verá que no resulta ser tan manejable como usted se piensa. Y, aunque no quiero entrar a juzgar, creo que, de todas las razones que ha esgrimido para convertirse en la mujer del joven Linton hasta ahora, ésa es la peor.

–¡Pues no! –repuso ella–. ¡Es la mejor! Las otras razones no hacen más que satisfacer mis caprichos, y los de Edgar también. Ésta es por el bien de alguien que comprende en su persona no sólo mis sentimientos hacia Edgar sino a mí misma. No puedo expresarlo, pero estoy segura de que tú misma, como cualquier persona, tienes el instinto de que hay, o debería haber, una presencia más allá de uno mismo. De otro modo, ¿qué sentido tendría mi creación si yo estuviera por entero aquí? Mis grandes desgracias en este mundo han sido las de Heathcliff, y he seguido y sentido cada una de ellas desde el principio. De hecho, el gran sentido de mi vida está en él. Si todo pereciese y sólo *él* permaneciera, todavía continuaría siendo; mientras que, si todo permaneciese y él desapareciera, el universo se convertiría en un lugar extraño. Yo dejaría de ser parte de él. Mi amor hacia Linton recuerda al follaje del bosque. El tiempo habrá de cambiarlo, estoy convencida, tal y como el invierno acaba alterando el aspecto de los árboles. Mi amor hacia Heathcliff recuerda a los cimientos eternos de las rocas, que no proporcionan un gran placer a la vista, pero son necesarios. Nelly, yo *soy* Heathcliff, él estará siempre, siempre en mi cabeza, y no como algo placentero, al menos no más del placer que yo soy para mí misma, sino como parte de mí, por lo que, no hables más de separaciones, son impracticables, y además...

Hizo una pausa escondiendo el rostro entre los pliegues de mi falda, pero lo

rechacé con vehemencia. Su locura había acabado con mi paciencia.

–Si algo saco en claro de todos esos disparates que acaba de decir, señorita, es que acabo de convencerme de que ignora usted cuáles son sus deberes de mujer casada, o si no, que es usted una niña malcriada y sin principios. Vamos, deje de incordiarme con más secretos porque no le prometo guardarlos.

–Pero ¿me guardarás éste? –preguntó ansiosamente.

–No, no se lo prometo –repetí.

Estaba a punto de insistir cuando la entrada de Joseph dio por zanjada nuestra conversación. Catherine desplazó la silla hacia un rincón para acunar a Hareton mientras yo me ponía a hacer la cena.

Una vez terminada, mi colega criado y yo comenzamos a discutir acerca de quién debería llevársela al señor Hindley, y no llegamos a una conclusión antes de que estuviera casi fría. Acabamos llegando al acuerdo de que esperaríamos a que él la pidiera, si es que quería cenar, porque teníamos especialmente miedo de aparecer ante él cuando había estado solo durante un tiempo.

–¿Todavía no ha vuelto del campo a estas horas? ¿Qué estará haciendo el muy haragán? –preguntó el viejo, mirando a su alrededor en busca de Heathcliff.

–Iré a buscarle –contesté yo–. Seguro que está en el granero.

Fui a llamarle pero no obtuve respuesta. Cuando volví, le susurré a Catherine que estaba segura de que había escuchado buena parte de lo que había dicho. También le conté cómo le había visto dejar la cocina justo cuando ella se estaba quejando del trato que su hermano le daba.

Se puso en pie del susto, dejó a Hareton en el escaño y corrió a buscar a su amigo por sí misma, sin tomarse el tiempo de pensar por qué estaba tan alterada o hasta qué punto sus palabras podrían haber afectado a Heathcliff.

Estuvo tanto tiempo ausente que Joseph sugirió que no esperásemos más. Muy astutamente, conjeturó que no habían regresado para no tener que escuchar su interminable bendición de la mesa. Afirmó que «eran lo bastante malvados como para hacer cualquier fechoría». Así que esa noche, para pedir por ellos, añadió al habitual cuarto de hora de rogatorias que precedían a la cena una oración especial, y aún habría metido otra más en la acción de gracias del final de no ser porque la joven ama irrumpió con la orden apresurada de que debía bajar corriendo hasta la carretera o dondequiera que Heathcliff hubiera ido, y que le encontrara y le trajese inmediatamente.

–Quiero hablar con él, y *debo* hacerlo antes de subir –dijo–. La verja está abierta, luego debe de estar en un lugar en el que no puede oírnos; he chillado desde lo alto del redil todo lo fuerte que he podido, pero no ha contestado.

Al principio Joseph se negó; pero ella estaba demasiado alterada para que le llevaran la contraria, así que, al final, se colocó el sombrero en la cabeza y comenzó a marchar rumiando quejas.

Entretanto, Catherine iba de un lado a otro de la habitación, exclamando:

–¿Dónde estará?, ¡dónde *puede* estar! ¿Qué es lo que dije, Nelly? Ya no me acuerdo. ¿Acaso le ha molestado mi mal humor de esta tarde? Ay, Dios santo, dime qué dije para herirle así. Ojalá viniera. ¡Ojalá estuviera ya aquí!

–¡Pero qué manera de alterarse por nada! –exclamé, yo misma un poco intranquila–. ¡Pues sí que se asusta usted por boberías! No sé por qué hay que alarmarse por el hecho de que Heathcliff baje a pasear a los páramos bajo la luz de la luna, o incluso que esté tumbado sobre un montón de paja, demasiado enrabietado para hablar con nosotros. Apuesto a que está retozando por ahí. Va usted a ver cómo doy con él.

Salí para reanudar la búsqueda, pero sin ningún éxito. Las pesquisas de Joseph tuvieron el mismo resultado.

–Este chico va de mal en peor –observó al volver a entrar–. Ha dejado abierta la verja de par en par y la jaca de la señorita ha pisoteado el trigal y se ha escapado al prado. Seguro que mañana el amo le arma una buena, y se la tiene merecida. Demasiada paciencia está teniendo con semejantes criaturas descuidadas e inútiles, ¡demasiada! Pero no le va a durar para siempre, y si no, espera a ver. No le sacaréis de quicio en vano.

–¿Pero no has encontrado a Heathcliff, mala bestia? –le interrumpió Catherine–. ¿Le has buscado como te ordené?

–Más nos habría valido buscar al caballo –respondió–. Más sensato habría sido, pero no puedo buscar ni al caballo ni al hombre en una noche como ésta, negra como una chimenea. Y Heathcliff no es rapaz que acuda a mi silbido..., puede que sea menos duro de oído con usted.

La noche estaba muy oscura para ser de verano, ésa es la verdad. Las nubes amenazaban tormenta, y dije que era mejor que nos sentáramos todos. Abrigaba la esperanza de que la lluvia que se aproximaba le trajera a casa sin mayor problema.

Pero no había quien convenciera a Catherine de que estuviera tranquila. Seguía deambulando de un lado a otro, llegaba hasta la verja y volvía a la puerta, en un estado de agitación que le impedía estar quieta. Finalmente se apostó a un lado del muro, cerca de la carretera, y ahí se quedó, sorda a mis amonestaciones y a la rugiente tormenta, así como a los goterones de lluvia que restallaban a su alrededor, llamando a cada rato y luego escuchando, para a continuación romper a llorar amargamente. Ganaba a Hareton, o a cualquier niño, con sus pataletas pasionales.

Cerca de la medianoche, mientras todavía estábamos despiertos, la tormenta descargó sobre Cumbres Borrascosas con todo su furor. Se levantó un viento huracanado, y había truenos, y uno u otros acabaron por romper un árbol de la parte trasera del edificio. Una rama enorme se tronchó sobre el tejado derribando parte del cañón de la chimenea del ala este, enviando un montón de piedras y de hollín a la cocina.

Creíamos que había caído un rayo sobre la casa, y Joseph se hincó de rodillas, invocando al Señor para que se acordase de los patriarcas Lot y Noé y para que, como antaño, salvase a los justos y castigase a los impíos. También yo tuve el pálpito de que podía tratarse de un castigo celestial. En mi imaginación, Jonás era el señor Earnshaw, y subí a llamarle a su refugio para cerciorarme de que seguía vivo. Respondió tan alto que Joseph siguió vociferando con más fuerza que antes, diciendo que había una gran distinción entre santos como él y pecadores como su

amo. Pero después de veinte minutos cesó el rugido de la tormenta sin que ninguno de nosotros resultara dañado, salvo Cathy, que acabó empapada de pura cabezonería; se negó a ponerse bajo cobijo y permaneció bajo la lluvia sin sombrero ni mantón, atrapando así en el pelo y en la ropa toda el agua del mundo.

Entró, calada hasta los huesos, y se dejó caer en el asiento, vuelta contra el respaldo y con el rostro cubierto por las manos.

–Bueno, señorita –exclamé tocándole el hombro–, no cejará hasta quitarse la vida, ¿verdad? ¿Sabe lo tarde que es? ¡Las doce y media! ¡Vamos, a la cama! De nada sirve esperar a ese loco, se habrá ido hasta Gimmerton y allí se habrá quedado. Sabe que no vamos a esperarle hasta tan tarde, o al menos piensa que sólo estará despierto el señor Hindley, y no tendrá ganas de que sea él quien le abra la puerta.

–Ah, no, no. No está en Gimmerton –dijo Joseph–. Apuesto lo que queráis a que está en el fondo de un lodazal. Esta advertencia de los cielos no ha sido en vano, y ándese con cuidado, señorita, porque la próxima será para usted. ¡Todo lo tenemos que agradecer al Señor! Porque todo se encamina al bien de los elegidos, sacados de la inmundicia. Ya sabéis lo que dicen las Escrituras –y comenzó a recitar varios versos, remitiéndonos a los capítulos y versículos en que podíamos encontrarlos.

Después de haber suplicado en vano a la testaruda muchacha que fuera a quitarse la ropa mojada, los dejé, a él rezando y a ella temblequeando, y me fui a la cama con el pequeño Hareton, que se quedó profundamente dormido, como si no hubiera más que gente dormida a su alrededor.

Oí a Joseph leyendo un poco después; luego distinguí sus pasos despaciosos remontando los peldaños y me quedé dormida.

Bajé un poco más tarde de lo habitual y comprobé a la luz del sol que penetraba por las rendijas de las contraventanas que la señorita Catherine todavía estaba sentada junto a la chimenea. La puerta también estaba entreabierta y la luz se filtraba a través de las ventanas sin cerrar. Hindley había bajado, y ahora estaba junto al hogar, abotargado y ojeroso.

–¿Qué diablos te pasa, Cathy? –decía cuando yo entré–. Pareces un cachorro ahogado de puro triste. ¿Por qué estás tan empapada y pálida?

–Me mojé y ahora tengo frío, eso es todo –contestó ella de mala gana.

–¡Es una obstinada! –exclamé, percatándome de que el amo estaba más o menos sobrio–. Se empapó con la lluvia de ayer, y ahí ha estado sentada toda la noche; no he podido hacer nada para que cambie de idea.

El señor Earnshaw nos miró con pasmo.

–Toda la noche –repitió–. ¿Qué es lo que la mantuvo en pie?, no me creo que fuera el miedo a la tormenta, ¿no? Se acabó hace horas...

Ninguna de nosotras quería mencionar la ausencia de Heathcliff, al menos mientras pudiéramos esconderla. Respondí que no tenía ni idea de por qué se le había metido en la cabeza lo de estar toda la noche despierta, y ella no dijo nada.

La mañana era radiante y fresca. Abrí las contraventanas, e inmediatamente flotaron por la estancia los dulces aromas del jardín. Pero Catherine se dirigió a mí en un tono áspero:

–Ellen, cierra la ventana. Estoy tiritando –sus dientes castañetearon, y se acurrucó junto a las brasas medio encendidas.

–Está enferma –dijo Hindley mientras le tomaba el pulso–. Supongo que por eso no habrá ido a la cama. ¡Maldita sea! No quiero más enfermos en esta casa. ¿Qué se te perdió bajo la lluvia?

–¡Estuvo corriendo detrás de los rapaces, como siempre! –graznó Joseph, que aprovechó ese momento de duda para dar rienda suelta a su lengua viperina–. Yo de usted, amo, les estamparía las puertas en las narices a todos ellos, sin más miramientos. En cuanto está usted fuera, ya está colándose ese gato de Linton. ¡Y la señorita Nelly también está hecha una pécora! Permanece en la cocina acechando su llegada y, cuando usted entra por una puerta, él sale por la otra. Y luego, nuestra gran dama prosigue con los galanteos por otro lado. ¿Le parece bonito que ande escondiéndose por los prados pasada la medianoche con ese gitanazo de Heathcliff? Se piensan que estoy ciego, pero qué equivocados están... Vi perfectamente cómo entraba y salía el joven Linton, y también te vi a ti –ahora se dirigía a mí–, inútil, bruja asquerosa; vi como espiabas y entrabas en la casa como un rayo en el momento en que se oyeron por el camino los cascos del caballo del amo.

–¡Tú calla, fisgón! –exclamó Catherine–. ¡A mí no me vengas con tus insolencias! Edgar Linton vino ayer de casualidad, Hindley, y fui yo misma quien le dijo que se fuera porque sabía que no te gustaría encontrarte con él en el estado en que estabas.

–Mientes, Cathy, no me cabe la menor duda –contestó su hermano–, y eres una necia condenada. Pero, por el momento, dejemos a Linton a un lado y dime, ¿no estabas con Heathcliff anoche? Dime la verdad por una vez. No tengas miedo de poder perjudicarle. Aunque le aborrezco tanto como siempre, se portó bien conmigo no hace mucho, y eso apacigua mi conciencia para que no le corte el pescuezo. Y para evitarlo, le mandaré a paseo esta misma mañana. Pero después de que se haya ido, ya podéis ir aplicándoos el cuento porque ya no tendré a nadie sobre el que descargar mis iras más que a vosotros.

–No vi a Heathcliff anoche –contestó Catherine, que rompió a sollozar amargamente–: y si le echas de la casa, me iré con él. Pero a lo mejor no tienes la oportunidad..., a lo mejor se ha ido –y después de decir esto sus sollozos se tornaron desgarradores, y el resto de sus palabras ya no se entendieron.

Hindley lanzó sobre ella un torrente de insultos desdeñosos, y le ordenó que fuera a su habitación de inmediato, o de otro modo la haría llorar gratuitamente. La conminé a obedecer, y nunca olvidaré el escándalo que montó cuando llegamos a la habitación. Me dio miedo, pues pensé que se estaba volviendo loca, y le pedí a Joseph que fuera a buscar al médico.

Resultó ser el comienzo de un episodio de locura; tan pronto la vio el señor Kenneth, diagnosticó una enfermedad grave y dijo que tenía una fiebre muy alta.

La sangró, y me ordenó que la alimentara con suero y agua de avena. También me dijo que la vigilara, no fuera a ser que se arrojara por las escaleras o por la ventana. Y entonces se marchó, porque tenía suficiente que hacer en la parroquia

teniendo en cuenta que la distancia entre casa y casa era de dos o tres millas.

Aunque no puedo jactarme de ser una enfermera esmerada, y ni Joseph ni el amo eran mejores, y aunque nuestra paciente era agotadora y testaruda como la que más, consiguió salir adelante.

Como era de suponer, la vieja Linton nos visitó varias veces para poner las cosas en su sitio, y para regañarnos y desplegar su autoridad sobre todos nosotros. Y cuando Catherine todavía estaba convaleciente, insistió en llevársela a la Granja de los Tordos, cosa que agradecimos sobremanera. Pero la pobre dama acabó teniendo motivos para arrepentirse de su propia bondad. Ella y su marido contrajeron la misma fiebre, y murieron con escasos días de diferencia.

Nuestra jovencita volvió junto a nosotros, más insolente, irritable y envirotada que nunca. De Heathcliff no volvimos a saber nada desde la noche de la tormenta, y un día que me había provocado más de la cuenta, tuve la mala fortuna de echar a Cathy la culpa de su desaparición (cosa cierta, como bien sabía ella). Desde entonces y durante varios meses, dejó de tratarse conmigo, salvo en calidad de ama. También repudió a Joseph; decía lo que pensaba y la aleccionaba como si fuera una niña pequeña, mientras que ella se sentía mujer y nuestra ama. Pensaba que su enfermedad reciente le daba derecho a un trato respetuoso. Además, el médico había dicho que no le convenía irritarse demasiado y que tenía que tomárselo con calma; y a los ojos de Cathy, el que pretendiera hacerla frente o contradecirla en algo cometía poco menos que un crimen.

Se mantuvo alejada del señor Earnshaw y sus compinches, y protegida por Kenneth; y como sus rabietas solían desembocar en serias amenazas de arrebatos, su hermano la complacía con cualquier cosa que se le ocurriera pedir, y por lo general evitaba agravar su temperamento exaltado. Más bien era demasiado indulgente a la hora de soportar sus caprichos, y no precisamente por afecto, sino por orgullo. Deseaba de buena gana que ella honrase a la familia con su alianza con los Linton, y con tal de que le dejara en paz, le daba permiso para mangonear sobre nosotros como si fuéramos esclavos.

Al igual que muchos otros antes y después, Edgar Linton estaba encaprichado con ella. Estaba convencido de haberse convertido en el hombre más feliz de la tierra después de haberla llevado a la capilla de Gimmerton, tres años después de la muerte de su padre.

Muy en contra de mi voluntad, me obligaron a dejar Cumbres Borrascosas y a acompañarla hasta aquí. El pequeño Hareton tenía casi cinco años, y yo acababa de empezar a enseñarle las primeras letras. La separación fue muy triste, pero las lágrimas de Catherine pudieron con las nuestras. Cuando me negué a irme, y cuando se dio cuenta de que no conseguiría engatusarme, fue a lamentarse a su marido y a su hermano. El primero me ofreció un suculento salario; el otro se limitó a ordenarme que hiciera las maletas, ya que, según dijo, no quería mujer alguna en la casa ahora que no había ama. Y en cuanto a Hareton, el cura se ocuparía de él poco a poco. Así que no tenía más alternativa que hacer lo que me habían ordenado. Le dije al señor que deshaciéndose de la gente decente sólo conseguiría sucumbir un poco más rápido. Me despedí de Hareton con un beso y

desde entonces es un extraño para mí. Resulta raro pensar en ello, pero no dudo que se ha olvidado por completo de Ellen Dean y que él era lo más importante en el mundo para ella, y viceversa.

En este punto de la historia, el ama de llaves comenzó a mirar el reloj situado sobre la chimenea, sorprendiéndose de que las manecillas indicaran la una y media. No quiso saber nada de quedarse un segundo más. A decir verdad, yo mismo estaba bastante dispuesto a aplazar la continuación de su relato. Y ahora que se ha ido a dormir, y que he meditado durante una o dos horas, voy a hacer un esfuerzo para acostarme yo también, a pesar de que estoy abotargado y de que me duele la cabeza y todo el cuerpo.

Capítulo X

¡Magnífico comienzo para la vida de un ermitaño! ¡Cuatro semanas de tortura, de dar vueltas en la cama, y malestar! Y estos vientos gélidos, los entumecidos cielos del norte, las carreteras desoladas y los lentos médicos rurales. Y esta penuria incrustada en los rostros humanos, y lo peor de todo, la terrible presencia de Kenneth que no creo que salga de aquí hasta finales de la primavera.

El señor Heathcliff me acaba de honrar con una visita. Hace aproximadamente siete días, me envió un par de perdices, las últimas de la temporada. ¡Bribón! En parte es culpable de mi enfermedad, y la verdad es que me moría de ganas de decírselo. Pero, ¡por Dios!, ¿cómo podría ofender a un hombre que ha tenido la amabilidad de sentarse a mi cama durante una hora larga para charlar sobre algo que no sean píldoras, pociones, ventosas y sanguijuelas?

Estoy en un intervalo tontorrón. Me siento demasiado débil para leer, aunque me apetecería disfrutar de algo interesante... ¿Por qué no llamar a la señora Dean y que termine su relato? Recuerdo los hechos principales de todo lo que ha contado. Esto es, recuerdo que el héroe se había marchado y que no se supo nada de él durante tres años, y que su heroína se había casado. La llamaré; le encantará ver que soy capaz de charlar animosamente.

La señora Dean vino.

–Le faltan veinte minutos para tomar la medicina, señor –empezó.

–¡Al diablo, al diablo con ella! –dije–. Yo lo que quiero es...

–El médico dice que no debe usted dejar de tomar los polvos.

–¡Me alegro de corazón! Pero no me interrumpa. Venga y siéntese junto a mí. Despegue las manos de esa desagradable hilera de frascos. Saque la costura del bolsillo, muy bien, así, y ahora continúe con la historia de Heathcliff, desde donde lo dejó hasta el día de hoy. ¿Acabó su educación en el Continente y regresó hecho un hombre?, ¿le concedieron un puesto de becario en la universidad?, ¿se escapó a América y se cubrió de gloria chupando la sangre de su patria adoptiva, o hizo una súbita fortuna por los caminos de Inglaterra?

–Podría haberse dedicado a todo eso, señor Lockwood, aunque no puedo asegurarlo. Ya dije que no tengo ni la menor idea de cómo hizo dinero; tampoco tengo noticias de cómo consiguió salir de la brutal ignorancia en la que se había hundido. Pero, con su permiso, el relato lo seguiré yo a mi manera, si cree usted que le puede entretener y que no se va a dormir. ¿Se encuentra mejor esta mañana?

–Mucho mejor.

–Cuanto me alegro.

Pues la señorita Catherine y yo ya estábamos en la Granja de los Tordos. Y para mi agradable decepción, se comportó mil veces mejor de lo que yo esperaba.

Parecía estar especialmente encantada con el señor Linton, e incluso con su hermana se mostraba también muy afectuosa. La verdad es que los dos estaban muy pendientes de que se sintiera a gusto. No era el espino inclinándose sobre las madreselvas, sino más bien las madreselvas abrazando al espino. No se trataba de un afecto mutuo; ella permanecía en pie, y los otros se inclinaban. Y ¿quién podría ser pérfido y mostrarse malhumorado cuando no se encuentra ni oposición ni indiferencia?

Observé que el señorito Edgar tenía un miedo enquistado a hacer aflorar el mal humor de Catherine. Trataba de escondérselo, pero si alguna vez me oía contestar con descaro, o si observaba que alguno de los criados se molestaba con sus órdenes imperativas, mostraba su malestar con una mueca de desagrado que jamás ponía cuando se trataba de algo que le afectaba a él. Muchas veces reprendía mi insolencia, y me advirtió que una puñalada no le haría más daño que el sufrimiento de ver a su mujer molesta.

Para no herir a un amo amable, aprendí a ser menos susceptible; y durante medio año, la pólvora fue poco más que arena, porque no había mecha que se le acercara para hacerla explotar. De tanto en tanto, Catherine vivía periodos de oscuridad y mutismo, que su marido respetaba con un silencio confabulado, achacándolos a algún cambio fisiológico producido por su grave enfermedad, ya que nunca antes había tenido tendencia a la depresión. Daba la bienvenida a las nuevas ráfagas de sol con una respuesta igualmente luminosa por su parte. Creo poder afirmar que estaban a punto de alcanzar una felicidad cada día más plena.

Un buen día se terminó. Y es que, al cabo del tiempo, el verdadero tuétano de nuestra personalidad acaba aflorando. Los que tienen un carácter fácil y bondadoso sólo tienen un poco más de razón en su egoísmo que los que gozan de un carácter dominante. La felicidad se acabó cuando las circunstancias llevaron a cada uno de ellos a pensar que los intereses propios no estaban en los pensamientos del otro.

Un apacible atardecer de septiembre yo regresaba con un pesado cestón de manzanas que había estado recogiendo. Había oscurecido, y la luna se asomaba sobre la tapia del patio proyectando sombras indefinidas que acechaban en las esquinas de los salientes del edificio. Dejé la carga en los escalones que dan a la cocina, y me marché a descansar, no sin antes aspirar unas cuantas bocanadas del aire suave y dulce. Con los ojos puestos en la luna y la espalda contra la puerta, oí una voz por detrás de mí que decía:

–Nelly, ¿eres tú?

Se trataba de una voz cavernosa, de extraño timbre. Aun así, había algo en la manera de pronunciar mi nombre que me resultaba familiar. Me volví para descubrir quién acababa de hablar, no sin miedo, porque las puertas estaban cerradas y no había visto a nadie aproximándose al escalón de entrada.

Algo se rebulló en el porche. Y, aproximándome, pude distinguir a un hombre alto vestido de oscuro, de rostro y cabello cetrinos. Se apoyó contra el quicio y llevó los dedos al pestillo, como si tuviera intención de abrir por sí mismo.

«¿Quién puede ser?», pensé. «¿El señor Earnshaw? No. Ésa no es su voz.»

–He estado esperando aquí durante una hora –dijo por fin, mientras yo le escrutaba–, y durante todo ese tiempo ha reinado en torno a mí una quietud de muerto. No me atrevía a entrar. ¿Sabes quién soy? No tengas miedo, no soy un extraño.

Un rayo de luna iluminó sus rasgos. Tenía las mejillas hundidas, medio cubiertas con pelillos negros, las cejas caídas y unos ojos profundos y singulares. Recuerdo los ojos.

–¡Cómo! –dije, levantando los brazos en señal de asombro, insegura de si debía considerarle un visitante de este mundo–. ¡Qué!, ¿has vuelto? ¿Eres tú, verdad?

–Sí, Heathcliff en persona –respondió apartando los ojos de mí y dirigiéndolos hacia las ventanas sin luz interior que reflejaban una secuencia de lunas brillantes–. ¿Están en casa? ¿Dónde está ella? Nelly, ¿acaso no te alegras? No tienes por qué preocuparte. ¿Está aquí? ¡Habla! Quiero charlar un rato con ella, con tu ama. Vete a decirle que una persona de Gimmerton desea hablar con ella.

–¿Y cómo se lo tomará? –exclamé–. ¿Qué hará? ¡Si a mí me inquieta la sorpresa, a ella la va a volver loca! Y tú eres, efectivamente, Heathcliff, aunque has cambiado. No, no acabo de entenderlo, ¿te hiciste soldado?

–Vete a llevarle mi recado –me interrumpió con impaciencia–. No me sentiré bien hasta que lo hagas.

Alzó el pestillo y yo entré en la casa. Pero cuando llegué hasta el gabinete en el que se encontraban el señor y la señora Linton, no me encontré con fuerzas para entrar.

Finalmente decidí que inventaría la excusa de preguntarles si querían que encendiese las velas, y abrí la puerta.

Se encontraban los dos sentados junto a una ventana. Las contraventanas estaban abiertas contra la pared, y más allá de los árboles del jardín y del parque verde y asilvestrado se divisaba el valle de Gimmerton con una extensa franja de niebla serpenteando casi hasta su cima (porque, como se habrá percatado, muy poco después de pasar la capilla, el arroyo que baja desde los pantanos se une al riachuelo que discurre por la curva de la cañada). Cumbres Borrascosas se alzaba por encima de este vapor plateado, pero el viejo caserón no llegaba a verse, y más bien quedaba hundido hacia la otra vertiente.

Emanaba una maravillosa sensación de paz tanto de la habitación con sus ocupantes como de la vista que contemplaban. Me resistí a llevar el recado, y de hecho estaba a punto de marcharme sin mencionar palabra después de haber preguntado acerca de las velas cuando mi sentido de la responsabilidad me hizo retroceder y musitar:

–Hay una persona de Gimmerton que quiere verla, señora.

–¿Y qué quiere? –preguntó el señor Linton.

–No le pregunté –contesté.

–Bueno, pues cierra las cortinas, Nelly, y sube el té –dijo ella–. Volveré de inmediato.

Dejó la habitación y el señor Edgar preguntó quién era sin prestar demasiada atención.

–Alguien que la señorita no espera –contesté–. Ese tal Heathcliff , si recuerda usted, señor, que vivía en casa del señor Earnshaw.

–¿Qué me dices, el gitano..., el mozo de campo? –gritó–. ¿Y por qué no se lo dijiste a Catherine?

–Calle, no debe llamarle así, señor. Si le oye, ella se sentirá muy herida. Le afectó mucho su partida, y supongo que su retorno le colmará el corazón de alegría.

El señor Linton se acercó a una ventana situada al otro lado de la habitación y que daba al patio. La abrió y se asomó. Supongo que estaban abajo, porque enseguida exclamó:

–No te quedes ahí, querida. Haz que esa persona entre, si se trata de alguien conocido.

Poco después oí el sonido del pestillo y Catherine voló escaleras arriba, jadeante y salvaje, demasiado excitada para mostrar alegría. De hecho, por su cara, más bien podría pensarse que algo horrible había acontecido.

–Oh, Edgar, Edgar –dijo casi sin aliento, lanzando los brazos alrededor de su cuello–. Oh, Edgar, querido. ¡Heathcliff ha vuelto, está aquí! –y apretó los brazos para darle un achuchón.

–Bueno, bueno –exclamó su marido airado–, no hace falta que me estrangules. Nunca me pareció un tesoro maravilloso. ¡No hay por qué ponerse frenético!

–Sé que no te gustaba –contestó ella, escondiendo un poco la intensidad de su pasión–, pero aunque sólo sea por mí, ahora debéis ser amigos. ¿Le digo que suba?

–¿Aquí? –preguntó él–. ¿A la salita?

–¿Dónde si no? –replicó ella.

El señor Linton pareció molestarse, y sugirió que la cocina era un lugar más indicado para él.

Ella le observó con expresión rara, medio enfadada, medio riéndose por su actitud remilgada.

–No –dijo después de un rato–. No me puedo sentar en la cocina. Pon dos mesas aquí, Ellen, una para el amo e Isabella, que son la aristocracia, y otra para Heathcliff y para mí, que somos de baja estofa. ¿Eso te agrada más, querido? ¿O acaso debo encender un fuego en alguna otra habitación? Si es así, dímelo. Bajaré a poner a mi invitado a buen recaudo. Es tal mi alegría que tengo miedo de estar soñando.

Estaba a punto de volver a salir pitando cuando Edgar la agarró.

–Pídele que suba –dijo dirigiéndose a mí– y, Catherine, trata de estar contenta sin resultar absurda. El servicio de la casa no tiene por qué enterarse de que recibes a un criado huido como si fuera tu hermano.

Bajé al piso de abajo y me encontré con Heathcliff esperando bajo el porche, evidentemente previendo la invitación a entrar. Me siguió sin derrochar palabra alguna, y le llevé en presencia del señor y la señora, cuyas mejillas arreboladas traicionaban una acalorada conversación. Las de la señora se tiñeron con otro color cuando su amigo apareció en la puerta. Dio un salto hacia delante, le tomó de ambas manos y le condujo hasta Linton. A continuación llevó los dedos reticentes de Linton hacia la mano del otro.

Ahora que el fuego y la luz de la vela le desvelaban plenamente, quedé más que

nunca sorprendida al contemplar la transformación operada en Heathcliff. Se había convertido en un hombre alto, atlético y fornido, junto al cual mi amo parecía mucho más frágil y aniñado. Su porte enderezado sugería que había estado en el ejército. Su rostro había ganado en expresión y decisión de gestos con respecto al del señor Linton. Tenía toda la traza de ser un hombre inteligente, y no había en él señales de una antigua degradación. Con todo, una ferocidad semisalvaje, aunque contenida, acechaba tras sus cejas deprimidas y bajo sus ojos resplandecientes de fuego negro. Podría decirse incluso que sus ademanes eran dignos, desprovistos de rudeza, aunque demasiado rígidos para ser elegantes.

Mi amo se mostró tanto o más sorprendido que yo. Permaneció un minuto sin saber cómo dirigirse al mozo de campo, como le había llamado. Heathcliff retiró su delgada mano, y permaneció quieto, escrutándole, hasta que el otro se decidió a hablar:

–Siéntese, señor –dijo por fin–. Para recordar viejos tiempos, la señora Linton me ha pedido que le dispense una acogida calurosa, y no cabe duda de que para mí es un placer hacerla feliz siempre que puedo.

–Para mí también –contestó Heathcliff–, especialmente si tengo parte en ello. Será un placer quedarme una o dos horas.

Se sentó frente a Catherine, cuyos ojos quedaron prendidos en los de él, como si tuviera miedo de que fuera a esfumarse si desviaba la vista. Él apenas levantó los ojos hacia ella; se conformó con una ojeada rápida de cuando en cuando, pero cada vez parecía más embebido en el inequívoco deleite que le producía encontrarse con la mirada de ella.

Estaban demasiado absortos en este júbilo recíproco como para sentirse incómodos. No era el caso de Edgar. Comenzó a ponerse pálido de puro malestar, un sentimiento que llegó a su momento culminante cuando su señora se levantó y, atravesando la alfombra de un lado a otro, volvió a coger la mano de Heathcliff y se echó a reír como una loca.

–¡Mañana me parecerá un sueño! –exclamó–. No me creeré que te he visto, y que te he tocado, y que he hablado contigo de nuevo. Sin embargo, cruel Heathcliff, no te mereces esta acogida después de haberte ausentado y de haber estado en silencio y sin pensar en mí durante tres años.

–Bastante más de lo que tú has pensado en mí –murmuró–. No hace mucho me enteré de que te habías casado, Cathy; y, mientras esperaba en el patio, medité este plan: sólo echar un vistazo rápido a tu rostro para encontrar en él una mirada de sorpresa, tal vez de afectada alegría; después arreglar las cosas con Hindley, y finalmente adelantarme a la ley ejecutándome a mí mismo. Tu acogida me ha hecho cambiar de parecer, pero no esperes que reaccione así la siguiente vez. Ah, no, no me echarás de nuevo. Sentiste verdadera lástima, ¿no es así? Bueno, tenías motivos. He vivido momentos muy amargos desde la última vez que oí tu voz, y debes perdonarme, porque solamente luchaba por ti.

–Catherine, si no quieres que el té se quede frío, haz el favor de venir a la mesa –interrumpió Linton haciendo todo lo posible por conservar su tono habitual de voz y cierto grado de educación–. El señor Heathcliff tendrá que caminar mucho para

llegar a dondequiera que vaya a alojarse esta noche, y yo tengo sed.

Catherine tomó asiento, como siempre, frente a la tetera, y la señorita Isabella acudió a la llamada de la campanilla. Después de haberles colocado las sillas, salí de la habitación.

La merienda duró apenas diez minutos; la taza de Catherine no llegó a llenarse pues no estaba en disposición ni de comer ni de beber. A Edgar se le derramó el té en el platillo, y apenas dio un sorbo.

Esa noche el invitado no alargó su visita más de una hora. Cuando se marchaba, le pregunté si iba a Gimmerton.

–No, a Cumbres Borrascosas –contestó–. El señor Earn - shaw me invitó cuando me pasé esta mañana.

¡El señor Earnshaw invitándole *a él*, y *él* pasándose por la casa del señor Earnshaw! Cuando se marchó, me quedé rumiando estas palabras. «¿Acaso se ha vuelto un hipócrita que vuelve a la comarca para cometer alguna fechoría de modo solapado?» En lo más hondo de mi corazón, tuve el pálpito de que más le habría valido no haber vuelto.

Cerca de la medianoche, la señora Linton me despertó de mi primer sueñecito. Se introdujo sigilosamente en mi habitación tomando asiento a mi lado y propinándome tirones de pelo para que despertara.

–No puedo dormir, Ellen –dijo a modo de excusa–. ¡Y necesito a alguna criatura viviente con quien compartir mi alegría! Edgar está malhumorado porque me alegro por algo que a él no le interesa. Se niega a abrir el pico, salvo para soltar charlitas estúpidas, y ha dicho que me comporto de manera cruel y egoísta hablándole cuando se encuentra tan mal y está cansado. ¡A la mínima que regañamos tiene que decir que se encuentra mal! Dije unas cuantas cosas a favor de Heathcliff y él, bien porque tenía dolor de cabeza o un ataque de celos, comenzó a llorar. Por eso me he levantado y le he dejado ahí.

–¿Y qué gana hablándole bien de Heathcliff? –contesté–. Sienten aversión mutua desde pequeños, y a Heathcliff tampoco le gustaría que alabase usted a Edgar; es algo muy humano. No moleste al señor Linton con eso, si no quiere provocar una guerra.

–¿Pero no está mostrando con ello una gran debilidad? –prosiguió ella–. Yo no soy celosa, nunca me sentí dolida por los destellos dorados del cabello de Isabella, ni por el blanco inmaculado de su cutis, ni por su graciosa elegancia, ni por el aprecio que toda la familia muestra por ella. Incluso tú, Nelly, si alguna vez tenemos una discusión, acabas poniéndote de su parte. Y, sin embargo, acabo cediendo como la mejor de las madres, le hago cariños y lisonjas para que se ponga de buen humor. A su hermano le agrada que nos llevemos bien, y eso, a su vez, me agrada a mí. Pero resulta que son muy parecidos: unos niños mimados que campan a sus anchas por el mundo. Y, aunque les consiento ciertas cosas a los dos, creo que no les vendría mal un pequeño escarmiento.

–Se equivoca, señorita Linton –dije yo–. Son ellos los que le consienten a usted, y sé bien lo que ocurriría si no lo hicieran. Se puede usted permitir el lujo de tolerar sus caprichos pasajeros siempre y cuando la ocupación de ellos consista en

anticiparse a sus deseos. Sin embargo, puede ocurrir que algún día tropiecen con un asunto de igual importancia para ambas partes, y entonces verá que esos a los que usted consideraba débiles pueden ser muy capaces de ser tan obstinados como usted.

–Y entonces pelearemos hasta morir, ¿verdad, Nelly? –respondió ella riendo–. ¡Pues no! Tengo tanta fe en el amor que me profesa Linton que creo que podría matarle sin alzar por su parte deseos de venganza.

Le dije que por eso mismo tenía que valorar más su afecto.

–Lo hago –contestó–, pero no tiene por qué saltar por tonterías, resulta pueril. En lugar de deshacerse en lágrimas porque le dije que ahora Heathcliff se merece la consideración de todos, y es digno de que cualquier caballero de la comarca se sienta honrado con su amistad, tendría que haberlo dicho él en mi lugar y estar encantado de compartir mis sentimientos. Tiene que acostumbrarse a él, incluso aspirar a su amistad. A pesar de los motivos que tiene Heathcliff para ponerse en su contra, creo que se comportó de manera admirable.

–¿Y qué le parece que se haya ido a Cumbres Borrascosas? –pregunté–. Aparentemente, viene reformado en todos los aspectos, muy cristiano, tendiéndole la mano derecha al enemigo.

–Me lo ha explicado –contestó–. Yo tuve la misma curiosidad que tú. Me ha dicho que fue hasta allí a preguntarte por mí, suponiendo que todavía residías en la casa. Joseph se lo dijo a Hindley y entonces éste salió. Comenzó a hacerle preguntas sobre qué había estado haciendo y de qué manera se había ganado la vida, hasta que finalmente le invitó a entrar. Había varias personas jugando a las cartas y Heathcliff se unió a ellas. Le ganó dinero a mi hermano; y al ver éste que Heathcliff llevaba mucho encima, le pidió que volviera de nuevo por la noche y él aceptó. Hindley es demasiado alocado para seleccionar a sus amistades con prudencia, y no se para a pensar que podría haber motivos para desconfiar de alguien a quien él ha tratado mal previamente. Por su parte, Heathcliff asegura que el motivo principal que le lleva a reanudar la relación con su antiguo instigador es el deseo de instalarse cerca de la Granja y el apego por la casa en la que vivimos juntos de niños, así como la esperanza de que tengamos más ocasiones de vernos que si se instala en Gimmerton. Parece no importarle lo que tenga que pagar para hospedarse en las Cumbres, y sin duda, la avaricia de mi hermano le incitará a aceptar las condiciones. Siempre ha sido muy codicioso, aunque lo que coge con una mano, lo deja escapar con la otra.

–¡Menudo sitio para que un joven vaya a vivir! –dije yo–. ¿No tiene miedo de las consecuencias, señora Linton?

–No en lo que a mi amigo respecta –contestó ella–. Su entereza le mantendrá apartado del peligro, aunque sí siento un poco de miedo por Hindley. Pero no puede caer moralmente más bajo de lo que ya ha caído, y yo me interpongo entre él y un daño físico. Lo que ha sucedido esta noche ha hecho que me reconcilie con Dios y con el género humano. Me había revelado duramente contra la Providencia. ¡Oh, Nelly, he tenido que soportar desdichas muy, muy amargas! Si esa criatura supiera cuán amargas, se avergonzaría de ensombrecer mis cambios de humor con

vana petulancia. Fue el cariño hacia él lo que me ayudó a soportarlo sola. Si yo hubiera dado rienda suelta a la angustia que con frecuencia sentía, él habría aprendido a disiparla con tanto ardor como yo misma. Pero bueno, ya ha pasado, y no quiero vengarme de su locura, después de esto estoy preparada para aguantar cualquier envite. Si la criatura más vil llegara a abofetearme una mejilla, no sólo le ofrecería la otra, sino que además estaría dispuesta a pedir perdón por haberla provocado, y como prueba de ello, tengo pensado ir a hacer las paces con Edgar de inmediato. Buenas noches. ¡Soy un angelito!

Se marchó convencida de todo lo que había dicho. Y, al día siguiente, era obvio que su resolución había dado sus frutos: el señor Linton no sólo había depuesto su mal humor (aunque su ánimo aún parecía estar subyugado por la exuberante vivacidad de Catherine), sino que tampoco se opuso a que se llevara a Isabella a Cumbres Borrascosas por la tarde. Ella le gratificó con tantas muestras de afecto que convirtió la casa en un paraíso durante varios días, y tanto el amo como los criados nos aprovechamos de aquel bienestar.

Heathcliff, de ahora en adelante debería decir el señor Heathcliff, se permitió la libertad de visitar la Granja de los Tordos, con recato al principio, ya que parecía estar midiendo hasta qué punto su dueño soportaría su intrusión. También Catherine consideró prudente moderar sus muestras de júbilo a la hora de recibirle, de modo que poco a poco fue estableciendo su derecho a ser recibido.

Seguía siendo muy reservado con quien fue tan importante en su niñez, y eso servía para contener las explosiones de cariño. La inquietud de mi amo se fue aplacando, y circunstancias posteriores la desviaron por otro cauce durante un tiempo.

Sus nuevos motivos de preocupación se centraban ahora en una inesperada desgracia: Isabella Linton comenzó a dar muestras de una brusca e irresistible atracción hacia aquel invitado tolerado. Por entonces era una encantadora muchachita de dieciocho años, un poco infantil en su manera de ser, aunque dotada de inteligencia y de sentimientos amables, y también de bastante mal carácter cuando se la contrariaba. Su hermano, que la quería con locura, estaba pasmado ante semejante inclinación. Dejando a un lado el escarnio que suponía la alianza con un hombre sin apellido, y la posibilidad de que sus propiedades, en defecto de un heredero varón, pudieran quedar en manos del esposo, tenía el suficiente sentido común para comprender las intenciones de Heathcliff. Sabía que, aunque su aspecto exterior hubiera cambiado, su manera de pensar era inalterable, y que de hecho permanecía inalterada. Esa manera de pensar le aterrorizaba; le revolvía las tripas y se resistía con mal presentimiento a la idea de entregarle a Isabella.

Le habría repugnado aún más si supiera que los sentimientos de su hermana hacia Heathcliff habían aflorado de manera espontánea, y que no despertaba en él el afecto recíproco. Porque, desde el momento en que Linton descubrió que existían estos sentimientos, le echó la culpa al plan deliberado de Heathcliff.

Todos nos habíamos dado cuenta de que desde un tiempo atrás la señorita Linton se inquietaba y suspiraba por algo. Se volvió malhumorada y fastidiosa,

lanzando bofetadas y provocando a Catherine continuamente, con el inminente riesgo de acabar con su limitada paciencia. La toleramos hasta cierto límite, bajo la excusa de una enfermedad delicada, ya que desmejoraba y languidecía a ojos vista. Pero un día en que había estado especialmente quisquillosa, rechazando el desayuno, quejándose de que los criados no la obedecían, de que el ama le impedía tener ningún protagonismo en la casa y de que Edgar la ignoraba, de que había cogido un resfriado por dejar las puertas abiertas y de que habíamos dejado que se apagase el fuego del comedor a propósito sólo para fastidiarla, así como otras muchas acusaciones parecidas, la señora Linton le encareció que se marchara a la cama, y después de haberla regañado encendidamente, amenazó con que iría a buscar al médico.

La sola mención de Kenneth la incitó a gritar, instantáneamente, que su salud era perfecta y que era sólo el carácter desabrido de Catherine lo que la hacía desgraciada.

–¿Cómo puedes insinuar que soy una desabrida, niñata? –prorrumpió el ama, perpleja ante una acusación tan poco razonable–. No cabe duda de que estás perdiendo el juicio, ¿cuándo he sido desabrida contigo, dime?

–Ayer –sollozó Isabella–, ¡y ahora también!

–¡Ayer! –dijo su cuñada–. ¿En qué momento?

–Mientras caminábamos por los páramos. ¡Me dijiste que me marchara a donde quisiera mientras tú paseabas con el señor Heathcliff!

–Ah, sí, ¿y a eso le llamas tú ser desabrida? –se rió Catherine–. No estábamos insinuando que nos molestara tu compañía, y de hecho no nos importaba que siguieras paseando con nosotros. Simplemente pensé que la charla de Heathcliff no te interesaría lo más mínimo.

–¡De eso nada! –siguió lloriqueando la joven–. ¡Hiciste que me marchara porque sabías que me gustaría estar ahí!

–Pero ¿está mal de la cabeza? –preguntó la señora Linton dirigiéndose a mí–. Te repetiré nuestra conversación, palabra por palabra, Isabella. Y luego me dices qué entretenimiento te habría supuesto.

–No me importa la conversación –contestó la otra–, sólo quería estar con...

–¿Con...? –dijo Catherine, dándose cuenta de que dudaba a la hora de completar la frase.

–Con él, ¡y que no tengas que echarme siempre! –prosiguió Isabella enardeciéndose–. Eres como el perro del hortelano, Cathy, y no permites que se ame a nadie que no seas tú.

–¡No eres más que una niñata impertinente! –exclamó la señora Linton sorprendida–. ¡Y no pienso tragarme esa idiotez! No me creo que codicies la admiración de Heathcliff y que le tengas por una persona agradable. Supongo que no te he entendido bien, Isabella.

–Perfectamente –dijo ella con voz caprichosa–. Le quiero mucho más de lo que tú nunca has querido a Edgar; y puede que él llegara a quererme si tú le dejaras.

–¡En ese caso, no quiero estar en tu lugar ni por todo el oro del mundo! –sentenció Catherine enfáticamente, y parecía decirlo de corazón–. Nelly, ayúdame a

convencerla de su locura. Dile que Heathcliff es un ser indómito, sin refinamiento, sin cultura, un yermo árido de matojos y pedregales. ¡Antes pondría yo a ese pobre canario en el parque en un día de invierno que pedirte que le entregaras tu corazón! Lo que ocurre, niña, es que no tienes ni idea de cómo es, y por eso se te ha metido esa locura en la cabeza. ¡Y, por favor, no te pienses que debajo de esa adusta apariencia hay un pozo de benevolencia y de afecto! No es un diamante en bruto, ni una ostra que lleve dentro una perla. Es un hombre feroz, despiadado y lobuno. Nunca le digo: «Deja a este o a este otro enemigo solos, porque sería desconsiderado o cruel hacerles daño»; sino que digo: «Déjales en paz, porque no tolero que les hagas daño». Te aplastará, Isabella, como a un huevo de gorrión, en cuanto te conviertas en una carga para él. Estoy convencida de que nunca llegaría a amar a un Linton, y sin embargo podría casarse con tu fortuna y tu posición social. La avaricia es ahora su peor vicio. Esto es lo que pienso de él, y con todo, sigue siendo mi amigo, tanto que, si hubiera pensado seriamente en cazarte, tal vez me habría callado la boca y te habría dejado caer en sus garras.

La señorita Linton escrutaba a su cuñada con ojos indignados.

–¡Qué vergüenza, qué vergüenza! –repetía encolerizada–. ¡Eres peor que veinte enemigos juntos, un veneno de amiga!

–Ah, ¿no me crees entonces? –dijo Catherine–. Crees que me dejo llevar por un pérfido egoísmo, ¿no es así?

–Estoy convencida de ello –replicó Isabella–, y me horrorizas.

–¡Muy bien! –exclamó la otra–. Inténtalo por ti misma, si eso te complace. Hemos terminado, y ante tu descarada insolencia, no tengo más que decir.

–¡Y encima tengo que aguantar su egoísmo! –sollozó mientras la señora Linton dejaba la habitación–. Todo, todo está en mi contra, ha arruinado mi único consuelo. Pero no ha dicho más que mentiras, ¿verdad? Porque el señor Heathcliff no es un enemigo; tiene un alma bondadosa y verdadera, de otro modo, ¿cómo podría acordarse de ella?

–Destiérrelo de su pensamiento, señorita –le dije–. Es un pájaro de mal agüero, no es buen compañero para usted. La señora Linton ha hablado con dureza, aunque no puedo desmentir lo que ha dicho. Ella conoce mejor el corazón de Heathcliff que yo, o que ninguno. Y nunca lo pintaría peor de lo que es. La gente honesta no esconde sus hechos, y ¿cómo ha estado viviendo?, ¿cómo se ha hecho rico?, ¿por qué está alojado en Cumbres Borrascosas, en la casa de un hombre que le aborrece? Dicen que el señor Earnshaw ha ido de mal en peor desde que él vino. Se quedan los dos despiertos durante toda la noche, y Hindley ha hipotecado sus tierras y, según me contó Joseph hace una semana, porque le vi en Gimmerton, no hace otra cosa que jugar y beber. «Nelly», me dijo, «pronto vendrán las autoridades a investigar nuestra casa. Uno de ellos casi se corta un dedo al impedir que el otro se degollara como un ternero. Así es el amo, ya sabes, capaz de dejarse llevar a los tribunales. No tiene miedo de los jueces ni de Pablo ni de Pedro ni de Juan ni de Mateo ni de nadie. Más bien le van ese tipo de cosas, está deseando enfrentarse con ellos. Y en cuanto a esa buena pieza de Heathcliff, convéncete, es un bicho raro. Es capaz como nadie de fingir una risa ante una broma diabólica. ¿Nunca cuenta

nada de la vidorra que se pega entre nosotros cuando va a la Granja? Te voy a contar lo que hacen: levantarse cuando cae el sol, dados, coñac, se cierran las contraventanas y permanecen a la luz de las velas hasta el día siguiente al mediodía. Entonces el amo se marcha a su cuarto profiriendo maldiciones hasta que las personas decentes se tapan los oídos de vergüenza, y el otro granuja cuenta su dinero, come, duerme y luego se larga a pegar la hebra con la mujer del vecino. Supongo que le cuenta a la señora Catherine cómo el oro de su padre va a parar a su bolsillo, y cómo el hijo de su padre galopa por el ancho mundo mientras él va delante abriéndole las puertas de la ruina». Y Joseph, señorita Linton, es un viejo pillo, pero no un mentiroso. Si su versión sobre el comportamiento de Heathcliff es cierta, nunca se le pasaría a usted por la cabeza desear a semejante marido, ¿verdad?

–Te has confabulado con el resto, Ellen –replicó–, y no pienso escuchar tus calumnias. ¡Menuda mala idea la vuestra, empeñados en convencerme de que no existe la alegría en el mundo!

No sé si, de haberla dejado sola, habría llegado a superar su capricho o bien habría seguido alimentándolo perpetuamente, porque tuvo poco tiempo para pensar. Al día siguiente tenía lugar una vista en el pueblo vecino a la que mi amo tenía que asistir, y como el señor Heathcliff sabía que estaba ausente, llamó a nuestra puerta más pronto de lo habitual.

Catherine e Isabella estaban sentadas en la biblioteca, a regañadientes pero en silencio. La una un tanto abochornada por su reciente indiscreción y por haber desvelado sus sentimientos secretos en un arrebato pasional. Catherine estaba enfadada de una forma más madura, realmente ofendida con su compañera, porque si bien se burlaba de su impertinencia, se sentía poco inclinada a tomarse a broma aquel asunto por lo que a ella misma le traía en cuenta.

Se echó a reír cuando vio a Heathcliff pasar por delante de la ventana. Yo estaba barriendo la entrada cuando me percaté de que sus labios dibujaban una sonrisita malévola. Isabella estaba embebida en meditaciones, o en un libro, y permaneció así hasta que se abrió la puerta y ya era demasiado tarde para intentar escapar, cosa que habría hecho gustosamente de haber podido.

–¡Qué bien, entra! –exclamó el ama alegremente, acercando una silla al fuego–. Aquí hay dos personas tristemente necesitadas de una tercera que rompa el hielo, y tú eres justo la persona que ambas escogeríamos. Heathcliff, tengo el orgullo de mostrarte, finalmente, a alguien que te tiene en más consideración que yo misma. Supongo que te halagará, pero no, no se trata de Nelly, no la mires a ella. Mi pobre cuñadita tiene el corazón hecho añicos ante la mera contemplación de tu belleza física y moral. ¡Depende de ti el que te conviertas en el hermano de Edgar! No, no, Isabella, no te me escapes ahora.

Agarró con fingida jovialidad a la aturdida chica, que acababa de levantarse indignada, y prosiguió:

–Justo estábamos peleándonos como gatas por ti, Heathcliff, y casi podría decir que me doy por vencida a la hora de soltar protestas de amor y devoción hacia tu persona. Y, por encima de todo, he sido informada de que, si tuviera la delicadeza

de mantenerme a un lado, mi rival, como se hace llamar ella misma, lanzaría una flecha directa a tu corazón para cazarte para siempre, y así confinar mi imagen al perpetuo olvido.

–Catherine –dijo Isabella, ostentando dignidad, sin rebajarse a forcejear para salir del apretón de manos que la sujetaba–. Te agradecería que te ajustaras a la verdad y que no me calumniases ni en broma. Señor Heathcliff, haga el favor de pedirle a su amiga que me suelte. Se olvida de que usted y yo no somos amigos íntimos, y lo que a ella le divierte, a mi me parece deplorable.

Como el invitado no contestó sino que tomó asiento y parecía totalmente indiferente a los sentimientos que ella pudiera mostrar hacia él, la otra acabó volviéndose para murmurar a su captora que la liberase.

–¡De ninguna manera! –exclamó la señora Linton–. No permitiré que me llamen perro del hortelano de nuevo. ¡Ahora no tendrás más remedio que quedarte! Heathcliff, ¿pero cómo es que no te muestras contento ante mis agradables noticias? Isabella jura que el amor que yo siento hacia Edgar no tiene nada que ver con el que ella te profesa. Creo que algo así dijo, ¿verdad, Ellen? Y ha estado sin comer desde nuestro paseo de anteayer, por pena y rabia de que la haya obligado a dejar nuestra compañía, con la idea de que es algo inaceptable.

–Creo que la estás abochornando –dijo Heathcliff girando su silla para situarse frente a ella–. Desearía estar fuera de mi presencia, fuera como fuera.

Se quedó mirándola como si fuera un animal extraño y repulsivo, un ciempiés de las Indias, por ejemplo, cuya curiosidad lleva a uno a examinarlo aunque suscite repugnancia.

La pobrecita no pudo soportarlo. Se puso blanca y luego roja en rápida sucesión y, mientras las lágrimas bordaban sus pestañas, sacó fuerzas de sus deditos para soltarse del firme apretón de manos que le propinaba Catherine; y percatándose de que con la misma rapidez con que ella levantaba un dedo de su brazo, otro se cerraba sobre él y de que no podía retirarlos todos a la vez, empezó a hacer uso de sus afiladas uñas, que pronto adornaron con mediaslunas rojas la mano de su opresora.

–¡Es una tigresa! –exclamó la señora Linton, soltándola y agitando la mano con gesto de dolor–. ¡Vete, por el amor de Dios, y esconde esa cara de arpía! ¡Qué tonta eres mostrándole a él esas garras! ¿No te imaginas lo que pensará de ti? Mira, Heathcliff, son verdaderos instrumentos de tortura, ¡ten cuidado con los ojos...!

–Si me hubiera amenazado, le habría arrancado las uñas –contestó él brutalmente, una vez se hubo cerrado la puerta tras ella–. Pero ¿hasta dónde querías llegar haciendo rabiar a la criatura de esa manera, Cathy? No estabas hablando en serio, ¿verdad?

–Te aseguro que sí –contestó ella–. Ha estado sufriendo por tu culpa durante semanas, y esta mañana ha desvariado acerca de ti y ha proferido una cascada de quejas porque yo saqué a relucir tus faltas a fin de aplacar su pasión. Pero no le des más importancia, sólo quería dar un escarmiento a su insolencia. Mi querido Heathcliff, la quiero demasiado para dejar que la atrapes y la devores.

–Y yo la detesto lo suficiente como para que se me ocurra intentarlo –dijo él–,

salvo a modo de un auténtico vampiro. Si viviera a solas con esa cara insípida de cera, llegarían a tus oídos cosas bien raras. La más normal consistiría en pintar sobre su blancura los colores del arco iris, y cambiar cada uno o dos días el azul de sus ojos por negro. Me recuerdan a los de Linton de una manera detestable.

–Deliciosamente –observó Catherine–. Son ojitos de paloma, ¡de ángel!

–Es la heredera de su hermano, ¿no? –preguntó después de un breve silencio.

–Lamentaría que fuera así –contestó su compañera–. Gracias a Dios, media docena de sobrinos la van a dejar sin ese título. Pero por el momento aparta tus pensamientos del asunto, eres demasiado proclive a codiciar los bienes del prójimo, sobre todo teniendo en cuenta que los bienes de este prójimo son los *míos*.

–Si fueran míos no lo serían menos –dijo Heathcliff–, pero aunque puede que Isabella Linton sea tonta, no tiene un pelo de loca. Para abreviar, abandonaremos el asunto como tú sugieres.

Lo olvidaron de palabra, y Catherine, probablemente, también de pensamiento. Pero no me cabe la menor duda de que al otro se le vino a la memoria varias veces en el curso de la velada: le vi sonreírse –era más bien una mueca–, y se sumía en siniestras cavilaciones cada vez que la señora Linton se ausentaba de la habitación.

Decidí vigilar sus movimientos. Mi corazón estaba invariablemente del lado del amo, anteponiéndolo a Catherine. Y supongo que con razón, porque era amable y honrado, y persona de fiar. En cuanto a ella, no es que fuera justo lo contrario, pero parecía permitirse tan amplias licencias que yo tenía poca fe en sus principios, y todavía menos simpatía hacia sus sentimientos. Deseaba que ocurriera algo que tuviera el efecto de liberar tanto Cumbres Borrascosas como la Granja de los Tordos del señor Heathcliff, silenciosamente, dejándonos tal y como habíamos estado antes de que llegara. Sus visitas constituían para mí una continua pesadilla, y sospecho que también para mi amo. Su estancia en las Cumbres significaba una opresión difícil de explicar. Tenía la sensación de que Dios había devuelto a la oveja descarriada para dejarle a su libre albedrío, y que una bestia demoniaca merodeaba entre ella y el redil, esperando la oportunidad de dar el salto y acabar con todo.

Capítulo XI

A veces, meditando sobre estas cosas en soledad, me levantaba sobresaltada y cogía el sombrero para ir a comprobar cómo marchaba todo por las Cumbres. La conciencia me decía que era mi deber advertir a Hindley de lo que decía la gente sobre su forma de vida, pero luego me acordaba de sus malos modales y, sin tener ninguna esperanza de poder ayudarle, me resistía a volver a entrar en aquella casa siniestra ante la duda de no poder soportar la acogida que tendrían mis palabras.

Una vez que iba a Gimmerton, desviándome del camino, pasé por delante de la vieja verja. Sería más o menos por la época a la que he llegado con mi relato. Hacía una tarde fría y despejada. La tierra estaba pelada, y el camino seco y entumecido.

Llegué hasta un mojón en donde la carretera se bifurca internándose hasta el páramo a la izquierda. Se trata de un tosco pilar de piedra arenisca, inscrito con las letras C. B. al lado norte; al este, G.; y al suroeste, G. T. Sirve de guía hacia la Granja, las Cumbres y el pueblo.

El sol arrancaba destellos amarillos de su remate grisáceo, y me hizo pensar en el verano. No podría decir por qué, pero de pronto, un regusto de sensaciones de la infancia confluyeron en mi corazón. Era para Hindley y para mí nuestro lugar favorito veinte años atrás.

Me quedé observando un buen rato aquel bloque desgastado por el tiempo, y al agacharme vi un agujero cercano a la base que todavía estaba lleno de las cáscaras de caracol y guijarros que nos gustaba almacenar junto con otras cosas más perecederas. Como si lo tuviera delante, recordé a mi compañero de juegos sentado sobre la hierba marchita, inclinando la cabeza oscura y robusta, mientras su manita escarbaba la tierra con un trozo de pizarra.

–¡Pobre Hindley! –exclamé involuntariamente.

Me sobrecogí. Por un momento me pareció ver con mis propios ojos que el niño levantaba la cara para mirarme fijamente. La visión se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos, pero, inmediatamente, sentí el deseo irresistible de estar en las Cumbres. El pálpito de que estaba muerto me hacía ceder a aquel impulso. Pensé que a lo mejor había muerto, o tal vez fuera a morirse pronto. ¿Y si aquello era un presagio?

Cuanto más me acercaba a la casa, tanto mayor era mi agitación, y según iba divisándola, empecé a temblar de pies a cabeza. La aparición se me había adelantado y ahora estaba de pie, escrutándome a través de la verja. Eso fue lo primero que pensé al ver a un niño con rizos de duende y ojos castaños asomando su tosco rostro a través de los barrotes. Pero enseguida caí en la cuenta de que tenía que ser Hareton, *mi* Hareton, no muy cambiado desde que lo había dejado hacía diez meses.

–¡Que Dios te bendiga, mi niño! –exclamé, dejando a un lado instantáneamente mis desproporcionados temores–. Hareton, soy Nelly; Nelly, tu aya.

Se apartó de mi alcance y cogió un pedrusco.

–He venido a ver a tu padre, Hareton –añadí sacando la conclusión de que Nelly, si es que aún vivía en su memoria, en nada le recordaba ya algo que tuviera que ver conmigo.

Alzó el proyectil para lanzarlo y yo intenté tranquilizarle de palabra, pero no conseguí detener su mano. La piedra golpeó mi sombrero, y a continuación, de los balbucientes labios del pequeño brotó una sarta de insultos que no sé bien si él mismo entendía pero que soltó con un énfasis que revelaba una costumbre, y que distorsionaron los rasgos infantiles de su cara hasta conferirle una extraña mueca de maldad.

Como puede imaginar, más que indignación lo que sentí fue pena. A punto de echarme a llorar, saqué una naranja de mi bolsillo y se la ofrecí con intención de engatusarle.

Se quedó dudando, pero a continuación me la arrancó de la mano como si pensara que sólo quería tentarle para burlarme de él.

Le mostré otra, esta vez manteniéndola fuera de su alcance.

–¿Quién te ha enseñado esos modales, mi niño? –le pregunté–. ¿El cura?

–¡Al diablo con el cura, y contigo también! ¡Dame eso! –contestó.

–Dime quién te enseña a hablar de esa manera, y te la daré. ¿Quién te enseña, di?

–El demonio de mi padre –fue su respuesta.

–¿Y qué es lo que te enseña papá? –proseguí.

Saltó hacia la fruta, y yo se la puse más alta.

–¿Qué te enseña? –pregunté.

–Nada, sólo a mantenerme lejos de su vista. Papá no me soporta porque le insulto.

–¡Ajá!, y el demonio te enseña a insultar a papá –observé.

–Sí..., bueno, no –balbució.

–¿Quién entonces?

–Heathcliff.

Le pregunté si le gustaba el señor Heathcliff.

–Sí –contestó.

Deseaba conocer las razones de por qué le gustaba, pero sólo conseguí sonsacarle unas frases.

–No sé..., devuelve a papá los golpes que me da a mí..., le insulta por insultarme a mí. Dice que haga lo que me dé la gana.

–¿Y entonces el cura no te enseña a leer y a escribir? –proseguí.

–No; me dijeron que si el cura ponía un pie en la casa, le harían tragarse sus dientes. ¡Heathcliff lo ha jurado!

Le entregué la naranja y le pedí que fuera a decirle a su padre que una mujer llamada Nelly Dean esperaba junto a la verja del jardín para hablar con él.

Remontó el sendero y entró en la casa. Pero en lugar de Hindley apareció Heathcliff en la puerta, por lo que me volví y puse pies en polvorosa, corriendo por el camino sin parar hasta llegar al mojón indicador y con cara de haber visto un fantasma.

Esto no tiene mucho que ver con el asunto de Isabella. Excepto que me hizo

decidirme a estar más atenta y a hacer todo lo posible para impedir que esa mala influencia se propagara por la Granja, incluso cuando corría el riesgo de desatar una tormenta doméstica contrariando los gustos de la señora Linton.

La siguiente vez que vino Heathcliff, mi joven dama estaba dando de comer a las palomas en el patio. No había dirigido una sola palabra a su cuñada durante tres días, aunque Isabella había dejado a un lado sus quejumbrosos lamentos, cosa que agradecimos mucho.

Sabía que Heathcliff no tenía la costumbre de malgastar cortesías con la señorita Linton. En esta ocasión, tan pronto la vio, su primera precaución consistió en hacer un barrido con la vista por la fachada de la casa. Yo estaba en la ventana de la cocina, pero me eché hacia atrás para que no me viera. Cruzó el patio, llegó hasta ella y le dijo algo; ella parecía violenta y deseosa de irse. Él, para impedirlo, la agarró por el brazo. Isabella volvió el rostro hacia otra parte, aparentemente porque él preguntó algo que ella no tenía intención de contestar. Heathcliff lanzó otra mirada rápida a la casa, y suponiendo que nadie le veía, el muy granuja tuvo la desfachatez de abrazarla.

–¡Judas, traidor! –exclamé–. ¿Tú también eres un hipócrita, verdad? Un mentiroso redomado.

–¿Quién es? –dijo la voz de Catherine a mi lado. Había estado tan pendiente de vigilar a la pareja de fuera que no la había sentido entrar.

–¡El inútil de su amigo! –contesté airada–. Ese ladino sinvergüenza. Pero mire, nos ha visto y está entrando. A ver cómo se las apaña para encontrar una excusa interesante para cortejar a la señorita, después de haberle dicho a usted que la despreciaba.

La señora Linton vio cómo Isabella se soltaba de los brazos de Heathcliff y corría al jardín. Un minuto después, Heathcliff abría la puerta.

No pude por menos de dar rienda suelta a mi indignación. Pero Cathy me reprendió en silencio, enfurecida, y me amenazó con mandarme a la cocina si me atrevía a ser tan presuntuosa como para seguir sin poner freno a mi insolente lengua.

–Cualquiera que te oyera pensaría que el ama eres tú –exclamó–. ¡Te estás mereciendo que te pongan en tu sitio! Y tú, Heathcliff, ¿cómo se te ocurre hacer esas cosas? ¡Te dije que dejaras a Isabella en paz! Te pido que lo hagas, si no quieres que nos neguemos a recibirte aquí y que Linton te ponga de patitas en la calle.

–¡No permita Dios que lo intente! –contestó el muy rufián, a quien yo odiaba realmente en ese momento–. Que Dios le conserve tranquilo y paciente. ¡Cada día tengo más ganas de enviarle al otro mundo!

–¡Cierra el pico! –dijo Catherine, cerrando la puerta de dentro–. Deja de insultarme. ¿Por qué no me has obedecido? ¿Es que acaso ella se te puso delante a propósito?

–¿Qué pasa contigo? –gruñó–. Tengo derecho a besarla si ella se deja, y tú no eres quien para objetar nada. No soy *tu* marido, no tienes por qué sentir celos de mí.

–No estoy celosa –contestó la señorita–. Sólo me preocupas. Cambia esa cara y no me grites. Si te gusta Isabella, cásate con ella. Pero ¿te gusta?, dime la verdad, Heathcliff. ¿Ves?, no contestas. Estoy convencida de que no.

–¿Y el señor Linton consentiría que su hermana se casara con ese hombre? –dije yo.

–El señor Linton debería consentirlo –contestó mi señora con decisión.

–Puede ahorrarse el trabajo –dijo Heathcliff–, puedo casarme perfectamente sin tener su consentimiento. Y en cuanto a ti, Catherine, tenía intención de decirte cuatro cosas, ahora que estamos en ello. Quiero que sepas que soy consciente de que me has tratado de una manera infernal..., ¡infernal! ¿Me oyes? Y si te haces la ilusión de que no me doy cuenta de ello, es que eres mema. Y si piensas que me puedes consolar con dulces palabras, eres una idiota. Y si te crees que voy a quedarme de brazos cruzados sin vengarme, muy pronto te convenceré de lo contrario. Mientras tanto, gracias por contarme el secreto de tu cuñada, te juro que sacaré de él el mayor provecho posible, ¡y no se te ocurra entrometerte!

–¡Pero qué carácter se te ha puesto! –exclamó la señora Linton perpleja–. ¡Que te he tratado de manera infernal y que te vas a vengar...! ¿Y cómo vas a hacerlo, bruto desagradecido? ¿De qué manera infernal te he tratado?

–No pienso vengarme de ti –contestó Heathcliff un poco más calmado–. Ése no es mi plan. El tirano oprime a sus siervos y éstos nunca se amotinan en su contra, sino que más bien aplastan a los que tienen por debajo. Puedes torturarme hasta la muerte, si eso te divierte. Aunque..., permíteme que yo también me divierta de la misma manera. Y haz el favor de dejar de insultarme. Ya que has arrasado mi palacio, no construyas ahora una choza para complacerte en admirar tu propia caridad dándomela por hogar. Si creyera que realmente deseabas que me casara con Isabella, antes me cortaría el cuello que casarme con ella.

–¡Ah, ya!, lo que te molesta es que no tenga celos, ¿verdad? –exclamó Catherine–. Bien, pues no volveré a ofrecerte una mujer, es peor que ofrecerle al diablo un alma descarriada. Tu felicidad consiste, como la suya, en causar desgracias. Tú mismo lo has demostrado. Edgar ha superado la alteración que tu llegada le produjo, yo comienzo a estar segura y tranquila, y en cambio tú, que no soportas vernos en paz, te empeñas en meter cizaña. Peléate con Edgar si quieres, Heathcliff, y engaña a su hermana. Has dado en el clavo: ése es el método más eficaz para vengarte de mí.

Dejaron de hablar, y la señora Linton se sentó junto al fuego con las mejillas arreboladas y el semblante sombrío. El genio que la guiaba se estaba volviendo inmanejable, y ni ella misma conseguía acallarlo ni controlarlo. Permaneció junto a la chimenea de brazos cruzados, rumiando sus malos propósitos. Y les dejé en esta posición para ir a buscar al amo, que se preguntaba qué era lo que retenía a Catherine en el piso de abajo durante tanto tiempo.

–Ellen –dijo cuando entré–. ¿Ha visto al ama?

–Sí, está en la cocina, señor –contesté–. Está muy disgustada por la conducta del señor Heathcliff y, ciertamente, creo que ya es hora de plantear sus visitas de otro modo. No es bueno ser demasiado indulgente, y ya ve a lo que hemos llegado...

Pasé a relatarle la escena de la salita, y todo lo que tuve a bien de la disputa que vino a continuación. Pensé que no podía ser muy perjudicial para la señora Linton, a no ser que le diera por asumir la defensa de su invitado más tarde.

No le fue fácil a Edgar Linton escucharme hasta el final. Sus primeras palabras revelaban que no eximía a su mujer de culpa.

–¡Esto es intolerable! –exclamó–. ¡Es un escándalo que lo tenga por amigo y que me fuerce a soportar su compañía! Ellen, baja a avisar a dos mozos. ¡No estoy dispuesto a consentir que Catherine siga discutiendo con ese rufián, ya he consentido demasiado!

Bajó, pidió a los criados que se quedasen esperando en el pasillo y, seguido por mí, se dirigió a la cocina. La airada discusión se había reanudado. Al menos la señora Linton le regañaba con renovado vigor. Heathcliff, aparentemente achantado por la violenta reprimenda, se había desplazado hasta la ventana y permanecía allí con la cabeza gacha.

Él fue el primero que divisó al amo, e hizo un movimiento brusco para indicar a Cathy que se callara. Ella obedeció rápidamente, en cuanto descubrió por qué se había sentido intimidado.

–Pero ¿qué significa esto? –dijo Linton dirigiéndose a ella–. ¿Qué sentido del decoro tienes para quedarte ahí, después del lenguaje que ha empleado contigo ese canalla? Me figuro que como ésa es su manera habitual de hablar, no te llama la atención. Estás acostumbrada a su baja estofa, y puede que hasta pienses que yo también puedo llegar a acostumbrarme.

–¿Has estado fisgando detrás de la puerta? –preguntó la señora en un tono deliberadamente calculado para provocar a su marido, y en el que se traslucía a un tiempo indiferencia y desprecio ante su irritación.

Heathcliff, que había alzado los ojos al escuchar lo que habían dicho de él, prorrumpió en una estrepitosa carcajada después de esto último, con el evidente propósito de llamar la atención del señor Linton.

Lo consiguió; pero Edgar no tenía la menor intención de darle coba con otra explosión pasional.

–Ya he tenido suficiente, señor –dijo en tono sereno–, y no porque no tuviera conocimiento de su carácter miserable y degradado, sino porque consideraba que no cabía achacarle a usted toda la culpa de ser así, y puesto que Catherine tenía deseos de mantener la amistad, cedí erróneamente. Su presencia es un veneno moral que acabaría por contaminar hasta al más virtuoso, y por ello, y para prevenir peores consecuencias, he decidido negarle la entrada en esta casa de ahora en adelante. Le conmino a que se marche inmediatamente, y le concedo tres minutos para obedecerme si no quiere que su marcha se convierta en un acto violento e ignominioso.

Heathcliff midió a su interlocutor de arriba abajo con una mirada llena de sarcasmo.

–Cathy, este corderito tuyo me amenaza como un toro –dijo–. Y corre el peligro de romperse el cráneo contra mis nudillos. Vive Dios, señor Linton, que me produce una pena brutal que no sea usted digno ni de ser derribado.

El amo echó un vistazo al pasillo y me hizo una seña para que llamase a los hombres. No tenía la menor intención de enfrentarse personalmente con Heathcliff.

Obedecí a su indicación; pero la señora Linton, sospechando que algo tenía entre manos, me siguió, y cuando estaba a punto de llamarles, tiró de mí hacia atrás, dio un portazo y corrió el cerrojo.

–¡Juego limpio! –dijo ella en respuesta a la mirada de irritada sorpresa que le dirigió su marido–. Si no tienes tripas para enfrentarte a él, al menos discúlpate, o reconoce tu derrota. Eso te enseñará a no hacer gala de más valor del que tienes. ¡No!, te juro que la llave me la trago antes de que me la quites. ¡Menuda manera de agradecerme lo bien que me he portado! Después de la constante condescendencia con la debilidad del uno y la maldad del otro, recibo a cambio dos muestras de ciega ingratitud, estúpidas hasta el absurdo. ¡Edgar, estaba defendiéndote a ti y a los tuyos, y ahora sólo espero que Heathcliff te muela a palos por atreverte a pensar tan mal de mí!

No necesitó los palos para que se produjera ese efecto en el amo. Intentó arrancarle la llave a Catherine, quien, para ponerla a buen recaudo, la lanzó a la parte más caliente del fuego. Mientras tanto, al señor Edgar le asaltó un temblor nervioso y su cara se puso pálida como la de un muerto. Por nada en el mundo podría reprimir aquel ataque de emoción, mezcla de angustia y humillación. Se apoyó contra el respaldo de la silla y se cubrió el rostro.

–¡Santo cielo! ¡En los viejos tiempos le habrían armado caballero por una cosa así! –exclamó la señora Linton–. ¡Estamos vencidos! ¡Vencidos! Tantas probabilidades tienes de que Heathcliff levante un solo dedo contra ti como de que un rey mande su ejército contra una colonia de ratones. ¡Ánimo, van a hacerte daño! Ni siquiera eres un cordero, eres un lebratillo sin destetar.

–¡Que te aproveche este cobarde con leche en las venas, Cathy! –dijo su amigo–. Enhorabuena por la elección. He aquí al lameculos tembloroso que escogiste en mi lugar. No le golpearé con el puño, pero no me importaría darle un puntapié. ¿Está llorando, o es que se va a desmayar de miedo?

Se acercó al asiento en donde descansaba Linton y le propinó un empujón. Craso error: mi amo se levantó de un salto y le asestó en el cuello un puñetazo capaz de derribar a cualquier hombre menos fuerte que Heathcliff.

Contuvo el aliento durante un minuto, y mientras se reponía, el señor Linton salió al patio por la puerta trasera, dirigiéndose desde allí a la puerta principal.

–¡Ya está, has acabado con tus visitas! –gritó Catherine–. ¡Vete!, pero ya mismo, porque volverá cargadito de pistolas y media docena de ayudantes. Si es verdad que nos oyó, está claro que nunca te perdonará. Te has portado como un cerdo, Heathcliff. Pero vete, date prisa. Preferiría ver a Edgar acorralado antes que a ti.

–¿Pero acaso crees que me voy a marchar con este golpe ardiéndome en la garganta? –atronó él–. ¡Por todos los diablos que no! Haré que sus costillas crujan como avellanas podridas antes de atravesar ese umbral; y si no puedo ahora, algún día le mataré. Así que, si aprecias su vida, deja que me enfrente a él.

–No va a venir –intervine, mintiendo un poco–. Tenga en cuenta que abajo están el cochero y dos jardineros, y no querrá que le echen a la calle. Están armados con

garrotes y es probable que el amo esté acechando desde la ventana de la salita para comprobar que llevan a cabo sus órdenes.

Efectivamente, los jardineros y el cochero estaban ahí, pero Linton los acompañaba. Ya habían entrado en el patio, y Heathcliff se lo pensó dos veces y decidió no enfrentarse a tres criados, por lo que cogió el atizador, aplastó la cerradura de la puerta interior y se escabulló justo cuando los otros hacían su entrada.

La señora Linton, que estaba muy, pero que muy excitada, me pidió que la acompañara arriba. Desconocía mi participación en el altercado, y lo menos que deseaba yo era que se enterase.

–Me voy a volver loca, Nelly –exclamó dejándose caer sobre el sofá–. Es como si tuviera mil martillos de herrero golpeándome la cabeza. Dile a Isabella que no se acerque a mí. Es la culpable de todo este guirigay, y si ella o cualquier otro se atreven a ponerme más nerviosa, juro que me volveré salvaje. Y, Nelly, si ves a Edgar esta noche, dile que estoy en peligro de caer gravemente enferma, y ojalá así sea. ¡Ha conseguido aterrarme y alterarme de un modo terrible! Quiero meterle un sustillo. Además, es probable que me venga con una retahíla de insultos y quejas. Sé que no voy a poder quedarme callada, y Dios sabe adónde podemos llegar. ¿Lo harás, mi querida Nelly? Sabes perfectamente que no tengo culpa de todo este asunto. ¿Qué bicho le habrá picado para volverse así de fisgón? Las palabras de Heathcliff, cuando tú nos dejaste, fueron muy ofensivas, sí, es verdad; pero no me habría costado mucho sacarle a Isabella de la cabeza, y lo demás no tenía importancia. Ahora todo se ha ido al traste por culpa de esa maldita manía que tienen algunos de oír decir pestes de sí mismos, es una cosa como del diablo. Si Edgar no hubiera escuchado mi conversación con Heathcliff, nada habría cambiado en lo que a él respecta. La verdad es que cuando se puso a gritarme con ese tono de reproche tan poco razonable, después de que yo hubiera estado increpando a Heathcliff hasta casi quedarme ronca, ya dejó de importarme lo que pasara entre ellos, sobre todo porque tenía la sensación de que, terminara como terminase aquella escena, cada uno tomaríamos un rumbo distinto por quién sabe cuánto tiempo. Pues bien, si es verdad que Heathcliff no puede seguir siendo amigo mío, y si Edgar sigue poniéndose celoso y suspicaz, intentaré destrozarles el corazón tratando de acabar con el mío primero. Así terminaremos con todo este asunto rápidamente, ya que me veo en esta tesitura. Pero esto es algo que me reservo para casos extremos. No creo que a Linton le coja por sorpresa. Hasta ahora ha sido discreto por miedo a provocarme. Le tienes que convencer de lo peligroso que resultaría que abandonase esa táctica recordándole mis explosiones de ira que rayan en la locura. Ojalá cambiaras esa expresión de apática y te tomaras más interés por lo que estoy diciendo.

Me figuro que la impasibilidad con que recibí estas instrucciones le resultaba exasperante, sobre todo porque ella me las transmitía con absoluta sinceridad. Pero estaba convencida de que una persona capaz de planear el rumbo que tomarían sus arrebatos de ira, podía, con fuerza de voluntad, dominarse un poco, aunque se hallase bajo la influencia de uno de esos arrebatos. Yo no tenía la menor

intención de asustar a su marido como ella me sugirió, ni de que su malestar fuera en aumento sólo para dar pábulo a su egoísmo.

Así que, cuando me encontré con el amo, que venía hacia la salita, no le dije nada; pero me tomé la libertad de volver a escuchar si volvían a reñir.

Él fue el primero en empezar a hablar:

–Quédate donde estás, Catherine –dijo, sin que su voz denotara agresividad, pero en tono desalentado–. Me voy enseguida. No he venido ni a enzarzarme en una pelea ni a reconciliarme, pero quiero saber si después de los acontecimientos de esta noche tienes intención de seguir viéndote con...

–¡Por el amor de Dios! –interrumpió la señorita dando un taconazo en el suelo–. ¡Por el amor de Dios, vamos a dejar la fiesta en paz! Tu sangre fría no entiende de fiebres, porque por tus venas fluye agua helada; pero las mías están hirviendo, y la sola vista de ese frío tuyo las pone en danza.

–Si te quieres librar de mí, contéstame –insistió el señor Linton–. Tienes que contestarme, y que sepas que tu agresividad no me intimida. Me he dado cuenta de que, si te da la gana, puedes ser tan estoica como nadie. ¿Vas a renunciar a Heathcliff de ahora en adelante, o vas a renunciar a mí? Es imposible que seas al mismo tiempo mi amiga y la suya. Exijo saber por encima de todo a quién de los dos eliges.

–¡Y yo exijo estar sola! –exclamó Catherine fuera de sí–. ¡Te lo pido! ¿No ves que apenas puedo tenerme en pie? Edgar, déjame, ¡déjame!

Tiró del cordón de la campanilla hasta que se rompió con un chasquido; yo entré tan tranquila. Esas endemoniadas rabietas sin sentido podían con la paciencia de un santo. Ahí estaba ella, con la cabeza apoyada sobre el brazo del sofá, rechinando los dientes de tal modo que parecía que los haría astillas.

El señor Linton la escrutaba con súbito arrepentimiento y terror. Me pidió que le trajera agua. Apenas tenía aliento para hablar.

Le traje el vaso, y como no quería bebérselo, comencé a rociarle la cara con agua. En cosa de unos segundos se puso rígida, con los ojos en blanco, en tanto que sus mejillas, de inmediato descoloridas y lívidas, adquirían el aspecto de las de un muerto.

Linton la miraba aterrorizado.

–No le ocurre absolutamente nada –le susurré. No quería que él cediese, aunque en mi fuero interno no podía evitar tener un poco de miedo.

–¡Tiene sangre en los labios! –dijo él, estremeciéndose.

–¡No pasa nada! –contesté con sequedad. Y le conté cómo había decidido fingir un ataque de locura antes de que él llegara. Pero tuve la poca precaución de decirlo en voz demasiado alta, y ella me oyó. Se irguió con el cabello volándole sobre los hombros, los ojos refulgentes y los músculos del cuello y de los brazos que parecían querer saltarle de su sitio. Me hice a la idea de que al menos algún hueso me rompería, pero se limitó a mirar a su alrededor durante unos instantes para, a continuación, salir corriendo de la habitación.

El amo me ordenó que la siguiera, y fui hasta la puerta de su alcoba, donde me impidió el paso dándome con la puerta en las narices.

Como no dio señal de bajar a desayunar a la mañana siguiente, subí a preguntar si quería que le llevara algo arriba.

–¡No! –dijo ella tajantemente.

Le repetí la misma pregunta a la hora de la comida, y también de la cena, y de nuevo al día siguiente, recibiendo la misma respuesta.

Por su parte, el señor Linton se encerró en la biblioteca y no hizo ninguna pregunta sobre su mujer. Isabella y él mantuvieron una conversación de una hora, y él intentó sonsacarle algún sentimiento de legítimo horror hacia los atrevimientos de Heathcliff. Pero no consiguió sacar nada en claro de sus respuestas evasivas, por lo que tuvo que dar por finalizado el interrogatorio sin el resultado esperado. En todo caso, concluyó con la solemne advertencia de que si se le ocurría estar tan loca como para dar pábulo a ese pretendiente de pacotilla, estaba resuelto a disolver toda relación entre ella y él.

Capítulo XII

Mientras la señorita Linton vagaba con la cara mustia por el parque y por el jardín, siempre en silencio y muy a menudo con lágrimas en los ojos, y su hermano se había encerrado entre libros que nunca abría..., agotándose, creo yo, con la vaga y continua esperanza de que Catherine, arrepentida de su propia conducta, viniera *motu proprio* a pedir perdón y a buscar una reconciliación, y *ella* ayunaba de manera obsesiva, probablemente con el pensamiento de que, en todas y cada una de las comidas, Edgar se atragantaría por su ausencia, y que era el orgullo lo que le impedía que corriera a arrojarse a sus pies, yo proseguí con mis quehaceres domésticos, convencida de que entre las cuatro paredes de la Granja tan sólo había un alma sensata, y ésta se alojaba en mi cuerpo.

No derroché tiempo compadeciendo a la señorita, ni objetando a la señora, ni presté atención a los suspiros del amo, que ardía en ansias de oír el nombre de su esposa, ya que no podía oír su voz.

Decidí que se las apañaran como quisieran, y aunque este proceso resultó ser lento y agotador, finalmente comencé a disfrutar de una débil mejoría, o al menos eso fue lo que me pareció.

Al tercer día, la señora Linton descorrió el cerrojo de su puerta; y como se le había agotado el agua del cántaro y de la jarra, deseaba una nueva provisión, y también un tazón de caldo, porque estaba convencida de que se moría. Pero ése era un mensaje dedicado a Edgar; yo no lo creía, por lo que hice oídos sordos y le traje té y pan tostado.

Comió y bebió con avidez y luego volvió a hundirse en la almohada, retorciéndose las manos y gimoteando.

–Oh, me acabaré muriendo –exclamaba–, porque no le importo nada a nadie. Ojalá no me hubiera tomado eso.

Entonces, un buen rato después, la oí murmurar:

–Mejor dicho: no. No pienso morirme, no le daré ese gusto. No me quiere lo más mínimo, y nunca me echaría de menos.

–¿Deseaba algo más la señora? –pregunté guardando la compostura, a pesar de su aspecto fantasmal y de la extrañeza de sus ademanes forzados.

–¿Qué ha estado haciendo ese desalmado? –preguntó, despejando su demacrado rostro de una maraña de tirabuzones–. ¿Ha caído en un letargo? ¿Acaso está muerto?

–Ni lo uno ni lo otro –contesté–, si es que se refiere usted al señor Linton. Se encuentra bastante bien, creo yo, aunque sus estudios le quitan más tiempo del debido. Ya que no tiene otra compañía, está siempre entre sus libros.

De haber tenido conocimiento de su verdadero estado, no habría hablado así, pero no podía dejar de pensar que parte de su locura era inventada.

–¡Entre sus libros! –exclamó pasmada–. ¡Y yo muriéndome! ¡Con un pie en la tumba! ¡Santo Dios!, pero ¿es que no tiene idea de lo mala que estoy?

Y al decir esto, escudriñaba su reflejo en un espejo que colgaba de la pared opuesta.

–¿Es ésa Catherine Linton? Se creerá que se trata de una rabieta, o tal vez de una comedia. ¿No le puedes informar tú de que se trata de algo muy serio? Nelly, si no es demasiado tarde, tan pronto conozca sus sentimientos, escogeré entre estas dos cosas: o bien morirme de hambre, de una vez por todas, que no creo que suponga escarmiento alguno si no tiene corazón, o bien recuperarme y abandonar la comarca. ¿Me estás diciendo la verdad acerca de él? No se te ocurra engañarme. ¿De verdad le importa tan poco mi vida?

–¿Por qué lo dice, señora? –contesté–. El amo no tiene ni idea de que está usted trastornada y, por supuesto, no teme que pueda dejarse morir de hambre.

–¿Crees que no? ¿No podrías decirle que lo haré? –contestó–. Convéncele, dile lo que piensas, dile que estás convencida de que lo haré.

–No. Se olvida usted, señora Linton, de que acaba de comer algo con ganas, y de que mañana percibirá sus efectos beneficiosos –sugerí.

–¡Si estuviera segura de que matándome a mí misma le mataba a él, no te quepa duda de que lo haría! –me interrumpió–. Qué tres noches más terribles, no he pegado ojo, y ¡menudos tormentos he tenido que soportar! ¡Me perseguían, Nelly! Pero ahora empiezo a pensar que no me quieres. ¡Qué extraño! Yo que pensaba que aunque los demás se odian y se desprecian entre sí, no podían evitar quererme..., pero resulta que todos se han convertido en enemigos en unas cuantas horas. *Ellos* lo son, soy realista, la gente *de esta casa*. ¡Y qué espantoso es acercarse a la muerte rodeada de esos rostros glaciales! Isabella, aterrorizada y llena de repulsión, con miedo a entrar en la habitación porque ¡resulta tan espeluznante ver cómo se marcha Catherine! Y Edgar esperando de pie, solemne, mientras contempla el desenlace final. Y luego rezando y dando gracias al Señor por restablecer la paz en esta casa, y volviendo a *sus libros*. ¡Qué diantres tendrá que hacer entre los libros cuando yo me estoy muriendo!

No podía soportar lo que yo le había metido en la cabeza acerca de la resignación filosófica de Linton. Agitándose de un lado a otro de la cama, pasó del aturdimiento febril a la locura, rasgó la almohada con los dientes, e irguiéndose acaloradamente, me pidió que abriera la ventana. Estábamos en pleno invierno y el viento del noreste soplaba con fuerza, por lo que me negué.

Comencé a alarmarme mucho con los cambios de expresión de su rostro y de su humor, que me hacían acordarme de su enfermedad anterior, así como de la recomendación del médico de que no la hiciéramos enfadar.

Si un minuto antes se había comportado de manera violenta, ahora, apoyada sobre un brazo y sin darse cuenta de que me negaba a obedecer, parecía entregada a la ensoñación infantil de ir sacando las plumas de los agujeros que acababa de hacer en la almohada, y de alinearlas sobre la sábana por especies: su mente estaba en otro tipo de asociaciones.

–Ésta es de pavo –murmuró para sí misma–, y ésta de pato salvaje, y ésta de paloma. ¡Pero si meten plumas de paloma en la almohada, no me extraña que no pueda morirme! Recuérdame que la tire cuando me acueste. Y ésta es de perdiz, y

ésta, la reconocería entre miles, es de avefría. ¡Qué ave tan hermosa, haciendo círculos sobre nuestra cabeza en medio de los páramos! Quería irse a su nido, porque las nubes rasgaban las alturas y sentía la lluvia en los huesos. Esta pluma la sacaron del brezal, al pájaro no le dispararon porque en invierno vimos su nido lleno de esqueletitos. Heathcliff puso un cepo encima y los padres ya no se atreven a acercarse. Le hice prometer que, después de eso, nunca más dispararía a un avefría, y no ha vuelto a hacerlo. ¡Sí, aquí hay más! ¿Dispararía a mis avefrías, Nelly? Déjame ver. ¿Hay alguna pluma manchada de rojo?

–¡Deje ya ese juego de niños! –la interrumpí arrancándole la almohada de la mano y volviendo los agujeros del lado del colchón, ya que estaba sacando su contenido a puñados–. Acuéstese y cierre los ojos, está usted delirando. ¡Mire qué guirigay, plumas volando por los aires como si fueran copos de nieve!

Fue de un lado a otro tratando de recogerlas.

–Nelly, te veo vieja –dijo como hablando en sueños–, tienes el pelo canoso y los hombros vencidos. Esta cama es la gruta de las hadas bajo el Roquedal de Penistone, y tú estás recogiendo flechas de gnomo para herir a nuestros novillos, haciéndome creer, cuando me acerco, que no son más que guedejas de lana. Así estarás dentro de cincuenta años, ya sé que ahora no eres así. No estoy delirando, te equivocas, porque si así fuera creería que de verdad eres esa bruja canosa, y pensaría que estoy bajo el Roquedal de Penistone. Sé de sobra que es de noche, y que hay dos velas encima de la mesa que hacen brillar el armario negro como si fuera azabache.

–¿Qué armario negro?, ¿dónde lo ve usted? –pregunté–. Está hablando en sueños.

–Está contra la pared, como siempre. Pero ¡qué raro!, ¡veo una cara en él!

–No hay ningún armario en la habitación, nunca lo hubo –dije yo, volviendo a tomar asiento y anudando la cortinas de la cama para poder vigilarla.

–¿Es que no ves esa cara? –preguntó, escrutando fijamente el espejo.

Por mucho que le dije, no pude convencerla de que era su propia cara, así que me levanté y tapé el espejo con un chal.

–¡Todavía está ahí detrás! –prosiguió, angustiada–. Acaba de moverse. ¿Quién es? ¡Espero que no salga cuando te hayas ido! ¡Ay, Nelly, la habitación está embrujada! ¡Tengo miedo de quedarme sola!

Le tomé la mano y le pedí que se tranquilizara porque todo su cuerpo se agitaba en convulsiones, y seguía con los ojos fijos en el espejo.

–¡No hay nadie ahí! –insistí–. Es usted misma, señora Linton. Lo dijo hace un rato.

–¡Yo misma! –dijo entrecortadamente–, ¡y el reloj está dando las doce! Entonces es verdad. ¡Es terrible!

Sus dedos temblorosos agarraron la ropa de la cama y se cubrió los ojos con ella. Traté de escabullirme hacia la puerta con la intención de llamar a su marido, pero un chillido penetrante me hizo retroceder. El chal se había caído del espejo.

–Pero ¿qué pasa? –grité–. ¿Quién es ahora la cobarde? ¡Despierte! Es sólo el espejo, señora Linton, ¡el espejo!, y se ve usted reflejada en él, y ahí estoy yo junto

a usted.

Se me agarró con fuerza, temblando desconcertada, aunque el horror se fue disipando gradualmente de su rostro, y la palidez que en él había dio paso a un destello de rubor.

–¡Ay, Dios! –suspiró–. Pensé que estaba en casa. Pensé que estaba sobre mi cama de Cumbres Borrascosas. Como estoy débil, mi cerebro se confundió y comencé a gritar inconscientemente. No digas nada, quédate conmigo. Tengo pánico de quedarme dormida, tengo miedo de soñar.

–Pues un buen sueño le vendría bien, señora –contesté–, y a ver si todo esto le hace escarmentar y no intenta ayunar de nuevo.

–¡Ay, si estuviera en mi vieja cama de mi antigua casa! –prosiguió con amargura, retorciéndose las manos–. Y ese viento repiqueteando en los abetos a través de la contraventana. Déjame sentirlo, déjame, viene directo de los páramos, por favor, déjame dar una bocanada.

Para apaciguarla, entreabrí la ventana unos segundos. Entró una ráfaga fría, la cerré y volví a mi asiento.

Entonces permaneció tranquila, con el rostro bañado en lágrimas. El cansancio corporal había conseguido someter al espíritu. Nuestra feroz Catherine no era más que un niña llorosa.

–¿Cuánto tiempo llevo aquí encerrada? –preguntó, reviviendo de pronto.

–Desde el lunes por la noche –contesté–, y estamos a jueves por la noche, o casi ya a viernes por la mañana.

–¿Qué?, ¿de la misma semana? –exclamó–. ¿Ha pasado tan poco tiempo?

–Bastante, si tenemos en cuenta que ha vivido usted sólo de agua fría y mal humor –puntualicé.

–Bueno, pues me da la sensación de que ha pasado un número insoportable de horas –murmuró incrédula–, tiene que ser más. Recuerdo que estaba en la salita, después de que hubieran discutido, y que Edgar nos estaba provocando cruelmente, y que yo, desesperada, me marché a su habitación a todo correr. Tan pronto cerré la puerta, me envolvió una oscuridad total, y me caí al suelo. ¡No acertaba a explicarle a Edgar lo segura que estaba de que tendría un ataque, o que me volvería loca de atar si continuaba burlándose de mí! No podía controlar ni la lengua ni el cerebro, y quizá él estaba lejos de imaginar mi agonía. Apenas tenía voluntad para escapar de él y de su voz. Comenzó a oscurecer antes de que me recuperase lo suficiente para volver a ver y oír. Nelly, te voy a contar lo que pensé, y lo que se me venía a la cabeza de manera recurrente hasta el punto de llegar a temer volverme loca. Pues bien, mientras estaba ahí en el suelo, con la cabeza contra la pata de la mesa y los ojos percibiendo apenas el recuadro gris de la ventana, pensé que estaba encerrada en la cama de roble con paneles de mi casa, y que me escocía el corazón con una pena muy grande, que al despertar no podía recordar. Le estuve dando vueltas, y me esforcé hasta descubrir de qué podía tratarse. Y he aquí lo más extraño de todo: ¡los últimos siete años de mi vida estaban en blanco! Me resultaba absolutamente imposible acordarme de ellos. Era una niña, acabábamos de enterrar a mi padre, y mi pena se debía a que Hindley

había ordenado que Heathcliff y yo nos separáramos. Por primera vez estaba sola, y al levantarme de un triste duermevela después de haber estado sollozando durante toda la noche, saqué la mano para descorrer los tableros y ¡me golpeé contra la mesa! La pasé por la alfombra y entonces, súbitamente, recobré la memoria y un paroxismo sin esperanza engulló mi angustia reciente. No podría decir por qué me sentía tan terriblemente desgraciada, debió de ser una enajenación pasajera, porque apenas hay motivos. Pero supongamos que a los doce años me arrancan de las Cumbres y de todos los recuerdos infantiles, y de lo más importante para mí, que entonces era Heathcliff, para convertirme de golpe y porrazo en la señora Linton, la señora de la Granja de los Tordos y la mujer de un extraño, exiliada, desterrada, por tanto, de lo que había sido mi mundo hasta entonces. ¡Puedes vislumbrar el abismo en el que me hundía! Sacude la cabeza si te da la gana, Nelly, ¡*tú* eres en parte culpable de mi perturbación! Tendrías que haber hablado con Edgar, vaya si deberías haberlo hecho, para obligarle a dejarme tranquila. ¡Oh, santo Dios, estoy ardiendo! Ojalá estuviera fuera de casa, ojalá fuera una niña de nuevo, medio salvaje, pero libre y fuerte..., riéndome de los insultos en lugar de volverme loca por culpa de ellos. ¿Qué me ha hecho cambiar tanto?, ¿por qué me hierve la sangre con tan sólo unas palabras? Estoy segura de que volveré a ser yo misma entre el brezo de esas montañas... Vuelve a abrir la ventana de par en par, ábrela enseguida. Rápido, ¿por qué te quedas parada?

–Porque no pienso darle el gusto de que se muera de frío –contesté.

–No piensas darme el gusto de la vida, quieres decir –dijo ella con tono desabrido–. De todas formas, y puesto que todavía no soy una inútil, la abriré yo misma.

Y escurriéndose de la cama antes de que yo pudiera impedirlo, atravesó la habitación con andar titubeante, abrió la ventana y se asomó sin que le importara lo más mínimo el aire gélido que, afilado como un cuchillo, cortaba a la altura de los hombros.

Le rogué que se retirara, y al final tuve que forzarla a ello. Pero pronto me di cuenta de que la fuerza que emanaba de su delirio sobrepasaba la mía (y es que acabé convenciéndome de que estaba delirando por sus sucesivos y enloquecidos ataques).

No había luna, y todo lo que había abajo yacía entre una oscuridad brumosa. Ni una sola luz brillaba en ninguna casa, ni cerca ni lejos, pues ya hacía tiempo que todas las luces habían sido apagadas. Y las de Cumbres Borrascosas no se veían nunca..., aunque ella estaba convencida de que percibía los destellos.

–¡Mira! –exclamó con alborozo–, ésa es mi habitación con la vela, y los árboles columpiándose frente a ella..., y la otra vela está en la buhardilla de Joseph... Joseph se acuesta muy tarde, ¿verdad? Está esperando a que vuelva para cerrar la verja... Bueno, pues todavía tendrá que esperar un poco. Es un viaje duro, y tengo el corazón triste para viajar, y tenemos que pasar por el cementerio de Gimmerton para hacer ese viaje. Muchas veces hemos desafiado a sus fantasmas juntos, y nos hemos retado a trepar por las tumbas y a invocarles... Pero Heathcliff, si te desafiara ahora, ¿crees que te atreverías? Si lo haces, voy contigo. No pienso

acostarme allí yo sola. Aunque me entierren a doce pies de profundidad, aunque me echen la iglesia entera encima, hasta que no vengas tú conmigo no pienso descansar..., ¡nunca!

Hizo una pausa y prosiguió con una sonrisa enigmática:

–Está pensando que preferiría que yo fuera a donde está él. Pues entonces, ¡busca un camino que no pase por el cementerio! ¡Pero mira que eres lento! ¡Menos mal que siempre me has seguido!

Intuyendo que enfrentarme a su delirio iba a ser cosa inútil, comencé a pensar cómo alcanzaría algo para arroparla sin dejar de vigilarla, ya que no podía permitirme el lujo de dejarla sola junto a la ventana abierta. En ese momento, para mi consternación, oí el ruido del picaporte y entró el señor Linton, que había salido de la biblioteca y al pasar por delante de la puerta oyó nuestra conversación, y bien por curiosidad, bien por miedo, no pudo dejar de averiguar qué es lo que ocurría allí tan tarde.

–¡Ay, señor! –exclamé, cortando la mueca que sus labios estaban a punto de esbozar ante el espectáculo y la gélida atmósfera que reinaba en la habitación–. Mi pobre señora está enferma, y me está volviendo loca. No puedo con ella. Por favor, venga a persuadirla de que se vaya a la cama. Deje a un lado su enfado, porque es muy difícil convencerla de que haga más de lo que se le mete en la cabeza.

–¿Catherine enferma? –dijo, precipitándose hacia nosotras–. ¡Cierre la ventana, Ellen! ¡Catherine! ¿Por qué...?

Calló. El aspecto demacrado de la señora Linton le dejó mudo, y lo único que podía hacer era mirarnos alternativamente con horrorizada perplejidad.

–Se ha estado consumiendo aquí –continué– sin comer prácticamente nada y sin quejarse, no ha querido que ninguno de nosotros entrase hasta esta noche, por lo que no hemos podido informarle de su estado, ya que nosotros mismos lo desconocíamos, pero no es nada.

Me di cuenta de que me estaba explicando de forma torpe. El amo frunció el ceño.

–¿No es nada, dice, Ellen Dean? –dijo secamente–. ¡Tendrá que informarme de por qué me ha mantenido al margen de esto!

Cogió a su mujer en los brazos y la miró con angustia.

Al principio ella parecía no reconocerle..., resultaba invisible a su mirada ausente. Su delirio, sin embargo, no era permanente, y cuando dejó de contemplar la oscuridad exterior, poco a poco fue centrando su atención en él, hasta darse cuenta de quién la tenía en brazos.

–¡Ah!, eres tú, Edgar Linton, ¿no? –dijo con fastidio–. ¡Eres una de esas cosas que siempre aparece cuando menos falta hace, y en cambio, cuando uno lo necesita, nunca! Supongo que ahora se prepara una buena..., digo yo... Me temo que sí... Pero no me apartarán de mi estrecha morada allá lejos, el lugar de reposo al que iré a parar antes de que acabe la primavera. Ahí está, ah, pero no entre los Linton, bajo el tejado de la capilla, sino al aire libre con una lápida, ¡y puedes hacer como te venga en gana, irte con ellos o venirte conmigo!

–Catherine, ¿qué te ocurre? –comenzó el amo–. ¿Es que ya no significo nada para

ti? ¿Quieres a ese miserable de Heath...?

–¡Cállate! –exclamó la señora Linton–. ¡Cierra el pico ahora mismo! ¡Como vuelvas a mencionar ese nombre, me tiro por la ventana y se acabó el asunto! Lo que estás tocando ahora lo puedes tener, pero mi alma estará sobre la cima de esa montaña antes de que me vuelvas a poner las manos encima. No te quiero, Edgar. Me he cansado de esperarte... Vuelve a tus libros... Me alegro de que tengas ese consuelo, porque todo lo que había en mí se ha desvanecido.

–Disparata, señor –interrumpí–. Ha estado delirando toda la noche, déjela estar tranquila y que se la atienda como es debido, y ya verá cómo se repone. De ahora en adelante, tenemos que andarnos con pies de plomo.

–No quiero que me dé más consejos –contestó el señor Linton–. Conocía la naturaleza de su señora, y me animó a provocarla. ¡Mira que no darme ni una pista de cómo ha estado durante estos tres días! ¡Qué poca sensibilidad! Ni varios meses de enfermedad podrían haber causado semejante cambio!

Comencé a defenderme, pensando que no merecía ser censurada por la perversa terquedad de otra persona.

–¡Sabía que la señora Linton era cabezota y dominante por naturaleza! –grité–. ¡Pero lo que no sabía es que usted quisiera darle alas a ese temperamento feroz! No sabía que, para tenerla contenta a ella, tenía que hacer la vista gorda ante el señor Heathcliff. ¡He cumplido con el deber de una criada fiel contándoselo a usted, y éste es el pago que recibo! Bien, pues me enseñará a tener más cuidado de ahora en adelante. ¡La próxima vez puede averiguarlo usted mismo!

–La siguiente vez que me vengas con cualquier cuento, dejarás mi casa, Ellen Dean –contestó él.

–Entonces preferiría usted no enterarse de nada, supongo, señor Linton –dije yo–. Heathcliff tiene pues permiso para venir a cortejar a la señora y para dejarse caer a la menor oportunidad, aprovechando que usted está ausente, para emponzoñar a la señorita en contra suya.

Aturdida como estaba, Catherine tenía, sin embargo, la inteligencia alerta y estaba atenta a nuestra conversación.

–¡Ah, Nelly ha sido una traidora! –exclamó de modo apasionado–. Nelly es mi enemiga encubierta, ¡pedazo de bruja! Conque es verdad que te dedicas a buscar las flechas de gnomo para hacernos daño... ¡Déjame, que haré que se arrepienta! ¡Haré que pida perdón a gritos!

Una furia maníaca se alojó bajo sus cejas. Forcejeó para librarse de los brazos de Linton. No me sentí inclinada a seguir con el asunto y, resuelta a buscar asistencia médica bajo mi responsabilidad, abandoné la habitación.

Cuando pasé por el jardín para alcanzar la carretera, en un lugar donde hay una argolla en el muro para atar a los caballos, vi cómo algo blanco se rebullía de manera extraña, agitado por una fuerza distinta al viento. A pesar de la prisa que llevaba, me detuve a examinarlo, a fin de que no me quedara impresa para siempre en la imaginación la idea de que se trataba de un ser de otro mundo.

Me quedé estupefacta al descubrir, más por el tacto que por la vista, que se trataba de la perrita de la señorita Isabella, Fanny, que colgaba de un pañuelo a

punto de exhalar su último aliento.

La liberé rápidamente y la puse en pie sobre el jardín. La había visto seguir a la señorita escaleras arriba, cuando se fue a la cama, y me preguntaba cómo podía haber salido de allí y qué persona malévola podría haberle profesado semejante trato.

Mientras deshacía el nudo de la argolla, me pareció captar a cierta distancia pero de forma repetida el galope de un caballo. Pero tenía tantas cosas en la cabeza que apenas me paré a reflexionar sobre ello, aunque lo cierto es que se trataba de un sonido extraño en ese sitio y a las dos de la madrugada.

Afortunadamente, según remontaba la calle, el señor Kenneth salía de su casa para ir a visitar a un paciente del pueblo. Mi relato sobre la enfermedad de Catherine Linton hizo que me acompañara de vuelta inmediatamente.

Era un hombre ramplón y rudo, que no tenía pelos en la lengua a la hora de expresar sus dudas sobre si ella sobreviviría a un segundo ataque, a no ser que estuviera más dispuesta a seguir sus indicaciones que la otra vez.

–Nelly Dean –dijo–. No puedo evitar pensar que existen otros motivos. ¿Qué ha ocurrido en la Granja? Por aquí arriba circulan extraños rumores. Una moza robusta y pasional como Catherine no cae enferma por una fruslería, ese tipo de gente tiene otra naturaleza. Es muy difícil que tengan fiebres y cosas así, ¿cómo empezó todo?

–El amo le informará –contesté–. Pero ya conoce usted la naturaleza violenta de los Earnshaw, y la señora Linton se lleva la palma. Que sepa únicamente que la cosa comenzó con una riña. En un estallido pasional le dio una especie de ataque. Al menos ésa es su versión, porque se largó en el momento más álgido y se encerró. Después se negó a comer, y ahora alterna el delirio con un duermevela. Reconoce a los que la rodean, pero tiene la cabeza llena de pájaros y de ideas raras.

–El señor Linton estará disgustado, digo yo... –quiso saber Kenneth.

–¿Disgustado, dice? ¡Se le partiría el corazón si pasara algo! –contesté–. No le alarme más de lo necesario.

–Bueno, le dije que tuviera cuidado –dijo el doctor–, y tiene que cargar con las consecuencias de hacer caso omiso a mi advertencia. ¿No anda haciendo migas con el señor Heathcliff últimamente?

–Heathcliff se pasa por la Granja con frecuencia, aunque más bien porque la señorita le conoce desde que eran niños que porque al amo le guste su compañía. Ahora tiene prohibido hacer visitas debido a sus pretensiones del todo impertinentes hacia la señorita Linton, que encima ha ido aireando por ahí. Estoy casi convencida de que no se le permitirá volver a entrar en la casa.

–¿Y la señorita Linton también le ha vuelto la espalda? –fue la siguiente pregunta del doctor.

–No soy su confidente –contesté yo, reticente a continuar con aquel tema.

–Es una pelandusca –apuntó él, meneando la cabeza–. ¡Hace lo que le viene en gana! Una loca de verdad. Sé de buena tinta que anoche, ¡y menuda nochecita la de ayer!, ella y Heathcliff estuvieron paseando juntos en la plantación de detrás de la casa de ustedes durante más de dos horas. ¡Él intentó que no volviera a entrar y

que montara en su caballo para marcharse con él! Mi informante me contó que la única manera que encontró ella de disuadirle fue dándole su palabra de honor de que en su siguiente encuentro estaría preparada para ello. No pudo oír cuándo tendrá lugar, pero adviértale al señor Linton que no se ande con chiquitas.

Esta noticia volvió a llenarme de nuevos temores. Me adelanté a Kenneth e hice la mayor parte del camino de vuelta corriendo. La perrita todavía gimoteaba en el jardín. Dediqué un minuto a abrirle la verja, pero en lugar de ir a la puerta de la casa, comenzó a danzar de arriba abajo olisqueando la hierba, y si no la cojo para llevármela conmigo se habría escapado a la carretera.

Cuando subí al cuarto de Isabella, se confirmaron mis sospechas: estaba vacío. De haber estado allí unas cuantas horas antes, la enfermedad de la señora Linton habría podido detener su apresurada decisión. Pero ¿qué hacer? Aunque alguien hubiera salido inmediatamente a su encuentro, la posibilidad de alcanzarles era remota. En cualquier caso, yo no estaba en condiciones de perseguirles, y no me atrevía a levantar a la familia y llenar la casa de confusión, y menos desvelar el asunto a mi amo, embebido como estaba en su actual desgracia y no teniendo hueco en el corazón para una segunda.

Hice oídos sordos, cerré la boca y dejé que las cosas siguieran su curso propio. Cuando llegó Kenneth, fui a anunciarle con la cara descompuesta.

Catherine estaba tumbada con el sueño alborotado. Su marido había conseguido aplacar su ataque de locura. Ahora estaba apoyado sobre su almohada, espiando cualquier sombra de cambio en la expresión dolorosa de aquel rostro.

El doctor, después de examinar el caso, le dijo que sólo habría esperanzas de que aquello evolucionara favorablemente si proporcionábamos a Catherine un ambiente de tranquilidad perfecta y permanente. A mí me confesó que lo peor no era la muerte sino más bien que se volviera loca.

Ni yo ni el señor Linton pudimos pegar ojo esa noche, es más, no llegamos a acostarnos. Los criados estaban en pie antes de la hora habitual y deambulaban por la casa con andares furtivos, intercambiando chismorreos mientras hacían su trabajo. Todo el mundo trajinaba, salvo Isabella. Y comenzó a llamarles la atención lo mucho que dormía. También su hermano quiso saber si se había levantado, y parecía ansioso por verla y dolido de que mostrara tan poco interés por su cuñada.

Yo temblaba ante el pensamiento de que me hicieran llamarla, pero me libré del mal trago de ser la primera en anunciar su fuga. Una de las doncellas, una chica de poco seso que había estado haciendo un recado por la mañana temprano en Gimmerton, subió las escaleras con la lengua fuera e irrumpió en la habitación. Cogió aire y a continuación dijo a voz en grito:

–¡Ay, Dios, Dios! ¿Qué será lo siguiente? Amo, amo, nuestra señorita...

–¡No pegues esas voces! –le grité yo apresuradamente, irritada ante sus rudas maneras.

–Habla más bajo, Mary, ¿qué ocurre? –dijo el señor Linton–. ¿Qué le pasa a tu señorita?

–¡Se ha ido, se ha ido! ¡El joven Heathcliff se ha fugado con ella! –jadeó la chica.

–¡No puede ser! –exclamó Linton, poniéndose en pie muy agitado–. No puede ser,

¿por qué se te ocurren esas cosas? Ellen Dean, vete a ver, es imposible, no puede ser.

Mientras hablaba llevó a la criada hasta la puerta, y entonces volvió a repetir su pregunta para saber exactamente por qué había hecho semejante afirmación.

–Pues, es que..., por el camino me encontré con el chico que recoge aquí la leche –balbució–, y me preguntó si no teníamos problemas en la Granja. Yo creí que se refería a la enfermedad de la señora, por lo que contesté que sí. Entonces va y me dice: «Supongo que habrá salido alguien a perseguirles». Yo me quedé tiesa. Al ver que no sabía nada del asunto, me contó cómo un señor y una señora se habían detenido en el taller del herrero, a dos millas de Gimmerton, poco después de la medianoche, para que les herrasen uno de los caballos, y cómo la chica del herrero se había levantado a fisgar quiénes eran. Los reconoció: se trataba de Heathcliff, estaba segura, porque a Heathcliff no se le confunde con nadie. Además puso un soberano en la mano de su padre como pago. La dama se cubría el rostro con un pañuelo, pero como había pedido un vaso de agua, mientras bebía se le cayó, y pudo verla perfectamente. Heathcliff sujetaba ambas riendas cuando se marcharon. Evitaron ser vistos por la gente del pueblo y se fueron todo lo aprisa que el camino permitía. La chica no dijo nada a su padre, pero esta mañana lo contó por todo Gimmerton.

Para disimular corrí a mirar a la habitación de Isabella, confirmando lo que había contado la doncella cuando volví. El señor Linton había vuelto a sentarse junto a la cama. Cuando volví a entrar levantó los ojos, leyó el mensaje en mi pálido semblante y volvió a bajarlos sin dar una orden ni proferir palabra alguna.

–¿Vamos a hacer algo para alcanzarla y traerla de vuelta? –pregunté–. ¿Cómo podríamos hacer?

–Se fue por su propia voluntad –contestó el amo–, tenía derecho a irse si quería. No me molestes más con ella. A partir de ahora, sólo será mi hermana por el nombre. Y no porque yo reniegue de ella, sino porque ella ha renegado de mí.

Y ya no se volvió a hablar de aquel asunto. No volvió a preguntar nada más, ni a mencionarla para nada. Solamente me ordenó que enviara sus propiedades a su nuevo hogar, dondequiera que estuviese y en cuanto tuviera conocimiento del mismo.

Capítulo XIII

Dos meses estuvieron ausentes los fugitivos. Durante ese tiempo, la señora Linton tuvo que enfrentarse y vencer el peor brote de lo que llamaban fiebres cerebrales. Ninguna madre podría haber cuidado a un hijo único con la devoción que Edgar desplegó para atenderla. Estaba pendiente día y noche, soportando pacientemente todas las inconveniencias de unos nervios irritables y una razón agitada, y aunque Kenneth quiso dejar claro que lo que él había rescatado de la tumba no recompensaría sus cuidados más que poniendo los cimientos de una constante ansiedad futura –y que, de hecho, estaba sacrificando salud y energías para preservar una mera ruina humana–, su gratitud y alegría no tuvieron límite cuando se confirmó que la vida de Catherine estaba fuera de peligro. La velaba día y noche, atento al progresivo retorno de su bienestar físico y alimentando unas esperanzas demasiado encendidas con la ilusión de que también su mente recobrara el debido equilibrio y que pronto fuera la de antes.

La primera vez que dejó la habitación fue a comienzos del siguiente mes de marzo. Por la mañana, el señor Linton había puesto sobre su almohada un ramillete de flores doradas de azafrán. Sus ojos, ajenos desde hacía tiempo a cualquier destello de belleza, las divisaron al abrirse y brillaron de alegría al tiempo que las recogía alegremente.

–Éstas son las primeras flores de las Cumbres –exclamó–. Me recuerdan a las suaves ráfagas del deshielo, al tibio brillo del sol y a la nieve a medio derretir. Edgar, ¿no sopla viento del sur?, ¿no ha desaparecido la nieve?

–¡Ahí abajo, mi vida, la nieve ha desaparecido casi por completo! –contestó su marido–, y sólo veo dos puntos blancos en toda la extensión del páramo. El cielo está azul, cantan las alondras y los torrentes y arroyos están llenos a rebosar. Catherine, la primavera pasada, por esta época, soñaba con tenerte bajo este techo; ahora desearía que estuvieras a una o dos millas en lo alto de esas colinas porque el aire sopla tan dulce que estoy seguro de que te curaría.

–¡Sólo volveré a estar ahí una vez más! –dijo la convaleciente–, y entonces me dejarás, y ahí me quedaré para siempre. La primavera que viene volverás a desear tenerme bajo este techo y mirarás hacia atrás pensando que hoy eras feliz.

Linton la colmó de caricias tiernas e intentó animarla con las palabras más cariñosas que se le vinieron a la cabeza, pero ella, mirando las flores con aire ausente, dejó que las lágrimas se agolparan en sus ojos para luego resbalar despacio por sus mejillas.

Estábamos convencidos de que estaba mucho mejor y por tanto decidimos que el confinamiento en una sola habitación durante mucho tiempo sólo tendría como resultado un decaimiento mayor, y que podría curarse parcialmente con un cambio de escenario.

El amo me pidió que encendiera un fuego en la salita abandonada durante tantas semanas, y que instalara una butaca cómoda al sol, junto a la ventana. Luego la

bajó y ella se sentó durante un buen rato a disfrutar de aquella temperatura reconfortante, y, tal y como habíamos supuesto, revivió gracias a los objetos que allí la rodeaban, que, aunque familiares, estaban libres de las lúgubres asociaciones que flotaban por su cuarto de enferma. Cuando llegó la noche parecía muy exhausta, aunque no hubo manera de hacerla volver a su habitación, por lo que tuve que convertir el sofá de la salita en una cama hasta que se preparara otra estancia.

Y para ahorrarle la fatiga de subir y bajar las escaleras, le acomodamos esta en donde está usted ahora, en el mismo piso que la salita. Pronto recobró las fuerzas para moverse de una habitación a otra apoyándose en el brazo de Edgar.

Hasta yo misma pensaba que podría curarse, teniendo en cuenta lo bien cuidada que estaba. Y había una doble causa para desear esto, ya que de su vida dependía otra. Y es que abrigábamos la esperanza de que en breve el corazón del señor Linton se regocijara con el nacimiento de un heredero que pondría su patrimonio a salvo de garras ajenas.

Debería mencionar que unas seis semanas después de su partida, Isabella le envió a su hermano una breve nota en la que anunciaba su boda con Heathcliff. Era una nota seca y fría, pero al final había una apostilla escrita a lápiz por la que pedía amable recuerdo y reconciliación, si su conducta le había ofendido. Afirmaba que no había podido evitarlo, y que una vez hecho, no tenía poder para volver atrás.

Linton no respondió, creo yo. Y quince días después recibí una larga carta que me pareció un tanto rara para salir de la pluma de una novia que acababa de terminar su luna de miel. Se la leeré, porque todavía la guardo conmigo. Toda reliquia de una persona muerta, si la quisimos en vida, resulta valiosa.

Querida Ellen (comienza diciendo),

Llegué anoche a Cumbres Borrascosas y por primera vez he oído que Catherine ha estado, y sigue estando, muy enferma. Supongo que no debo escribirle a ella, y que mi hermano está, o bien muy enfadado o bien muy triste para contestar a la carta que le envié. Aun así, tengo que escribir a alguien, y la única opción que me queda eres tú.

Di a Edgar que daría mi vida por volver a verle la cara, y que mi corazón volvió a la Granja de los Tordos veinticuatro horas después de que la dejara, y que está ahí en estos momentos, ¡lleno de buenos sentimientos hacia él y hacia Catherine! *Pero no puedo seguirlo* (estas palabras están subrayadas), así que no tienen por qué esperarme y pueden sacar las conclusiones que quieran, cuidando, no obstante, de no achacar nada a mi débil voluntad o a la falta de cariño.

Lo que queda de la carta es para ti sola. Quiero hacerte dos preguntas. La primera es:

¿Cómo te las apañaste, mientras vivías aquí, para conservar los afectos afines a la naturaleza humana? Yo soy incapaz de compartir ningún sentimiento con quienes me rodean.

La segunda pregunta –y tengo gran interés en conocer la respuesta– es la siguiente:

¿Es el señor Heathcliff un ser humano? Si es así, ¿está loco? Si no es así, ¿es un demonio? No voy a contarte las razones que me han llevado a pensar esto, pero te ruego que me expliques, si es que eres capaz, con quién me he casado, quiero decir, cuando vengas a verme, y tienes que venir, Ellen, muy pronto. No me escribas; mejor ven y tráeme algo de Edgar.

Ahora paso a contarte cómo me han recibido en mi nuevo hogar, que será Cumbres Borrascosas como se me ha dado a entender. Para distraerme un poco mencionaré temas como el de la falta de comodidades materiales, que nunca ocupan mis pensamientos excepto cuando las echo de menos. ¡Me pondría a dar brincos de alegría si la ausencia de las mismas fuera el total de mis miserias y el resto un mal sueño!

El sol se puso por detrás de la Granja cuando entramos en el páramo, creo que por entonces serían las seis de la tarde. Mi acompañante se detuvo durante media hora para echar un buen vistazo al parque, a

los jardines y hasta a la casa misma. Así que era ya de noche cuando nos apeamos en el patio pavimentado de la casa, y vuestro viejo sirviente, Joseph, salió a recibirnos a la luz de una vela retorcida. Lo hizo con una cortesía que dice mucho a su favor. Lo primero que hizo fue levantar la vela a la altura de mi cara, luego bizqueó con malignidad, remontó el labio inferior sobre el superior y se largó.

Entonces cogió los dos caballos y los metió en los establos, reapareciendo con el propósito de cerrar la verja exterior, como si viviéramos en un viejo castillo.

Heathcliff se quedó hablando con él y yo entré en la cocina, un antro oscuro y destartalado que apuesto que no reconocerías porque está muy cambiado desde que estaba a tu cuidado.

Junto al fuego había un muchacho con trazas de arrapiezo, de complexión fuerte y con ropajes andrajosos, con la misma mirada de Catherine y casi su misma boca.

«Éste es el sobrino político de Edgar», pensé, «y mío en cierto modo, por lo que es mi deber saludarle, y, sí..., también besarle. Es bueno entablar buenas relaciones desde el principio».

Me acerqué, y, con intención de tomar su mano gordita, dije:

–¿Cómo estás, precioso?

Contestó en una jerga que no comprendí.

–¿Quieres que tú y yo seamos amigos, Hareton? –fue mi siguiente intento de establecer conversación.

Una palabrota, y la amenaza de ordenar a Throttler que se lanzara sobre mí si no me «largaba de ahí», fue el pago a mi perseverancia.

–¡Eh, Throttler, perro! –murmuró el harapiento, levantando a un bulldog mestizo de su guarida en un rincón–. Y ahora qué, ¿te largas? –me preguntó de forma autoritaria.

El instinto de conservación me obligó a retroceder hasta el umbral a la espera de que vinieran los otros. El señor Heathcliff no estaba a la vista, por lo que seguí a Joseph hasta los establos y le pedí que me acompañara. Después de escrutarme y de murmurar algo entre dientes, arrugó la nariz y contestó:

–¡Humm, humm, humm! ¿Oyó ningún cristiano algo parecido? ¡Emperifollada y pomposa! ¿Y cómo voy a adivinar lo que dice?

–¡Digo que desearía que entrara usted conmigo en la casa! –grité, pensando que estaba sordo y muy disgustada por su grosería.

–¡Ay, yo..., ni lo sueñe! Búsquese a otro –contestó, y reanudó su trabajo, moviendo entretanto sus mandíbulas chupadas y pasando revista a mis ropas y mi semblante con soberano desprecio, las primeras demasiado finas, y el segundo seguramente tan triste como a él le habría gustado.

Bordeé el patio, y a través de un portillo llegué a otra puerta, a la que me tomé la libertad de llamar con la esperanza de que apareciera un sirviente más civilizado.

Después de una espera breve, abrió la puerta un hombre alto y chupado, con el cuello al descubierto y por lo demás muy desgarbado. Sus rasgos se perdían entre las marañas de pelo hirsuto que le colgaban sobre los hombros, y sus ojos también eran como los de una Catherine fantasmal, con toda su belleza derrumbada.

–¿Qué se le ha perdido aquí? –preguntó con aspereza–. ¿Quién es usted?

–Mi nombre *era* Isabella Linton –contesté–. Me conoce usted, señor. Acabo de casarme con el señor Heathcliff y me ha traído aquí. Supuse que con su permiso...

–¿Ha vuelto entonces? –preguntó el ermitaño, mirando como un lobo hambriento.

–Sí, acabamos de llegar –dije–. Pero me ha dejado en la puerta de la cocina, y cuando iba a entrar, su pequeño se puso a jugar a ser el centinela del lugar y me espantó con ayuda de un bulldog.

–¡Menos mal que ese maldito canalla ha cumplido con su palabra! –gruñó mi futuro anfitrión, escudriñando la oscuridad por encima de mi hombro, como si Heathcliff fuera a surgir de allí. Luego se entregó a un soliloquio de maldiciones y amenazas de lo que habría hecho si a aquel «diablo» se le hubiera ocurrido engañarme.

Me arrepentí de haber hecho esta segunda entrada, y estaba casi decidida a escabullirme sin que terminara con sus maldiciones, pero antes de poder poner en práctica mis intenciones, ordenó que entrara y pasó el cerrojo a la puerta.

Había un fuego generoso que constituía toda la iluminación de la enorme estancia, cuyo suelo había ido adquiriendo un tono gris uniforme, y la cubertería de peltre, antaño reluciente, que solía atraer mi mirada cuando era una niña, despedía una oscuridad similar hecha de mugre y polvo.

Pregunté si podía llamar a la doncella para que me condujera a mi habitación, pero el señor Earnshaw no profirió respuesta alguna. Echó a andar de aquí para allá, con las manos en los bolsillos, como si se hubiera olvidado de mi presencia. Su aire ausente era tan evidente, y todo su aspecto tan misantrópico, que no me atreví a volver a molestarle.

No te sorprenderá, Ellen, que me sintiera especialmente infeliz, instalada en aquel lugar inhóspito y mucho peor que si estuviera sola, acordándome de que, a cuatro millas de ahí, estaba mi adorable hogar en el que residían las únicas personas que yo quiero en el mundo. Pero lo mismo habría dado que nos separara el Atlántico en lugar de cuatro millas, ¡no podría recorrerlas!

Me preguntaba a mí misma adónde dirigirme en busca de consuelo, y –pero esto no se lo cuentes ni a Edgar ni a Catherine– por encima de cualquier otra pena se alzaba la más importante: ¡la desesperación de no encontrar a nadie con quien aliarme en contra de Heathcliff!

Había buscado refugio en Cumbres Borrascosas casi con alegría, porque así me aseguraba no tener que vivir sola con él. Pero él conocía bien a la gente entre la que íbamos a convivir, y no podía temer que intercedieran por mí.

Me senté a meditar durante un tiempo interminable. El reloj dio las ocho, y luego las nueve, y mi compañero seguía paseando de un lado a otro con la cabeza doblada sobre el pecho, y, excepto por un gruñido o una amarga exclamación que de vez en cuando se le escapaban, en perfecto silencio.

Agucé el oído por ver si percibía una voz de mujer en la casa, en tanto que me sentía invadida por crueles remordimientos y tristes presagios que acabaron por manifestarse de forma audible al convertirse en incontenibles lágrimas y suspiros.

Ni siquiera me di cuenta de que estaba llorando hasta que Earn - shaw se plantó frente a mí, deteniendo su paso medido para lanzarme una mirada de redoblada sorpresa. Aprovechando que recobraba su atención, exclamé:

–¡El viaje me ha cansado y quiero irme a la cama! ¿Dónde está la doncella? ¡Ya que no viene a mí, lléveme usted a ella!

–No tenemos –contestó–. Se las tendrá que apañar usted sola.

–Pero, entonces, ¿dónde voy a dormir? –sollocé. Había perdido el sentido de la propia dignidad, abrumada por la fatiga y el abatimiento.

–Joseph le mostrará el cuarto de Heathcliff –dijo él–. Abra esa puerta, ahí está.

Estaba dispuesta a obedecer, pero de pronto me detuvo y añadió con un tono muy extraño:

–Tenga la bondad de cerrarse con llave y correr el cerrojo, ¡no se olvide!

–¡Bien! –dije–. Pero ¿por qué, señor Earnshaw?

No me resultaba consoladora la idea de encerrarme deliberadamente con Heathcliff.

–¡Mire aquí! –contestó, sacando de su chaleco una pistola de extraña factura, con una navaja de resorte y doble filo prendida del cañón–. Es una gran tentación para un hombre desesperado, ¿no le parece? No me puedo resistir a la tentación de subir con ella todas las noches y tratar de abrir la puerta. Y si una sola vez la encuentro abierta, ¡es hombre muerto! Lo hago a menudo, aunque el minuto antes haya tenido cien motivos para contenerme. Debe de ser algún diablo el que me hace arramblar con mis propios esquemas y me incita a matarle. En nombre del amor, se pelea contra ese demonio durante el tiempo que se quiera. Pero cuando llegue el momento, ¡ni todos los ángeles del cielo juntos serán capaces de salvarlo!

Examiné el arma atentamente, y me asaltó un pensamiento terrible. De tener semejante instrumento, ¡qué poderosa sería! Lo cogí y pasé los dedos por el filo. Él se quedó pasmado ante la expresión que adquirió mi rostro durante un breve segundo. No era de horror, sino de avidez. Me la arrancó de la mano con celo. Cerró el cuchillo y volvió a meterla en su escondite.

–No me importa si se lo dice –continuó–. Póngale en guardia y vigílele. Supongo que conoce en qué términos estamos, así que no le sorprenda saber que corre peligro.

–¿Qué le ha hecho a usted Heathcliff? –pregunté–. ¿En qué le ha ofendido para ser merecedor de un odio tan atroz? ¿No sería más sensato echarle de esta casa?

–¡No! –tronó Earnshaw–. Si se le ocurre dejarme, será hombre muerto; y si usted le convence para que lo haga, se convertirá en su asesina. ¿Acaso cree que voy a perderlo *todo* sin posibilidad de una revancha? ¿Voy a permitir que Hareton se convierta en un pordiosero? ¡Maldita sea! Me gusta tenerlo, y también tendré «su» dinero. Y luego tendré su sangre, y ¡que su alma se vaya al infierno!¡Se volverá diez veces más negro con ese huésped de lo que nunca lo fuera antes!

Ellen, ya me habías puesto al tanto de los hábitos de tu antiguo amo. Está claramente al borde de la locura, o al menos lo estuvo ayer noche. Me echaba a temblar con sólo estar a su lado, y la maleducada tosquedad del criado, comparándola con aquello, hasta me pareció agradable.

Reinició su andar malhumorado, y yo descorrí el cerrojo y me escabullí a la cocina.

Joseph estaba inclinado sobre el fuego, escrutando el interior de una enorme olla que colgaba sobre su cabeza, y en un banco cercano había un cuenco de madera con harina de avena. El contenido de la olla comenzó a hervir, y se volvió para introducir la mano en el cuenco. Supuse que estos preparativos serían para nuestra cena, y como tenía hambre, decidí que sería comestible. Así que, gritando «la cena la preparo yo», puse la escudilla fuera de su alcance y comencé a quitarme el sombrero y el traje de montar.

–El señor Earnshaw –proseguí– me indica que me ocupe de mí misma. Pues lo haré, no pienso desempeñar el papel de señorita entre todos ustedes, sencillamente porque me temo que me moriría de hambre.

–¡Que Dios nos coja confesados! –murmuró él tomando asiento, al tiempo que se ponía a rascarse desde la rodilla al tobillo por encima de las medias acanaladas–. Si tengo que soportar nuevas órdenes, ahora que ya me iba acostumbrando a tener dos amos, y me cae sobre la cabeza otra «señora» más, va a ser hora de ir pensando en largarme. Nunca le di demasiadas vueltas al hecho de dejar este lugar, pero esta noche veo que no me queda más remedio...

No presté atención a sus imprecaciones sino que me puse a trabajar con brío, suspirando al recordar el tiempo en que todo aquello no habría sido más que puro entretenimiento. Pero me convencí

rápidamente de que no me quedaba más remedio que olvidar. Al evocar la felicidad pasada se me quebraba el corazón, y cuanto mayor era el peligro de que aflorase el recuerdo, tanto más rápido le daba vueltas a la espátula y más deprisa caían en el agua los puñados de harina.

Joseph observaba mi estilo de cocinar con creciente indignación.

–¡Caramba! –exclamó–. Hareton, esta noche no tomarás tus gachas de avena. No habrá más que grumos tan grandes como mi puño. ¡Caramba, caramba! ¿Por qué no echa también la escudilla! Dale que te pego, échelo todo de una vez y así acabamos antes. Pim, pam. ¡Qué milagro que no haya reventado el fondo!

Tengo que reconocer que, al verterlo en los tazones, aquello resultó un poco asqueroso. Había cuatro preparados, así como una jarra de leche fresca que trajeron del establo. Hareton la cogió y comenzó a beber derramando la leche por la comisura del labio.

Le reñí y le dije que debería tomar la suya en una taza, asegurándole que ahora era incapaz de probar la leche habiendo pasado por sus manos sucias. Al viejo cínico le dio por ofenderse mucho por esta observación, y me aseguró de manera repetida que «el chico estaba tan sano como yo» y «tan sano como cualquiera», y que quién me creía yo para andarme con esos remilgos. Mientras tanto, el pequeño rufián seguía chuperreteando y babeando dentro de la jarra, lanzándome miradas ceñudas en señal de desafío.

–Cenaré en otra habitación –dije–. ¿No tenéis algo parecido a una salita?

–¿*Salita*? –repitió en tono de burla–. ¿*Salita*? No, no tenemos *salitas*. Si no le gusta nuestra compañía, tiene la del amo, y si no le gusta la del amo, aquí estamos nosotros.

–Entonces subiré –contesté–, muéstrame una habitación.

Puse mi tazón en una bandeja y yo misma fui a buscar más leche.

El tipo se levantó lanzando rebuznos al aire, precediéndome en mi ascenso a las buhardillas. De vez en cuando abría una puerta para inspeccionar el interior de las habitaciones por las que íbamos pasando.

–Aquí hay un cuarto –dijo al fin, abriendo un tablón vacilante sobre sus goznes–. Le bastará para tomar sus gachas. Tiene un montón de paja en aquel rincón, bastante limpio, y si tiene miedo de ensuciarse su vestido de seda, extienda su pañuelo por encima.

El «cuarto» era una especie de trastero que despedía un olor fuerte a malta y grano. Varios sacos de estos artículos estaban apilados alrededor dejando un amplio espacio vacío en el centro.

–¡Pero hombre! –exclamé, encarándole con furia–. Éste no es un sitio para dormir. Quiero ver mi dormitorio.

–*Dormitorio* –repitió haciéndome burla–. Ya ve todos los dormitorios que hay aquí... Aquél es el mío.

Señaló una segunda buhardilla que sólo difería de la anterior en la desnudez de las paredes y porque tenía una cama grande, baja y sin cortinas, con una colcha color añil en un extremo.

–¿Qué me importa a mí el suyo? –repliqué–. Supongo que el señor Heathcliff no se aloja en la buhardilla de la casa, ¿verdad?

–¡Ah, ya, usted pregunta por el del señor Heathcliff! –exclamó él, como si estuviera haciendo un descubrimiento–. Podría haber empezado por ahí, y entonces yo le habría dicho que perdía el tiempo, porque es justamente el único que no se puede ver..., lo tiene siempre cerrado con llave y nadie más que él puede entrar ahí.

–Joseph, tienen ustedes una casa muy bonita –no pude por menos de observar– y unos habitantes muy agradables. Creo que la esencia concentrada de la locura del mundo se alojó en mi cabeza el día en que uní mi destino al suyo. En todo caso, eso ahora no viene a cuento. Habrá otros cuartos, digo yo. ¡Por el amor de Dios, dese prisa y déjeme acomodarme en algún sitio!

No contestó a esta imprecación, se limitó a dejarse caer con pesadez escaleras abajo para detenerse ante un cuarto que, por la forma en que se paró delante de él y por la calidad superior de su mobiliario, conjeturé que sería el mejor.

Tenía una alfombra, una muy buena, aunque el dibujo estaba tapado por el polvo; una chimenea con trozos de papel que se caían a jirones; una hermosa cama de madera de roble con cortinajes rojos de buena calidad y estilo moderno. Pero era evidente que habían recibido un mal uso: las cenefas colgaban ondulantes, arrancadas de sus anillas, y la barra de hierro que las sustentaba estaba arqueada por un lado, de modo que los cortinajes arrastraban por el suelo. Las sillas también estaban dañadas, muchas de ellas de manera severa, y las tablas de la pared estaban deformadas con muescas profundas.

Estaba resuelta a reunir el valor para entrar y tomar posesión cuando el loco que me hacía de guía me anunció:

–Esta de aquí es la del amo.

A todo esto, mi cena se había enfriado, se me había quitado el apetito y mi paciencia se había agotado. Insistí en que me buscaran al instante un sito en donde refugiarme y lo necesario para poder descansar.

–¿Y dónde demonios? –empezó el viejo santurrón–. ¡Que el Señor nos asista! ¡Que el Señor nos perdone! ¿Dónde demonios quiere que la pongamos? ¡Qué pesadez...! Ya ha visto usted todas las habitaciones, salvo el pedazo de habitación de Hareton. No hay otro agujero en la casa para acostarse.

Me sentí tan humillada que arrojé la bandeja y su contenido al suelo. Luego me senté en el rellano de la escalera, escondí la cabeza entre las manos y prorrumpí en llanto.

–¡Eeepa, eeepa! –exclamó Joseph–. ¡Ya está bien, señorita![13] ¡Pero que muy bien! Veremos a ver qué dice el amo cuando se tropiece con los cacharros rotos. A ver qué pasa entonces. ¡Será inútil! Merecería estar ayunando hasta la Navidad por arrojar al suelo en una estúpida rabieta los preciosos dones de Dios. Pero poco le va a durar esto, si no me equivoco. ¿Cree que Heathcliff va a aguantar estos melindres? Ojalá la hubiera pillado en esta rabieta, ojalá.

Continuó regañándome según bajaba a su tugurio llevándose la vela consigo, por lo que yo me quedé en la oscuridad.

El periodo de reflexión que siguió a esta estúpida acción me obligó a admitir la necesidad de aplacar mi orgullo, contener la ira y ocuparme de reparar sus efectos.

A continuación surgió una ayuda inesperada en la forma de Throttler, a quien ahora reconocía como el hijo de nuestro viejo Skulker. Había pasado su infancia de cachorro en la Granja y mi padre se lo había dado a Hindley. Me dio por pensar que me reconocía, ya que empujó su hocico contra mi nariz a modo de saludo, y luego se precipitó sobre las gachas, mientras que yo bajaba a tientas de escalón en escalón recogiendo los cacharros rotos y secando con mi pañuelo las manchas de leche del pasamanos.

Casi a punto de terminar esta tarea, oí el rumor de los pasos de Earnshaw en el corredor. Mi ayudante metió el rabo entre las piernas y se pegó contra la pared; yo me introduje en la puerta más cercana. Según pude adivinar por las carreras que oí en el piso de abajo y un aullido prolongado y quejoso, el perro fracasó en su intento de evitarle. Yo tuve más suerte. Pasó por delante, entró en su habitación y cerró la puerta.

Justo después subió Joseph con Hareton para acostarle. Yo había encontrado refugio en la habitación de Hareton, y el viejo, al verme, dijo:

–Hay sitio para los dos, usted y su orgullo, en la sala. Está vacía, puede campar allí a sus anchas, ay, y Aquel también que hace de tercero en tan mala compañía.

Aproveché esta invitación con satisfacción, y al minuto de caer en una silla junto al fuego, me puse a cabecear y me quedé dormida.

Mi sueño fue profundo y dulce, aunque breve. El señor Heathcliff me despertó. Acababa de entrar, y preguntó, con sus dulces maneras, qué era lo que hacía ahí.

Le conté por qué me había quedado despierta hasta tan tarde: él tenía la llave de nuestra habitación en el bolsillo.

Se sintió mortalmente ofendido por haber empleado el adjetivo «nuestra». Juró que no era mía y que nunca lo sería, y que... (pero no pienso repetir su lenguaje, ni describir su conducta habitual). ¡Simplemente diré que es ingenioso e incansable en lo que se trata de ganarse mi aborrecimiento! A veces la perplejidad que me causa es tan intensa que logra sofocar el miedo. Aun así, te aseguro que ni un tigre, ni una culebra venenosa conseguiría despertar un terror en mí semejante al suyo. Me contó lo de la enfermedad de Catherine, y acusó a mi hermano de haberla causado, prometiéndome que me haría sufrir en su lugar hasta poder apoderarse de Edgar.

Le odio, soy una desgraciada... y he sido una idiota. Pero no digas ni una sola palabra de todo esto a nadie de la Granja. Te esperaré todos los días, ¡no me decepciones!

Capítulo XIV

En cuanto terminé de leer esta carta, fui a ver al amo y le informé de que su hermana acababa de llegar a las Cumbres, y de que me había enviado una carta en la que expresaba su pesar por la situación de la señora Linton, así como sus vivos deseos de volver a verle y la ilusión de que, a través de mí y lo antes posible, pudiera llegarle alguna muestra de que la había perdonado.

–¿Perdonarla? –dijo Linton–. No tengo nada que perdonar, Ellen. Puedes ir a Cumbres Borrascosas esta misma tarde, si quieres, y decirle que no estoy *enfadado*, pero que *siento* haberla perdido, sobre todo porque ya nunca podré creer que es feliz. Sin embargo, no tengo la menor intención de ir a verla. Estamos separados para siempre, y si de verdad quiere complacerme, lo mejor que puede hacer es convencer al villano de su marido para que abandone el país.

–¿Y no le va a escribir usted ni una notita? –le imploré.

–No –contestó–. No es necesario. Mis relaciones con la familia de Heathcliff serán tan escasas como las de él con la mía. ¡No existirán!

La frialdad de Edgar me afectó profundamente, y durante todo el camino hacia Cumbres Borrascosas me devané los sesos pensando en cómo iba a repetir lo que había dicho poniendo un poco de corazón, y en cómo iba a suavizar su rechazo a escribir unas pocas líneas para consolar a Isabella.

Me atrevería a decir que había estado vigilando mi llegada desde la mañana. La vi espiando por la ventana según me acercaba por el sendero del jardín y le hice una seña con la cabeza; pero enseguida retrocedió, como si tuviera miedo de ser observada.

Entré sin llamar. ¡Qué escena tan desoladora y triste la que presentaba aquella casa en otro tiempo tan alegre! Aunque debo confesar que yo, de haber estado en el puesto de la jovencita, al menos habría barrido el suelo y pasado el plumero por las mesas. Pero ya participaba del contagioso espíritu de abandono que la acompañaba. Su precioso rostro se había teñido de languidez y apatía, y su cabello estaba despeinado, con unos cuantos tirabuzones colgando a la buena de Dios y otros enredados con desaliño en torno a la cabeza, y es probable que no se hubiera cambiado el vestido desde el día anterior.

Hindley no estaba. El señor Heathcliff estaba sentado a la mesa, revolviendo unos papeles de su cartera. Al aparecer yo, se levantó, me preguntó qué tal estaba en tono amistoso y me ofreció un asiento.

Era él lo único presentable ahí, y pensé que nunca había tenido mejor aspecto. Las circunstancias habían cambiado tanto las cosas que, frente a una persona que no los conociera de nada, él habría podido pasar por un caballero de alta alcurnia, en tanto que su mujer tenía toda la pinta de ser una pazpuerca.

Ella vino a saludarme con entusiasmo y alargó un brazo para coger la carta que esperaba.

Sacudí la cabeza, pero no quiso entender la indirecta sino que me siguió hasta un

aparador donde me disponía a dejar mi sombrero, importunándome con un cuchicheo para que le entregara directamente lo que había traído.

Heathcliff, que advirtió estos tejemanejes, dijo:

–Si tienes algo para Isabella, que no lo dudo, Nelly, dáselo. No tienes por qué andarte con secretos; no tenemos secretos entre nosotros.

–No tengo nada –contesté, pensando que lo mejor sería decir la verdad desde el principio–. Mi amo me pidió que le dijera a su hermana que no espere por ahora ni una carta ni una visita de su parte. Quiere hacerle llegar todo su cariño, señorita, y sus deseos de felicidad, así como su perdón por el daño ocasionado. Pero piensa que, después de lo ocurrido, su casa y ésta deberían interrumpir las relaciones, ya que nada bueno supondría conservarlas.

El labio inferior de la señora Heathcliff tembló ligeramente, y volvió a su asiento junto a la ventana. Su marido se puso en pie junto al hogar y comenzó a hacerme preguntas acerca de Catherine.

Le conté todo lo que tuve a bien de su enfermedad, pero después de un interrogatorio exhaustivo, él acabó sonsacándome muchos detalles relacionados con su origen.

Le eché la culpa a ella, porque se la merecía, de haber provocado su propia enfermedad, y acabé diciéndole a Heathcliff que esperaba que él siguiese el ejemplo del señor Linton en cuanto a futuras interferencias con su familia, tanto para bien como para mal.

–La señora Linton empieza a recuperarse ahora –dije–, ya nunca volverá a ser la que era, pero su vida está a salvo, y si de verdad la respeta, tiene que poner todo su empeño en evitar volver a cruzarse en su camino. Y me atrevería a decirle algo más: yo, en su lugar, me marcharía de la comarca. No se lamentará de ello, porque le digo que Catherine Linton tiene tan poco que ver con su vieja amiga Catherine Earnshaw como lo puede tener conmigo. Es otra en apariencia y más aún en carácter, y la persona que está destinada, por necesidad, a ser su compañero ya nunca podrá basar su afecto más que en el recuerdo de lo que fue una vez, por simple humanidad y sentido del deber.

–Es bastante posible –apuntó Heathcliff, esforzándose por parecer tranquilo–, es bastante posible que su amo no tenga otra cosa a lo que agarrarse que «simple humanidad» y «sentido del deber». Pero ¿acaso piensas que puedo dejar a Catherine en manos de su *sentido del deber* y su *humanidad*? ¿Y puedes comparar en algo mis sentimientos hacia ella con los suyos? Antes de que dejes esta casa, tengo que hacerte prometer que me conseguirás una cita. La veré de cualquier forma, con o sin su consentimiento. ¿Qué me dices a esto?

–Pues le digo, señor Heathcliff, que nunca lo conseguirá por mediación mía –contesté–. Otro encuentro entre usted y el amo acabaría con su vida.

–Ese encuentro se puede evitar con tu ayuda –prosiguió él–, pero si así ocurriera..., es decir, si él fuera la causa de una nueva perturbación en la vida de Catherine..., ¡bueno, pues en ese caso, creo que estaría justificado llegar hasta el extremo! Ojalá fueras lo suficientemente sincera como para decirme si Catherine sufriría mucho con su pérdida. El miedo de que así fuera es lo que me frena, y ésta

es la prueba de la diferencia entre nuestros sentimientos. De haber estado en mi lugar, y yo en el suyo, aunque le aborrezco hasta el punto de que ha convertido mi vida en hiel, nunca habría levantado una mano en su contra. Puedes poner cara de incrédula si quieres... Nunca la habría apartado de su compañía mientras ella hubiese seguido deseando estar con él. Ahora bien, en el momento en que su afecto hubiera desaparecido, le habría hecho trizas el corazón y me habría bebido su sangre. Hasta entonces, y si no me crees es que no me conoces, me habría dejado despedazar antes de tocarle un solo pelo de la cabeza.

–Y sin embargo –le interrumpí–, no tiene usted escrúpulos en arruinar por completo toda esperanza de recuperación para ella, irrumpiendo en sus recuerdos ahora que casi le había olvidado e involucrándola en una nueva causa de discordia y preocupaciones.

–¿Pero acaso te crees que me ha olvidado? ¡Ay, Nelly, bien sabes tú que no es así! Sabes tan bien como yo que por cada pensamiento que dedica a Linton, a mí me dedica cien. En el periodo más miserable de mi vida, yo también llegué a pensar lo mismo. El pensamiento volvió a asediarme cuando regresé a la comarca el verano pasado, aunque ahora, sólo si ella lo asegurase podría hacerme admitir la terrible idea de nuevo. Y entonces, ni Linton ni Hindley serían ya nada para mí, como tampoco los sueños que he alimentado. Mi futuro se resumiría en dos palabras: *muerte* e *infierno*, porque la existencia, si la perdiera a ella, sería un infierno.

»Pero fui tonto en creer por un momento que ella valoraba el cariño de Linton más que el mío. Aunque él la amara con toda la fuerza que emana de su mezquina existencia, no la amaría en ochenta años tanto como yo en un día. Y el corazón de Catherine es tan hondo como el mío. Que él monopolice todo el cariño de Catherine es tan difícil como meter toda el agua del mar en un cubo. ¡Bah! Catherine no daría por Linton más de lo que da por su perro o por su caballo. No está en sus manos que le ame como a mí, ¿cómo va a poder amar en él lo que no tiene?

–¡Catherine y Edgar se quieren como cualquier pareja! –gritó Isabella con repentina vivacidad–. Nadie tiene derecho a hablar de esa manera, y no voy a consentir quedándome en silencio que se desprecie a mi hermano.

–Claro, a ti también te adora tu hermano, ¿verdad? –observó Heathcliff con sorna–. Porque mira lo que ha tardado en dejarte solita en el mundo...

–Él no sabe lo que estoy sufriendo –contestó ella–. No se lo he contado.

–Entonces, has estado contándole algo..., le has escrito, ¿verdad?

–Sí, para contarle que me había casado, tú mismo viste la nota.

–¿Y no has vuelto a escribirle desde entonces?

–No.

–Mi señorita parece estar terriblemente afectada por el cambio de estado –dije–. Es obvio que el amor que alguien le profesa se queda corto..., alguien que puedo adivinar, pero cuyo nombre no debería mencionar...

–El suyo propio –dijo Heathcliff–, porque está degenerando en una puerca. Se ha cansado de intentar complacerme, me supongo que antes de lo normal. No te lo vas a creer, pero ya al día siguiente de nuestra boda estaba lloriqueando porque se

quería volver a casa. En todo caso, encajará mucho mejor en esta casa si no se pasa de pulcra, ya me las arreglaré yo para que no me desprestigie correteando por ahí fuera.

–Bueno, señor –contesté–, pues al menos espero que tenga en cuenta que la señora Heathcliff está acostumbrada a que cuiden de ella y la sirvan, y que se ha educado como una hija única a quien todo el mundo estaba dispuesto a dar gusto. Tiene usted que buscar una doncella para que ordene sus cosas, y tiene usted que tratarla bien. No sé qué idea tiene del señor Edgar, pero no dude que el corazón de ella alberga profundos sentimientos, de otro modo no habría dejado a un lado las elegancias, las comodidades y los amigos de su anterior hogar para ir a dar con sus huesos y por su propia voluntad a un lugar tan salvaje como el suyo.

–Los abandonó bajo los efectos de un espejismo –contestó él–, imaginándose que yo era un héroe de novela y esperando de mi devoción caballeresca una serie de concesiones sin límite. Me cuesta pensar que tiene algo de sesera después de la obstinada insistencia con que se ha forjado una noción tan fantástica de lo que verdaderamente soy y de actuar de manera acorde a esas falsas impresiones que alentaba. Pero por fin creo que empieza a conocerme, y ya no tengo que aguantar las estúpidas sonrisitas y muecas que me sacaban de quicio al principio, ni la absurda incapacidad para comprender que hablaba en serio cuando le di mi opinión sobre ella y su endiosamiento. Ha tenido que hacer todo un esfuerzo de perspicacia para descubrir que no la amaba. ¡Al principio creí que nada le haría comprenderlo!, pero aún tiene la lección mal aprendida porque esta mañana me anunció, como en un arrebato de inteligencia, ¡que por fin ha conseguido odiarme! ¡Una labor hercúlea, te lo aseguro! Si finalmente lo consigo tendré motivos para agradecerlo. ¿Puedo fiarme de tu afirmación, Isabella? ¿Estás segura de que me odias? Si te dejo medio día sola, ¿no volverías a llorar y suspirar como antes? Me atrevería a decir que lo que a ella le habría gustado es que me deshiciera en cariños delante de ti, porque la verdad desnuda hiere su vanidad. Pero no me importa que sepa que la pasión estaba sólo de una parte, y nunca le mentí sobre eso. No me puede acusar de haberle mostrado la más mínima y falsa ternura. La primera cosa que me vio hacer, cuando salíamos de la Granja, fue colgar a su perrita, y cuando me suplicó por ella, las primeras palabras que proferí se referían al deseo de ver colgado a todo ser viviente que le perteneciera, excepto uno: a lo mejor se pensó que me refería a ella... Pero no hay brutalidad alguna que le repugne, y supongo que siente una innata atracción hacia ella, con tal de que su personita esté a salvo de todo daño. Porque, vamos a ver: ¿no es el colmo de lo absurdo..., genuinamente idiota de su parte, que esa desgraciada, servil y ruin criatura haya podido soñar que yo podía amarla? Dile a tu amo, Nelly, que nunca en mi vida he tenido que lidiar con un ser tan abyecto como ella. Hasta deshonra el nombre de los Linton. Alguna vez he llegado a relajarme en mis experimentos sobre lo que podría aguantar, más que nada por pura falta de inventiva, y aun así, ¡seguía baboseando indignamente para volver a mí! Pero dile también, para alivio de su corazón fraternal y de magistrado, que me mantengo estrictamente dentro de los límites de la ley. Hasta este momento, he evitado darle ningún motivo para que

pueda reclamar la separación, y lo que es más, ella no le agradecería a nadie que nos separara. Si quiere irse, no tiene más que hacerlo: el incordio que me supone su presencia sobrepasa los beneficios que obtengo atormentándola.

–Señor Heathcliff –dije yo–, habla usted como si estuviera loco, y es probable que su mujer le tenga por un loco, y por esa razón le ha soportado hasta este momento. Pero ahora que dice que se puede ir, sin duda se aprovechará del permiso. Porque usted no está tan embobada, ¿verdad, señora?, para quedarse aquí por su propia voluntad...

–¡Ten cuidado, Ellen! –contestó Isabella, con los ojos traspasados por la ira; su expresión no dejaba dudas sobre el éxito total de su compañero en hacerse aborrecible–. No te creas ni una sola palabra de lo que dice. ¡Es un redomado mentiroso, un monstruo, no un ser humano! Ya antes me dijo que podía irme, e hice el intento, ¡y ahora no me atrevo a repetirlo! Lo único que te pido, Ellen, es que me prometas que no mencionarás ni una sola palabra de esta infame conversación ni a mi hermano ni a Catherine. Por mucho que diga, su deseo es provocar a Edgar hasta la desesperación, y dice que se ha casado conmigo a propósito para poder ejercer mayor poder sobre él. Pues bien, no lo conseguirá, ¡me moriría antes! ¡Sólo espero y rezo porque deje a un lado su diabólica prudencia y acabe matándome! El único placer que puedo imaginar es morir, o verle a él muerto.

–¡Ya está bien por hoy! –dijo Heathcliff–. Si alguna vez tienes que testificar ante los tribunales, te acordarás de su lenguaje, Nelly. Y échale un buen vistazo a su cara, se está acercando al punto que me conviene. No, ahora no estás para cuidar de ti misma, Isabella, y, puesto que yo soy tu protector legal, te tengo que retener bajo mi tutela, por muy desagradable que sea la obligación. ¡Sube! Tengo que hablar con Ellen Dean en privado. ¡Por ahí no!, ¡sube, te digo! ¿Es que no sabes que se sube por ahí, niña?

La cogió, la echó de la habitación y volvió murmurando:

–¡No me da pena! ¡Ni pizca de pena! ¡Cuanto más se retuercen los gusanos, más ganas me dan de aplastarles las entrañas! Es como un alivio moral para los dientes, trituro con mayor energía cuanto más aumenta el dolor.

–¿Pero sabe usted lo que significa la palabra compasión? –dije, apresurándome a coger mi sombrero–. ¿Se ha sentido usted tocado por ella alguna vez en su vida?

–¡Deja eso! –me interrumpió, apercibiéndose de que tenía intención de irme–. No te irás todavía. Vuelve aquí inmediatamente, Nelly. Tengo que persuadirte u obligarte a que me dejes ver a Catherine, y sin demora. Juro que no es mi intención hacer daño a nadie. No deseo causar ninguna molestia, ni irritar ni insultar al señor Linton. Sólo deseo oír de sus labios cómo se encuentra y por qué ha estado enferma, y preguntarle si hay algo que pueda hacer que le resulte útil. Anoche estuve en el jardín de la Granja durante seis horas, y pienso volver esta noche, y todas las noches rondaré el lugar, y todos los días, hasta que encuentre la oportunidad de entrar. Si me cruzo con Edgar Linton, no dudaré en derribarle y golpearle lo bastante para asegurarme de que no se mueve mientras yo esté ahí. Si sus criados me plantan cara los amenazaré con estas pistolas. Pero ¿no sería mejor

evitar ese encuentro con ellos o con tu amo? ¡Y para ti sería tan fácil! Yo te avisaría cuando llegara, y luego podrías dejarme entrar sin que me vieran, tan pronto como ella estuviera sola, y vigilar hasta que me fuera, con la conciencia tranquila de estar evitando una desgracia.

Me negué a desempeñar aquel papel de traidora en la casa de mi amo; además insistí en su crueldad y egoísmo al destruir la tranquilidad de la señorita Linton sólo para darse el gusto.

–El incidente más tonto la sobresalta de manera alarmante –le dije–. Es un manojo de nervios y, siendo realista, no podría soportar la sorpresa. Así que ¡no insista, señor!, porque, si no, me veré obligada a informar a mi señor de sus planes, ¡y tenga por seguro que tomará medidas para proteger su casa y sus ocupantes de tan injustificada intromisión!

–¡En ese caso, tomaré mis medidas para protegerte a ti, mujer! –exclamó Heathcliff–. No te irás de Cumbres Borrascosas hasta mañana por la noche. Nadie se cree que Catherine no soportaría verme y, en cuanto a sorprenderla, yo no lo deseo, tienes que prepararla... Pregúntale si puedo visitarla. Dices que nunca menciona mi nombre, y que nunca se le habla de mí. ¿A quién va a hablar de mí si soy tema prohibido en su casa? Está convencida de que sois todos espías de su marido. ¡Oh, no me cabe la menor duda de que vive un infierno entre vosotros! Adivino por su silencio, más que por otra cosa, cómo se encuentra. Dices que siempre está inquieta y que se muestra ansiosa. ¿Es eso muestra de tranquilidad? Dices que su mente está trastornada. ¿Y cómo diablos iba a estar de otro modo en esa situación de terrible aislamiento? ¡Y esa criatura insípida y mezquina atendiéndola por *deber* y *humanidad*! ¡Por *compasión* y *caridad*! ¡Podría plantar un roble en un florero, y esperar a que creciera, del mismo modo que pretender que recupere las fuerzas con el humus de sus inútiles cuidados! Pues vamos a ponerle remedio de una vez. Tú te quedas aquí y yo voy a abrirme camino hasta Catherine por encima del cadáver de Linton y de sus hombres, ¿es eso lo que quieres? ¿O prefieres ser mi amiga, como lo has sido hasta ahora, y hacer lo que te pido...? ¡Decídete!, porque si sigues persistiendo en tu cabezonería, no tengo por qué esperar ni un minuto más.

Como podrá comprender, señor Lockwood, discutí con él, y me quejé y me negué en rotundo cincuenta veces. Pero al final me forzó a llegar a un acuerdo: me comprometí a llevar una carta suya a mi ama, y si ella consentía, le prometí avisarle la próxima vez que Linton se ausentara de casa, para que pudiera venir y entrar por sus propios medios. Yo no pensaba mezclarme más en el asunto, como tampoco mis compañeros los criados.

¿Hice bien o mal? Me temo que mal, aunque sí fue lo más conveniente. Pensé que con mi intervención evitaría otro conflicto. También pensé que podría crear una crisis favorable a la enfermedad mental de Catherine. Luego me acordé de los severos reproches del señor Edgar cuando le iba con mis cuentos, y así traté de suavizar mis inquietudes asegurándome reiteradamente que aquella traición a la lealtad, si es que se merecía tan duro calificativo, había de ser la última.

A pesar de todo, el camino de vuelta a casa fue más triste que el de ida, y muchos

temores me asaltaron antes de decidirme a poner la misiva en manos de la señora Linton.

Pero aquí está Kenneth, bajaré a decirle que está usted mucho mejor. Mi historia es un poco «mohína», como decimos aquí, pero aún nos servirá para entretener otra mañana.

«Mohína y aburrida», me quedé pensando mientras la buena mujer descendía la escalera para recibir al doctor, y no precisamente el tipo de historia que yo habría escogido para entretenerme, pero ¡qué más da! Sacaré saludables remedios de las hierbas amargas de la señora Dean; y en primer lugar, me pondré en guardia de la fascinación que acecha en los brillantes ojos de Catherine Heathcliff. ¡Sería bien curioso que yo entregara mi corazón a esa joven y luego resultara que la hija es una segunda edición de la madre!

Capítulo XV

Ha transcurrido otra semana, y me siento tan recuperado y tan próximo a la primavera... Ya he escuchado toda la historia de mi vecino, en diferentes sesiones porque el ama de llaves ha ido sacando tiempo de ocupaciones más importantes. Voy a continuar el relato con sus propias palabras, aunque condensándolo un poco. Debo reconocer que es una excelente narradora, y no creo que pueda mejorar su estilo.

La misma noche de mi visita a las Cumbres –continuó la señora Dean– supe, como si estuviera viéndole con mis propios ojos, que el señor Heathcliff andaba merodeando por aquí. Evité salir, porque todavía llevaba su carta en el bolsillo, y no quería que me amenazase ni que siguiera hostigándome.

Había decidido no entregarla hasta que mi amo se ausentara, ya que no sabía cómo reaccionaría Catherine. Así que no la recibió hasta tres días después. Al cuarto era domingo, y se la llevé a su habitación aprovechando que todos se habían ido a misa.

Solía quedarse conmigo un criado al cuidado de la casa, y solíamos echar el cerrojo a las puertas mientras duraba la misa. Pero en esa ocasión hacía un tiempo tan cálido y agradable que las dejé abiertas de par en par. Para cumplir con mi encomienda (ya que sabía quién iba a venir) le dije a mi compañero que el ama deseaba encarecidamente unas naranjas, que corriera al pueblo a comprar unas pocas y que ya se pagarían al día siguiente. En cuanto salió, yo subí.

La señora Linton estaba sentada en el hueco de la ventana abierta, como era habitual, con un amplio vestido blanco y un chal ligero sobre los hombros. Le habían cortado parte de su larga y espesa cabellera al principio de la enfermedad, y ahora lo llevaba peinado al natural, cayéndole sobre las sienes y los hombros. Tal y como le conté a Heathcliff, estaba cambiada de aspecto, pero cuando estaba serena, aquel cambio parecía dotarla de una belleza sobrenatural.

El fulgor de sus ojos había cedido a una ensoñación dulce y melancólica, y ya no parecía estar lanzando miradas a los objetos que la rodeaban, sino que daba la impresión de que sus ojos se posaran en un lugar lejano, mucho más allá..., uno diría que fuera de este mundo. Además, la palidez de su rostro (su aspecto demacrado había desaparecido al recuperar las carnes) y la peculiar expresión que le confería su salud mental, aunque dolorosamente acordes con su enfermedad, añadían al conmovedor interés que suscitaba (en mí, no cabe duda, y en cualquiera que la viera) otros síntomas más tangibles e irrefutables de su convalecencia, y la marcaban como alguien condenado a morir.

Un libro abierto yacía frente a ella sobre el alféizar de la ventana, y una brisa apenas perceptible levantaba sus hojas a intervalos. Supongo que Linton lo había

dejado ahí, porque ella nunca ponía mucho empeño en entretenerse leyendo o en cualquier otro tipo de ocupación, por mucho que él se pasara las horas muertas intentando dirigir su atención hacia algo que le había hecho pasar el rato en otro momento.

Ella era consciente de su propósito, y en los momentos en que estaba de buen humor, soportaba sus esfuerzos plácidamente, dejándole entrever sólo de vez en cuando que eran inútiles, reprimiendo suspiros de hastío e interrumpiéndole finalmente con las sonrisas y los besos más tristes. Otras veces ella se enfurruñaba, escondiendo su rostro entre las manos, e incluso le empujaba airadamente. Entonces él se cuidaba de dejarla sola, porque estaba seguro de que su compañía no le hacía ningún bien.

Las campanas de la capilla de Gimmerton seguían repicando, y llegaba a nuestros oídos el suave y rebosante fluir del arroyo del valle. Era un dulce sustitutivo del murmullo todavía ausente del follaje del verano, que llegaba a ahogar esa otra música de los alrededores de la Granja cuando los árboles estaban cubiertos de follaje. En Cumbres Borrascosas siempre sonaba en los días tranquilos, después de un gran deshielo o de una temporada de lluvia continua. Y en Cumbres Borrascosas pensaba Catherine cuando lo escuchaba, eso si pensaba y escuchaba, porque tenía la mirada perdida y ausente que ya mencionamos anteriormente, según la cual parecía no reconocer nada material que le llegara a través del oído o de la vista.

–Hay una carta para usted, señora Linton –dije introduciéndosela suavemente en una de las manos que descansaba sobre la rodilla–. Tiene usted que leerla inmediatamente porque requiere contestación. ¿Le rompo el lacre?

–Rómpeselo... –contesto, sin alterar la dirección de sus ojos.

La abrió; era muy corta.

–Pues bien –continué–, léala.

Apartó la mano y la dejó caer. Volví a ponerla sobre sus rodillas y me quedé esperando hasta que se decidiera a mirar hacia abajo, aunque el movimiento se retrasó tanto que por fin dije:

–¿Se la leo yo, señora? Es del señor Heathcliff.

Tuvo un sobresalto, una oscura ráfaga de recuerdo y una lucha por ordenar las ideas. Levantó la carta, y parecía estar leyéndola, hasta que llegó a la firma y suspiró. Aun así, pensé que no se había enterado de su contenido, pues al pedirle una respuesta se limitó a señalar el nombre y a mirarme con triste e inquisitiva ansiedad.

–Bueno, desea verla –dije, adivinando la necesidad de que se la interpretaran–. Está ya en el jardín, impaciente por conocer la respuesta que tengo que llevarle.

Mientras hablaba, observé que un perro enorme, recostado sobre el soleado césped de abajo, levantaba las orejas como si fuera a ladrar y luego, agachándolas de nuevo, anunciaba por el meneo de la cola que alguien a quien no consideraba un extraño se aproximaba.

La señora Linton se reclinó hacia delante y escuchó conteniendo el aliento. Un minuto después, unos pasos cruzaban el vestíbulo: la casa abierta era una

tentación demasiado grande para que Heathcliff se resistiera a entrar. Probablemente pensó que no iba a cumplir mi promesa y decidió confiar en su propia audacia.

Catherine miró hacia la entrada de la alcoba con esforzada ansiedad. Él no dio con la habitación a la primera, y ella me hizo señas de que le hiciera pasar. Heathcliff encontró la habitación antes de que yo alcanzara la puerta, y en una o dos zancadas estaba junto a ella y la estrechaba entre sus brazos.

Durante cinco minutos ni habló ni la soltó, y en ese rato se deshizo en besos, me atrevería a decir que dio más besos en ese tiempo que los que había dado en toda su vida. Pero fue mi ama la que le besó primero, y vi claramente que, de puro dolor, él apenas podía soportar mirarla a la cara. Desde el instante en que la sujetó entre sus brazos le asaltó la misma convicción que a mí de que no había perspectivas de una recuperación y que estaba abocada a morir.

–¡Oh, Cathy! ¡Oh, mi vida!, ¿cómo podré soportarlo? –fue la primera frase que profirió en un tono que no parecía querer disimular su desesperación.

Y entonces comenzó a mirarla con tanta avidez que creí que la intensidad de su mirada acabaría por arrancarle las lágrimas. Pero sus ojos ardían con ansia, y no se humedecieron.

–¿Y ahora qué? –dijo Catherine, echándose hacia atrás y devolviéndole la mirada con un ceño súbitamente fruncido, pues su humor era una mera veleta de caprichos en constante variación–. ¡Entre tú y Edgar habéis destrozado mi corazón, Heathcliff! Y los dos venís a mí para lamentaros de lo sucedido, como si fuerais dignos de compasión. Pues no pienso compadeceros, ya lo creo que no. Me habéis matado..., y creo que a ti mi muerte te ha hecho crecer. ¡Qué fuerte eres! ¿Cuántos años piensas vivir después de que yo me vaya?

Heathcliff se había arrodillado para abrazarla. Intentó levantarse, pero ella le cogió del pelo y lo mantuvo en la postura.

–¡Ojalá pudiera abrazarte hasta que nos llegara la muerte a los dos! –continuó con amargura–. No me importaría que sufrieras. No me importan nada tus sufrimientos. ¿Por qué no has de sufrir? ¡Yo lo hago! ¿Te olvidarás de mí, serás feliz cuando yo esté bajo tierra? Dentro de veinte años dirás: «Ésa es la tumba de Catherine Earnshaw». La amé hace mucho tiempo y quedé destrozado cuando la perdí, pero ahora eso forma parte del pasado. Desde entonces he amado a muchas otras, y quiero a mis hijos más de lo que nunca la quise a ella, y, cuando me llegue la hora, no me alegraré de verla pues sentiré pena de dejarlos a ellos. ¿Dirás eso, Heathcliff?

–No me tortures hasta volverme más loco de lo que lo estás tú –exclamó él, liberando su cabeza y rechinando los dientes.

A ojos de un frío espectador, aquellos dos componían un cuadro aterrador. Con razón podía pensar Catherine que el cielo se convertiría en tierra de exilio para ella..., a menos que, con su cuerpo mortal, sepultara también su carácter. En aquel momento sus pálidas mejillas, sus labios exangües y sus ojos centelleantes reflejaban un ansia feroz de venganza, y retenía entre los dedos cerrados un manojo de los rizos que había estado sujetando. En cuanto a su compañero, que se

había puesto en pie apoyándose sobre una mano, sujetaba el brazo de ella con la otra. Y su ternura era tan inadecuada a las exigencias del estado en que ella se encontraba que, cuando lo dejó libre, pude apreciar cuatro huellas azules muy claras en su piel descolorida.

–¿Acaso tienes al diablo metido en el cuerpo para hablarme así ahora que estás a punto de morirte? –prosiguió Heathcliff brutalmente–. ¿Te has parado a pensar que todas esas palabras quedarán grabadas a fuego en mi memoria, y que me estarán reconcomiendo eternamente después de que me hayas dejado? Sabes que mientes diciéndome que te he matado, Catherine, y sabes también que antes me olvidaría de mi propia existencia que de ti. ¿No le basta a tu egoísmo infernal que mientras descansas en paz yo tenga que retorcerme en los tormentos del infierno?

–No descansaré en paz –gimió Catherine, entrando en una especie de debilidad física debido a los pálpitos violentos y desiguales de su corazón, que batía visible y audiblemente bajo el exceso de agitación.

No dijo nada más hasta que terminó aquel paroxismo. Luego continuó más amablemente:

–¡No te deseo más tormento del que yo padezco, Heathcliff! Sólo deseo que no nos separen nunca, y si, de aquí en adelante, una palabra mía te hiere, piensa que el mismo dolor sentiré yo cuando esté bajo tierra, y por mi vida, ¡perdóname! ¡Ven aquí y arrodíllate de nuevo! Nunca en la vida me has hecho daño. ¡No, y darle alas a tu ira es peor que recordar mis duras palabras! ¿No vas a venir? ¡Ven!

Heathcliff fue hasta el respaldo de su asiento y se inclinó sobre él, pero no tan lejos como para dejarla ver su rostro, que estaba lívido de emoción. Ella se giró para mirarle, pero él no se lo permitió. Se apartó bruscamente y fue hasta la chimenea, donde permaneció de pie, en silencio, dándonos la espalda.

La señora Linton le seguía con una mirada recelosa. Todos sus movimientos despertaban en ella nuevos sentimientos. Tras una pausa, durante la cual le contempló de manera prolongada, continuó dirigiéndose a mí en un tono de indignada decepción:

–Pero ¿tú ves, Nelly? ¡No se ablanda ni un instante, aunque me vea con un pie en la tumba! ¡*Así* me quiere él! ¡Bueno, pues no importa! *Ése* no es mi Heathcliff. Pero todavía puedo querer al mío, y llevarlo conmigo, porque reside en mi alma. Y... –añadió pensativa– lo que más me irrita, después de todo, es esta cárcel cochambrosa. Estoy harta, harta de estar encerrada aquí. Ardo en deseos de escapar a ese otro mundo glorioso y de permanecer en él para no tener que verlo borrosamente a través de las lágrimas y suspirar por él a través de los muros de un corazón dolorido. ¡O mejor dicho: estar realmente en él, formar parte de él! Nelly, ¿te crees que estás mejor y que eres más afortunada que yo?; con toda tu salud y tus fuerzas, sientes pena por mí, pero muy pronto eso cambiará. Yo seré la que sienta pena por *ti*. Estaré más allá y por encima de todos vosotros, sin parangón. ¡Me pregunto si él estará conmigo!

Y siguió para sí misma:

–Pensé que lo desearía. ¡Heathcliff, querido! No tienes por qué estar enfadado. ¡Ven a mí, Heathcliff!

Se levantó, presa de su impaciencia, apoyándose en un brazo del asiento. Y ante esa llamada sincera, él se volvió hacia ella con aspecto de estar absolutamente desesperado. Sus ojos como platos, humedecidos, se fijaron en su rostro con fiereza, y su pecho se agitaba convulsamente. Durante unos instantes estuvieron separados, y entonces apenas pude ver cómo volvían a juntarse, pero Catherine dio un salto, él la cogió, y se fundieron en un abrazo tal que pensé que mi ama no saldría con vida de él. De hecho, a mis ojos, parecía ya insensible. Él se arrojó en el asiento más cercano, y cuando me acerqué rápidamente para comprobar si ella se había desmayado, me rechinó los dientes, echó espumarajos como un perro rabioso y la atrajo hacia sí con celosa avidez. No me sentía como en compañía de criaturas de mi misma especie, me pareció que aunque les hablara no me iban a entender. Así que me hice a un lado y cerré la boca sumida en la perplejidad.

A continuación, un movimiento de Catherine me tranquilizó un poco: alargó la mano para rodear su cuello y atraer su mejilla hacia la suya mientras él, que seguía abrazándola, la colmaba de francas caricias. Dijo como un loco:

–Acabas de demostrarme lo cruel que has sido conmigo, cruel y falsa. ¿Por qué me despreciaste? ¿Por qué traicionaste a tu propio corazón, Cathy? No tengo ni una sola palabra de consuelo, te mereces lo que tienes. Te has matado a ti misma. Sí, puedes besarme y llorar, y arrancarme besos y lágrimas: te abrasarán..., te condenarán. Si me amabas, ¿qué *derecho* tenías a dejarme? ¿Qué derecho?, ¡contéstame!, ¿es por la poca atracción que sentías hacia Linton? Porque ni la miseria ni la degradación ni la muerte, ni nada que Dios o Satán pudieran habernos infligido, habría podido separarnos, tú misma lo hiciste. Yo no te he destrozado el corazón, *tú* misma te lo has destrozado, y al hacerlo también has destrozado el mío. Y tanto peor para mí, porque soy fuerte. ¿Crees que me apetece vivir? ¿Qué clase de vida tendré cuando tú...? ¡Oh, Dios! ¿te gustaría vivir con el alma encerrada en una tumba?

–¡Déjame en paz!, ¡déjame en paz! –sollozó Catherine–. Hice mal, y ahora lo estoy pagando. ¡Pero ya basta! Tú también me dejaste, y no pienso reprochártelo. Te perdono. ¡Perdóname tú a mí también!

–Es difícil olvidar mientras miro esos ojos y siento estas manos exangües –contestó–. Bésame de nuevo, pero no me pidas que mire tus ojos. Te perdono por lo que me has hecho. Amo a mi asesino, pero al tuyo... ¿cómo podría perdonarle?

Quedaron en silencio, los rostros confundidos y lavados por las lágrimas. O al menos me pareció que lloraban los dos, porque no resultaba raro que Heathcliff fuera *capaz* de llorar en una situación tan grave como aquélla.

A todo esto, yo había empezado a sentirme muy incómoda. Ya se había consumido parte de la tarde, y el hombre al que había mandado marchar volvió de su recado. Pude distinguir, a la luz del sol poniente, valle arriba, una multitud que se agolpaba en el pórtico de la capilla de Gimmerton.

–La misa se ha acabado –anuncié–. Mi amo estará de vuelta en media hora.

Heathcliff profirió un gruñido y estrechó a Catherine, que no se movió.

Poco después oí venir por el camino a un grupo de criados que se dirigían hacia el ala de la casa en donde estaba situada la cocina. El señor Linton venía a la zaga.

Él mismo abrió la verja y se encaminó lentamente hacia la puerta, probablemente disfrutando de la magnífica tarde, tan suave como el verano.

–¡Ya está aquí! –exclamé–. ¡Por el amor de Dios, dese prisa y baje! No se encontrará con nadie si baja por la escalera principal. Dese prisa, y quédese un rato entre los árboles hasta asegurarse de que él está dentro.

–Tengo que irme, Cathy –dijo Heathcliff, tratando de soltarse de los brazos de su compañera–. Pero si vivo, volveré a verte antes de que te duermas. No me alejaré ni cinco yardas de tu ventana.

–¡No te puedes ir! –contestó ella agarrándole con todas sus fuerzas–. ¡Te digo que no puedes!

–Sólo por una hora –suplicó él encarecidamente.

–Ni por un minuto –contestó ella.

–*Debo* hacerlo, Linton estará aquí de un momento a otro –insistió el alarmado intruso.

Se habría levantado y desprendido de sus dedos por la fuerza... pero ella se le aferró, jadeante. Su rostro revelaba una loca resolución.

–¡No! –gritó–. ¡Oh, no, no lo hagas! ¡Es la última vez! Edgar no va a hacernos nada. ¡Heathcliff, me estoy muriendo! ¡Me muero!

–¡Maldita sea, ahí está! –exclamó Heathcliff, hundiéndose en su asiento–. ¡Calla, mi amor! ¡Calla, calla, Catherine! Voy a quedarme. Si me dispara, moriré con la bendición en los labios.

Volvieron a fundirse en un abrazo. Mientras un sudor frío me resbalaba por la frente, oí cómo el amo subía las escaleras. Estaba aterrorizada.

–¿Va a hacer caso de sus desvaríos? –dije vehementemente–. No sabe lo que dice. ¿Va a arruinarla porque no tiene juicio para gobernarse a sí misma? ¡Levántese! ¡Suéltela de inmediato! Esto es lo más diabólico que ha hecho usted en su vida. Esto es el final para todos: amo, ama y criados.

Me retorcía las manos y gritaba, y al oír el ruido, el señor Linton apresuró el paso. En medio de mi agitación, me sentí aliviada al ver cómo los brazos de Catherine habían caído inertes y su cabeza colgaba.

«O se ha desmayado, o se ha muerto», pensé. «Tanto mejor. Mucho mejor que muera a que siga entre nosotros como un muerto siendo fuente de miserias entre todos los que la rodean.»

Edgar se abalanzó sobre su inesperado huésped, pálido de estupor y de ira. Sus intenciones las desconozco porque el otro detuvo su posible actuación al depositar en sus brazos aquel cuerpo del que la vida parecía haberse escapado.

–Mire aquí –dijo–. Si no es usted un enemigo, primero ayúdela. ¡Luego hablaremos nosotros!

Heathcliff fue hasta la salita y se sentó. El señor Linton me llamó, y con gran dificultad, después de varias tentativas, conseguimos reanimarla. Pero estaba muy perpleja, suspiraba y gemía, y no reconocía a nadie. En su ansiedad por ella, Edgar se había olvidado de su odiado visitante. Yo no. Cuando se me presentó la primera oportunidad fui a la salita y le rogué que se marchara, afirmando que Catherine estaba mejor y que ya le diría por la mañana cómo había pasado la noche.

–No voy a negarme a salir de la casa –contestó–, pero me quedaré en el jardín. Y Nelly, no dejes de cumplir con tu palabra mañana. Estaré bajo esos alerces, ¡ten cuidadito!, o volveré a entrar, esté Linton dentro o no.

Lanzó una mirada rápida a través de la puerta semiabierta de la alcoba y, asegurándose de que lo que yo había dicho era verdad, libró a la casa de su malhadada presencia.

Capítulo XVI

Sobre las doce de esa misma noche nació la Catherine que usted vio en Cumbres Borrascosas, una criatura enclenque y sietemesina; y dos horas después murió la madre sin haber recobrado el conocimiento como para echar de menos a Heathcliff o reconocer a Edgar.

El desconsuelo de este último ante la pérdida es un tema demasiado doloroso como para ahondar en él, y las consecuencias posteriores demostraron lo profundo que había calado en él la pena.

Se añadía al desconsuelo (desde mi punto de vista) el que hubiera quedado sin un heredero varón. Yo lo lamentaba al contemplar a la débil huérfana, y mentalmente reprochaba al viejo Linton su parcialidad natural al haber dejado su fortuna en manos de Isabella, caso de que Edgar no tuviera descendencia masculina.

¡Pobrecita mía, que mal se la recibió! Durante esas primeras horas de existencia podría haber dejado de respirar sin que a nadie le hubiese importado lo más mínimo. Más tarde compensamos este abandono, pero fue recibida con tan poco cariño como parece que tendrá al final de sus días.

El nuevo día, luminoso y alegre en el exterior, se deslizó suavemente a través de las persianas de la silenciosa habitación, envolviendo el lecho y a su ocupante con un tierno y delicado fulgor.

Edgar Linton tenía la cabeza apoyada sobre la almohada y los ojos cerrados. Sus rasgos juveniles y hermosos mostraban un aspecto tan mortífero como los del cuerpo que yacía junto a él. Pero su quietud era la de un ser exhausto, mientras que ella yacía en perfecta paz. La frente tersa, los párpados cerrados, los labios esbozando una sonrisa, ningún ángel del cielo la habría superado en belleza. Yo participaba de la infinita calma que la acompañaba. Nunca antes había gozado de tanta felicidad como al contemplar esa imagen sosegada del descanso divino. Resonó en mi cabeza el eco de las palabras que había pronunciado unas cuantas horas antes: «Más allá y por encima de todos vosotros». Estuviera aún en la tierra o ya en el cielo, su espíritu se había reunido con Dios.

No sé si se trata de una peculiaridad de mi carácter, pero es raro que no me sienta feliz velando la habitación de un muerto, a no ser que comparta esa tarea conmigo algún plañidero enloquecido o desesperado. Desciende sobre mí un reposo que ni la tierra ni el infierno pueden quebrar, y siento la seguridad de un más allá sin límites ni sombras (la eternidad en la que otros descansan) en donde la vida no tiene fronteras de duración ni el amor fronteras de afinidad ni el gozo fronteras de plenitud. En esa ocasión percibí cuánto egoísmo había incluso en un amor como el del señor Linton, capaz de lamentarse tanto ante la bendita liberación de Catherine.

A decir verdad, después de la existencia rebelde y frenética que había llevado, uno podría dudar de si por fin se merecía una migaja de paz. Cabría albergar dudas

en momentos de fría reflexión, pero no entonces, en presencia de su cadáver, que reafirmaba su propia tranquilidad y parecía proclamar que quien lo había habitado gozaba de esa misma quietud.

–¿Usted cree que ese tipo de gente es feliz en el otro mundo, señor? Daría cualquier cosa por saberlo.

Me negué a contestar a la pregunta de la señora Dean, porque me pareció un tanto heterodoxa.

–Si repasamos la vida de Catherine Linton –prosiguió ella–, me temo que no tenemos derecho a pensar que lo sea; pero dejémosla a solas con el Hacedor.

El amo parecía dormido, y justo después de la salida del sol me dispuse a dejar la habitación para respirar el aire puro y refrescante de fuera. Los criados debieron de pensar que me marchaba para sacudirme de encima la modorra de la vigilia prolongada. En realidad, mi verdadera intención era ver al señor Heathcliff. Si era verdad que había pasado la noche bajo los alerces, podría no haberse enterado del revuelo que hubo en la Granja, a no ser que hubiera escuchado el galope del mensajero que fue hasta Gimmerton. Pero a poco que se hubiera acercado, es probable que ya supiera que algo ocurría dentro, por las luces parpadeantes y por el batir de las puertas. Deseaba encontrarle, y al mismo tiempo le temía. Sentí que alguien tenía que darle la terrible noticia, y yo misma deseaba hacerlo de una vez por todas, pero no sabía *cómo* hacerlo...

Estaba allí, en el parque, a unas cuantas yardas y apoyado contra un viejo fresno, con el sombrero quitado y el pelo humedecido por el rocío que se había acumulado en los brotes de las ramas y que goteaba a su alrededor. Había estado en esa posición durante mucho tiempo, porque vi una pareja de mirlos que iban de aquí para allá a unos escasos tres pies de él, atareados en construir su nido, y no le tenían más que por un tronco. Levantaron el vuelo cuando me aproximé, y entonces él levantó la mirada y me dijo:

–¡Ha muerto! No tienes ni que decírmelo. ¡Guárdate el pañuelo, no lloriquees delante de mí! ¡Ella no necesita de vuestras malditas lágrimas!

Yo lloraba tanto por él como por ella, porque a veces sentimos piedad por personas que carecen de este sentimiento por completo, tanto hacia sí mismas como hacia los demás. En cuanto le miré a la cara, me di cuenta de que había captado la magnitud de la catástrofe, y me asaltó la insensata idea de que su corazón estaba en calma y que rezaba, porque sus labios se movían y sus ojos estaban clavados en el suelo.

–¡Sí, ha muerto! –contesté, conteniendo los sollozos y limpiándome las mejillas–. Ha subido al cielo, supongo, en donde puede que todos nos reunamos con ella, si escarmentamos y dejamos a un lado nuestras maldades para seguir a Dios.

–Entonces, ¿lo hizo ella? –preguntó Heathcliff intentando esbozar una sonrisa–. ¿Murió como una santa? Venga, cuéntame toda la verdad. ¿Cómo...?

Hizo esfuerzos por pronunciar el nombre, pero no pudo, y apretando los labios, libró una batalla silenciosa contra su propia angustia, desafiando mientras tanto mis sentimientos de compasión con una mirada impertérrita y feroz.

–¿Cómo murió? –prosiguió al fin, sin tener otro remedio, a pesar de su gallardía, que buscar un punto de apoyo detrás de él, porque después de la lucha temblaba de pies a cabeza aun en contra de su voluntad.

«¡Pobre desgraciado!», pensé, «¡tienes un corazón y unos nervios al igual que tus hermanos! ¿Por qué pondrás tanto empeño en esconderlos? ¡Tu orgullo no puede cegar a Dios! Le tientas para que te los retuerza hasta que te arranque un grito de humillación».

–Mansa como un cordero –contesté en alto–. Soltó un último suspiro y se desperezó como un niño que despierta, para luego volver a hundirse en su letargo. Cinco minutos después sentí que le latía el corazón muy despacio, y luego todo se acabó.

–Y... ¿me mencionó en algún momento? –preguntó dudoso, como si temiera que la respuesta a esta pregunta pudiese dar paso a detalles que no soportaría.

–No volvió en sí, no reconoció a nadie desde que usted la dejó –dije–. Yace con una sonrisa en la cara, y sus últimos pensamientos están en los felices días del pasado. Su vida se cerró en un sueño suave. ¡Ojalá despierte así de tranquila en el otro mundo!

–¡Ojalá se despierte con pesadillas! –exclamó él con aterradora vehemencia, dando una patada en el suelo y soltando un gemido de incontrolada pasión–. ¡Ha sido una embaucadora hasta el final! ¿Dónde está? No está ahí, en el cielo tampoco, ni muerta, ¿dónde está? ¡Dijiste que no te importaban mis sufrimientos! Pues yo voy a rezar una plegaria, y la repetiré hasta que la lengua se me entumezca: ¡Catherine Earnshaw, ojalá nunca descanses mientras yo viva! ¡Dijiste que te había matado, pues entonces, persígueme! La víctima persigue a su verdugo. Y yo sé que los fantasmas merodean por la tierra, estoy seguro de ello. ¡Permanece siempre conmigo, adopta la forma que desees, vuélveme loco! ¡Lo único que te pido es que no me dejes en este abismo, en donde no soy capaz de encontrarte! ¡Ay, Dios!, es insoportable. No *puedo* vivir sin mi vida. No *puedo* vivir sin mi alma.

Se golpeó la cabeza contra el tronco nudoso, y alzando los ojos emitió un aullido que no era humano sino de bestia salvaje a la que se degüella con cuchillos y lanzas.

Observé varias salpicaduras de sangre en la corteza del árbol, y su mano y su frente también estaban manchadas: probablemente la escena que presencié no era más que la continuación de otras que habían tenido lugar durante la noche. Pero apenas suscitó mi compasión; me espantaba. Aun así, me negaba a abandonarle en aquel estado. En el momento en que tomó conciencia de que le estaba mirando, me lanzó la orden de que me fuera, y yo obedecí. No me sentía capaz ni de acallarle ni de consolarle.

El entierro de la señora Linton estaba programado para el viernes siguiente a su fallecimiento, y hasta entonces el féretro quedó destapado en el gran salón, tapizado de flores y hierbas aromáticas. Linton se pasó día y noche velándola.

También Heathcliff (aunque esto es algo que nadie más que yo sabe) velaba desde fuera, igualmente sin reposo.

No mantuve comunicación alguna con él aunque era consciente de su deseo de entrar en cuanto tuviera ocasión. Y el martes, poco después de que oscureciera, mi amo, de pura fatiga, se vio obligado a retirarse durante unas horas. Ante su insistencia para que le concediera la oportunidad de dar el último adiós a la marchita imagen de su ídolo, abrí una de las ventanas.

Aprovechó la oportunidad, y lo hizo con tanta rapidez y cautela que ni el más leve ruido delató su presencia. De hecho, yo no habría sabido que había entrado de no ser por el desorden del sudario en torno al rostro del cadáver, y porque sobre el suelo había un mechón de pelo rubio atado con un hilo de plata. Al examinarlo deduje que se trataba de un rizo sacado de un medallón que Catherine llevaba colgado en torno al cuello. Heathcliff había abierto la urna y había sacado su contenido reemplazándolo por un rizo oscuro suyo. Entrelacé los dos rizos y los metí juntos.

Como era lógico, se invitó al señor Earnshaw a acompañar los restos mortales de su hermana hasta el cementerio. Ni vino ni envió excusa alguna. Así que, aparte de su marido, los asistentes al duelo eran arrendatarios y criados. A Isabella no se la avisó.

Para sorpresa de los paisanos, el lugar de enterramiento de Catherine no era ni la capilla, bajo el panteón esculpido de los Linton, ni entre las otras tumbas de sus familiares que estaban fuera. Cavaron su fosa en una loma verde, en un rincón del cementerio en donde la tapia es tan baja que el brezo y los arándanos han trepado por ella desde el páramo, y se encuentra casi enterrada bajo la turba. Ahora su marido yace en el mismo sitio, y para marcar las sepulturas, cada uno tiene una sencilla lápida en la cabecera y un bloque de piedra gris a los pies.

Capítulo XVII

Aquel viernes fue el último de todo el mes en que hizo bueno. El mal tiempo se desató por la noche, y el viento comenzó a soplar de sur a nordeste trayendo primero lluvia y después aguanieve y ventisca.

A la mañana siguiente era difícil imaginar que habíamos tenido tres semanas de verano. Las prímulas y las flores de azafrán habían quedado sepultadas bajo los invernales montones de nieve, las alondras estaban en silencio, y las hojitas tiernas de los árboles primerizos estaban marchitas y ennegrecidas. ¡Qué triste, fría y lúgubre discurrió aquella mañana! Mi amo permaneció en su habitación y yo tomé posesión de la solitaria salita, convirtiéndola en un cuarto para niños. Y ahí estaba yo sentada, con aquella muñeca de niña llorona sobre mis rodillas, acunándola de un lado a otro mientras observaba los copos de nieve que seguían cayendo y que se amontonaban en la ventana sin cortinas, cuando la puerta se abrió e irrumpió alguien que venía jadeando y riéndose.

Por un momento, mi enojo superó mi perplejidad. Creí que era una de las criadas y exclamé:

–¡Ya está bien! ¿Cómo te atreves a venir aquí, atolondrada? ¿Qué diría el señor Linton si te oyera?

–¡Perdón! –contestó una voz que me resultó familiar–, es que sé que Edgar está en cama y no pude evitar venir...

Diciendo esto, mi interlocutora se acercó al fuego, jadeante, sujetándose el costado con una mano.

–¡He venido corriendo todo el camino desde Cumbres Borrascosas! –prosiguió después de una pausa–. Excepto cuando tropezaba; no podría decir el número de veces que me he caído. ¡Ay, me duele todo el cuerpo! Pero no te alarmes. Tan pronto recobre el aliento, te daré una explicación. Ten la bondad de adelantarte y de ordenar al cochero que me lleve hasta Gimmerton, y dile a un criado que me busque unas ropas en el armario.

Se trataba de la señora Heathcliff. No estaba, ciertamente, en situación de reírse. El pelo le caía sobre los hombros chorreando nieve y agua. Tenía puesto el traje de niña que usaba habitualmente, más acorde con su edad que con su posición: escotado, con mangas cortas, y sin prenda alguna que le cubriera la cabeza o el cuello. El vestido era de seda ligera y se le pegaba al cuerpo con la humedad, y calzaba unas simples zapatillas. Se añadía a esto un corte profundo en una oreja, que sólo el frío había evitado que sangrara profusamente, un rostro blanco arañado y magullado, y un cuerpo que a duras penas podía sostenerse por la fatiga. Y como se podrá usted imaginar, no salí del primer susto después de examinarla con calma.

–¡Mi pobre jovencita! –exclamé–. No pienso ni moverme ni seguir escuchando nada más hasta que se haya quitado toda la ropa y se haya puesto otra seca. Y dé por sentado que no irá a Gimmerton esta noche, así que no pienso llamar al coche.

–Desde luego que iré –dijo ella–, andando o a caballo, aunque no tengo ningún inconveniente en vestirme decentemente. ¡Ay, mira cómo me corre ahora la sangre por el cuello! Con el fuego me escuece.

Insistió en que hiciera lo que me había ordenado antes de que pudiera tocarla. Y hasta que el cochero no recibió las instrucciones de estar preparado y la doncella no subió para reunir las ropas necesarias, no obtuve consentimiento para curar la herida y para ayudarla a cambiarse de atuendo.

Cuando terminé con esta tarea y se acomodó junto al fuego con una taza de té, prosiguió hablando.

–Y ahora, Ellen –dijo–, ponte frente a mí y guarda al pobre bebé de Catherine, ¡no me gusta verla! No debes pensar que no me importa Catherine porque me comporté tan alocadamente al entrar. También he llorado, y muy amargamente, sí, y con más motivo que nadie, pues si recuerdas, nos separamos sin habernos reconciliado y nunca podré perdonármelo. Pero, con todo, no iba a simpatizar con él, ¡la bestia bruta! ¡Oh, dame el atizador! Esto es lo último suyo que tengo conmigo.

Se sacó su alianza de oro del dedo anular y lo arrojó al suelo.

–¡Lo voy a machacar! –prosiguió golpeándolo con despecho infantil–, ¡y luego lo voy a quemar!

Cogió el ya inútil objeto y lo dejó caer entre las brasas.

–¡Ea, pues! ¡Tendrá que comprarme otro si es que vuelve a recuperarme! Y será capaz de venir a buscarme sólo para fastidiar a Edgar. Pues no pienso quedarme, no sea que se le meta esa idea en su cabeza diabólica. Y además, Edgar no se ha portado muy bien, ¿verdad? No pienso venir a implorar su ayuda, ni tampoco pienso meterle en más líos. Es la necesidad la que me lleva a buscar cobijo, aunque, si no hubiese sabido que estaba fuera de mi camino, no habría pasado de la cocina. Me habría lavado la cara, habría entrado en calor, habría pedido que me trajeras algo y me habría marchado de nuevo a cualquier lugar fuera del alcance del muy maldito..., ¡ese duende en carne humana! ¡Ay, si me pilla se pondrá tan furioso...! Es una pena que Earnshaw no tenga sus fuerzas. ¡No habría escapado hasta verle machacado si Hindley hubiera sido capaz de hacerlo!

–¡Bueno, no hable tan agitadamente, señorita! –la interrumpí–. Va usted a desanudar el pañuelo que le he atado al cuello haciendo que el corte le vuelva a sangrar. Bébase el té, coja aliento y deje de reírse. La risa está prohibida bajo este techo, y menos en sus condiciones.

–Una verdad innegable –contestó–. ¡Escucha a esa niña! No hace más que lloriquear. Quítamela de la vista durante una hora, no me quedaré más tiempo.

Toqué la campana y se la encomendé a una criada. Entonces le pregunté qué era lo que la había llevado a escapar de Cumbres Borrascosas en aquel estado tan indeseable, y dónde pensaba ir, ya que no tenía intención de quedarse con nosotros.

–Debería, y me gustaría permanecer aquí –contestó ella–, primero para animar a Edgar y segundo para cuidar del bebé, y porque la Granja es mi verdadero hogar, pero te digo que ¡no me lo permitirá! ¿Crees que va a soportar verme crecer gorda

y feliz? ¿Crees que iba a aceptar la idea de que estemos tranquilos sin decidirse a emponzoñar nuestro bienestar? Pues bien, tengo la satisfacción de estar segura de que me detesta hasta el punto de sufrir seriamente con tan sólo verme y oírme. Noto que, cuando aparezco ante él, los músculos de la cara se le contraen en una expresión de odio, en parte debido a su conocimiento de los motivos que tengo para odiarle yo a él y en parte por aversión innata. Ésta es lo bastante consistente como para que me haga sentir bien segura de que no va a perseguirme por toda Inglaterra, suponiendo que yo me las ingeniara para huir, y por eso quiero marcharme en cuanto pueda. Ya me he recuperado del primer impulso que tuve de que me matara, y ahora preferiría matarle yo a él. Ha conseguido plenamente que mi amor se extinga, así que estoy tranquila. Puedo recordar cómo le amé, pero vagamente me imagino que pudiera amarle de nuevo, caso de que... ¡oh, no, no!, aunque me hubiera adorado, su diabólica naturaleza se habría puesto de manifiesto de alguna manera. Catherine tenía un gusto terriblemente perverso para tenerlo en tan alta estima, conociéndolo tan bien, ¡monstruo! ¡Ojalá pudiera borrarlo de la creación y de mi memoria!

–¡Calle, calle, que es un ser humano! –dije–. Sea usted más caritativa, ¡todavía hay hombres peores que él!

–No es un ser humano. Y no tiene derecho a mi caridad. Le entregué mi corazón, lo tomó y lo despedazó hasta la muerte y me lo devolvió. La gente siente con sus corazones, Ellen, y como ha destrozado el mío, ya no puedo sentir nada hacia él, ¡ni lo haría, por mucho que gimiera desde hoy hasta el día de su muerte y que llorara lágrimas de sangre por Catherine! ¡No, claro que no lo haría, ni loca!

Al llegar a este punto, Isabella comenzó a llorar. Pero se enjugó las lágrimas rápidamente, y continuó hablando:

–¿Me has preguntado qué es lo que me ha llevado a huir finalmente? Me vi forzada a intentarlo porque había conseguido excitar su cólera hasta un punto superior a su maldad. Arrancar los nervios con tenazas al rojo vivo requiere más frialdad que golpearle la cabeza. Se puso como un energúmeno, hasta el punto de olvidar la diabólica prudencia de que hacía alarde para entregarse a una violencia asesina. Además, sentí placer al ver que era capaz de poder enervarle, y el sentimiento de placer despertó mi instinto de supervivencia. Así que me fugué como pude, y si vuelvo a caer en sus manos, sé que su venganza será importante.

»Ayer, ya sabes, el señor Earnshaw debería haber estado en el funeral. Con esa intención se mantuvo sobrio, bastante sobrio, sin irse a la cama como un demente a las seis de la mañana para levantarse a las doce. Por eso se levantó, aunque de muy baja forma, tan preparado para ir a misa como quien va a un baile. Pero en lugar de ir se sentó junto al fuego para tragar vasos enteros de ginebra y de coñac.

»Heathcliff (¡con sólo pronunciar su nombre me recorre un estremecimiento!) apenas ha aparecido por la casa desde el domingo hasta hoy. No sé si le han alimentado los ángeles o sus parientes del infierno, pero el caso es que no ha comido con nosotros desde hace casi una semana. Se ha limitado a venir a casa al anochecer, y a subir a su habitación. ¡Y se ha encerrado como si alguien soñara con codiciar su compañía! Y ahí ha estado, rezando como un metodista, sólo que la

deidad a la que implora es polvo y ceniza sin vida. ¡Y Dios, cuando se dirigía a Él, era confundido curiosamente con su propio padre negro! Después de concluir estas preciosas oraciones, y duraban hasta que se quedaba ronco y la voz se le quedaba estrangulada en la garganta, se iba de nuevo, siempre derechito a la Granja. ¡Me extraña que Edgar no haya hecho llamar a las autoridades para que le detengan! En cuanto a mí, a pesar de la pena que sentía por Catherine, no podía evitar tomarme como una fiesta ese rato que me veía libre de su degradante opresión.

»Recobré fuerzas suficientes para aguantar las eternas plegarias de Joseph sin echarme a llorar, y para moverme de un lado a otro de la casa con menos aspecto de intruso asustadizo que antes. No lloraba por cualquier cosa que me dijera Joseph, pero él y Hareton son unos compañeros detestables. Preferiría sentarme con Hindley y oír su terrible conversación que con el «amito» y su firme defensor, ¡ese viejo asqueroso!

»Cuando Heathcliff está en casa, a menudo me veo obligada a refugiarme con ellos en la casa, o a morirme en las habitaciones húmedas e inhabitables. Cuando no está, como ha sido el caso esta semana, me instalo una silla y una mesa en un rincón cercano al fuego y no me preocupo de cómo se entretiene el señor Earnshaw. No interfiere en mi vida; es más silencioso de lo que solía ser, si nadie le provoca, más adusto y deprimido y menos furioso. Joseph afirma estar seguro de que es otro hombre; que el Señor le ha iluminado y que está salvado del fuego infernal. Yo no veo por ninguna parte los signos de su favorable transformación, pero no es asunto de mi incumbencia.

»Ayer por la noche me quedé sentada en mi rincón leyendo unos viejos libros hasta tarde, serían cerca de las doce. ¡Me resultaba tan triste subir con la nieve salvaje azotando el exterior, y mis pensamientos trasladándome continuamente al cementerio y la tumba recién excavada! Casi no me atrevía a levantar los ojos de la página que tenía delante, porque al instante esa melancólica escena usurpaba su lugar.

»Hindley estaba sentado al otro lado, con la cabeza apoyada en la mano y tal vez meditando sobre el mismo tema. Después de convertirse en un ser casi irracional, había dejado de beber, y durante dos o tres horas ni se movió ni habló. A excepción del gemido del viento que sacudía las ventanas de vez en cuando, el débil crepitar de las brasas y el crujido de mis despabiladeras cuando retiraba a intervalos el largo pábilo de la vela, no se oía nada más. Probablemente, Hareton y Joseph estaban profundamente dormidos en la cama. Todo era terriblemente triste, y yo soltaba suspiros mientras leía, ya que parecía que toda la alegría se hubiera extinguido del mundo y que nunca más sería restaurada.

»Aquel lúgubre silencio se quebró finalmente con el ruido del picaporte de la cocina. Heathcliff había regresado de su guardia más temprano que de costumbre, supongo que debido a la repentina tormenta.

»Como esa entrada estaba cerrada con llave, le oímos dar la vuelta para pasar por la otra. Me puse en pie, y con la mueca de mis labios debí de expresar lo que sentía de tal forma que mi compañero, que había tenido la vista fija en la puerta, se

volvió y me miró.

»–Le mantendré ahí fuera cinco minutos –exclamó–, si no tiene inconveniente.

»–No, por mí puede tenerle fuera toda la noche –contesté–. ¡Hágalo! Ponga la llave en la cerradura y corra el cerrojo.

»Earnshaw hizo esto antes de que su invitado llegara a la puerta principal. Luego vino y arrimó su silla al otro lado de mi mesa, apoyándose por encima de ella y buscando en mis ojos algo de complicidad con el odio ardiente que se desprendía de los suyos. Tanto su mirada como su sentimiento parecían los de un asesino, por lo que no se puede decir que encontrara exactamente complicidad, aunque sí encontró algo suficiente como para empujarle a hablar:

»–Usted y yo –dijo– tenemos una gran cuenta que saldar con ese que está ahí fuera. Si ninguno de los dos fuéramos cobardes, podríamos unirnos para hacerlo. ¿Es usted tan blandengue como su hermano? ¿Estaría dispuesta a resistir hasta el final sin intentar ajustar cuentas ni siquiera una vez?

»–Estoy harta de aguantar –dije–, y me alegraría poder vengarme sin que la venganza se vuelva en mi contra. Pero la traición y la violencia son lanzas de doble filo que hieren a quienes recurren a ellas más que a sus enemigos.

»–¡La traición y la violencia no son más que el justo pago a la traición y la violencia! –exclamó Hindley–. Señora Heathcliff, le ruego que no haga nada, salvo estarse quietecita y callada. Dígame, ¿podrá hacerlo? Estoy seguro de que ser testigo del final del enemigo le producirá tanto placer como a mí. Acabará con su vida si no se le adelanta, y a mí me dejará en la ruina. ¡Al infierno con el maldito villano! Llama a la puerta como si ya fuera el amo de esto. ¡Prométame que no abrirá la boca, y antes de que suene ese reloj (faltan tres minutos para la una), será usted una mujer libre!

»Se sacó del pecho el arma que te describí en mi carta, e iba a apagar la vela, pero yo se la arrebaté y le cogí del brazo.

»–¡No pienso cerrar la boca! –dije–. No debe usted tocarle... Deje la puerta cerrada y estese callado.

»–¡No! ¡He tomado la resolución, y por Dios que la llevaré a cabo! –chilló la desesperada criatura–. Le haré un craso favor, a pesar de lo que usted se cree, ¡y a Hareton le haré justicia! Y no se devane los sesos en pensar en cómo va a detenerme. Catherine se ha ido, y nadie que esté vivo me echaría de menos o se avergonzaría de mí aunque me cortara el pescuezo en este mismo instante. ¡Ya es hora de acabar con esto!

»Era lo mismo que forcejear con un oso o tratar de razonar con un lunático. El único recurso que me quedaba era correr a una ventana y avisar a la presunta víctima de la suerte que iba a correr.

»–¡Más te vale que busques refugio en otro sitio esta noche! –exclamé en tono triunfante–. El señor Earnshaw tiene intención de dispararte si sigues insistiendo en entrar.

»–Más te vale que me abras la puerta, pedazo de... –dijo dirigiéndose a mí con un término elegante que prefiero no repetir.

»–Yo me lavo las manos –contesté de nuevo–. Entra y déjate disparar si quieres.

Yo ya he cumplido con mi deber.

»Con ésas, cerré la ventana y volví a tomar asiento junto al fuego. Tenía bajo mi poder un acopio demasiado pequeño de hipocresía como para fingir una pizca de ansiedad por la muerte que le amenazaba.

»Earnshaw me maldijo de manera vehemente afirmando que todavía amaba al villano y soltándome todo tipo de insultos por mi bajeza moral. Y yo, para mis adentros (y la conciencia nunca me lo ha reprochado), pensé en la liberación que supondría para él que Heathcliff le sacara de su miseria, y en la liberación que supondría para mí que él mandara a Heathcliff a su justa morada. Mientras me sentaba a rumiar estos pensamientos, el marco de la ventana que estaba detrás de mí se vino abajo por un golpe y apareció el rostro oscuro de Heathcliff con la mirada devastadora. Los barrotes de la ventana estaban demasiado juntos para que sus hombros pudieran pasar, y sonreí, refugiándome en mi imaginada seguridad. Su pelo y ropa estaban empapados de nieve, y sus afilados dientes de caníbal, resaltados por el frío y la ira, refulgían a través de la oscuridad.

»–Isabella, déjame entrar o haré que te arrepientas –«rugió», como dice Joseph.

»–No puedo cometer un asesinato –contesté–. El señor Hindley te espera con un cuchillo y una pistola cargada.

»–¡Déjame entrar por la puerta de la cocina! –dijo.

»–Hindley estará allí antes de que yo llegue –contesté–. ¡Qué amor tan pobre el tuyo, que no soporta un poco de nieve! ¡Nos dejas tan tranquilos en nuestras camas cuando brilla la luna del verano, pero en el momento en que vuelve la primera brisa invernal, vienes corriendo a buscar refugio! Heathcliff, si yo fuera tú, iría a estirarme sobre su tumba para morir como un perro fiel... Porque no merece la pena seguir viviendo en este mundo, ¿no? Me has dejado bien clara la idea de que Catherine era toda la alegría de tu vida, no puedo imaginar cómo puedes pensar en sobrevivir a esa pérdida.

»–¿Está ahí..., verdad? –exclamó mi compañero dirigiéndose apresuradamente al hueco–. ¡Si logro sacar el brazo, mío es!

»Me temo, Ellen, que vas a pensar que soy realmente pérfida, pero puesto que no conoces todo el asunto, no juzgues. No habría ayudado ni secundado un atentado incluso contra *su* vida por nada en el mundo. Pero debo reconocer que deseaba que estuviera muerto. Y por ello me quedé terriblemente decepcionada y acobardada por el terror de las consecuencias de mis provocadoras palabras, cuando se lanzó sobre el arma de Earnshaw y se la arrebató de sus garras.

»La pistola se disparó, y el cuchillo, al saltar hacia atrás, fue a clavarse en su propia muñeca. Heathcliff tiró de él con fuerza, rasgando la carne que penetraba, y se lo metió chorreante en el bolsillo. Entonces cogió una piedra, rompió la división de las dos ventanas y saltó adentro. Su adversario, debido al intenso dolor, había caído al suelo sin sentido, y perdía gran cantidad de sangre de una arteria o de una vena grande.

»El rufián le pateó, pisoteó y golpeó la cabeza contra las losas; mientras tanto me sujetaba con una mano para evitar que fuera a avisar a Joseph.

»Hizo un esfuerzo sobrehumano para no rematarlo del todo, pero al quedarse sin

aliento no tuvo más remedio que desistir y arrastró el cuerpo aparentemente inanimado hasta el escaño.

»Una vez allí arrancó la manga del abrigo de Earnshaw y le vendó la herida con violenta brusquedad, soltando espumarajos y maldiciones durante la operación con tanta energía como había puesto en patearle anteriormente.

»Una vez liberada, no perdí tiempo en buscar al viejo criado, quien, después de haberse enterado gradualmente del grueso de mi apresurado relato, se precipitó escaleras abajo jadeando mientras descendía los escalones de dos en dos.

»–¿Y ahora qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer ahora?

»–Pues lo que vamos a hacer... –tronó Heathcliff–. Tu amo está loco. Y como siga así otro mes, vamos a llevarlo al manicomio. ¿Y cómo diablos cerraste dejándome fuera, tú, perro desdentado? No te quedes ahí como un pasmarote musitando y murmurando. Ven aquí, no pienso curarle. Limpia esa cosa. Y ten cuidado con las chispas que suelta la vela, la mitad de su cuerpo es aguardiente.

»–Así que... ¿le han asesinado? –exclamó Joseph, elevando las manos y los ojos con horror–. ¡Que haya tenido que ver una cosa semejante! ¡Que el Señor...!

»Heathcliff le propinó un empujón haciéndole caer de rodillas en medio del charco de sangre, y le lanzó una toalla. Pero en lugar de empezar a secarse, juntó las manos y comenzó a rezar una oración sacada de su extraña fraseología que me hizo soltar una carcajada. En mi estado de ánimo era difícil conmoverme con nada, de hecho tan insensible como algunos malhechores se muestran al pie de la horca.

»–Oh, me había olvidado de ti –dijo el tirano–. Tú lo harás. ¡Arrodíllate! ¿Conque conspirando con él en mi contra, mala pécora? Pues ahí tienes un trabajito que te va al pelo.

»Me zarandeó hasta que me castañetearon los dientes, y me lanzó junto a Joseph, que acabó con sus rogatorias sin inmutarse y luego se alzó jurando que se iba directamente a la Granja. El señor Linton era magistrado, y aunque en lugar de una mujer se le hubieran muerto cincuenta, estaba en la obligación de implicarse.

»Estaba tan obstinado en su resolución que a Heathcliff le pareció conveniente sacarme de los labios una recapitulación de lo que había ocurrido, acechándome convulso de odio mientras yo de mala gana iba respondiendo a las preguntas que me hacía.

»Me costó sangre y sudores convencer al viejo de que él no era el agresor, sobre todo debido a mis respuestas casi arrancadas. Sin embargo, el señor Earnshaw pronto le convenció de que seguía con vida. Se apresuró a administrarle una dosis de alcohol, con cuyo auxilio su amo recobró a continuación el movimiento y la consciencia. Heathcliff, consciente de que su enemigo ignoraba el trato que había recibido mientras estaba sin sentido, le llamó borracho delirante y le dijo que no seguiría tomando en consideración su atroz conducta, pero que era mejor que se fuera a la cama. Para mi alegría, nos dejó después de habernos dado este juicioso consejo, y Hindley se recostó sobre el banquillo del hogar. Me marché a mi propio cuarto, maravillada de haber podido escapar tan fácilmente.

»Esta mañana, cuando bajé, media hora antes de las doce, el señor Earnshaw estaba sentado junto al fuego, mortalmente enfermo. Su pérfido ángel, casi tan

macilento y fantasmal como él, estaba apoyado contra la chimenea. Ninguno de los dos parecía tener hambre, y después de esperar a que todo se enfriara sobre la mesa, me puse a comer yo sola.

»Nada me impidió que comiera con ganas. Experimenté un regusto de satisfacción y superioridad mientras, a intervalos, lanzaba miradas a mis silenciosos compañeros, y sentí el alivio de tener la conciencia tranquila.

»Cuando terminé me tomé la inusual libertad de acercarme al fuego, rodear el asiento de Earnshaw y arrodillarme en una esquina junto a él.

»Heathcliff no miraba hacia mí, y yo alcé la cabeza y me puse a contemplar sus rasgos, casi con tanta confianza como si se hubieran vuelto de piedra. Su frente, que antes me parecía tan masculina y que ahora consideraba tan diabólica, estaba ensombrecida por una pesada nube, los ojos de basilisco estaban casi apagados por el insomnio y quizá por el llanto, pues tenía las pestañas humedecidas, y los labios, desprovistos de la mueca feroz, los tenía sellados por una expresión de inefable tristeza. De haberse tratado de otra persona, yo me habría cubierto la cara en presencia de semejante pena. Pero en *este* caso, me sentí aliviada. Y por muy innoble que resulte insultar al enemigo derrotado, no podía desperdiciar la oportunidad de clavarle un dardo, su debilidad era la única ocasión en que podía saborear el placer de devolverle mal por mal.

–¡Pero bueno, señorita! –le interrumpí a Isabella–. ¡Voy a empezar a pensar que no ha abierto una Biblia en su vida! Ya tiene usted bastante con que Dios castigue a sus enemigos. ¡Es mezquino y pretencioso añadir una nueva tortura a la que Él inflige!

–En condiciones normales, Ellen, reconozco que es así –prosiguió ella–. Pero ¿qué desgracia de Heathcliff podría contentarme si no tengo parte en ella? Aceptaría que sufriera menos con tal de que *supiera* que la causa de ese sufrimiento soy yo. ¡Ay, Dios, le guardo tanto rencor...! Sólo en una circunstancia podría perdonarle, y es que me pague ojo por ojo y diente por diente por cada agonía a la que me ha sometido, devolverle otra exactamente igual.

»Que sea el primero en implorar perdón ya que ha sido el primero en humillarme. Y entonces..., solamente entonces, podría yo mostrarme generosa. Pero me resulta absolutamente imposible encontrar una venganza, y por eso no le puedo perdonar.

»Hindley quería agua, así que le pasé un vaso y le pregunté qué tal estaba.

»–No tan enfermo como quisiera –contestó–. ¡Pero dejando a un lado mi brazo, cada pulgada del cuerpo me duele como si hubiera estado luchando con una legión de diablos!

»–Sí, no me extraña –fue mi comentario–, Catherine solía alardear de interponerse entre usted y el daño físico, refiriéndose a que ciertas personas no le harían daño por miedo a ofenderla. ¡Menos mal que *no es verdad* que la gente se levanta de las tumbas, de otro modo, anoche habría sido testigo de una escena espeluznante! ¿No está magullado, ni tiene cortes por el pecho y los hombros?

»–No lo sé –contestó–, pero ¿qué quiere decir? ¿Acaso se atrevió a golpearme cuando estaba en el suelo?

»–Le pisoteó, le arrastró y le tiró por el suelo –le susurré–. Y la boca se le hacía agua de ganas de rasgarle a dentelladas. Y es que de hombre no llega a tener ni la mitad.

»Los dos dirigimos la vista hacia el rostro de nuestro común enemigo, el cual, penetrado por la angustia, parecía insensible a todo lo que le rodeaba. Cuanto más tiempo seguía así, más claramente reflejaban sus facciones lo siniestro de sus pensamientos.

»–¡Ay, si al menos Dios me diera fuerzas en mi última agonía para estrangularle, no me importaría irme al infierno! –gruñó el pobre impaciente, luchando por levantarse y volviéndose a hundir en su asiento desesperado ante su impotencia para la lucha.

»–Es suficiente con que ya haya asesinado a un Earnshaw –puntualicé en alto–. Todo el mundo es consciente en la Granja de que su hermana seguiría con vida de no ser por el señor Heathcliff. Al fin y al cabo, es preferible ser objeto de su odio que de su amor. ¡Cuando me acuerdo de lo felices que éramos..., lo feliz que era Catherine antes de que él llegara! No puedo por menos de maldecir el día...

»Probablemente a Heathcliff le impresionó más la veracidad de aquellas palabras que el espíritu de la persona que las decía. Me percaté de que su atención estaba despierta, porque por su rostro corrían lagrimones que desembocaban en las cenizas y contenía el aliento en sofocados suspiros.

»Le clavé la mirada, y a continuación arranqué a reír con desdén. Las nubladas ventanas del infierno soltaron momentáneos destellos hacia mí, pero el demonio que normalmente se asomaba por ellas estaba tan oscurecido y absorto que no me atreví a soltar otra risa burlona.

»–Levántate y lárgate de mi vista –dijo.

»O por lo menos creo que pronunció esas palabras, porque su voz resultaba a duras penas inteligible.

»–Lo siento –contesté–, pero yo también quería a Catherine, y su hermano requiere ahora una atención que pienso dispensarle, aunque sólo sea por ella. Ahora que está muerta, la sigo viendo reflejada en Hindley. Tiene sus mismísimos ojos, si tú, al intentar sacárselos, no se los hubieras puesto de todos los colores, y su...

»–¡Levántate, pobre idiota, antes de que te reviente a patadas! –tronó, haciendo un movimiento que provocó en mí otro igual.

»–Pues, ¿sabes una cosa? –proseguí, preparándome para salir huyendo–. Si la pobre Catherine se hubiera fiado de ti y hubiera aceptado el ridículo, despreciable y degradante título de señora Heathcliff, no habría tardado en adoptar un aspecto semejante al mío. En modo alguno *ella* habría apechugado con tu conducta abominable sin decir nada. Su aversión y asco habrían salido a la luz de alguna manera.

»Entre Heathcliff y yo se interponían Earnshaw y el asiento que ocupaba, por lo que, en lugar de echarme mano, cogió un cuchillo de la mesa y me lo lanzó a la cabeza. Pasó rozándome la oreja, cosa que me llevó a interrumpir mi discurso, pero, apartándolo, salté hasta la puerta y se lo lancé con la esperanza de que le

llegara un poquito más hondo que el suyo.

»La última imagen que tengo de él es un furioso arranque detenido por el abrazo de Hindley. Los dos cayeron entrelazados sobre el hogar.

»En mi huida a través de la cocina le pedí a Joseph que fuera corriendo hacia el amo. Me tropecé con Hareton, que estaba en la puerta ahorcando una camada de cachorros del respaldo de una silla, y feliz como un alma que acaba de escapar del purgatorio, eché a correr, brincar y volar por el camino empinado. A continuación, dejando atrás sus revueltas, me lancé directamente a través del páramo rodando por los taludes, vadeando las ciénagas y precipitándome hacia este foco de luz que es la Granja. Y habría preferido que me condenaran a vivir eternamente en las regiones infernales que pasar una sola noche de nuevo bajo el techo de Cumbres Borrascosas.

Isabella dejó de hablar y tomó un sorbo de té; entonces se alzó, y obligándome a que le pusiera el sombrero, así como un enorme chal que había traído, y haciendo oídos sordos a mis ruegos de que se quedara otra hora, se subió a una silla, besó los retratos de Edgar y Catherine, me dirigió un saludo similar y descendió hasta el carruaje acompañada de Fanny, que aullaba loca de felicidad por haber recobrado a su ama. Se la llevaron y nunca más volvió a visitar su vecindario, pero entre ella y mi amo se estableció una correspondencia regular cuando las cosas se asentaron un poco.

Creo que su nueva residencia estaba en el sur, cerca de Londres. Allí tuvo un niño, unos meses después de que escapara. Le llamaron Linton, y desde el principio dijo que era una criatura enfermiza y malhumorada.

Una vez que nos encontramos en el pueblo, el señor Heathcliff quiso saber dónde vivía ella. Me negué a decírselo. Dijo que no le importaba, sólo que se cuidara mucho de volver a casa de su hermano, porque entonces se vería obligado a llevársela nuevamente con él.

Aunque no quise contarle nada, acabó descubriendo tanto el lugar de residencia como la existencia del niño a través de otros criados. A pesar de ello, no la molestó, benevolencia que ella pudo agradecer a la aversión que le provocaba.

A menudo me preguntaba por el chiquillo cuando me veía, y cuando escuchó su nombre, forjó una sonrisa salvaje y dijo:

–Parece ser que están deseando que le odie...

–Creo que no quieren que sepa nada de él –le contesté.

–Pues al crío lo tendré cuando me venga en gana. De eso que no les quepa la menor duda.

Afortunadamente su madre falleció antes de que esto ocurriera, unos trece años después de la muerte de Catherine, cuando Linton tenía algo más de doce.

Al día siguiente de la inesperada visita de Isabella, no tuve la oportunidad de hablar con mi amo: evitaba toda conversación, y no estaba de humor para discutir nada. Cuando por fin conseguí que me escuchara, comprobé que le gustó saber que su hermana había dejado a su marido, a quien aborrecía con una intensidad con la que la dulzura de su carácter no parecía corresponderse. Su aversión era tan profunda y sensible que evitaba ir a cualquier sitio en donde pudiera encontrárselo

o pudiera oír hablar de Heathcliff. Esto, añadido al dolor que le aquejaba, le había transformado en un ermitaño redomado. De hecho, dejó a un lado su oficio de magistrado y ni siquiera volvió a pisar la iglesia. Evitaba tener que ir al pueblo en cualquier circunstancia y ventilaba sus días recluido entre los límites del parque y de sus tierras. Sólo salía para pasear en solitario por los páramos y para visitar la tumba de su mujer, sobre todo al atardecer o por la mañana temprano para no tener que encontrarse con nadie.

Pero era demasiado bueno para seguir sintiéndose desgraciado durante tanto tiempo. No rezaba para que el alma de Catherine le persiguiera. El tiempo acabó trayendo resignación y una melancolía más dulce que la simple alegría. La rememoraba con un amor tierno y ardiente, aspirando a un mundo mejor, donde no cabe duda que ella se había marchado.

También tenía consuelo terrenal y cariño. Durante unos días, como dije, pareció indiferente a la enclenque sucesora de la difunta, pero esa frialdad se derritió tan rápida como la nieve de abril, y antes de que la pequeña pudiera articular palabra o dar un pasito, ya dominaba su corazón con cetro de déspota.

La llamaron Catherine, pero él nunca la llamó por su nombre completo, como tampoco había llamado a la primera Catherine por el diminutivo, probablemente porque Heathcliff tenía la costumbre de hacerlo. La pequeña era siempre Cathy, así él hacía una distinción con la madre y asimismo una asociación con ella, y su cariño nació más por esa relación que por ser hija suya.

Yo a veces le comparaba con Hindley Earnshaw, y no conseguía explicarme de manera satisfactoria cómo su conducta era tan opuesta en circunstancias similares. Los dos habían sido maridos cariñosos y los dos sentían apego por sus hijos, y no veo por qué no podrían haber seguido el mismo camino, para bien o para mal. Pero pensé para mis adentros que Hindley, con la cabeza más firme en apariencia, demostró ser tristemente el más débil e inferior de los dos. Cuando su barco se fue a pique, el capitán abandonó su puesto y la tripulación, en lugar de intentar salvarlo, cayó en el motín y la confusión, sin dejar esperanza alguna a su desafortunado barco. Linton, por el contrario, desplegó el verdadero coraje de la persona leal y fiel: creía en Dios, y Dios le reconfortaba. El uno se agarraba a su fe, y el otro se desesperaba. Ambos se forjaron su propio destino y quedaron justamente sentenciados a aguantarlo.

Pero no querrá escuchar mi moralina, señor Lockwood. Usted es capaz de juzgar tan bien como yo todas estas cosas. O por lo menos pensará usted que es capaz, que viene a ser lo mismo.

El final de Earnshaw fue el esperado: siguió la suerte de su hermana, apenas seis meses después. Aquí en la Granja nunca supimos muy bien qué ocurrió antes de que muriera. Todo lo que supe me lo contaron cuando fui a ayudar con los preparativos del funeral. El señor Kenneth vino a anunciar el suceso a mi amo.

–Pues bien, Nelly –me dijo, entrando con su caballo hasta el patio una mañana muy temprano para no alarmarme con el súbito presentimiento de malas noticias–. A usted y a mí nos toca ahora ponernos de luto. ¿A que no sabe quién la ha palmado?

–¿Quién? –pregunté aturdida.

–¡Adivine! –contestó bajando del caballo y colgando la brida en el gancho de la puerta–. Y cójase el pico del delantal, creo que le va a hacer falta.

–No será el señor Heathcliff, ¿verdad? –exclamé.

–¡Qué dice! ¿Acaso tendría lágrimas para él? –dijo el doctor–. Heathcliff es un tipo robusto, hoy justamente tiene un aspecto radiante. Acabo de verle. Está ganando peso rápidamente desde que perdió a su media naranja.

–Pero, entonces, ¿de quién se trata, señor Kenneth? –repetí con impaciencia.

–¡Hindley Earnshaw! Su viejo amigo Hindley –contestó– y mi condenado compadre, aunque últimamente se me hacía un tanto salvaje. ¡En fin! Ya le dije que lloraríamos. ¡Pero alégrese, mujer! Murió fiel a sí mismo, borracho como una cuba, el pobre hombre. Yo también lo siento. Uno no puede evitar echar de menos a un viejo camarada, aunque se las gastaba de una manera que nadie llegaría a imaginar, y a mí me la ha jugado varias veces. Parece ser que no tenía ni veintisiete años; su misma edad..., ¡quién diría que habían nacido ustedes el mismo año!

Confieso que este golpe fue más duro para mí que la muerte de la señora Linton: los viejos recuerdos se agolparon en mi corazón. Me senté en el porche y lloré como si aquella muerte fuera la de mi propia sangre, deseando que Kenneth encontrara a otro criado para que le llevara hasta el amo.

No podía evitar darle vueltas a un mismo tema: «¿Habrían jugado limpio con él?». Hiciera lo que hiciera, esa idea volvía a incordiarme; me atosigaba de forma tan pertinaz que me decidí a pedir permiso para ir a Cumbres Borrascosas para ayudar con los últimos preparativos del difunto. El señor Linton se mostró muy reticente a dejarme marchar, pero yo le rogué encarecidamente que lo hiciera en consideración a la situación de desamparo en la que se encontraba el difunto, y le dije que mi viejo amo y hermano de leche tenía tanto derecho a mis servicios como él. Además le recordé que el chiquillo, Hareton, era el sobrino de su mujer y que, en ausencia de otros familiares, él debía asumir su tutela, y que era su deber averiguar a quién había dejado sus propiedades, así como velar por los intereses de su cuñado.

No estaba en disposición de atender semejantes asuntos en aquel momento, pero me pidió que hablara con su abogado, y finalmente, me dio permiso para que me fuera. Su abogado era el mismo que Earnshaw había tenido, por lo que le hice llamar en el pueblo y le pedí que me acompañara. Meneó la cabeza y me advirtió de que a Heathcliff había que dejarle en paz, afirmando que, si se descubría la verdad, Hareton resultaría ser poco más que un mendigo.

–Su padre murió arruinado –dijo–, todos sus bienes están embargados, y la única baza que tiene el heredero es darle la oportunidad de granjearse algún afecto en el corazón del acreedor, de forma que se incline a tratarle con indulgencia.

Cuando llegué a las Cumbres expliqué que había venido a comprobar que todo se llevaba a cabo con decencia, y Joseph, que parecía bastante afectado, se mostró contento de verme. El señor Heathcliff dijo que no sabía por qué tenía que estar allí, pero que podía quedarme y hacer los preparativos para el funeral si yo misma lo deseaba.

–En el fondo –puntualizó–, el cuerpo de ese loco debería enterrarse en el cruce de las carreteras, sin ceremonias de ningún tipo. Se me ocurrió dejarle diez minutos, ayer por la tarde, y en ese intervalo cerró las dos puertas de la casa y se ha pasado la noche bebiendo hasta dejarse morir. Abrimos la puerta esta mañana después de haberle oído roncar como un caballo, y ahí estaba, tumbado sobre el escaño. No se habría despertado ni aunque le hubiéramos desollado y arrancado el cuero cabelludo. Hice llamar a Kenneth y vino, pero no antes de que la bestia se hubiera convertido en carroña: estaba frío y muerto, y rígido, y estarás conmigo en que era inútil armar más revuelo por él.

El viejo sirviente aseveró sus palabras, pero murmuró:

–Habría preferido que fuera él a por el médico, yo habría atendido al amo mejor, no estaba muerto cuando le dejé, ¡ni mucho menos!

Insistí en que el funeral se llevara a cabo de manera decente; el señor Heathcliff dijo que podía hacer lo que quisiera. Tan sólo deseaba que yo recordara que el dinero para todo el asunto salía de su bolsillo.

Mantuvo un aire adusto, indiferente, que no traslucía ni alegría ni dolor. Si algo expresaba era un empedernido regusto por haber ejecutado con éxito un trabajo difícil. En un momento dado observé incluso algo parecido a una exultación en sus facciones. Fue justo cuando la gente se llevó el ataúd de la casa. Tuvo la hipocresía de hacerse pasar por un plañidero; y antes de proseguir con Hareton, levantó al pobre chiquillo sobre la mesa y murmuró, con especial regodeo:

–¡Ahora, mi niño precioso, eres *mío*! ¡Y veremos si este árbol no crece tan torcido como el otro, con el mismo viento enredándose en torno a él!

A la inocente criatura le alegraron estas palabras; se puso a jugar con los bigotes de Heahtcliff y acarició sus mejillas, pero yo adiviné su significado y dije con sequedad:

–Este chiquillo debe volver conmigo a la Granja de los Tordos, señor. No hay nada en el mundo que sea menos suyo que él.

–¿Es eso lo que dice Linton? –preguntó.

–Por supuesto, me ha ordenado que me lo lleve –contesté.

–Muy bien –dijo el muy sinvergüenza–, no vamos a discutir sobre ese tema ahora, pero tengo el antojo de criar a un niño por mí mismo. Dile a tu amo que, si intenta llevárselo, tendré que llenar su lugar con el mío propio. No me niego a dejar marchar a Hareton sin discusiones, pero estoy seguro de que haré venir al otro. Acuérdate de decírselo.

Esta amenaza fue suficiente como para atarnos de manos. Cuando volví, le repetí lo sustancial del asunto a Edgar Linton. Poco interesado desde un principio, no volvió a insistir en que interviniéramos. Tampoco sé si habría servido de algo aunque lo hubiera deseado.

El intruso se convirtió en amo de Cumbres Borrascosas. Su posesión era firme, y así se lo hizo ver al abogado, quien, a su vez, se lo demostró al señor Linton, y es que Earnshaw había hipotecado hasta la última yarda de la tierra que le pertenecía a cambio de dinero para satisfacer su vicio del juego: y él, Heathcliff, era el acreedor.

De este modo, Hareton, quien ahora debería ser el primer caballero del vecindario, se vio abocado a una situación de completa dependencia del inveterado enemigo de su padre. De modo que hoy vive en su propia casa como un criado exento del derecho a un salario, y sin posibilidad de reivindicar nada debido a su enemistad y a que ignora el atropello de que ha sido víctima.

Capítulo XVIII

Los doce años que siguieron a ese triste periodo –continuó la señora Dean– fueron para mí los más felices de mi vida. Todas mis inquietudes durante este tiempo procedían de las insignificantes enfermedades de mi señorita, que todos los niños, ricos y pobres, tienen que pasar.

Por lo demás, en cuanto cumplió los seis primeros años, creció como un alerce, y antes de que el brezo floreciera por segunda vez sobre las cenizas de la señora Linton, ya había aprendido a andar y hablar a su manera.

Era la criatura más seductora que nunca rayo de sol introdujo en una casa desolada. Tenía un rostro verdaderamente hermoso, con los ojos atractivos y oscuros de los Earnshaw, pero con la piel clara de los Linton, los rasgos finos y el pelo rubio y rizado. Era altanera de espíritu, aunque no demasiado brusca, dotada de un corazón sensible y vigoroso hasta el extremo en sus afectos. Esa capacidad de amar intensamente me hacía pensar en su madre. Pero no se le parecía en todo, ya que podía ser cariñosa y mansa como una paloma, y tenía una voz suave y una expresión meditativa, de modo que su rabia nunca era furiosa y su amor no era feroz sino hondo y cariñoso.

De todos modos tengo que reconocer que tenía defectos que empañaban sus buenas virtudes. Uno era la propensión a la insolencia, así como una aviesa voluntad que adquiere todo niño mimado, ya tenga buen o mal genio. Si a un criado se le ocurría molestarla, siempre decía: «¡Pues se lo voy a contar a papá!». Y si él le reprochaba algo, aunque no fuese más que con la mirada, era como si hubiera ocurrido una tragedia. Pero no recuerdo que él le levantara la voz ni una sola vez.

Decidió que se ocuparía él solo de su educación, e hizo de ello una diversión. Afortunadamente la curiosidad y la inteligencia despierta de la niña la convirtieron enseguida en una alumna brillante. Aprendía con rapidez y entusiasmo, y hacía honores a su maestro.

Hasta que no cumplió los trece años, no franqueó los límites del parque por sí sola. De vez en cuando, el señor Linton se la llevaba consigo una o dos millas fuera, pero no se la confiaba a nadie más. Gimmerton era un nombre vacío de sentido y la iglesia el único edificio al que se había acercado o entrado que no fuera su casa; Cumbres Borrascosas y el señor Heathcliff no existían para ella; era una auténtica reclusa, pero en apariencia completamente satisfecha. Algunas veces, sin embargo, mientras observaba los campos a través de la ventana de su habitación, decía:

–Ellen, ¿cuánto tiempo tendré que esperar para poder caminar hasta la cima de esas montañas? Me gustaría saber qué es lo que hay al otro lado, ¿es el mar?

–No, señorita Cathy –respondía yo–, no son más que colinas como éstas.

–¿Y cómo son esas rocas doradas cuando llegas a las estribaciones? –preguntó una vez.

El abrupto despeñadero de Penistone le atraía particularmente, en especial

cuando la puesta del sol brillaba sobre él y sobre las cumbres más elevadas ensombreciendo el resto del paisaje.

Le expliqué que no eran más que cúmulos de piedras desnudas, con apenas suficiente tierra entre sus grietas para alimentar a un árbol raquítico.

–¿Y por qué relucen durante tanto tiempo después de que se haga de noche? –prosiguió.

–Porque aquello está muchísimo más elevado que esto –le contesté yo–, no podrías escalarlas, son demasiado altas y empinadas. En invierno la escarcha llega allí antes de que nos llegue a nosotros, y muy entrado el verano, he llegado a encontrar nieve en aquella rajadura oscura del noroeste.

–¡Así que has estado ahí! –chilló con emoción–. Entonces yo también podré ir, cuando sea mayor. ¿Ha estado papá?

–Que le cuente él, señorita –contesté rápidamente–. Pero no merece la pena visitarlas. Los páramos por donde pasean ustedes son mucho más bonitos. Y el parque de los Tordos es el lugar más hermoso del mundo.

–Pero conozco el parque, lo que no conozco son las cumbres... –murmuró para sí misma–. ¡Y me encantaría subir al punto más elevado y mirar a mi alrededor! Mi caballito Minny me llevará algún día.

Una de las doncellas le mencionó la Cueva de las Hadas, y desde entonces estaba como loca por visitar el lugar. Mareaba al señor Linton con la idea, y él le prometió que podría ir cuando se hiciera mayor. Pero la señorita Catherine contaba los meses que la separaban de aquel día.

–¿Tengo ya edad para ir al Roquedal de Penistone? –era la constante pregunta que tenía en la boca.

El camino hacia el Roquedal pasaba muy cerca de Cumbres Borrascosas. Edgar no tenía valor para traspasarlo, por lo que la respuesta que siempre recibía era:

–Todavía no, cariño, todavía no.

Dije antes que la señora Heathcliff vivió algo más de una docena de años después de haber dejado a su marido. Su familia tenía una constitución delicada y ni ella ni Edgar gozaban de la lozana salud que por lo general es propia de las gentes de estas tierras. No estoy segura de cuál fue su última enfermedad. Imagino que murieron de lo mismo, una especie de fiebre lenta en sus comienzos pero incurable, y que consumía la vida rápidamente hacia el final.

Le escribió a su hermano para informarle de que probablemente sería el fin de esos cuatro meses de enfermedad y le invitó a ir a verla, si es que le era posible, ya que tenía mucho que disponer y deseaba despedirse de él y confiarle a Linton. Tenía la esperanza de que pudiera seguir llevando junto a él la misma vida que había llevado con ella. Se engañaba a sí misma pensando que su padre no desearía asumir la carga de su manutención y educación.

Mi amo no dudó ni un momento en satisfacer su petición, y a pesar de que era reticente a dejar su casa para atender cualquier requerimiento, voló para atender éste. En su ausencia, dejó a Catherine encomendada a mi particular vigilancia, con reiteradas órdenes de que no paseara fuera del parque, ni siquiera acompañada por mí. Lo de que saliera ella sola ni se le pasaba por la cabeza.

Estuvo fuera tres semanas. El primer o segundo día, mi niña se sentó en una esquina de la biblioteca, demasiado triste para leer o para jugar, y así tranquila me molestaba poco, pero enseguida vino un periodo de impaciencia e inquieto aburrimiento. Y como yo estaba demasiado ocupada y era bastante mayor como para andar correteando de arriba abajo entreteniéndola, se me ocurrió una manera para que pudiera divertirse sola.

La puse a pasear por la finca, a pie o en pony, y cuando volvía, me esforzaba con paciencia en escuchar sus aventuras reales e imaginarias.

El verano brillaba en todo su esplendor, y se aficionó tanto a sus solitarios paseos que muy a menudo se ausentaba desde el desayuno hasta la hora de la merienda. Después de los paseos dedicábamos las tardes a que ella me relatara sus fantásticas historias. Confiaba en que no franquearía los límites porque generalmente las verjas estaban cerradas, y pensaba que incluso si estuvieran abiertas de par en par no se atrevería a aventurarse sola.

Por desgracia, mi confianza resultó infundada. Catherine vino a verme a las ocho de la mañana afirmando que ese día era un mercader árabe que iba a atravesar el desierto con su caravana y que debía darle abundantes provisiones, y también animales: un caballo, tres camellos representados por un enorme sabueso y un par de perros de muestra.

Reuní una buena cantidad de vituallas y las metí en una cesta a un lado de la silla. Montó en su caballo más alegre que unas castañuelas, protegida del sol de julio por su sombrero de ala ancha y un velo de gasa. Salió trotando tan pancha, burlándose de mis cautos consejos de que evitara galopar y volviera a casa temprano.

La muy desobediente no volvió a la hora de la merienda. Sí regresó otro de los viajeros, el perro, que era viejo y tenía la querencia de su casa. Pero no se divisaban en ninguna dirección ni Cathy ni el pony ni los otros dos perros. Envié emisarios por diferentes caminos hasta que por fin me lancé a su búsqueda yo misma.

Me encontré con un trabajador que estaba arreglando la cerca de un sembrado en los lindes de la finca y le pregunté si había visto a nuestra señorita.

–La vi por la mañana –contestó–. Me pidió que le cortara una vara de avellano, luego hizo saltar a su caballo sobre ese seto de ahí, por la parte más baja, y se perdió de mi vista al galope.

Se puede usted imaginar cómo me sentí al oír esto. Tuve el pálpito de que tenía que haberse dirigido al Roquedal de Penistone.

–¿Qué será de ella? –exclamé mientras pasaba a través de la ranura de una verja que el hombre estaba reparando, y tomaba la dirección de la carretera principal.

Anduve como si me fuera la vida en ello, una milla tras otra, hasta que después de una curva pude divisar las Cumbres, aunque sin vislumbrar a Catherine, ni de lejos ni de cerca.

El Roquedal está aproximadamente a una milla y media del hogar de Heathcliff, que está a cuatro de la Granja, por lo que me empezó a entrar el miedo de que la noche se echara encima antes de llegar a donde estaban ellos. «¿Y si se ha

resbalado tratando de escalarlo...?», pensé. «¿Y si se ha matado o se ha roto algún hueso?»

Tenía el corazón en un puño, y al apresurarme hacia la casa, mi primera sensación fue de alivio al ver a Charlie, el más fiero de los sabuesos, recostado bajo una de las ventanas, con la cabeza hinchada y sangrando por una oreja.

Abrí la cancela, corrí hacia la puerta y me puse a llamar enérgicamente para que me abrieran. Una señora a quien yo conocía porque había vivido en Gimmerton, y que había estado sirviendo en la casa desde la muerte del señor Earnshaw, me contestó.

–¡Muy buenas! –dijo–. ¿Ha venido a buscar a su señorita? No se preocupe. Está aquí sana y salva, pero me alegro de que no esté el amo.

–No está en casa, ¿verdad? –jadeé, casi sin aliento después de la caminata y del susto.

–No, no –contestó–. Ni él ni Joseph, y no creo que vuelvan ni ahora ni más tarde. Pase y descanse un poquito.

Al entrar vislumbré a mi oveja descarriada sentada junto al fuego, acunándose en una sillita que había sido de su madre cuando era pequeña. Su sombrero colgaba de la pared y parecía encontrarse como en su casa, riendo y charlando con Hareton del mejor humor que se pueda imaginar. Se había convertido éste en un chaval grande y robusto de dieciocho años, que escrutaba a Catherine de hito en hito, comprendiendo poco de la constante sucesión de comentarios y preguntas que su boca no dejaba de proferir.

–¡Muy bien, señorita! –exclamé, zafando mi alegría bajo un rostro enfadado–. Éste será su último viaje hasta que vuelva papá. Ni siquiera estoy segura de que vuelva usted a pisar el umbral. ¡Mala! ¡Más que mala! ¡Y desobediente también!

–¡Anda, pero si es Ellen! –gritó alegremente, poniéndose en pie y corriendo a mi lado–. Voy a tener una buena historia que contarte esta noche. Pero ¿cómo me has encontrado? ¿Habías estado aquí alguna vez?

–¡Póngase el sombrero y vamos para casa de una vez! –dije yo–. Estoy muy, pero que muy enfadada, señorita Cathy, se ha portado usted muy mal. No sirve de nada hacer pucheros y llorar, no compensará el disgusto que me ha dado, corriendo campo a través para buscarla. Pensar que el señor Linton me encargó que la cuidara, y usted escapándose como una zorrita astuta. Pues nadie va a volver a creerla nunca más.

–Pero ¿qué he hecho? –sollozó ella, reprimiéndose al instante–. Papá no me echará nada en cara, no me regañará, Ellen. ¡Él nunca se enfada como tú!

–¡Ea, vamos! –repetí–. Le ataré el lazo, y déjese ahora de chulerías. ¡Pero no le da a usted vergüenza, con trece años y comportándose como una cría!

Esto se lo dije porque había empezado a retirarse el sombrero de la cabeza para volver a la chimenea fuera de mi alcance.

–Pero mujer –dijo la criada–, no sea dura con la chiquilla, señora Dean. Fuimos nosotros los que la entretuvimos. Ella quería seguir su camino, por miedo a que usted se inquietara. Pero Hareton se ofreció a acompañarla y a mí me pareció buena idea, el camino es un tanto abrupto por las colinas.

Durante la discusión, Hareton permaneció con las manos en los bolsillos, demasiado pasmado para hablar, aunque mi intrusión no parecía molestarle.

–¿Cuánto tiempo voy a tener que esperar? –continué, sin prestar atención a la interrupción de la señora–. Va a oscurecer en diez minutos. ¿Dónde está el caballo, señorita Catherine? ¿Y dónde está Phenix? Me iré si no se da usted prisa, así que ya puede espabilarse.

–El caballo está en las cuadras –contestó– y Phenix también está encerrado ahí. Está agotado, como también lo está Charlie. Te lo iba a contar todo, pero tienes un humor de perros y no te mereces escuchar nada.

Cogí su sombrero y me aproximé para ponérselo, pero ella, consciente de que la gente de la casa estaba de su parte, comenzó a esquivarme por la habitación. Y mientras yo intentaba darle caza, comenzó a correr como un ratón de aquí para allá y detrás de los muebles hasta que esa persecución hizo que me sintiera ridícula.

Hareton y la señora se reían, y ella se les unió, aumentando aún más su impertinencia, hasta que grité indignada:

–¡Pues bien, señorita Cathy, si usted supiera de quién es esta casa no dudaría en marcharse!

–Es de *tu* padre, ¿verdad? –dijo ella volviéndose hacia Hareton.

–No –contestó él con la vista puesta en el suelo y sonrojándose tímidamente.

No podía mantener la mirada fija en aquellos ojos tan parecidos a los suyos.

–Entonces ¿de quién? ¿De tu amo? –preguntó.

Él enrojeció aún más, con un sentimiento diferente, musitó un juramento y se apartó.

–¿Quién es su amo? –continuó la incansable niña dirigiéndose a mí–. Habla de «nuestra casa» y «nuestra gente». Pensé que era el hijo del dueño. Y no me ha llamado en ningún momento señorita, y debería haberlo hecho, ¿verdad?, tratándose de un criado.

Al escuchar estas palabras infantiles, Hareton se ensombreció como una nube de tormenta. Asentí en silencio y por fin conseguí prepararla para la salida.

–Pues coge mi caballo –dijo ella, dirigiéndose a su desconocido pariente como lo habría hecho con un mozo de las cuadras de la Granja–. Y puedes venir conmigo. Quiero ver en qué lugar de la ciénaga aparece el cazador de trasgos, y también quiero saber más de las hadas esas, como tú las llamas, pero ¡date prisa! ¿Qué ocurre? Te digo que cojas mi caballo.

–Que te zurzan antes que verme convertido en *tu* criado –gruñó el muchacho.

–¿Que me *qué*...? –preguntó Catherine sorprendida.

–¡Que te zurzan, bruja asquerosa! –contestó él.

–¡Pues ya ve, señorita Cathy! –interrumpí–. ¡Bonitas palabras para dirigirse a una jovencita! Tenga cuidadito de no empezar a discutir con él. Venga, vamos a buscar a Minny nosotras solas para irnos de una vez.

–Pero, Ellen –exclamó ella, mirando con perplejidad–. ¿Cómo se atreve a hablarme así? ¿No tendría que hacer lo que yo le ordene? Eres una criatura malvada y le voy a contar a papá lo que me has dicho. ¡Y ya verás!

A Hareton esta amenaza no pareció intimidarle, y la indignación hizo que asomaran las lágrimas en los ojos de Catherine.

–¡Tráeme el caballo! –exclamó, dirigiéndose a la señora–. ¡Y deja libre a mi perro ahora mismo!

–Tranquila, señorita –contestó la aludida–. No pierde usted nada siendo un poco más civilizada. Aunque el señor Hareton, ahí donde le ve, no es el hijo del amo, es su primo, y a mí nadie me ha dicho que la sirva a usted.

–¡Mi primo, *él*! –exclamó Cathy soltando una risita despectiva.

–Así como se lo digo –respondió su contrincante.

–¡Ay, Ellen!, no permitas que me digan esas cosas –prosiguió ella muy turbada–. Papá ha ido a buscar a mi primo de Londres, mi primo es hijo de un señor. Pero ése..., ése mi primo... –se detuvo y arrancó a llorar abiertamente, enojada ante la remota posibilidad de estar emparentada con semejante pelagatos.

–¡Calle, calle! –murmuré–. La gente puede tener muchos primos y de todo tipo, señorita Cathy, sin que pase nada. Lo que hay que hacer es no juntarse con ellos si son desagradables y de mala condición.

–¡No lo es!, ¡no es mi primo, Ellen! –prosiguió ella, aumentando aún más la congoja después de reflexionar, y echándose en mis brazos como para consolarse de aquella idea.

Yo estaba muy enfadada con ella y con la criada por las mutuas confesiones; no me cabía duda de que la inminente llegada de Linton, transmitida por Cathy, se le comunicaría al señor Heathcliff; y me sentía igualmente segura de que el primer pensamiento de Catherine, en cuanto viera a su padre, sería buscar una explicación a lo dicho por la criada con respecto a su pariente maleducado.

Hareton, repuesto de su disgusto por haber sido confundido con un criado, parecía afectado por el enfado de Cathy: trajo el caballo hasta la puerta y para complacerla fue a buscar a la perrera un bonito cachorro patituerto y, poniéndoselo en los brazos, le pidió que se callara porque no lo había hecho con mala intención.

Ella dejó de lamentarse durante un segundo, le lanzó una mirada de sorpresa y de horror y luego comenzó a llorar de nuevo.

Casi no podía evitar sonreírme ante la antipatía hacia el pobre chico, un joven de buena planta, de facciones hermosas, fuerte y saludable, pero vestido con ropas que hacían honor a sus diarias ocupaciones de trabajo en la granja y a sus correteos por los páramos en busca de conejos y divertimento. Con todo, me pareció detectar en su fisonomía una cabeza con mejores cualidades de las que nunca antes había poseído su padre. Buenas semillas, ciertamente, perdidas en una maraña de malas hierbas cuya fertilidad había asfixiado con creces su descuidado cultivo. No obstante, era evidente que el subsuelo era rico y que podía producir abundantes cosechas en circunstancias más propicias. Me consta que el señor Heathcliff no le había maltratado físicamente debido a que la intrépida naturaleza del chico no daba pie a tal clase de opresiones. No tenía nada de esa tímida susceptibilidad que habría hecho las delicias de Heathcliff y que habría constituido el pretexto para el maltrato. Parecía haber puesto todo su empeño en

embrutecerle: nunca se le enseñó a leer ni a escribir, y nunca se le reprendía por ninguna mala costumbre que no molestara a su carcelero, quien nunca le guió para dar un solo paso hacia la virtud, ni le previno con un solo precepto contra la maldad. Y por lo que supe, Joseph había contribuido en gran medida a su deterioro por una mal entendida parcialidad que le instaba a adularle y mimarle porque era chico y el cabeza de la vieja familia. Y si bien había tenido la costumbre de acusar a Catherine Earnshaw y a Heathcliff, cuando eran niños, de agotar la paciencia del amo obligándole a encontrar consuelo en la bebida (lo que él denominaba «proceder vergonzoso»), ahora dejaba el peso de la responsabilidad de los fallos de Hareton al usurpador de su propiedad.

Si el chico se ponía a blasfemar no le corregía, por muy culpable que fuera de su conducta. Parecía como si se regodease viéndole llegar a los peores extremos. Reconocía que su alma estaba arruinada y abocada a la perdición, pero pensaba que era Heathcliff quien tendría que dar cuenta de ello, que la sangre de Hareton mancharía sus manos. Este pensamiento le producía un inmenso consuelo.

Joseph le había insuflado el orgullo de su nombre y su linaje; si se hubiera atrevido, habría fomentado el odio entre él y el actual propietario de las Cumbres, pero el miedo al amo, muy próximo a lo supersticioso, le hacía reservar sus sentimientos hacia él en masculladas sugerencias e íntimas amenazas.

No pretendo dar a entender que conozco el discurrir de la vida cotidiana por aquel tiempo en Cumbres Borrascosas. Sólo hablo de oídas, porque fue poco lo que vi. La gente del pueblo afirmaba que el señor Heathcliff era tacaño, y un terrateniente cruel con sus arrendatarios, pero el interior de la casa, regido por una mujer, había recuperado su antiguo lustre de comodidad, y las escenas de pelea, tan habituales en los tiempos de Hindley, no volvieron a producirse entre sus paredes. El amo era demasiado mohíno como para buscar la compañía de nadie, de buen o mal corazón. Y en eso no ha cambiado.

Pero esto no viene a cuento en mi historia. La señorita Cathy rechazó el perrito ofrecido en son de paz y pidió que le trajeran sus propios perros, Charlie y Phenix. Vinieron cojeando y cabizbajos, y partimos hacia la casa, ambas de mal humor.

No pude sonsacarle a mi señorita cómo había pasado el día, excepto que, como suponía, el objeto de su peregrinación era el Roquedal de Penistone, y que llegó sin mayor contratiempo a la verja de la casa cuando apareció casualmente Hareton acompañado de varios perros que atacaron a los que ella llevaba consigo.

Emprendieron una pequeña trifulca antes de que sus dueños pudieran separarlos, y eso sirvió como presentación. Catherine dijo a Hareton quién era y adónde se dirigía, y le pidió que le mostrara el camino, y finalmente consiguió persuadirle para que la acompañara.

Le desveló los secretos de la Cueva de las Hadas y de otros parajes igualmente extraños. Pero como estaba enfadada conmigo, no tuvo humor para describirme las cosas interesantes que había conocido.

Pude colegir, sin embargo, que su guía había sido de su agrado hasta el momento en que ella hirió sus sentimientos dirigiéndose a él como si fuera un criado y el ama de llaves hirió los de ella contándole que el otro era su primo.

El lenguaje que Hareton había utilizado roía el corazón de la niña. Ella había sido siempre «cariño» y «querida», y «reina» y «ángel» para todos en la Granja. Así que... ¡que un extraño la insultara de ese modo! No podía entenderlo, y me costó muchísimo obtener la promesa de que no iba a contarle la ofensa a su padre.

Le expliqué que éste rechazaba a todos los que vivían en las Cumbres, y lamentaría mucho saber que ella había estado allí. Sobre todo le insistí en el hecho de que si revelaba mi negligencia en el cumplimiento de sus órdenes, era probable que se enfadara tanto que tendría que dejar la casa. Y como Cathy no podía soportar esta posibilidad, dio su palabra y la mantuvo por consideración hacia mí. Después de todo, era una niña buena.

Capítulo XIX

Una carta ribeteada de negro anunció el día de la vuelta de mi amo. Isabella había muerto, y me escribía para pedirme que preparase el luto para su hija y que acomodase un cuarto con todo lo necesario para su joven sobrino.

Catherine se volvió loca de alegría ante la idea de que su padre regresara a casa, y se entregó a los más optimistas pronósticos acerca de las innumerables excelencias de su «verdadero» primo.

Llegó la tarde de su esperado regreso. Desde muy temprano había estado ocupada en la tarea de poner en orden sus pequeños asuntos, y ahora, ataviada con su nuevo traje de luto (¡pobre chiquilla!), la muerte de su tía impresionaba bien poco a Catherine. Constantemente me atosigaba para que fuera andando con ella hasta los lindes de la finca para ver si llegaban.

–Linton tiene sólo seis meses menos que yo –parloteaba, mientras caminábamos tranquilamente por los montículos de tierra húmeda, a la sombra de los árboles–. ¡Qué bien me lo voy a pasar teniéndolo como compañero de juegos! Tía Isabella le envió a papá un hermoso rizo de su cabello; era más claro que el mío, más rubio, pero igual de fino; lo guardo cuidadosamente en una cajita de cristal, y siempre he pensado en el gusto que me daría conocer a su dueño. ¡Ay, qué feliz soy! ¡Y papá, ay, mi querido papá! ¡Venga, Ellen, vamos a darnos prisa, corre! ¡Cooorre!

Iba y venía y echaba a correr nuevamente, así muchas veces antes de que mis mesurados pasos llegaran a la verja. Entonces se sentó en la faja de hierba junto al camino e intentó esperar pacientemente. Pero le resultó imposible: no podía estarse quieta ni un minuto.

–¡Cuánto tardan! –exclamó–. Ay, pero si hay polvo en la carretera, ¡eso es que se acercan! ¡Ah, no! ¿Pero cuándo vendrán? ¿No podríamos avanzar un poquito, media milla, Ellen, sólo media milla? Anda, dime que sí, hasta esos abedules que están a la vuelta.

Me negué rotundamente, hasta que se acabó el suspense. Por fin apareció ante nuestros ojos el coche de viaje.

En cuanto vislumbró el rostro de su padre que miraba a través de la ventana, la señorita Catherine se puso a chillar y a extender los brazos. Él descendió, casi tan contento como ella, y pasó un buen rato antes de que pudieran pensar en nadie que no fueran ellos dos.

Mientras intercambiaban caricias, eché un vistazo a Linton. Estaba dormido en un rincón, arropado con un abrigo forrado de piel, como si fuera invierno. Se trataba de un niño pálido y afeminado, que podría haber pasado por el hermano menor de mi amo, tal era su parecido con él. Pero había una enfermiza displicencia en su aspecto que Edgar Linton nunca tuvo.

Mi amo se dio cuenta de que estaba mirando dentro del carruaje y, después de estrecharme la mano, me pidió que cerrara la puerta y le dejara tranquilo porque el viaje le había cansado.

Cathy se moría por echarle un vistazo, pero su padre le dijo que se fuera con él. Volvieron andando por el parque, mientras yo me adelantaba para preparar a los criados.

–Pues bien, mi niña –dijo el señor Linton dirigiéndose a su hija mientras se detenían al pie de la escalera principal–. Tu primo no es ni tan fuerte ni tan alegre como tú, y recuerda que ha perdido a su madre hace muy poco. No te esperes, por tanto, que juegue y que corretee contigo así sin más. Y no le atosigues mucho hablándole, déjale estar tranquilo por lo menos esta tarde. Me harás caso, ¿verdad?

–Sí, sí, papá –contestó Catherine–, pero quiero verle, no se ha asomado ni una sola vez.

El carruaje se detuvo. El tío levantó al durmiente después de despertarle y lo puso en el suelo.

–Linton, ésta es tu prima Catherine –dijo juntando sus manitas–. Te quiere mucho, así que cuidado con apenarla llorando esta noche. Intenta estar contento ahora; el viaje ha terminado, así que ahora a descansar y a hacer lo que te venga en gana.

–Pues déjame ir a la cama –contestó el chico esquivando el saludo de Catherine y llevándose la mano a los ojos para limpiarse las lágrimas que empezaban a asomarle.

–Vamos, sea buen chico –susurré conduciéndole hacia dentro–. Le va a hacer llorar también a ella, mire qué triste se está poniendo por su culpa...

No sé si me daba pena o no, pero Cathy puso una cara tan triste como la de su primo y volvió junto a su padre. Entraron los tres y subieron a la biblioteca, en donde ya estaba servido el té.

Le quité el gorro y la capa a Linton, y le acomodé en una silla junto a la mesa. Pero tan pronto se sentó, arrancó a llorar a moco tendido. Mi amo preguntó qué es lo que pasaba.

–No me puedo sentar en una silla –sollozó el chico.

–Pues entonces vete al sofá, y Ellen te llevará el té –contestó su tío pacientemente.

Estoy segura de que, durante el viaje, aquel chico irritable y enfermizo debía de haber sometido a mi amo a una dura prueba de paciencia.

Linton se arrastró lentamente y se tendió. Cathy acercó un taburete con la taza de té.

Al principio permaneció en silencio; pero no aguantó mucho tiempo así. Estaba resuelta a convertir a su primito en un juguete, porque así lo veía ella. Comenzó a acariciarle los rizos, a besarle la mejilla y a ofrecerle té de su cuchara como si fuera un niño pequeño. Y como en el fondo no era más que eso, aquello le gustó. Se secó los ojos y el rostro se le iluminó con una leve sonrisa.

–Todo va a ir muy bien, Ellen –me dijo el amo, después de contemplarles durante unos minutos–. Muy bien, si conseguimos retenerlo aquí. La compañía de una niña de su edad muy pronto habrá de insuflarle aires renovados, y con el deseo de ser fuerte, lo conseguirá.

«Ay, señor, si pudiéramos retenerle aquí...», musité para mí misma, y tuve la intuición de que tal cosa era bastante improbable. Y entonces me imaginé cómo viviría ese niño enclenque en Cumbres Borrascosas entre su padre y Hareton. ¡Qué compañeros de juegos y qué maestros iba a tener!

Nuestras dudas se disiparon antes de lo esperado. Acababa de dejar a los chicos arriba, después de acabar el té, y de dejar dormido a Linton (no me dejó marchar antes), cuando, una vez abajo y de pie junto a la mesa del recibidor, sujetando una vela para el dormitorio del señor Edgar, una doncella salió de la cocina y nos informó de que el criado del señor Heathcliff, Joseph, estaba en la puerta y deseaba hablar con el amo.

–Primero voy a preguntarle qué es lo que quiere –dije bastante alterada–. Porque vaya hora para andar molestando a la gente, y justo cuando acaban de volver de un viaje largo. No creo que el amo pueda atenderle.

Joseph había atravesado la cocina mientras yo pronunciaba estas palabras, y ahora esperaba en el recibidor. Traía puestas sus ropas de domingo y una cara de lo más avinagrada y santurrona. Sujetando el sombrero con una mano y el bastón con la otra, procedió a limpiarse los zapatos en la alfombrilla.

–Buenas noches, Joseph –dije fríamente–. ¿Qué haces aquí a estas horas de la noche?

–Es con el señor Linton con quien quiero hablar –contestó apartándome con desdén.

–El señor Linton se va a la cama, y a no ser que tengas algo muy importante que comunicarle, estoy segura de que no te recibirá ahora –proseguí–. Es mejor que te sientes ahí y que me digas a mí de qué se trata.

–¿Cuál es su cuarto? –prosiguió el tipo, echando un vistazo a la hilera de puertas cerradas.

Me di cuenta de que estaba decidido a rechazar mi mediación. Así que subí de muy mala gana a la biblioteca y anuncié la inoportuna visita, aconsejando que debíamos despedirle hasta el día siguiente.

El señor Linton no tuvo tiempo de darme la orden. Joseph subió pisándome los talones y propinándome empellones hacia el interior de la habitación. Se plantó en el lugar más alejado de la mesa con ambos puños cerrados sobre su garrote, y empezó en voz alta, como anticipándose a una negativa:

–Heathcliff me ha mandado a buscar a su hijo, y no me puedo volver sin él.

Edgar Linton permaneció en silencio durante un minuto. Una expresión de profundo dolor veló su rostro. Ya le daba bastante lástima el chiquillo, pero al recordar además las esperanzas y los temores de Isabella, los angustiosos deseos para con su hijo y sus recomendaciones de que lo tomara a su cargo, le dolía amargamente la perspectiva de tener que ceder y buscaba en su corazón cómo evitarlo. Pero no se le ocurría nada. La mera muestra del deseo de retenerle habría hecho que la reclamación fuera más perentoria. No había más remedio que resignarse. Aun así, no pensaba arrancarle de su sueño.

–Dígale al señor Heathcliff –contestó con calma– que su hijo irá a Cumbres Borrascosas mañana. Ahora está acostado, y demasiado cansado para recorrer la

distancia que nos separa. También puede decirle que la madre de Linton deseaba que permaneciese bajo mi tutela y que, actualmente, su salud es muy delicada.

–¡No! –dijo Joseph, dando un bastonazo y asumiendo un aire autoritario–. ¡No! Eso no tiene sentido. A Heathcliff le importan un bledo usted y la madre del chico. Quiere tenerlo, y yo tengo que llevármelo ahora..., ¿se entera o no se entera?

–Esta noche no –contestó Linton tajante–. Baje inmediatamente y repita a su amo lo que le he dicho. Acompáñele, Ellen. ¡Fuera!

Y cogiendo al indignado viejo por un brazo, se liberó de él y cerró la puerta.

–¡Pues muy bien! –gritó Joseph mientras se retiraba lentamente–. Mañana vendrá él mismo y *échele* si se atreve.

Capítulo XX

Para evitar que el peligro de esa amenaza se cumpliera, el señor Linton me encargó que a la mañana siguiente muy temprano montara al chico en el caballo de Cathy y lo llevara a Cumbres Borrascosas. Dijo:

–Como a partir de ahora no tendremos influencia sobre su destino, ni para bien ni para mal, no le digas a mi hija dónde está. A partir de ahora no tendrá trato con él, así que es mejor que ignore lo cerca que lo tiene, ya que de otro modo comenzará a sentirse inquieta y ansiosa por visitar las Cumbres. Simplemente dile que su padre le mandó llamar de repente y que se ha visto obligado a dejarnos.

Linton no tenía ninguna gana de levantarse de la cama a las cinco de la mañana, y se quedó estupefacto cuando le contamos que tenía que prepararse para seguir viajando. Yo le quité hierro al asunto diciéndole que iba a pasar algún tiempo con su padre, el señor Heathcliff, que deseaba mucho verle y que no quería retrasar esta satisfacción en espera de que se repusiera de las fatigas del otro viaje.

–¿Mi padre? –exclamó él perplejo–. Mamá nunca me dijo que tuviera un padre. ¿Dónde vive? Prefiero quedarme con el tío.

–No vive lejos de la Granja –contesté–, justo detrás de aquellas colinas. Lo bastante cerca como para poder venir aquí caminando cuando se encuentre más fuerte. Debería estar contento de ir a su casa y conocerle. Debe procurar quererle, como lo hizo su madre, y entonces él le querrá a usted.

–Pero ¿cómo es que no he oído hablar de él antes? –preguntó Linton–. ¿Por qué no vivían juntos mamá y él como todo el mundo?

–Tenía asuntos que resolver en el norte –contesté–, y la salud de su madre, en cambio, hacía que ella tuviera que vivir en el sur.

–¿Y cómo es que mamá no me ha hablado de él? –insistía el muchacho–. A menudo hablaba del tío, y aprendí a amarle hace mucho tiempo. ¿Cómo voy a querer a papá si no lo conozco?

–Bueno, pues todos los niños quieren a sus padres. A lo mejor su madre pensó que si lo mencionaba muy a menudo, usted querría estar con él. Pero vamos a darnos prisa. Un paseo a caballo por la mañana temprano es con creces preferible a una hora más de sueño.

–¿Y *ella*, va a venir con nosotros? –preguntó–. ¿La niñita que vi ayer?

–Ahora no –dije yo.

–¿Y el tío?

–No, yo seré su acompañante hasta allí.

Linton se hundió en su almohada, entregado a la reflexión.

–¡No voy sin el tío! –exclamó después de un rato–. No sé adónde quieres llevarme.

Intenté persuadirle de que no estaba bien mostrar desgana por conocer a su padre, pero aun así se resistía obstinadamente a vestirse, por lo que me vi obligada a pedir la ayuda del amo para sacarle de la cama.

El pobrecillo partió, al fin, con ilusorias promesas de que su ausencia sería corta, que el señor Edgar y Cathy le visitarían y otras añagazas igualmente desafortunadas que inventé y repetí a intervalos durante el camino.

El aire puro y oloroso a brezo, el sol deslumbrante y el trotecillo suave de Minny aliviaron su desgana después de un rato. Comenzó a preguntarme acerca de su nuevo hogar y sus inquilinos con más interés y viveza.

–¿Es Cumbres Borrascosas tan bonito como la Granja de los Tordos? –preguntó, girándose para echar una última ojeada al valle, de donde trepaba una luz neblinosa que formaba nubes aborregadas al unirse con el azul del cielo.

–No está tan poblado de árboles –contesté– y no es tan grande, pero desde allí se divisa perfectamente toda la comarca, y el aire es más fresco y seco, más saludable para usted. Puede que al principio le dé la sensación de que el edificio es viejo y sombrío, pero es un hogar respetable, el siguiente mejor del vecindario. ¡Y podrá usted darse unos paseos tan buenos por los páramos! Hareton Earnshaw, que es el otro primo de la señorita Catherine, y de usted en cierto modo, le mostrará los sitios más agradables. Cuando haga bueno, podrá llevarse un libro y convertir cualquier hondonada verde en su lugar de estudio, y de vez en cuando su tío podrá unírsele, porque a menudo pasea por las colinas.

–¿Y qué aspecto tiene mi padre? –preguntó–. ¿Es tan joven y guapo como el tío?

–Es igual de joven –dije yo–, pero tiene el pelo y los ojos negros, y un aire más adusto. Tal vez, al principio, no le parezca tan generoso y amable, porque ése no es precisamente su carácter, pero aun así intente ser franco y cordial con él. Con toda seguridad le querrá más que ningún tío..., al fin y al cabo es su padre.

–Con el pelo y los ojos negros... –musitó Linton–. No me lo puedo imaginar; entonces no me parezco a él, ¿verdad?

–No mucho –contesté.

«Ni pizca», pensé mientras contemplaba con lástima la tez blanca y la esbelta figura de mi compañero, con sus enormes ojos lánguidos..., los ojos de su madre, aunque sin vestigios de su chisporroteante expresión, salvo en los momentos en que los encendía una irritabilidad enfermiza.

–¡Qué raro que nunca viniera a visitarnos a mí y a mamá! –murmuró–. ¿Me ha visto alguna vez? Si me ha visto, debió de ser cuando yo era muy pequeñito porque no me acuerdo de nada.

–Bueno, señorito Linton, trescientas millas es una distancia muy grande, y diez años no son nada para un adulto, comparado con lo que le suponen a usted. Es probable que el señor Heathcliff se propusiera ir un verano tras otro y que nunca encontrara el momento. Y ahora es demasiado tarde. Pero no se le ocurra molestarle con preguntas de este tipo, acabará irritándole en balde.

El niño permaneció embebido en sus propias meditaciones durante el resto del trayecto, hasta que nos detuvimos ante la verja de la granja. Observé su rostro para captar las impresiones. Inspeccionó las esculturas de la fachada y las ventanas bajas, los enmarañados arbustos de grosella y los abetos retorcidos con solemne intensidad, y entonces meneó la cabeza. En su fuero interno debía desaprobar por completo el exterior de su nueva morada, pero tuvo la prudencia de posponer sus

quejas por ver si el interior le podía compensar.

Antes de que desmontase fui a abrir la puerta. Eran las seis y media y los moradores de la casa acababan de terminar de desayunar. La criada estaba recogiendo y limpiando la mesa. Joseph, de pie junto a la silla de su amo, le contaba algo acerca de un caballo cojo, y Hareton se estaba preparando para salir al campo a recoger el heno.

–¡Hola, Nelly! –gritó el señor Heathcliff cuando me vio–. Me estaba temiendo que tendría que bajar a recoger por mí mismo lo que me pertenece. ¿Lo has traído, verdad? Pues vamos a ver lo que hacemos con él...

Se levantó y se dirigió a la puerta a zancadas. Hareton y Joseph le siguieron embobados. El pobre Linton lanzó una mirada asustadiza sobre las caras de los tres.

–Yo creo, amo –dijo Joseph, después de una seria inspección–, que el señor Linton le ha cambiado por su niña.

Heathcliff, después de pasar revista a su hijo con un escalofrío de turbación, soltó una carcajada despectiva.

–¡Dios mío! ¡Qué belleza! –voceó–. ¡Qué cosita tan preciosa y encantadora! ¿No le han criado con caracoles y leche agria, Nelly? ¡Maldita sea mi estampa, es peor de lo que me esperaba, y bien sabe Dios que no me había hecho ilusiones!

Le pedí al tembloroso y aturdido niño que desmontara y que entrase. No alcanzó a comprender por completo el significado de la charla de su padre, y si estaba dirigida a él. En realidad todavía no estaba seguro de que el sarcástico y extraño personaje fuera su padre, pero se agarraba a mí con creciente temor. Y cuando el señor Heathcliff tomó asiento y le pidió que se acercase, escondió el rostro en mi hombro y comenzó a sollozar.

–¡Ya vale! –exclamó Heathcliff, alargando un brazo y arrastrándole hacia sí bruscamente para situarlo entre sus rodillas y luego sujetarle la cabeza por el mentón. Dijo–: Déjate de noñerías. No vamos a hacerte daño, Linton, ¿no es así como te llamas? Eres cien por cien hijo de tu madre. Porque ¿se puede saber dónde está *mi* parte en ti, polluelo?

Le quitó la gorra de chico y echó hacia atrás sus espesos rizos rubios, palpó sus brazos flacos y sus deditos. Durante esta inspección, Linton dejó de llorar y alzó sus grandes ojos azules para observar al que le inspeccionaba.

–¿Me conoces? –preguntó Heathcliff, una vez se hubo cerciorado de que todos sus miembros eran igualmente frágiles y débiles.

–No –dijo Linton con una mirada de vacío terror.

–Pero has oído hablar de mí, por lo menos...

–No –volvió a decir.

–¿Cómo que no? ¡Pues qué lástima de madre que no ha despertado tus sentimientos filiales hacia mí! Pues te diré que eres mi hijo, y menuda zarrapastrosa era tu madre que no te ha contado nada del tipo de padre que tienes... ¡Y ahora no hagas muecas ni te sonrojes! Aunque ya es algo ver que no tienes la sangre aguada. Compórtate y yo cuidaré de ti. Nelly, si estás cansada, siéntate. Si no, vuélvete a casa. Supongo que irás con el cuento de todo lo que has

oído y visto al tonto de la Granja. Esta criatura no se hará al lugar mientras tú andes por aquí.

–Bueno –contesté–, pues sólo espero, señor Heathcliff, que sea usted amable con el chico, o de lo contrario no se quedará aquí por mucho tiempo. Y es lo único que tiene usted en el mundo, lo único que va a tener nunca.

–¡Me portaré *muy* bien con él, descuida! –dijo riéndose–. Sólo que nadie más podrá portarse bien con él, estoy celoso de su cariño y deseo monopolizarlo. Y para dar comienzo a mi bondad: Joseph, tráele al chico algo para desayunar. Hareton, ternerillo infernal, ¡empieza a trabajar! Sí, Nelly –añadió cuando se fueron–, mi hijo es el futuro heredero de la Granja de los Tordos, y no deseo que muera hasta estar seguro de que voy a sucederle. Además, como es *mío*, quiero el triunfo de ver a mi descendiente como dueño y señor de sus bienes. Quiero ver a mi hijo arrendando a los suyos las tierras de sus padres para que las cultiven. Ésa es la única consideración que va a poder ayudarme a soportar a este crío, al que detesto y odio por los recuerdos que en mí suscita. Pero esa consideración me basta. Estará tan a salvo y le trataré con tanto cuidado como tu amo atiende a su hija. Tengo un cuarto arriba amueblado con mucha finura, y también he contratado a un tutor para que venga tres veces por semana desde una distancia de veinte millas para que le enseñe lo que le tiene que enseñar. He ordenado a Hareton que le obedezca, y de hecho, tengo todo apañado para preservar en él la superioridad y la caballerosidad por encima de los que le rodean. Lo único que lamento es que sea tan poquita cosa. Si había algo que deseaba en el mundo era encontrar un objeto digno de orgullo, y ahora me encuentro amargamente decepcionado con este desgraciado llorica de cara pálida.

Mientras hablaba volvió Joseph con un tazón de gachas y lo puso delante de Linton. Pero él, después de dar vueltas a aquel zafarrancho con cara de asco, dijo que no podía comérselo.

Pude comprobar cómo el viejo criado compartía en gran medida el desprecio de su amo por el niño, aunque estaba obligado a esconder el sentimiento en su corazón, porque Heathcliff había dejado claro que sus subordinados le debían tratar con respeto.

–¿Que no lo puede comer? –repitió escrutando la cara de Linton y bajando la voz hasta convertirla en un murmullo por miedo a que le oyeran–. Mi amo Hareton nunca comió otra cosa cuando era pequeño, y lo que es bueno para él, es bueno para usted, creo yo...

–¡No pienso comérmelo! –contestó Linton con acritud–. ¡Llévatelo!

Joseph le arrebató el plato con indignación, y nos lo trajo a nosotros.

–¿Qué hay de malo en este plato? –preguntó metiendo la bandeja bajo las narices de Heathcliff.

–Yo de malo no veo nada –contestó su amo.

–Pues el muy melindroso dice que no puede comérselo. Supongo que tiene razón, su madre era igual, éramos demasiado sucios para sembrar el trigo con que hacíamos su pan.

–No me menciones a su madre –dijo el amo enfadado–. Tráele algo que pueda

comerse y ya está. ¿Qué suele comer, Nelly?

Sugerí que leche hervida o té y la criada recibió órdenes de preparárselo.

«Menos mal», pensé, «que el egoísmo del padre puede favorecer el bienestar del chico. Se da cuenta de su delicada constitución y de la necesidad de tratarle con tolerancia. Consolaré al señor Linton comunicándole el sesgo del nuevo humor de Heathcliff».

Sin excusas ya para entretenerme más tiempo, me escabullí hacia la puerta mientras Linton rechazaba tímidamente los amistosos avances de un perro pastor. Pero estaba demasiado escamado como para engañarle: al cerrar la puerta oí un grito y la frenética repetición de sus palabras.

–¡No me dejes! ¡No quiero quedarme aquí! ¡No quiero quedarme aquí!

Entonces el cerrojo se alzó y cayó. No le dejaron salir. Monté en Minny, la puse a trote, y así terminó mi breve tutela.

Capítulo XXI

Ese día nos tocó lidiar con la pequeña Cathy. Se levantó rebosante de alegría, encantada ante la idea de encontrarse con su primo. Pero cuando oyó que se había ido, arrancó a llorar y se puso a lamentarse tan encendidamente que el propio Edgar se vio obligado a consolarla afirmando que volvería pronto. Pero añadió: «Si lo consigo», cosa para la que había pocas esperanzas.

La promesa apenas la tranquilizó. Pero el tiempo todo lo cura, y aunque de vez en cuando preguntaba a su padre cuándo volvería Linton, antes de volver a verle sus rasgos se hicieron de tal modo borrosos en su memoria que dejó de reconocerle.

Cuando por casualidad me encontraba con la criada de Cumbres Borrascosas al ir a Gimmerton para resolver mis compras, solía preguntarle qué tal se iba apañando el joven amo, pues vivía casi tan recluido como la misma Catherine y nunca se le veía. Supe por la criada que seguía teniendo una salud delicada, y que resultaba fastidioso como compañero. Me dijo que el señor Heathcliff parecía seguir despreciándole, aunque se esforzaba en que no se le notara. Le resultaba fastidioso hasta el tono de su voz, y no aguantaba estar sentado en la misma habitación con él durante mucho tiempo.

No intercambiaban muchas palabras entre ellos. Linton aprendía sus lecciones y pasaba las tardes en una habitacioncita que llamaban la salita, o si no, se quedaba en cama todo el día porque siempre tenía tos, y catarros, y dolores o malestares de algún tipo.

–Nunca me he topado con un pejigueras semejante –añadió la señora–, ni con una criatura tan preocupada por su salud. ¡Ay de mí si se me ocurre dejarle la ventana abierta cuando es un poco tarde! ¡Una simple ráfaga de aire nocturno podría matarle! Y tiene que tener el fuego encendido en pleno verano. Y la pipa de tabaco de Joseph resulta que es veneno. Y tiene que tener dulces y chucherías, y leche, siempre leche, leche por encima de todo..., sin importarle lo más mínimo que el resto de nosotros la tengamos racionada en invierno. Y ahí está, embutido en su abrigo de pieles, en su silla, junto al fuego, con tostadas y agua u otra porquería del estilo a su alcance para sorber. Y si, por pura lástima, a Hareton se le ocurre venir a entretenerle (porque Hareton no es mala gente a pesar de que es un bruto), ya se sabe cómo terminan, el uno soltando blasfemias y el otro lloriqueando. Yo creo que el amo no tendría ningún problema en que Hareton le propinara una buena paliza si no fuera porque se trata de su hijo, y estoy segura de que no le importaría lo más mínimo echarle de casa si tuviera conocimiento de la mitad de las atenciones que exige continuamente. Pero no quiere complicarse; nunca entra en la salita, y si Linton se anda con remilgos en la habitación en la que él se encuentra, le manda inmediatamente para arriba.

Colegí de este relato que la total falta de simpatía había convertido al joven Heathcliff en un ser egoísta y desagradable, si es que no lo era ya originariamente;

y, en consecuencia, mi interés por él decayó. Con todo, me sentía penetrada por un sentimiento de dolor por la suerte que corría, y todavía sentía el deseo de que le dejaran venir con nosotros.

El señor Edgar me animaba a que me interesara por su sobrino, supongo que porque pensaba mucho en él. Creo que incluso habría corrido el riesgo de intentar verle. Una vez me dijo que le preguntara a la criada de Cumbres Borrascosas si el chico iba alguna vez al pueblo.

Ésta dijo que tan sólo había estado en dos ocasiones a caballo, acompañando a su padre, y que, al parecer, las dos veces había quedado noqueado durante los tres o cuatro días siguientes.

Si no recuerdo mal, esa criada les dejó dos años después de que llegara. La sustituyó otra a quien yo no conocía, que todavía sigue allí.

El tiempo fue pasando en la Granja como anteriormente, es decir, de manera placentera, hasta que Cathy cumplió dieciséis años. En el día de su cumpleaños nunca manifestábamos regocijo alguno, ya que también era el día del aniversario de la muerte de mi última ama. Su padre pasaba invariablemente ese día solo en la biblioteca, y al caer la tarde, caminaba hasta la capilla de Gimmerton y a veces se quedaba allí hasta pasada la medianoche. Por ello, Catherine tenía que apañárselas sola para divertirse.

Aquel 20 de marzo resultó ser un día precioso de primavera, y mi señorita, tan pronto su padre se hubo retirado a la biblioteca, bajó vestida como para salir diciéndome que había pedido permiso para pasear conmigo por los lindes del páramo, y que el señor Linton le había dicho que sí con la condición de que no nos alejáramos mucho y que volviéramos en una hora.

–Así que date prisa, Ellen –exclamó–. Sé dónde quiero ir..., a un sitio donde anida una enorme bandada de cercetas; quiero ver si ya han hecho el nido.

–Eso debe de estar bastante arriba –contesté–, no hacen el nido en los lindes del páramo.

–No está tan lejos –dijo ella–. He estado muy cerca con papá.

Me coloqué el sombrero y me dispuse a salir sin darle más vueltas al asunto. Ella se me adelantaba dando brincos, se ponía a mi lado y volvía a alejarse como un joven galgo. Al principio iba yo muy entretenida escuchando cantar a las alondras aquí y acullá, al tiempo que gozaba del suave calor del sol sin dejar de observar a la niña de mis ojos, con sus tirabuzones dorados flotándole por las espaldas, y sus resplandecientes mejillas tan suaves y puras en su florecer como una rosa silvestre, y los ojos radiantes de sereno placer. Por aquel entonces era una criatura feliz, un ángel. Es una pena que no se sintiera contenta con esa vida.

–Y bien –dije–, ¿dónde están sus pájaros? Ya deberíamos estar allí, la verja del parque de la Granja queda muy atrás.

–Ay, sólo un poco más, un poquito más, Ellen –contestaba siempre–. Sube aquella loma, pasa aquella ladera, y cuando llegues al otro lado ya habré hecho yo que los pájaros levanten el vuelo.

Pero lo cierto es que había tantas lomas y laderas que subir y tantos montículos que bajar que al final ya empezaba yo a sentirme cansada y le dije que debíamos

parar y desandar lo andado.

La llamé, porque se había adelantado un buen trecho, y o no me oía o no le importaba, porque seguía dando brincos y yo me vi obligada a seguirla. Finalmente, desapareció en una hondonada, y antes de que volviera a verla estaba dos millas más cerca de Cumbres Borrascosas que de su propia casa. Pude ver cómo se había detenido a hablar con dos personas; una de ellas, estaba convencida, era el mismo Heathcliff.

Catherine acababa de ser sorprendida en el acto de cazar, o por lo menos de ir en busca de nidos de perdices en tierras que pertenecían al señor Heathcliff, y él la estaba reprendiendo como cazadora furtiva.

–No he cogido ni encontrado ninguno –dijo ella, extendiendo sus manos para corroborar su afirmación, mientras yo me esforzaba por alcanzarles–. No era mi intención cogerlos, pero papá me dijo que había muchos aquí arriba y yo deseaba ver los huevos.

Heathcliff me lanzó una sonrisa malévola dando a entender que la había reconocido, y que la detestaba, y preguntó quién era su «papá».

–El señor Linton de la Granja de los Tordos –dijo ella–. Ya me figuraba que no me conocía usted, de otro modo no me habría hablado así.

–Entonces crees que papá es un hombre estimado y respetable –dijo él de modo sarcástico.

–¿Y quién es usted? –preguntó Catherine, mirando con curiosidad a su interlocutor–. A ese hombre le he visto antes, ¿es su hijo?

Señaló hacia su compañero, que no era otro sino Hareton, a quien los dos años transcurridos habían convertido en un hombre fuerte y corpulento. Eso sí, parecía tan torpe y tosco como siempre.

–Señorita Cathy –la interrumpí–, ya han pasado tres horas en lugar de una desde que salimos. De verdad que tenemos que volver.

–No, ese hombre no es mi hijo –contestó Heathcliff apartándome de su lado–. Pero tengo uno, y es probable que también lo haya visto antes. Y aunque su aya tiene prisa, creo que tanto a usted como a ella les vendría bien un poco de descanso. Si gusta, con dar la vuelta a este montículo de brezos, estará en mi casa. Será usted muy bien recibida, y además por el atajo podrán regresar más pronto.

Le susurré a Catherine que bajo ningún concepto debía acceder a esa invitación; era totalmente descabellado.

–¿Y por qué no? –preguntó en alto–. Estoy cansada de correr, y el suelo está húmedo, no me puedo sentar aquí. ¿Por qué no vamos, Ellen? Además dice que he visto a su hijo. Creo que se equivoca, pero me figuro que vive en la granja que visité cuando volvía del Roquedal de Penistone. ¿No te parece?

–Sí, vamos, Nelly, cierra el pico. Le encantará ver nuestra casa. Hareton, adelántate con la niña. Tú vienes conmigo, Nelly.

–De ninguna manera irá a semejante sitio –exclamé yo, luchando por liberar el brazo que Heathcliff me había sujetado.

Pero ella se había puesto a correr a toda velocidad y ya estaba casi llegando a la escalera de piedra de la entrada. El chico a quien la habían encomendado no tenía

intención de acompañarla. Se escabulló por un camino lateral y desapareció de nuestra vista.

–Señor Heathcliff, hace usted muy mal –continué–, sabe perfectamente que sus intenciones no son buenas. Verá a Linton, y se lo contará todo a su padre en cuanto volvamos, y a mí me echarán la culpa.

–Quiero que vea a Linton –contestó–. Tiene mejor facha últimamente y no es muy habitual que esté presentable. Enseguida la convencemos de que no cuente nada de la visita, ¿qué hay de malo en ello?

–Lo que hay de malo es que su padre me odiará si se entera de que yo he permitido que la niña entre en su casa, y estoy convencida de que sus intenciones al animarla a entrar no son buenas –contesté.

–Mis intenciones son estupendas. Te voy a contar mis planes: que los dos primos se enamoren y se casen. Estoy siendo generoso con tu amo. Su niñita no tiene porvenir, pero si secunda mis deseos, por lo menos será designada coheredera junto con Linton.

–Si Linton muriera –contesté–, y su vida pende de un hilo, Catherine sería la heredera.

–Pues resulta que no –dijo él–, no lo sería. No hay cláusula alguna en el testamento que lo asegure. Su propiedad iría a parar a mis manos. Pero para prevenir disputas, deseo su unión, y estoy decidido a lograrlo.

–Y yo estoy decidida a que no se acerque a su casa de nuevo –contesté mientras llegábamos a la verja, donde la señorita Cathy esperaba a que nos acercáramos.

Heathcliff me pidió que me callara, y precediéndonos por el sendero, se apresuró a abrir la puerta. Mi señorita le lanzó varias miradas, como si no pudiera decidir exactamente qué pensar. Pero él sonreía al encontrarse con su mirada y suavizaba la voz al dirigirse a ella, y yo fui tan tonta que me imaginé que acaso el recuerdo de su madre le haría desistir de desearle ningún mal.

Linton estaba junto al hogar. Había estado fuera, paseando por el campo, porque tenía todavía la gorra puesta y estaba ordenándole a Joseph que le trajera ropa seca.

Estaba muy crecido para la edad que tenía, pues aún faltaban algunos meses para que cumpliera dieciséis. Sus rasgos seguían siendo hermosos, su mirada y su cutis más brillantes de lo que recordaba. Pero se trataba de un lustre pasajero que había tomado prestado del aire saludable y del magnífico sol.

–Vamos a ver –preguntó el señor Heathcliff dirigiéndose a Cathy–. ¿Quién es ése? ¿Lo sabe?

–Su hijo –dijo ella después de observar meticulosamente al uno y al otro.

–Correcto –contestó él–, pero ¿es ésta la primera vez que lo ve? ¡Piense! ¡Ay, pero qué memoria más mala tiene...! Linton, no te acuerdas de tu prima, con lo pelmazo que te ponías porque querías volverla a ver.

–¿Cómo? ¿Linton ha dicho? –chilló Cahty con el rostro iluminado ante la alegre sorpresa de oír aquel nombre–. ¿Es el pequeño Linton? ¡Pero si es más alto que yo! ¿Eres Linton?

El joven se acercó y se dio a conocer. Ella le besó efusivamente, y ambos

contemplaron con pasmo el cambio operado en sus respectivas apariencias.

Catherine era ya todo lo alta que llegaría a ser; su figura era a la vez regordeta y esbelta, flexible como el acero, y toda ella rebosaba salud y viveza. La mirada y los movimientos de Linton eran lánguidos, y todo su físico en extremo frágil, pero había una gracia en sus maneras que mitigaba estos defectos, y no le hacía desagradable.

Una vez intercambiadas numerosas muestras de afecto con él, su prima se fue con el señor Heathcliff, que acechaba junto a la puerta y dividía su atención entre lo que ocurría fuera y lo de dentro, o más bien, aparentando observar lo de fuera cuando en realidad estaba sólo pendiente de lo que ocurría en el interior.

–Y entonces –exclamó ella estirándose para alcanzarle– usted es mi tío. Siempre pensé que me gustaba usted, aunque al principio estaba muy enfadado. ¿Por qué no ha visitado la Granja con Linton? Todos estos años siendo vecinos próximos y que nunca nos hayamos visto, es extraño..., ¿qué ha hecho usted para que así sea?

–Visité la Granja una o dos veces antes de que usted naciera –contestó–. Pero ¡maldita sea! Si te sobra algún beso, dáselo a Linton. Conmigo no harás más que derrocharlos.

–¡Qué mala eres, Ellen! –exclamó Catherine, corriendo hacia mí para colmarme de caricias–. ¡Qué mala!, mira que querer prohibirme que viniera. Pues de ahora en adelante pienso pasear por aquí por las mañanas. ¿Puedo venir con papá, tío? ¿No le gustará vernos?

–¡Por supuesto! –contestó el tío con una mueca mal reprimida, resultado de la profunda aversión que sentía hacia los dos visitantes propuestos–. Pero espera –continuó, dirigiéndose hacia la joven–. Ahora que lo pienso, es mejor que lo sepas. El señor Linton no se lleva muy bien conmigo. Discutimos en un momento de nuestras vidas, con una ferocidad poco cristiana, y si se te ocurre proponerle venir aquí, te prohibirá que vengas rotundamente. Por eso creo que es mejor que no lo menciones, a no ser que no te importe no volver a ver a tu primo de ahora en adelante. Puedes venir, si quieres, pero no se te ocurra mencionárselo.

–¿Y por qué se pelearon? –preguntó Catherine bastante consternada.

–Pensaba que yo no daba la talla para casarme con su hermana –contestó Heathcliff– y le hizo mucho daño que la conquistara. Se sintió herido en su orgullo, y nunca lo olvidará.

–¡Eso está muy mal! –dijo la joven–. Cuando pase algún tiempo, pienso decírselo. Pero Linton y yo no tenemos nada que ver con vuestra pelea. Pues entonces será mejor que venga él a la Granja.

–Está demasiado lejos para mí –murmuró su primo–, andar cuatro millas me mataría. Es mejor que tú vengas aquí, señorita Catherine, de vez en cuando, no todas las mañanas sino una o dos veces por semana.

El padre lanzó hacia el hijo una mirada de profundo desdén.

–Me temo, Nelly, que mi esfuerzo será en vano –me susurró–. La señorita Catherine, como le llama este tontainas, descubrirá lo que vale y le mandará al diablo. Pero si se tratase de Hareton..., ¿sabes que veinte veces al día envidio a Hareton, con todo lo bruto que es? Le habría llegado a querer si se tratara de

cualquier otro. No creo que haya peligro de que la chica se enamore de él, pero voy a intentar convertirlo en rival de mi hijo a ver si así esa piltrafa de criatura se espabila. Yo no creo que llegue a cumplir más de dieciocho años. Pero ¡hábrase visto el muy soso! Está absorto en secarse los pies y no ha mirado a su prima ni una sola vez... ¡Linton!

–Sí, padre... –contestó el chiquillo.

–¿Es que no tienes nada que mostrarle a tu prima por ahí, ni un conejo, ni un nido de comadrejas...? Llévala al jardín antes de cambiarte de zapatos, y a los establos a ver tu caballo.

–¿No preferirías sentarte aquí? –preguntó Linton, dirigiéndose a Cathy con un tono que dejaba traslucir su pereza ante la idea de moverse.

–No lo sé –contestó ella, lanzando una mirada anhelante hacia la puerta y evidentemente deseosa de estar activa.

Linton se quedó sentado y se acurrucó aún más cerca del fuego.

Heathcliff se levanto, fue a la cocina y desde allí al patio llamando a Hareton.

Hareton le contestó y a continuación volvieron a entrar los dos juntos. Por el brillo de sus mejillas y por el pelo mojado, se veía que el joven había estado lavándose.

–¡Ah!, voy a preguntárselo a usted, tío –exclamó la señorita Cathy, acordándose de lo que le había dicho el ama de llaves–. Ése no es mi primo, ¿verdad?

–Lo es –contestó–, es el sobrino de tu madre. ¿Acaso te disgusta?

Catherine quedó azorada.

–¿No te parece guapo? –prosiguió.

La muy maleducada de la señorita se puso de puntillas y susurró algo al oído de su tío.

El otro se rió, y Hareton se ensombreció. Me di cuenta de que era muy sensible a supuestos desaires y que desde luego tenía una vaga noción de su inferioridad. Pero su amo, o guardián, disipó la nube exclamando:

–¡Siempre serás nuestro favorito, Hareton! Ella dice que eres un..., ¿cómo dijiste? En fin, algo muy halagador. ¡Venga, vete a dar una vuelta con ella por la granja! ¡Y a ver si te portas como un caballero! No sueltes palabrotas, y no mires cuando la joven no te esté mirando a ti, y prepárate a esconder la cara cuando ella te mire, y cuando hables, articula lentamente las palabras y mantén las manos fuera de los bolsillos. Ea, vete, y entretenla lo mejor que puedas.

Observó a la pareja pasar por delante de la ventana. Earn - shaw tenía la cara completamente apartada de su compañera. Parecía estudiar el paisaje que tan familiar le era con un interés extraño y creativo.

Catherine le miraba tímidamente pero sin gran admiración. Entonces se concentró en buscar por su cuenta objetos de interés, caminando alegremente mientras canturreaba para suplir la falta de conversación.

–Le he atado la lengua –observó Heathcliff–. No se atreverá a articular palabra. Nelly, ¿te acuerdas de mí a su edad? No, cuando era algunos años más joven. ¿Era yo tan estúpido, tan «pavisoso», como le dice Joseph?

–Peor, porque era usted mucho más hosco –contesté yo.

–¡Me siento orgulloso de él! –continuó reflexionando en alto–. Ha satisfecho mis expectativas, si hubiera nacido tonto, no disfrutaría ni la mitad. Pero resulta que no es tonto, y puedo entender todos sus sentimientos, porque yo mismo los he experimentado. Por ejemplo, sé lo que sufre ahora mismo, aunque es sólo el comienzo de lo que habrá de sufrir. Y nunca será capaz de emerger del abismo de su tosquedad e ignorancia. Le he llevado más lejos y más hondo de lo que me llevó el bellaco de su padre porque encima se enorgullece de su brutalidad. Le he enseñado a despreciar todo lo que no sea puramente animal como si fuera estúpido y débil. ¿No crees que si Hindley levantara la cabeza se sentiría orgulloso de su hijo? Casi tan orgulloso como yo lo estoy del mío. Pero hay una diferencia: el uno es oro que se utiliza para pavimentar el suelo, y el otro es lata bruñida para imitar un servicio de plata. El *mío* no tiene nada de valioso, pero aun así tendré el mérito de sacarle el máximo provecho. El *suyo* tenía las mejores cualidades, y se han perdido..., se han vuelto peor que inútiles. No me lamento de nada, tendría más de lo que nadie pueda imaginarse si no fuera por mí. Y lo mejor de todo es que Hareton me quiere con locura. Me reconocerás que en todo esto he vencido a Hindley. Si el muy bellaco se levantara de su tumba para recriminarme por las maldades infundidas a su vástago, tendría el gusto de contemplar que dicho vástago le mataría de nuevo, indignado ante el hecho de que alguien se hubiera atrevido a injuriar al único amigo que tiene en el mundo.

Heathcliff soltó una malévola carcajada ante esta idea; no contesté porque vi que no esperaba respuesta alguna.

A todo esto, el joven Linton, sentado demasiado lejos como para no oír lo que se decía, comenzó a mostrar síntomas de incomodidad, probablemente arrepentido de haber renunciado al placer de la compañía de Catherine por miedo a cansarse.

Su padre advirtió sus inquietas miradas lanzadas hacia la ventana, y que su mano irresoluta se extendía hacia su gorra.

–¡Levántate, vago redomado! –exclamó con fingida cordialidad–. ¡Vete con ellos, están en la esquina, junto a las colmenas!

Linton reunió fuerzas y dejó la chimenea. La ventana estaba abierta, y al salir, oí cómo Catherine le preguntaba a su insociable acompañante qué era esa inscripción sobre la puerta.

Hareton miró hacia arriba y se acarició la cabeza como un verdadero payaso.

–Está escrito de una manera endemoniada –contestó–. No lo puedo leer.

–¿No lo puedes leer? –exclamó Catherine–. Yo misma puedo leerlo..., está en inglés..., pero quiero saber por qué está ahí.

Linton soltó una risita, la primera señal de alegría que mostraba.

–No sabe leer –le dijo a su prima–. ¿Has visto antes a alguien tan zopenco?

–¿Pero está bien de la cabeza? –preguntó la niña en tono serio–. ¿O es que, simplemente... es tonto? Ésta es la segunda vez que le pregunto algo y me mira de una manera tan estúpida que creo que no me entiende, y la verdad..., a mí también me cuesta mucho entenderle.

Linton imitó su risa, y miró despectivamente a Hareton, quien, ciertamente, no parecía mostrar muchas luces en aquel momento.

–No es más que pereza, ¿verdad, Earnshaw? –dijo él–. Mi prima piensa que eres un idiota... Pues ahí tienes la consecuencia de despreciar la «*inseñanza* de los libros», como tú la llamas. ¿Has reparado, Catherine, en el horripilante acento de Yorkshire que tiene?

–¿Y para qué diablos sirven los libros? –gruñó Hareton, con muchos más reflejos a la hora de rebatir a su habitual compañero. Estaba a punto de decir algo más, pero los otros jóvenes lo celebraron con risotadas. La pícara de mi señorita estaba encantada de haber descubierto un motivo de diversión en el habla extraña de aquel chico.

–¿Para qué has tenido que decir «diablos» en semejante frase? –rió Linton entre dientes–. Papá te dijo que no soltaras palabrotas, y eres incapaz de abrir la boca sin decir alguna... ¡Trata de comportarte como un caballero de una vez!

–Si no fuera porque eres más niña que niño, te tumbaría ahora mismo de un puñetazo, ¡piltrafa miserable! –replicó el indignado patán, retirándose mientras su rostro ardía de ira y de mortificación porque era consciente de que le estaban insultando y no sabía cómo tomárselo.

El señor Heathcliff, que, al igual que yo, había escuchado la conversación, sonrió al ver cómo se iba, pero inmediatamente después lanzó una mirada de peculiar aversión a la petulante pareja que se quedó charlando en el zaguán. El chico había encontrado entretenimiento suficiente hablando sobre los fallos y deficiencias de Hareton y relatando anécdotas sobre su conducta; y la niña se regodeaba en sus impertinentes y rencorosos comentarios sin tener en cuenta la maldad que evidenciaban. Más que inspirarme compasión, Linton me empezó a desagradar, y en cierto modo excusé a su padre por el desprecio que sentía hacia él.

Nos quedamos hasta por la tarde porque no conseguí sacar de allí a la señorita Cathy. Pero, afortunadamente, mi amo no había salido de su despacho y no supo que habíamos estado ausentes durante tanto tiempo.

De camino a casa, habría querido ilustrar a mi señorita con respecto a la manera de ser de las personas que acabábamos de dejar, pero se le metió en la cabeza que yo tenía prejuicios en contra de ellas.

–Así que te pones del lado de papá, Ellen –exclamó ella–. Eres una partidista... Lo sé, de otro modo no me habrías engañado durante tantos años con el cuento de que Linton vivía muy lejos de aquí. Pues estoy muy, pero que muy enfadada, lo que pasa es que también estoy muy contenta y no se me nota. Pero ya te puedes ir callando con respecto a mi tío..., es *mi* tío, recuerda, y pienso regañar a papá por haberse peleado con él.

Y siguió erre que erre, hasta que dejé de esforzarme en convencerla de su equivocación.

Aquella noche no se mencionó la visita porque no vimos al señor Linton. Pero al día siguiente, y para mi desgracia, Catherine se lo soltó todo. Aun así, no lo sentí mucho, pues pensé que la obligación de dirigirla y de advertirla era una tarea que debía emprender su padre y no yo. Pero resultó que se mostró demasiado tímido para darle motivos adecuados en lo relativo a su deseo de romper los lazos con Cumbres Borrascosas, y a Catherine le gustaba tenerlas todas consigo a la hora de

lidiar con los obstáculos que hostigaban su espíritu caprichoso.

–Papá –exclamó después de darle los buenos días–, adivina a quién vi ayer, de camino a los páramos... Ay, papá, te sobresaltas. Eso es que no te has portado bien, ¿verdad? Pues vi..., pero escucha y verás cómo descubrí tu secreto, y el de Ellen, que está de tu parte, y aún fingíais tener lástima de mí cuando yo albergaba esperanzas, siempre decepcionada, con respecto a la vuelta de Linton.

Hizo un prolijo relato acerca de la excursión y sus consecuencias. Mi amo, aunque me lanzó más de una mirada de reproche, no dijo nada hasta que ella terminó de hablar. Entonces la atrajo hacia sí y preguntó si sabía por qué le había ocultado la proximidad de Linton. ¿Podía pensar que era para negarle aquel placer si lo hubiese podido disfrutar sin peligro?

–Es porque no te gusta Heathcliff –contestó ella.

–¿Crees entonces que me importan más mis propios sentimientos que los tuyos, Cathy? –dijo él–. No, no era porque no me gustase Heathcliff sino porque al señor Heathcliff no le gusto yo, y porque es un hombre sumamente diabólico, que encuentra placer en incordiar y arruinar las vidas de los que odia, si le brindan la más mínima oportunidad. Sabía que no podías mantener contacto con tu primo sin que acabaras teniendo contacto con él. Y sabía que te detestaría por mi culpa. Por tanto, por tu propio bien, y por nada más, tomé la resolución de que no deberías volver a ver a Linton. Tenía intención de explicártelo en algún momento según ibas creciendo, y ahora siento haberlo retrasado.

–Pero el señor Heathcliff ha sido muy amable conmigo –observó Catherine, que no acababa de estar convencida del todo–, y él no tenía nada en contra de que os vieseis. Dijo que podía ir a su casa cuando quisiera, pero que no te dijera nada porque estabas peleado con él y no le perdonabas por haberse casado con la tía Isabella. Y ahora eres tú el que no quiere y el que tiene la culpa, porque por lo menos él está *dispuesto* a dejar que seamos amigos, Linton y yo, y tú te niegas...

Mi amo se dio cuenta de que Cathy no creía en aquella diabólica naturaleza de su tío político, por lo que hizo un esbozo rápido de su conducta para con Isabella, y el modo en que Cumbres Borrascosas había pasado a ser parte de su propiedad. No estaba dispuesto a hablar largo y tendido sobre el tema, ya que, aunque había hablado poco de ello, seguía sintiendo por su antiguo enemigo el mismo horror y aborrecimiento que había ocupado su corazón desde la muerte de su esposa: de no ser por él, a lo mejor todavía estaría viva, se decía constantemente con amargura, y para él, Heathcliff era un asesino.

La señorita Cathy, que no sabía de otras malas acciones más que sus leves actos de desobediencia, injusticia y arrebato, producto de su temperamento pasional e irreflexivo, y de los que se arrepentía en el mismo día en que los cometía, quedó estupefacta ante la negrura de un alma capaz de alimentar y buscar venganza durante años, y de proseguir deliberadamente con sus planes sin sentir una pizca de remordimiento. Estaba tan hondamente impresionada y conmovida por esta nueva perspectiva de la naturaleza humana (excluida de todos sus estudios e ideas hasta el momento) que el señor Edgar consideró innecesario continuar con el asunto. Simplemente añadió:

–A partir de ahora comprenderás, cariño, por qué deseo que evites su casa y su familia. Ahora vuelve a tus antiguas ocupaciones y entretenimientos, y no vuelvas a pensar en ellos.

Catherine besó a su padre y se sentó tranquilamente a aprender sus lecciones durante un par de horas, según era su costumbre. Luego acompañó a su padre por la finca, y todo el día transcurrió con normalidad. Pero por la noche, cuando ya se había retirado a su habitación y subí a ayudarla a desvestirse, me la encontré llorando, arrodillada junto a la cama.

–¡Ay, pero qué niña tan tontuna! –exclamé–. Si tuviera usted problemas de verdad, le daría vergüenza desperdiciar una sola lágrima por esta contrariedad tan pequeña. No ha sufrido nunca ni la sombra del verdadero dolor, señorita Catherine. Suponga por un momento que el amo y yo misma estuviéramos muertos, y que usted se encontrara sola en el mundo, ¿cómo se sentiría entonces? Compare su situación actual con una pena como ésa, y siéntase agradecida por los amigos que tiene en lugar de estar llorando por tener más.

–No lloro por mí, Ellen –contestó–, sino por él. Esperaba volver a verme mañana, y se sentirá decepcionado..., estará esperándome y yo no iré.

–¡Tonterías! –dije yo–. ¿Acaso cree que ha estado pensando en usted tanto como usted en él? ¿No tiene a Hareton de compañero? Nadie lloraría por perder la relación con una persona que sólo ha visto dos veces, dos tardes en concreto. Linton se hará sus componendas de cómo son las cosas, y no le dará más vueltas a la cabeza.

–¿Pero no puedo ni escribirle una nota para contarle por qué no puedo ir? –preguntó, poniéndose en pie–. Y también para enviarle estos libros que le prometí. Los suyos no son tan bonitos como los míos, y él los quería tener a toda costa cuando le conté lo interesantes que eran. ¿No podría hacer eso, Ellen?

–De ninguna manera. Desde luego que no –contesté yo con decisión–. Porque entonces la escribirá, y no acabaremos nunca. No, señorita Catherine, la relación tiene que acabar por completo, tal y como espera papá, y pienso comprobar que se hace efectivamente.

–Pero si es sólo una notita... –comenzó una vez más en tono implorante.

–¡Calle ya! –le interrumpí–. No vuelva a empezar de nuevo con sus notitas. ¡Váyase a la cama!

Me lanzó una mirada muy malévola, tan malévola que al principio no pude ni darle un beso de buenas noches. La tapé y le cerré la puerta, muy incomodada. Pero como me arrepentí según bajaba, volví con mucho cuidado, y ¡vaya con la niña!: ahí estaba la señorita con un trozo de papel en blanco frente a ella y un lápiz en la mano, que deslizó rápidamente fuera de la vista con ademán de sentirse culpable en cuanto volví a entrar.

–Nadie va a llevarle eso si lo escribe –dije yo–. Y de momento voy a apagarle la vela.

Coloqué el apagavelas sobre la llama recibiendo según lo hacía un revés en la mano y un petulante «bruja». Entonces la volví a dejar, y echó el cerrojo en uno de sus peores arrebatos de humor.

Terminó la carta, y ésta fue enviada a su destinatario por el repartidor de la leche que venía del pueblo, cosa que no supe hasta un tiempo después. Pasaron las semanas, y Cathy se atemperó, aunque le dio la ventolera de escabullirse sola por los rincones, y muy a menudo, si me acercaba a ella de repente mientras estaba leyendo, se asustaba y se doblaba sobre el libro, evidentemente con deseos de esconderlo. Además me di cuenta de que había esquinas de papeles sueltos que sobresalían de las páginas.

También tenía el truco de bajar temprano por las mañanas y de andar merodeando por la cocina, como si estuviera esperando la llegada de algo. Tenía un cajoncito en el bargueño de la biblioteca en el que se entretenía durante horas.

Un día, mientras ella inspeccionaba el cajón, observé que los juguetes y chucherías que recientemente habían sido su contenido se habían convertido en pedazos de papel doblado.

Mi curiosidad y sospechas se despertaron, y decidí echar un vistazo a esos tesoros misteriosos. Por la noche, tan pronto como me convencí de que ella y mi amo estaban arriba, busqué hasta encontrar entre el manojo de mis llaves de la casa una que encajara en la cerradura. Una vez abierto, vacié todo el contenido en mi delantal y lo llevé conmigo para examinarlo con calma en mi propia habitación.

Aunque ya andaba yo algo amoscada, me sorprendí al encontrar una ingente correspondencia, que debía de ser casi diaria, enviada por Linton Heathcliff como respuesta a las cartas de ella. Los escritos de fecha más antigua eran tímidos y cortos, pero gradualmente se habían convertido en extensas cartas de amor, tan bobaliconas como era de esperar teniendo en cuenta la edad del autor, aunque con algún que otro toque que me figuré procedía de una fuente más experimentada.

Me llamó la atención que algunas de esas cartas contuvieran una mezcla extraña de ardor y sosería. Arrancaban con fuertes sentimientos y concluían con la afectada palabrería que podría utilizar un colegial con una amada imaginaria e incorpórea.

No sé si satisfacían a Cathy, pero para mí no eran más que pura hojarasca.

Después de retirar todas las que consideré necesarias, las metí en un pañuelo y las puse a un lado, volviendo a cerrar el cajón vacío.

Siguiendo sus costumbres, mi jovencita bajó temprano y fue directa a la cocina. Vi cómo se dirigía hacia la puerta al encuentro de cierto chaval, y mientras la doncella llenaba su cántaro, ella le metía algo en el bolsillo de la chaqueta, a la vez que sacaba otra cosa.

Bordeé el jardín y esperé a que llegara el mensajero, que forcejeó con energía para defender su encargo. Entre ambos derramamos la leche, pero finalmente conseguí arrebatarle la epístola y, amenazándole con serias consecuencias si no volvía a casa, me pegué al muro para leer la apasionada carta de Catherine. Era más simple y elocuente que las de su primo, muy linda y estúpida. Meneé la cabeza y me metí en la casa meditando.

Como el día estaba húmedo, no podía entretenerse paseando por el parque. Así que, una vez terminados sus estudios de la mañana, acudió al solaz de su cajón. Su padre estaba leyendo frente a la mesa, y yo deliberadamente busqué entretenimiento en coser unos flecos desprendidos de la cortina de la ventana,

aunque con la vista fija en lo que ella hacía.

Nunca antes pájaro alguno que retorna a su nido saqueado (en donde había dejado un hervidero de pajarillos gorjeadores) expresó una desesperación más completa con sus angustiosos chillidos y revoloteos como ella en un sencillo «¡oh!» y en la alteración de su semblante últimamente feliz. El señor Linton alzó la vista.

–¿Qué te pasa, cariño? ¿Te has hecho daño? –dijo.

Su tono y su mirada la convencieron de que *él* no había descubierto el escondrijo.

–No, papá –jadeó–. ¡Ellen!, ¡Ellen!, sube. ¡No me encuentro bien!

Obedecí a su llamada y la acompañé afuera.

–¡Ay, Ellen! Las has cogido –comenzó inmediatamente, hincándose de rodillas una vez cerramos la puerta de la habitación y quedamos a solas–. ¡Ay, pero dámelas, y nunca, nunca más volveré a hacerlo! No se lo digas a papá. No se lo has dicho a papá, Ellen, ¡dime que no se lo has dicho! He sido muy, pero que muy mala, y no volveré a hacerlo de nuevo.

Guardando la compostura, le pedí que se alzara.

–Y bien –exclamé–, señorita Catherine, parece ser que ha ido usted demasiado lejos. Ya puede usted avergonzarse de estas cartas. Bonito manojo de hojarasca estudia en sus ratos libres. Son sin duda tan buenas que deberían imprimirse. ¿Y qué supone que pensará el amo cuando se las muestre? Todavía no se las he enseñado, pero no tiene ni que pensar por un momento que voy a guardarle sus ridículos secretos. ¡Qué vergüenza! Y pensar que ha debido de ser usted la que empezó a escribir semejantes fruslerías. Él no habría tenido la sangre de empezar, de eso no me cabe la menor duda.

–¡No, no! –sollozó Catherine a punto de desesperarse–. Nunca pensé en amarle hasta...

–*¡Amarle!* –exclamé yo, con tanto desprecio como pude–. *¡Amarle!* ¡Pero habrase oído! Pues entonces yo también amo al molinero que viene una vez al año a comprar nuestro grano. ¡Bonita manera de amar, sí, señor; juntando las dos veces que ha visto usted a Linton no llegan ni a cuatro horas en toda su vida! Aquí está la hojarasca infantil. Voy a entrar con ella a la biblioteca y vamos a ver lo que piensa su padre de semejante *amor*.

Pegó un brinco para agarrar sus preciosas epístolas, pero logré sujetarlas por encima de mi cabeza. Se deshizo entonces en frenéticos ruegos para que las quemara o hiciera cualquier otra cosa antes que mostrarlas. Y como yo estaba dispuesta lo mismo a reír que a regañarla, ya que en el fondo todo aquello no era más que vanidad femenina, al fin cedí un poco y le pregunté:

–Si yo accedo a quemarlas, ¿me dará usted su palabra de no enviar ni volver a recibir cartas de nuevo, ni libros, porque presiento que le ha enviado usted libros, ni rizos de pelo ni anillos ni juguetes?

–¡Juguetes no nos enviamos! –exclamó Catherine, cuyo orgullo sobrepasaba la vergüenza.

–¿Ni nada más entonces, mi señorita? Me lo promete, o allá voy.

–¡Te lo prometo, Ellen! –exclamó ella agarrándome del vestido–. ¡Ay, pero

arrójalas al fuego, rápido, rápido!

Pero cuando procedí a hacer hueco con las tenazas, el sacrificio fue demasiado penoso de soportar y me suplicó que reservara una o dos.

–¡Una o dos, Ellen, por el amor de Linton!

Desaté el pañuelo y comencé a arrojarlas desde una esquina; la llama culebreó por la chimenea.

–¡Dame una, vieja cruel! –exclamó introduciendo su mano en el fuego para atraer hacia sí algunos trozos medio consumidos, a riesgo de quemarse los dedos.

–¡Muy bien, pues ahora tendré alguna para enseñarle a papá! –contesté juntando el resto en un hatillo y dirigiéndome a la puerta.

Vació los fragmentos ennegrecidos en las llamas y me indicó que terminara la inmolación. Ya estaba hecho; revolví las cenizas y las enterré bajo una paletada de carbón. En silencio y con una sensación de profundo agravio, se retiró a su habitación. Bajé a contarle a mi amo que la indisposición de la jovencita ya casi se había pasado, pero que pensaba que era mejor para ella si se echaba un rato.

No quiso merendar. Volvió a aparecer a la hora de la cena, pálida, con los ojos enrojecidos pero extraordinariamente dominada en su aspecto exterior.

A la mañana siguiente contesté a la carta por medio de un trocito de papel que decía: «Se ruega al señorito Heathcliff que no envíe más notas a la señorita Linton, puesto que no va a recibirlas». De ahí en adelante, el chaval vino con los bolsillos vacíos.

Capítulo XXII

El verano llegó a su fin, y también el principio del otoño. Había pasado ya el día de San Miguel, pero ese año la cosecha se había retrasado y varios de nuestros campos aún estaban sin segar.

El señor Linton y su hija paseaban con frecuencia entre los segadores. El día en que se cargaron las últimas gavillas se quedaron hasta que anocheció, y como la noche se presentó fría y húmeda, mi amo cogió un resfriado que se le agarró obstinadamente a los pulmones y le obligó a quedarse en casa durante todo el invierno casi sin interrupción.

La pobre Cathy, impresionada por su romance infantil, estaba considerablemente más tristona y taciturna desde que tuvo que renunciar a él, y su padre insistía en que leyera menos e hiciera más ejercicio. Como ya no contaba con él como compañero, yo me tomé como obligación el suplir esta carencia tan a menudo como fuera posible. Pero no era una sustituta del todo válida, porque sólo contaba con dos o tres horas sacadas de mis numerosas ocupaciones diurnas para seguir sus pasos, y además, como era natural, a ella le gustaba más la compañía de su padre.

Una tarde de octubre o de principios de noviembre, una tarde fresca y con olor a lluvia en que la tierra y los senderos crujían con la humedad y las hojas marchitas, y las nubes, oscuras hebras grises que trepaban rápidamente desde el oeste cuajadas de abundante lluvia, apenas dejaban entrever el frío cielo azul, le pedí a mi señorita que dejáramos el paseo porque estaba claro que iba a caer un chaparrón. Dijo que no; y yo de mala gana me puse el abrigo y cogí el paraguas para acompañarla hasta el fondo del parque. Se trataba de un paseo habitual que hacía generalmente cuando estaba deprimida, cosa que ocurría invariablemente cuando el señor Edgar estaba peor que de costumbre. No lo sabíamos porque él lo confesara, sino que lo adivinábamos las dos por su silencio prolongado y por la melancolía que se reflejaba en su rostro.

Prosiguió tristemente, sin correr ni pegar brincos a pesar de que el viento frío invitaba a una carrera. Y a veces, de reojo, la veía alzando una mano para secarse las mejillas.

Miré en redondo para ver si encontraba algo con lo que distraer sus pensamientos. A un lado del camino se alzaba una loma abrupta y empinada, en donde apenas se sujetaban unos avellanos y unos robles chaparros con sus raíces medio descarnadas. La tierra estaba demasiado suelta para los avellanos, y los fuertes vientos habían tumbado alguno de ellos. En verano, a la señorita Catherine le encantaba trepar por esos troncos para sentarse sobre las ramas, columpiándose a veinte pies por encima del suelo. Yo, orgullosa de su agilidad y de su ligereza, y de su corazón infantil, no podía evitar regañarla cada vez que la pillaba allí arriba, aunque por el tono le hacía entender que no había necesidad de bajar. Podía estar desde la hora de comer hasta la merienda tumbada en esa cuna,

mecida por el viento sin hacer otra cosa que no fuera cantarse a sí misma viejas canciones (las nanas de mi repertorio), u observar a los pájaros vecinos alimentando a sus pequeñuelos o incitándoles a volar, o acurrucarse con los párpados entornados, mitad pensando, mitad soñando, tan feliz que no hay palabras para expresarlo.

–¡Mire, señorita! –exclamé, señalando una hendidura entre las raíces de un árbol retorcido–. Todavía no ha llegado el invierno. Hay una florecilla, allá lejos, el último capullo del manto de campánulas que extendía su niebla malva sobre esos terrones de hierba, ¿quiere usted trepar y cogerla para enseñársela a su papá?

Cathy fijó la vista en el solitario capullo que temblaba en su cobijo de tierra, y después de un rato contestó:

–No, no pienso tocarlo; pero en él anida la melancolía, ¿verdad, Ellen?

–Sí –observé yo–, está casi tan exánime y tan débil como usted, sus mejillas están lívidas, vamos a cogernos de las manos y a correr. Camina usted tan despacio que incluso me atrevería a decir que voy a poder seguirle el paso.

–No –repitió, y continuó avanzando lentamente, deteniéndose a ratos para meditar sobre un terrón de musgo, una mata de hierba descolorida o un hongo que extiende su naranja chillón entre el follaje pardo, y de cuando en cuando, su mano se iba hacia su rostro, que dirigía hacia otro lugar.

–Catherine, ¿por qué llora, cariño? –pregunté acercándome y posando mi brazo sobre su hombro–. No debe llorar porque papá tenga un resfriado; tiene que dar gracias de que no sea nada peor.

Y ya no pudo retener más lágrimas; los sollozos ahogaban su respiración.

–Sí, pero irá a peor –dijo–. ¿Y qué voy a hacer cuando papá y tú me dejéis, y me encuentre sola? No puedo olvidar tus palabras, Ellen, resuenan siempre en mis oídos. Cómo cambiará la vida, qué triste será el mundo cuando tú y papá estéis muertos.

–Nadie sabe si no será usted la que muera antes que nosotros –le contesté–. Está mal anticipar las desgracias, esperemos que pasen años y años antes de que muera alguno de los dos. El amo es joven, yo soy fuerte y apenas tengo cuarenta y cinco. Mi madre vivió hasta los ochenta, una señora de gran vitalidad hasta el final de sus días. Y suponiendo que el señor Linton viva hasta los sesenta, serán más años de los que usted tiene ahora, señorita. ¿No es una locura lamentarse de una desgracia veinte años antes de que haya ocurrido?

–Pero la tía Isabella era más joven que papá –observó mirando hacia arriba con la tímida esperanza de encontrar más consuelo.

–La tía Isabella no nos tenía a nosotras para cuidarla –contesté–. No era tan feliz como el amo, y no tenía tantos motivos para vivir. Todo lo que tiene que hacer es estar muy pendiente de su padre, estar contenta para que él esté contento y evitar darle motivos de preocupación. ¡Recuérdelo, Cathy! No le voy a ocultar que podría usted matarlo si se comporta de manera pasional e insensata, o alimentando un amor descabellado y caprichoso por el hijo de una persona que estaría encantada de tenerlo en la tumba, así como incitándole a descubrir que a usted le disgusta una separación que él ha juzgado necesario imponer.

–No me disgusta nada en el mundo que no sea la enfermedad de papá –contestó mi compañera–. Nada me importa tanto como papá. Y nunca, *nunca*, ni muerta y mientras esté en mis cabales, haré o diré nada que pueda molestarle. Le quiero más que a mí misma, Ellen; y lo sé porque todas las noches rezo para sobrevivirle, porque prefiero ser yo la que esté triste a que lo esté él..., y ésta es la prueba de que lo quiero más que a mí misma.

–Bonitas palabras –contesté–. Pero los hechos también deberían probarlas; recuerde que cuando esté bien no deberá olvidar las promesas hechas en momentos de angustia.

Mientras hablábamos nos acercamos a una puerta que daba a la carretera; y mi señorita, de nuevo reanimada por la luz del sol, la escaló y se sentó en lo alto del muro, alcanzando a coger unos escaramujos escarlata que maduraban en las ramas más altas de los rosales silvestres y que proyectaban su sombra a un lado del camino. Los frutos más bajos habían desaparecido, pero los de arriba sólo los alcanzaban los pájaros, excepto si uno se encontraba en la posición actual de Cathy.

Al estirarse para cogerlos se le cayó el sombrero, y como la puerta estaba cerrada, propuso bajar para recuperarlo. Le pedí que tuviera cuidado de no caerse, pero desapareció con gran agilidad.

Volver no resultó tan fácil; las piedras eran lisas y estaban perfectamente cementadas, y ni las marañas de rosales ni las moreras ofrecían suficiente resistencia para subir. Yo, como una tonta, no me di cuenta de ello hasta que la oí reír y exclamar:

–Ellen, tendrás que ir a buscar la llave, si no tendré que dar la vuelta hasta la garita del portero; no puedo escalar el muro por este lado.

–Espere donde está –contesté–, tengo mi manojo de llaves en el bolsillo y a lo mejor me las apaño para abrir; si no lo consigo, iré a buscarla.

Mientras probaba una por una todas las llaves, Catherine se entretuvo danzando de aquí para allá frente a la puerta. Yo ya había intentado la última y comprobado que no servía ninguna, y estaba a punto de correr a casa rápidamente reiterándole mi deseo de que no se moviera de allí cuando el ruido de algo que se aproximaba me detuvo. Era el trote de un caballo; Cathy dejó de danzar, y en un minuto también se paró el caballo.

–¿Quién es? –susurré.

–Ay, Ellen, ojalá pudieras abrir la puerta –contestó ella en un susurro ansioso.

–¡Espere, señorita Linton! –exclamó una voz profunda (la del jinete)–. Me alegro de verla. No tenga prisa para entrar porque me debe una explicación.

–No pienso hablar con usted, señor Heathcliff –contestó Catherine–. Papá dice que es usted un hombre malo, y que nos odia tanto a él como a mí; y Ellen también dice lo mismo.

–Eso no tiene que ver –dijo Heathcliff (porque se trataba de él)–. No odio a mi hijo, supongo, y es en relación con él por lo que demando su atención. ¡Sí! Tiene usted motivos para sonrojarse. ¿No tenía la costumbre de escribir a Linton hace dos o tres meses? Conque jugando a enamorarse, ¿no? ¡Pues merecerían ser

azotados por ello! Especialmente usted, la mayor, y la más insensible, según parece. Tengo sus cartas, y si se pone impertinente, se las haré llegar a su padre. Supongo que se cansó del divertimento y que por eso lo abandonó, ¿verdad? Pues bien, dejó a Linton en una *ciénaga de desesperación*. Estaba seriamente enamorado. Tan verdad como que vivo: se muere por usted y tiene el corazón destrozado por su inconstancia, pero no de forma figurada sino de verdad. Aunque Hareton se ha burlado de él sin cesar durante seis semanas, y yo he tomado las más serias medidas, intentando hacerle comprender su idiotez, va de mal en peor y estará bajo tierra antes del verano si usted no lo remedia.

–¿Cómo puede usted mentir tan descaradamente a la pobre criatura? –dije desde dentro–. ¡Haga el favor de irse! ¿Cómo puede usted inventar deliberadamente mentiras tan mezquinas? Señorita Cathy, voy a romper el cerrojo con una piedra. No se crea esas viles bobadas. Puede darse cuenta por usted misma de que es imposible que una persona se muera de amor por un extraño.

–No sabía que teníamos espías –murmuró el villano al verse descubierto–. Mi buena señora Dean, ya sabes que te aprecio, pero no me gusta tu doble juego –añadió en alto–. ¿Cómo puedes mentir de forma tan descarada, afirmando que odio a la «pobre chiquilla», e inventar historias de miedo para aterrorizarla y apartarla de mi casa? Catherine Linton, el solo nombre me enardece, mi niña bonita, estaré fuera de casa toda la semana, vaya y compruebe si no le he dicho la verdad, sea buena. Tan sólo imagínese a su padre en mi lugar, y a Linton en el suyo. Piense entonces cómo habría juzgado usted a su amante insensible si él se negase a dar un paso para consolarle, cuando su propio padre se lo está pidiendo. No caiga en el mismo error por pura estupidez. ¡Le juro por mi vida que va directo a la tumba y que usted es la única que puede salvarle!

El cerrojo cedió y salí.

–¡Te juro que Linton se está muriendo! –repitió Heathcliff mirándome con dureza–, y la pena y la desilusión están acelerando su muerte. Nelly, si no quieres dejarla ir a ella, ve tú misma. Yo no voy a volver hasta la semana que viene, y supongo que tu amo no se opondrá a que visite a su primo.

–Entra –dije yo llevándome a Cathy del brazo y medio forzándola a volver a entrar, porque empezaba a demorarse, mirando con ojos inquietos las facciones de su interlocutor, demasiado serio para expresar su íntimo engaño.

Acercó su caballo e, inclinándose, dijo:

–Le confieso, señorita Catherine, que tengo poca paciencia con Linton, y Hareton y Joseph menos aún. Le confieso que tiene una compañía deleznable. Tiene tanta necesidad de amabilidad como de amor, y una palabra amable de su parte sería la mejor medicina. No haga caso de las crueles precauciones de la señora Dean e ingénieselas para verle. Sueña con usted día y noche, y puesto que ni le escribe ni va a verle, no puedo convencerle de que no le odia.

Cerré la puerta y rodé una piedra para sujetar la cerradura desprendida. Luego abrí mi paraguas y coloqué a mi niña debajo, porque la lluvia había empezado a introducirse a través de las quejumbrosas ramas de los árboles advirtiéndonos de que nos diéramos prisa.

Las prisas por llegar a la casa nos impidieron comentar el encuentro con Heathcliff, pero tuve el pálpito de que ahora una doble oscuridad nublaba el corazón de Catherine. Sus facciones estaban tan tristes que no parecían suyas: era evidente que se había tomado en serio cada palabra que había escuchado.

El amo se había retirado a descansar antes de que volviéramos. Cathy entró a hurtadillas en su habitación para preguntarle qué tal estaba, pero se había quedado dormido. Volvió y me pidió que me sentara con ella en la biblioteca. Merendamos juntas, luego se tumbó en la alfombra y me dijo que no hablara porque estaba cansada.

Cogí un libro e hice que leía. Tan pronto supuso que yo estaba absorbida por la ocupación, empezó su silencioso sollozo. En ese momento parecía ser su diversión preferida. La dejé desfogarse durante un rato. Luego me puse a reprobar, denigrándolas y ridiculizándolas, todas las afirmaciones del señor Heathcliff con respecto a su hijo, como si estuviera segura de que iba a darme la razón. ¡Pero no! No tuve la habilidad de contraatacar la impresión que su relato había dejado en ella; era exactamente lo que se había propuesto.

–Tendrás razón, Ellen –contestó–, pero no estaré tranquila hasta que lo sepa, y tengo que contarle a Linton que no es mi culpa que no le escriba, y convencerle de que seguiré sin hacerlo.

¿De qué servía enfadarse y protestar contra su necia credulidad? Aquella noche nos separamos enfadadas, pero al día siguiente me encontré camino de Cumbres Borrascosas al lado del caballito de mi testaruda amita. No pude soportar ver su tristeza, su rostro pálido y desanimado, con los ojos hinchados, por lo que tuve que ceder con la vaga esperanza de que fuera la propia recepción de Linton lo que probara qué poco de realidad había en el relato de Heathcliff.

Capítulo XXIII

La noche lluviosa trajo una mañana brumosa con escarcha y llovizna, y arroyuelos ocasionales atravesaron nuestro sendero gorgoteando desde las alturas. Tenía los pies calados, y estaba enfadada y baja de ánimos, justo el humor más adecuado para empeorar todas aquellas molestias.

Entramos en la granja por la cocina para asegurarnos de que era verdad que el señor Heathcliff estaba ausente, porque no me fiaba ni un pelo de su afirmación.

Joseph parecía estar sentado en una suerte de paraíso, solo, junto a un fuego rugiente, con un cuartillo de cerveza sobre la mesa al alcance de su mano, donde también había enormes pedazos de torta de avena, y con la pipa negra y corta en la boca.

Catherine corrió a calentarse junto al fuego. Pregunté si estaba el amo.

El viejo tardó tanto en contestar a mi pregunta que pensé que se había vuelto sordo, por lo que lo repetí aún más alto.

–Naaaa... –gruñó, o más bien roncó por la nariz–. Naaaa... Ya os podéis ir por donde habéis llegado.

–¡Joseph! –llamó una voz quejumbrosa que sonó al tiempo que la mía desde la habitación interior–. ¿Cuántas veces tengo que llamarte? Sólo quedan unas cuantas brasas. ¡Joseph, ven aquí inmediatamente!

No tenía oídos para esta llamada y así lo manifestaban sus vigorosas chupadas y una resuelta mirada al fuego. La criada y Hareton estaban ausentes. Probablemente ella se había marchado a hacer un recado y él estaba trabajando. Reconocimos la voz de Linton y entramos.

–¡Ojalá te mueras de frío en un calabozo! –dijo el chico, confundiendo nuestra llegada con la de su negligente ayudante.

Se detuvo al reparar en su error y su prima voló hacia él.

–¿Es usted, señorita Linton? –dijo él separando la cabeza del brazo de la gran butaca sobre la que estaba reclinado–. No, no me bese, me ahoga, ¡ay, pobre de mí! Papá dijo que vendría –prosiguió después de haberse recuperado un poco del abrazo de Catherine, mientras que ella permanecía en pie con aire compungido–. ¿Puede hacer el favor de cerrar la puerta?, la dejó usted abierta y *esas* criaturas *deleznables* no nos traen carbón para el fuego. ¡Hace tanto frío!

Revolví las cenizas y yo misma fui a buscar un cubo de carbón. El enfermo se quejaba de que le llenaba de cenizas, pero tenía una tos cansina y un aspecto febril y enfermizo, y por eso no le reprendí por su mal humor.

–Bien, Linton –murmuró Catherine cuando relajó el ceño–. ¿Te alegras de verme? ¿Te sirvo de algo?

–¿Por qué no vino antes? –dijo él–. Debería haber venido en lugar de escribir. Me cansaba terriblemente escribiendo esas larguísimas cartas. Habría preferido hablar con usted. Ahora no soporto ni hablar ni nada. ¡Dónde estará Zillah! ¿Podría –refiriéndose a mí– ir a la cocina y echar un vistazo?

Nadie me había agradecido mis anteriores servicios, y como no estaba dispuesta a ir de acá para allá sólo para complacerle, contesté:

–No hay nadie más que Joseph.

–Quiero beber –exclamó bruscamente, dándose la vuelta–. Zillah no hace más que irse a Gimmerton desde que se fue papá. ¡Es desesperante! Y estoy obligado a instalarme aquí abajo porque han decidido que arriba no me oyen.

–¿Es su padre atento con usted, señor Heathcliff? –pregunté, dándome cuenta de que Catherine había suspendido sus demostraciones amistosas.

–¿Atento? Al menos consigue que *ellos* sean un poco más atentos –exclamó él–. ¡Los muy desgraciados! Sabe usted, señorita Linton, ese bruto de Hareton se ríe de mí, le odio, les odio a todos, son criaturas odiosas.

Cathy comenzó a buscar agua. Descubrió una jarra en el aparador, llenó un vaso y se lo acercó. Él le pidió que añadiera una cucharada del vino que estaba sobre la mesa, y después de tragar un poco, pareció más tranquilo y le dijo que era muy amable.

–¿Pero te alegras de verme? –le preguntó ella, reiterando la pregunta anterior y contenta al percibir en él el débil alborear de una sonrisa.

–Sí, sí que me alegro, ¡da gusto oír una voz como la tuya! –contestó–. Pero me he sentido muy molesto porque no venías. Y papá juraba que era por mi culpa, me llamaba criatura despreciable, rastrera e inútil, y decía que me despreciabas, y que de haber estado en mi lugar, a estas alturas sería más amo de la Granja que tu padre. Pero tú no me desprecias, ¿verdad, señorita...?

–Me gustaría que me llamaras Catherine o Cathy –interrumpió mi señorita–. ¿Despreciarte? ¡No! Junto a papá y a Ellen, te quiero más que a nadie en el mundo, aunque no quiero al señor Heathcliff, y no pienso venir cuando él vuelva. ¿Va a estar mucho tiempo fuera?

–No mucho –contestó Linton–, pero va a los páramos con frecuencia porque ha comenzado la temporada de caza, y podrías pasar una o dos horas conmigo mientras se encuentra ausente. ¡Hazlo!, ¡dime que lo harás! Creo que contigo no me pondría melindroso, tú no me provocas, y estarías siempre dispuesta a ayudarme, ¿verdad?

–Sí –dijo Catherine, acariciando su cabello largo y suave–, si consiguiera que papá me diera permiso, pasaría la mitad de mi vida contigo, Linton, precioso. ¡Ojalá fueras mi hermano!

–¿Y entonces me querrías tanto como a tu padre? –observó él algo más contento–. Aunque papá dice que me amarías más que a él y más que a nadie en el mundo si fueras mi mujer, así que me gustaría que lo fueras.

–¡No! Nunca querré a nadie tanto como a papá –contestó con gravedad–. Y a veces la gente odia a sus mujeres, aunque no a sus hermanos y hermanas, y si lo fueras, vivirías con nosotros, y papá te querría tanto como me quiere a mí.

Linton negó que la gente odiara a sus mujeres. Pero Cathy afirmó que así era, y que por ejemplo, y según sabía, su propio padre sentía aversión por su tía Isabella.

Intenté poner fin a su insolente lengua, pero antes de que pudiera hacer nada, lo soltó todo. El señorito Heathcliff, muy irritado, afirmó que su relato era falso.

–¡Me lo contó papá, y papá no dice mentiras! –contestó ella con descaro.

–Mi papá desprecia al tuyo –exclamó Linton–. Le llama cobarde y tonto.

–Pues el tuyo es un hombre malvado –replicó Catherine–, y eres muy malo atreviéndote a repetir lo que dice. Tiene que ser un diablo para hacer que tía Isabella le dejara como lo hizo.

–¡Ella no le dejó! –dijo el niño–: ¡no me lleves la contraria!

–¡Sí que lo hizo! –chilló mi señorita.

–¡Bueno, pues te voy a decir una cosa! –dijo Linton–. Tu madre odiaba a tu padre, ¿qué te parece?

–¡Oh! –exclamó Catherine, demasiado encolerizada para continuar.

–¡Y amaba al mío! –añadió él.

–¡Mentiroso! Te odio –jadeó ella, y su cara enrojeció de ira.

–¡Le amaba! ¡Le amaba! –canturreó Linton, arrellanándose en su butaca y echando la cabeza hacia atrás para disfrutar de la agitación de la otra, que estaba de pie detrás de él.

–¡Cállese, señorito Heathcliff! –dije yo–. Supongo que también ésa será la versión de su padre...

–¡Pues no lo es, cierre usted el pico! –contestó él–. ¡Le amaba, le amaba, Catherine, le amaba, vaya si le amaba!

Cathy, fuera de sí, propinó un empujón violento a la butaca haciendo que el chico cayera al suelo sobre uno de sus brazos, cosa que le provocó de inmediato una tos sofocante que puso fin a su triunfo.

Duró tanto que incluso a mí me asustó. En cuanto a su prima, se puso a llorar con toda su alma, horrorizada por el daño que había hecho, aunque no lo reconoció.

Le sujeté hasta que se extinguió el acceso de tos. Entonces me apartó y apoyó la cabeza en silencio. Catherine también acalló sus lamentos y se sentó junto a él, mirando solemnemente al fuego.

–¿Cómo está usted ahora, señorito Heathcliff? –pregunté después de esperar diez minutos.

–Ojalá sintiera *ella* lo que yo siento –contestó–, ¡niñata rencorosa y cruel! Hareton nunca me toca, en mi vida me ha pegado, y hoy estaba mejor, y mira tú por donde que... –su voz se apagó en un susurro.

–¡Yo no te he pegado! –musitó Cathy, haciendo un puchero para contener otra explosión emocional.

Él suspiró y gimió como si estuviera penetrado por un sufrimiento inmenso. Continuó así durante un cuarto de hora con el propósito de entristecer a su prima, o eso parecía, porque en cuanto la sorprendía reprimiendo un sollozo, reanudaba el dolor y el patetismo que denotaban las inflexiones de su voz.

–¡Siento haberte hecho daño, Linton! –dijo ella al fin, porque no podía soportar aquel tormento–. Pero *a mí* no me habrían hecho daño por ese empujoncito de nada, y no tenía ni idea de que te lo iba a hacer a ti. ¿No te has lastimado mucho, verdad? No dejes que me marche a casa pensando que te he hecho daño. ¡Háblame!

–No te puedo hablar –murmuró él–, me has hecho tanto daño que voy a estar despierto toda la noche, atragantándome con esta tos. Si la hubieras tenido alguna

vez, sabrías lo que es, pero *tú* dormirás cómodamente mientras yo agonizo sin que haya nadie a mi lado. ¡Me pregunto cómo pasarías tú estas noches tan terribles! –y comenzó a gemir en alto porque sentía pena de sí mismo.

–Puesto que tiene usted la costumbre de pasar malas noches –dije–, no será la señorita la que conturbe su calma. Usted estaría igual si ella no hubiera venido. Sin embargo, no volveremos a molestarle de nuevo, y tal vez estará usted más tranquilo una vez nos hayamos marchado.

–¿Me voy? –preguntó Catherine tristemente, inclinándose sobre él–. ¿Quieres que me vaya, Linton?

–Ya no puedes cambiar lo que has hecho –contestó malhumorado, apartándose de ella–, a no ser que lo empeores, molestándome hasta que me suba la fiebre.

–¿Entonces, me vuelvo? –repitió ella.

–¡Al menos déjame en paz! –dijo él–. ¡No puedo soportar oírte hablar!

Ella se demoró, resistiéndose durante un buen rato a mi insistencia en partir, pero como Linton no quería ni mirar ni hablar, finalmente hizo ademán de ir hacia la puerta y yo la seguí.

Un chillido nos hizo volver. Linton se había deslizado desde su asiento hasta el hogar, y ahí estaba, retorciéndose con la pura perversidad de una peste de niño mimado dispuesto a ser todo lo molesto e insoportable que pudiera.

Por su comportamiento capté enseguida cuál era su disposición, y de repente me di cuenta de que tratar de complacerle sería una locura. No ocurrió lo mismo con mi compañera, que retrocedió presa de terror, arrodillándose, y con súplicas trató de consolarle hasta que se quedó tranquilo, aunque más porque le faltó el aliento que por el apuro de haberla molestado.

–Le pondré en el escaño –dije– y luego que se retuerza como quiera, no podemos estar aquí contemplándole. Espero que haya entendido, señorita Cathy, que no es *usted* la persona apropiada para ayudarle, y que su salud no tiene nada que ver con el cariño que le dispensa. ¡Venga, ahí está! Vámonos antes de que sepa que no hay nadie que escuche sus boberías, estará encantado de tumbarse a solas.

Le puso una almohada bajo la cabeza y le ofreció agua. La rechazó, y se rebulló intranquilo sobre la almohada como si fuera una piedra o un pedazo de leña. Intentó ponerse más cómodo:

–¡No puedo con ésta! –dijo–. ¡No es suficientemente alta!

Catherine le trajo otra para ponerla encima.

–¡Ésa es *demasiado* alta! –murmuró la provocativa criatura.

–¿Y cómo quieres que te lo ponga entonces? –preguntó ella desesperada.

Se acercó mucho a Cathy, y como estaba medio arrodillada junto al escaño, utilizó su hombro como punto de apoyo.

–¡No, eso no servirá! –dije yo–. ¡Deberá usted contentarse con el cojín, señorito Heathcliff! La señorita ha malgastado ya mucho tiempo con usted, y no podemos quedarnos ni cinco minutos más.

–¡Sí, sí podemos! –contestó Cathy–. Ahora es bueno y paciente. Está empezando a pensar que pasaré mucho peor la noche si me voy pensando que ha empeorado por mi visita y entonces no me atreveré a venir más. Dime la verdad, Linton, ya que

no podré venir si te he hecho daño.

–Tienes que venir a curarme –contestó él–. Tienes que venir porque me has hecho daño. ¡Sabes que lo has hecho, y mucho! No estaba tan enfermo como ahora cuando entrasteis, ¿no?

–Pero si has sido tú mismo quién te has puesto enfermo de lloriquear y de encolerizarte. Yo no tengo la culpa de todo –dijo su prima–. Pero seamos amigos ahora. Y me necesitas, ¿de verdad te gustaría verme de vez en cuando?

–¡Ya te dije que sí! –contestó impaciente–. Siéntate en el escaño y déjame apoyarme en tu rodilla. Así solía hacerlo mamá, y pasábamos las tardes enteras juntos. Siéntate ahí quietecita y no hables, puedes cantar una canción si es que sabes cantar, o puedes recitar un poema largo e interesante, uno de esos que me prometiste que me enseñarías, o una historia. Aunque preferiría que fuera un poema. Empieza.

Catherine recitó el poema más largo que pudo recordar, y este quehacer les complació mucho a los dos. Linton, a pesar de mis enérgicas objeciones, habría escuchado otro, y otro más. Así que prosiguieron, hasta que el reloj dio las doce y oímos a Hareton en el patio que volvía a comer.

–¿Y mañana, Catherine, estarás aquí mañana? –preguntó el joven Heathcliff sujetándole el vestido mientras ella se levantaba con desgana.

–¡No! –contesté yo–. ¡Ni tampoco pasado mañana!

Pero era evidente que ella le dio otra respuesta porque la frente se le despejó cuando la prima se agachó y le dijo algo al oído.

–¡Recuerde que no vendrá usted mañana, señorita! –empecé cuando ya estábamos fuera de la casa–. ¿No estará usted soñando con ello, verdad?

Sonrió.

–¡Ay, ya me las apañaré yo para que no sea así! –continué–. Arreglaré ese cerrojo y no podrá usted escapar por otro sitio.

–Puedo saltar por encima del muro –dijo riendo–. La Granja no es una prisión, Ellen, y tú no eres mi carcelero. Y además, casi tengo diecisiete años. Soy una mujer, y estoy segura de que Linton se recuperará rápidamente si me tiene a mí para cuidarle, soy mayor que él, sabes, y más cabal, menos infantil, ¿no es verdad? Y pronto hará lo que yo le diga si le mimo un poco. Es un niño encantador cuando es bueno. Le convertiría en un juguetito si fuera mío. Ya nunca más nos pelearíamos, ¿verdad?, si nos acostumbrásemos el uno al otro. ¿No te gusta, Ellen?

–¿Gustarme? –exclamé–. ¡Es la mayor piltrafa malhumorada que conozco luchando por hacerse mayor! Afortunadamente, como pronosticó su padre, no llegará a los veinte. Dudo siquiera que llegue a ver la primavera, aunque, ciertamente, poco perderá la familia cuando desaparezca, y menos mal que se lo llevó su padre. Cuanto mejor se le trata, tanto más fastidioso y egoísta es. Me alegro de que no tenga usted la oportunidad de casarse con él, señorita Catherine.

Mi compañera se irritó seriamente al oír esta perorata. El que hubiera hablado de su muerte con tan poco tacto hirió sus sentimientos.

–Es más joven que yo –contestó después de una prolongada pausa de meditación– y debería vivir durante más tiempo, y lo hará, tiene que vivir tanto

como yo. Está tan fuerte ahora como cuando vino por vez primera al norte, ¡estoy segura de ello! Es sólo un resfriado lo que le aqueja, lo mismo que a papá. Dices que papá se pondrá mejor, y él ¿por qué no?

–Bueno, bueno –exclamé–, después de todo no tenemos por qué preocuparnos. Porque, escuche, señorita, y téngalo en cuenta, pienso mantener mi palabra..., si intenta usted ir a Cumbres Borrascosas otra vez, conmigo o sin mí, tendré que informar al señor Linton, y a menos que él lo permita, el trato con su primo no debe reanudarse.

–Ya se ha reanudado –masculló Cathy enfurruñada.

–¡Pues entonces no deberá continuar! –dije yo.

–¡Ya veremos! –fue su respuesta, y se puso a galopar dejándome atrás.

Llegamos las dos a casa antes de la hora de comer. Mi amo pensó que habíamos estado paseando por el parque, y por eso no nos pidió explicaciones sobre nuestra ausencia. Tan pronto entré, me apresuré a cambiarme los zapatos empapados y las medias, pero el haber estado sentada durante tanto tiempo en las Cumbres ya me había sentado mal. A la mañana siguiente, estaba derrengada. Y durante tres semanas, me vi imposibilitada para cumplir con mis deberes, una desgracia que nunca antes había sucedido, y nunca después, debo decir.

Mi señorita se comportó como un ángel viniendo a cuidarme y a alegrar mi soledad. La reclusión me deprimió sobremanera. Era un aburrimiento para una persona activa, pero la verdad es que, por lo demás, no me puedo quejar. En el momento en que Catherine dejaba la habitación del señor Linton, aparecía junto a mi cama. Su día estaba repartido entre los dos, y no malgastaba un minuto en otra cosa. Abandonó sus comidas, sus estudios y sus juegos, y era la enfermera más cariñosa del mundo. Tenía que tener muy buen corazón cuando, amando tanto a su padre, se dedicaba de ese modo a mí.

He dicho que repartía el tiempo entre los dos; pero el amo se retiraba temprano, y yo, por lo general, no necesitaba nada después de las seis, por lo que las tardes eran para ella.

Pobre chiquilla, nunca me paré a pensar en lo que hacía después de la merienda. Y aunque frecuentemente, cuando se asomaba a mi habitación para desearme buenas noches, notaba un rubor fresco en sus mejillas y sonrosados los finos dedos, en lugar de pensar que este color provenía de una fría galopada a través de los páramos, se lo achacaba al ardiente fuego de la chimenea.

Capítulo XXIV

Al cabo de tres semanas pude dejar mi alcoba y moverme por la casa. En la primera ocasión que tuve para quedarme sentada por la noche, le pedí a Catherine que me leyera porque tenía los ojos cansados. Estábamos en la biblioteca, y el amo se había ido a la cama. Consintió, pero me dio la sensación que de mala gana, e imaginando que mis lecturas no le gustaban, le dije que escogiera entre los libros que ella leía.

Eligió uno de sus favoritos, y leyó de un tirón durante una hora. Luego vinieron las preguntas.

–Ellen, ¿no estás cansada? ¿No sería mejor que te acostaras ya? Te sentirás mal si te quedas levantada durante tanto tiempo, Ellen.

–No, no, querida, no estoy cansada –contesté.

Viéndome inamovible, ensayó otro método para mostrarse incómoda con la tarea. Comenzó a bostezar y a estirarse, y:

–Ellen, yo sí que estoy cansada.

–Entonces déjalo y hablemos –contesté yo.

Fue aún peor. Se agitaba, y todo eran suspiros y miradas a su reloj hasta que por fin a las ocho se fue a su habitación, agotada de sueño, a juzgar por su mal humor y por la cantidad de veces que se restregó los ojos somnolientos.

La siguiente tarde se mostró aún más impaciente, y a la tercera de recuperar mi compañía, se quejó de dolor de cabeza y me dejó.

Pensé que se comportaba de manera extraña, y después de haberla dejado sola durante un rato, me decidí a subir para preguntarle si estaba mejor y para pedirle que se tumbara en el sofá en lugar de arriba en la oscuridad.

Catherine no estaba ni arriba ni abajo. Los criados aseguraban que no la habían visto. Pegué la oreja a la puerta del señor Edgar: la alcoba estaba en silencio. Volví al salón, apagué la vela y me senté junto a la ventana.

La luna brillaba esplendorosa. Una fina capa de nieve cubría la tierra y pensé que a lo mejor se le había metido en la cabeza andar por el jardín para airearse. Vi una figura merodeando por la verja interior del parque, pero no se trataba de mi joven señorita. Según emergía a la luz, reconocí a uno de los mozos.

Estuvo quieto durante bastante tiempo, vigilando el camino de coches que cruza hacia la finca. Luego comenzó a andar bruscamente, como si hubiera detectado algo, reapareciendo al rato y conduciendo el caballo de la señorita. Y ahí estaba ella: acababa de descabalgar y caminaba a su lado.

El hombre llevó al caballo de manera furtiva a través de la hierba hacia los establos. Cathy entró por la ventana del salón y se deslizó silenciosamente hacia donde yo la esperaba.

Entornó la puerta, se quitó los zapatos llenos de nieve, se desanudó el sombrero, y estaba a punto de guardar su abrigo, sin reparar en que yo la espiaba, cuando me levanté de pronto y dejé que me viera. La sorpresa la dejó petrificada al instante.

Profirió una exclamación inarticulada, y se quedó inmóvil.

–Mi querida señorita Catherine –comencé, demasiado tocada por su reciente amabilidad como para ponerme a regañarla–. ¿Se puede saber dónde ha estado cabalgando a estas horas? ¿Y por qué me intenta engañar con esos cuentos? ¿Dónde ha estado? ¡Hable!

–En el fondo del parque –tartamudeó–. No te he engañado con ningún cuento.

–¿Y en ningún otro sitio? –pregunté.

–No –musitó.

–¡Oh, Catherine! –grité entristecida–. Sabe que se ha portado mal, o no se vería obligada a contarme una mentira, y eso es lo que me duele. Preferiría estar tres meses enferma antes que oírla inventarse una mentira deliberada.

Saltó hacia delante, y prorrumpiendo en llanto, me lanzó los brazos al cuello.

–Es que..., Ellen, tengo tanto miedo de que te enfades... Promete que no te enfadarás, y te contaré toda la verdad. Odio tener que estar escondiéndola.

Nos sentamos junto a la ventana. Le prometí que no la reñiría, cualquiera que fuese su secreto, y por supuesto, lo adiviné. Así que comenzó:

–He estado en Cumbres Borrascosas, Ellen, y no he dejado de ir desde que te pusiste enferma, excepto tres días antes y dos después de que dejaras tu habitación. Le di a Michael libros y pinturas a cambio de que me preparara a Minny todas las tardes y me la volviera a llevar a los establos; pero por favor no le regañes a él tampoco. Llegaba a las Cumbres a las seis y media, y normalmente me quedaba allí hasta las ocho y media, y después volvía cabalgando a casa. Pero no me iba para divertirme; casi siempre estaba agotada. De vez en cuando me sentía feliz, tal vez una vez a la semana. Al principio me pareció que sería difícil convencerte de que me dejaras mantener mi palabra con Linton, ya que me había comprometido a volver a verle al día siguiente de nuestra visita. Pero como ese día te quedaste arriba, me libré de la carga; y mientras Michael estaba repasando el cerrojo de la puerta del parque por la tarde, me hice con la llave y le conté que mi primo deseaba que le visitara porque estaba enfermo, y que no podía venir a la Granja, y que papá se negaría a que yo fuera. Y entonces negocié con él lo del caballo. Le gusta leer, y piensa dejar su puesto pronto para casarse, por lo que me pidió que le dejara libros de la biblioteca a cambio de hacer lo que me viniera en gana. Pero yo preferí darle libros míos, cosa que le gustó aún más.

»En mi segunda visita, Linton parecía estar muy animado. Zillah, que es su ama de llaves, nos ordenó la habitación y nos encendió un buen fuego, y nos dijo que podíamos hacer lo que quisiéramos porque Joseph había ido a una reunión religiosa y Hareton Earnshaw se había marchado con sus perros (a saquear los faisanes de nuestros bosques, según supe después).

»Me trajo vino caliente y pan de jengibre, y se mostró muy amable. Linton se sentó en el sillón, y yo en la mecedorita que está junto a la chimenea. Nos reímos y charlamos alegremente, y descubrimos que teníamos muchas cosas que contarnos. Planeamos adónde iríamos y lo que haríamos en verano. No voy a repetir lo que dijimos porque dirás que eran bobadas.

»Una vez, sin embargo, casi nos pusimos a discutir. Dijo que la manera más

agradable de pasar un día caluroso del mes de julio era estar acostado de la mañana a la noche sobre un matojo de brezo en el medio de los páramos, con las abejas zumbando soñolientas entre las flores, las alondras cantando sobre nuestras cabezas y el cielo brillante, resplandeciente y sin nubes. Ése era su ideal de la felicidad celestial. La mía, en cambio, consistía en mecerme en un árbol verde susurrante, con el viento del oeste soplando y con nubes blancas y brillantes deslizándose a toda velocidad por encima de nuestras cabezas. Y no sólo alondras, sino también tordos, mirlos, jilgueros y cuclillos vertiendo su música por todas partes, y divisando los páramos de lejos, recortados por frescos y umbrosos sotos, pero junto a ellos grandes prominencias de hierba que se ondula por efecto de la brisa; y aguas tumultuosas, y el mundo entero en movimiento y loco de alegría.

»Le dije que su paraíso estaba medio muerto, y él me dijo que el mío era un paraíso borracho. Le dije que en el suyo me quedaría dormida, y me contestó que no podría respirar en el mío, y empezó a ponerse muy irritable. Al final convinimos probar los dos tan pronto como llegara el buen tiempo, y entonces nos besamos y volvimos a ser amigos. Después de estar junto a él durante una hora más, miré la espaciosa habitación con el suelo liso y sin enmoquetar, y pensé en lo divertido que resultaría jugar ahí si quitábamos la mesa. Así que le pedí a Linton que llamara a Zillah para que nos ayudara y para que pudiéramos jugar a la gallinita ciega, y ella trataría de atraparnos como tú solías hacer, Ellen. Dijo que no encontraba diversión alguna en ello, pero consintió en jugar a la pelota conmigo. Encontramos dos en un armario, entre un montón de juguetes viejos: peonzas, aros, raquetas y volantines. Una de las pelotas estaba marcada con una C., y la otra con una H. Yo quería jugar con la que ponía C., porque equivalía a Catherine, y la H. podría ser Heathcliff, su nombre; pero a la H. se le salía el relleno de salvado, y eso a Linton no le gustó.

»Le gané una y otra vez, y volvió a enfadarse, y tosió, y volvió a sentarse. Aunque esa misma noche recobró el buen humor con facilidad. Estaba encantado con dos o tres hermosas canciones *(tus* canciones, Ellen), y cuando tuve que irme, me rogó y suplicó que volviera a la tarde siguiente, y se lo prometí.

»Minny y yo volamos a casa ligeras como el viento. Soñé con Cumbres Borrascosas, y con mi dulce y adorable primo hasta la mañana.

»Al día siguiente, me sentía triste, en parte porque vosotros estabais malos, y en parte porque deseaba que mi padre conociera y aprobara mis excursiones. Pero había una luna hermosa después de la hora del té, y de camino a las Cumbres se me fue pasando el malestar.

»«Volveré a pasármelo bien esta noche», pensé para mis adentros, «y Linton también, que es lo que más me alegra».

»Trotaba por su jardín y estaba dando la vuelta hacia la parte de atrás cuando me encontré con ese tipo, Earnshaw. Cogió mis riendas y me pidió que entrara por la puerta delantera. Acarició el cuello de Minny y dijo que era un caballo hermoso, y parecía como si quisiera que yo le hablara. Lo único que le dije es que dejara a mi caballo en paz, porque si no, le iba a soltar una coz.

»Me contestó con su acento pueblerino:

»–No me haría mucho daño –y examinaba las patas del caballo con una sonrisa.

»Yo estaba dispuesta a que lo intentara, pero se movió para abrir la puerta y, mientras corría el cerrojo, miró hacia la inscripción de arriba, y con una mezcla estúpida de timidez y orgullo dijo:

»–¡Señorita Catherine, ya sé leer eso!

»–¡Excelente! –exclamé–. Veamos lo listo que te estás volviendo.

»Deletreó, pronunciando lentamente las sílabas, el nombre: Hareton Earnshaw.

»–¿Y los números? –dije yo con intención de animarle, porque me daba cuenta de que llegaba a un punto muerto.

»–Todavía no puedo decirlos –contestó.

»–¡Ay, qué memo! –dije yo riéndome a carcajadas de su fracaso.

»El muy memo me escrutó con una mueca que le vagaba por los labios y el ceño arrugado sobre los ojos como si no supiera si tenía que sumarse a mi regocijo, tomarlo como una familiaridad o considerarlo como lo que realmente era, desprecio.

»Disipé sus dudas recobrando mi seriedad repentinamente y mostrando el deseo de que se quitara de en medio porque era a Linton a quien venía a ver, y no a él.

»Se sonrojó, pude verlo a la luz de la luna, apartó la mano del cerrojo y se alejó mohíno como la estampa de la vanidad humillada. Supongo que se creía tan culto como Linton porque podía deletrear su propio nombre, y estaba absolutamente perplejo de que yo no pensara lo mismo.

–¡Alto, mi querida señorita Catherine! –interrumpí–. No quiero regañarla, pero no me gusta esa conducta. Si se hubiera acordado de que Hareton es tan primo suyo como el señorito Heathcliff, se habría dado cuenta de lo improcedente de ese comportamiento. Cuando menos, es de alabar que quiera ser tan culto como Linton, y probablemente no aprendió sólo para presumir. Usted le había hecho avergonzarse por su ignorancia anteriormente, no me cabe la menor duda, y deseaba remediarlo y complacerla. Es de muy mal gusto reírse de su defectuosa tentativa. Si usted hubiera sido educada en sus circunstancias, ¿sería menos maleducada? Cuando era niño era tan rápido e inteligente como usted, y me duele que ahora se le desprecie porque ese villano de Heathcliff le haya tratado tan injustamente.

–Bueno, Ellen, no te vas a poner a llorar ahora por eso, ¿no? –exclamó ella, sorprendida de mi severidad–. Pero espera y sabrás si aprendió a leer para complacerme y si valía la pena ser cortés con ese bruto. Entré: Linton estaba acostado sobre el escaño y se incorporó para recibirme.

»–Esta noche estoy enfermo, Catherine, cariño, por lo que deberás hablar tú todo y dejar que yo escuche. Ven, siéntate a mi lado; estaba seguro de que cumplirías tu palabra, y te lo haré prometer de nuevo antes de que te vayas.

»Sabía que no podía hacerle rabiar porque estaba enfermo. Le hablé bajito, no hice ninguna pregunta y evité irritarle de manera alguna. Le había traído algunos de mis libros favoritos. Me pidió que le leyera uno pequeño, y estaba a punto de complacerle cuando Earnshaw abrió la puerta de par en par, después de haber mezclado veneno con reflexión. Vino directo hasta nosotros, agarró a Linton del

brazo y lo lanzó fuera de su sitio.

»–¡Vete a tu propia habitación! –dijo con una voz que apenas le salía a causa de la ira y con el rostro hinchado y furioso–. Llévala allí si viene a verte, no me vas a sacar de aquí. ¡Largo de aquí los dos!

»Comenzó a insultarnos, y sin dejar tiempo para que Linton le contestara, casi le lanzó de un empellón a la cocina, y cuando le seguí, cerró el puño al parecer deseoso de tumbarme. Por un momento sentí miedo, y dejé caer uno de los volúmenes; le dio un puntapié y cerró la puerta.

»Escuché una risa maligna y cacareante junto al fuego y al volverme vi a ese odioso de Joseph de pie, frotándose las huesudas manos y temblando.

»–¡Estaba seguro de que os echaría! ¡Es mozo valiente! Se le está avivando el espíritu. Sabe..., sí, él sabe tan bien como yo quién debería ser el amo aquí. Y os ha echado como Dios manda.

»–¿Adónde vamos? –le dije a mi primo haciendo caso omiso de las burlas del viejo.

»Linton estaba blanco y tembloroso. No parecía hermoso en ese momento. ¡Ay, no, Ellen! ¡Estaba horrososo! Porque su cara chupada y sus ojos grandes confluían en una expresión frenética y de impotente furia. Cogió el pomo de la puerta y lo sacudió, pero estaba cerrado por dentro.

»–¡Si no me dejas pasar te mato! ¡Si no me dejas pasar te mato! –lo suyo era más un chillido que otra cosa–. ¡Demonio! ¡Demonio! ¡Te mataré, te mataré!

»Joseph volvió a soltar su risa cacareante:

»–Calcadito a su padre; eso le viene de su padre. Todos tenemos algo de ambas partes. No hagas caso, Hareton, no tengas miedo al chico, no puede hacerte daño.

»Agarré las manos de Linton e intenté llevármelo de allí, pero chillaba tanto que no me atreví a continuar. Al final sus gritos se ahogaron en un terrible acceso de tos, le empezó a salir sangre por la boca y se desplomó en el suelo.

»Corrí al patio muerta de miedo y llamé a Zillah con todas mis fuerzas. Me oyó enseguida. Estaba ordeñando a las cabras en un cobertizo que hay detrás del granero, y se apresuró a dejar su tarea para venir a preguntar qué pasaba.

»No tuve aliento para explicárselo. La arrastré hacia dentro y busqué a Linton. Earnshaw había salido para examinar el daño causado, y en ese momento se llevaba a la pobre criatura escaleras arriba. Zillah y yo subimos tras él; pero me detuvo en el rellano de las escaleras y me dijo que no podía entrar, y que debía irme a casa.

»Grité que había matado a Linton y que entraría.

»Joseph cerró la puerta con llave y declaró que no haría semejante cosa, y quiso saber si estaba tan majara como mi primo.

»Me quedé llorando hasta que reapareció el ama de llaves. Me aseguró que Linton se encontraría mejor dentro de un ratito, pero que no soportaba tanto griterío. Me agarró y me llevó al interior de la casa casi a rastras.

»Ellen, yo estaba a punto de arrancarme los pelos. Sollocé y lloriqueé hasta que casi me quedo ciega, y el rufián que tienes en tan gran estima estaba justo enfrente, atreviéndose de vez en cuando a mandarme callar y negándose a admitir que

tuviera la culpa de lo ocurrido. Hasta que le entró el miedo cuando le aseguré que se lo diría a papá, y que le meterían en la cárcel y le colgarían. Entonces comenzó a llorar a moco tendido y se escabulló fuera para ocultar su cobarde agitación.

»Con todo, todavía no me había librado de él; cuando finalmente me obligaron a que me fuera, y me había distanciado unas cien yardas, Hareton surgió de un recodo en sombras, detuvo a Minny y se agarró a mí.

»–Señorita Catherine, lo siento mucho –empezó a decir–, pero realmente está muy mal...

»Le crucé la cara de un latigazo pensando que quizá me asesinaría. Me dejó marchar, tronando uno de sus insultos horripilantes, y galopé hasta casa con el corazón en un puño.

»Esa noche no entré a despedirme, y al día siguiente no fui a Cumbres Borrascosas. Lo deseaba con fervor, pero estaba extrañamente excitada, y tan pronto me producía espanto pensar que Linton podía estar muerto como temblaba ante la idea de volver a encontrarme con Hareton.

»Por fin, al tercer día, me armé de valor y me marché de nuevo: no podía soportar más el suspense. A las cinco fui hasta allí caminando, pensando que a lo mejor conseguía colarme en la casa y subir a la habitación de Linton sin que nadie me viera. Pero los perros dieron aviso de mi llegada. Zillah me recibió diciendo que el chiquillo se estaba reponiendo perfectamente, y me introdujo en una habitación pequeña, arregladita y alfombrada, en donde, para mi inexplicable dicha, pude ver a Linton tumbado sobre el sofá leyendo uno de mis libros. Pero durante una hora no se dignó ni hablarme ni mirarme, Ellen. Tiene un carácter tan triste; y lo que más me fastidió fue que cuando por fin abrió la boca fue para soltar la mentira de que yo había ocasionado la trifulca, ¡y que Hareton no tenía culpa alguna!

»Incapaz de responder si no era enfureciéndome, me levanté y salí de la habitación. Lanzó tras de mí un débil «¡Catherine!». Él no contaba con recibir respuesta... y yo no me volví; y el día siguiente fue el segundo que me quedé en casa, casi decidida a no visitarle más.

»Pero era tan triste irse a la cama, y levantarse, y no volver a oír nada de él, que mi decisión se esfumó en el aire antes de que se hubiera formado convenientemente. Parecía un error haber ido la primera vez y ahora parecía un error no seguir yendo. Michael vino a preguntar si debía ensillar a Minny. Yo dije que sí, y mientras me transportaba por las colinas, consideré que estaba cumpliendo con mi deber.

»No me quedaba más remedio que pasar por delante de las ventanas para acceder al patio; tratar de esconderme no merecía la pena.

»–El señorito está en la sala –dijo Zillah cuando vio que me dirigía al gabinete.

»Entré. Earnshaw también estaba allí, pero salió inmediatamente de la habitación. Linton dormitaba en el gran butacón. Caminando hacia el fuego, dije en tono serio, en parte tratando de decir la verdad:

»–Como no me quieres, Linton, y como piensas que vengo a propósito para fastidiarte y me das a entender que lo hago en cada ocasión, ésta será nuestra última cita, vamos a decirnos adiós. Y dile al señor Heathcliff que no deseas verme,

y que no debe inventar más mentiras sobre el tema.

»–Siéntate y quítate el sombrero, Catherine –contestó él–. Eres mucho más feliz que yo, y por eso tienes que ser más buena. Bastante habla papá de mis defectos y bastante desprecio me manifiesta como para que sea natural que dude de mí mismo. A veces me pregunto si no valdré un poco más de lo que él dice; y cuando pienso en eso me siento tan amargado y tan irritable que odio a todo el mundo. No sirvo para nada, tengo mal carácter y casi siempre malas intenciones. Si te parece bien puedes despedirte de mí y librarte del fastidio para siempre. Lo único que te pido, Catherine, es que seas comprensiva y pienses que si en mis manos estuviera, me encantaría ser tan amable, dulce y bueno como tú, y también tener la misma alegría y salud. Y tu bondad, créeme, ha hecho que te quiera con más intensidad que si te mereciera. Aunque no podría, y de hecho no puedo evitar mostrarte mi verdadera naturaleza, lo siento y me arrepiento, me estaré arrepintiendo de ello hasta que me muera.

»Sentí que decía la verdad; y sentí que debía perdonarle, y aunque volviese a irritarse al momento siguiente, debía perdonarle de nuevo. Estábamos reconciliados, pero arrancamos a llorar los dos, y así continuamos durante todo el tiempo que me quedé allí. Y no sólo por pena, aunque me daba rabia que Linton tuviera un carácter tan retorcido. ¡Nunca dejará en paz a sus amigos, ni es capaz él mismo de quedarse en paz!

»Desde esa noche, he ido a su salita porque su padre volvió al día siguiente. Unas tres veces, creo, habremos estado contentos y esperanzados, como la primera tarde; el resto de mis visitas han sido tristes y problemáticas, ora por su egoísmo y rencor, ora por sus sufrimientos. Pero me he acostumbrado a soportar tanto lo primero como lo segundo y a no tenerlo en cuenta.

»El señor Heathcliff me evita deliberadamente. Casi no le he visto. Es cierto que el domingo pasado, al llegar antes de lo habitual, oí cómo abusaba del pobre Linton cruelmente por su conducta de la noche anterior. No sé cómo estaba informado, a no ser que haya estado escuchando. Linton había estado provocándome, es verdad; pero eso me concernía a mí y a nadie más. Así que interrumpí el discurso del señor Heathcliff entrando y diciéndoselo. Soltó una carcajada y se fue, diciendo que se alegraba de que yo lo viera así. Desde entonces le he dicho a Linton que cuando tenga algo amargo que decirme, baje la voz.

»Pues bien, Ellen, ya lo has oído. Si me prohíbes ir a Cumbres Borrascosas, harás que dos personas sean desgraciadas; sin embargo, si no se lo dices a papá, mis excursiones no perjudicarán a nadie. ¿No se lo vas a contar, verdad? No tendrías corazón si lo hicieras.

–Decidiré eso mañana, señorita Catherine –contesté–. Tengo que meditarlo, la dejaré que descanse e iré a reflexionar sobre ello.

Y reflexioné, pero en voz alta y en presencia de mi amo. Fui directa del cuarto de ella al de su padre a contarle toda la historia con excepción de las conversaciones con su primo y la mención a Hareton.

El señor Linton se sintió más alarmado y preocupado de lo que me quiso mostrar. Por la mañana, Catherine supo que la había traicionado con su confesión,

y también supo que sus visitas secretas estaban a punto de acabarse.

De nada le sirvió llorar, rebelarse contra la prohibición ni implorar a su padre que tuviera compasión de Linton: todo el consuelo que pudo conseguir fue la promesa que le hizo mi amo de que escribiría a su sobrino dándole permiso para venir a la Granja cuando le apeteciese, pero dejándole claro que ya no podía esperar que Catherine fuera a Cumbres Borrascosas. Tal vez, de haber conocido a fondo el carácter de su sobrino y el estado de su salud, habría considerado oportuno no concederle siquiera aquella pequeña compensación.

Capítulo XXV

–Estas cosas ocurrieron el invierno pasado, señor –dijo la señora Dean–, hace poco más de un año. ¡Quién me iba a decir a mí entonces que al cabo de otros doce meses estaría entreteniendo con su relato a una persona extraña a la familia! Aunque..., quién sabe por cuánto tiempo seguirá siendo usted un extraño. Es usted demasiado joven como para contentarse con vivir solo el resto de su vida. Y tengo la impresión de que nadie puede ver a Catherine Linton sin quedar prendado de ella. Se sonríe usted, pero ¿por qué parece tan vivamente interesado cuando hablo de ella?, ¿y por qué me ha pedido usted que cuelgue su cuadro sobre la chimenea?, ¿y por qué...?

–¡Déjelo ya, mi querida amiga! –exclamé yo–. Es muy posible que yo esté enamorado, pero ¿y ella de mí? Lo dudo tanto que prefiero no arriesgar mi tranquilidad cayendo en brazos de la tentación, y además, mi casa no está aquí. Pertenezco al mundanal ruido, y a su reclamo debo volver. Pero siga. ¿Obedeció Catherine las órdenes de su padre?

–Lo hizo –continuó el ama de llaves–. El afecto que sentía por él seguía siendo el sentimiento que más pesaba en su corazón. Además, él había hablado sin rencor. Habló con la honda dulzura del que está a punto de perder su tesoro entre peligros y enemigos, como si el recuerdo de sus palabras fuera la única ayuda que pudiera legarle a su hija.

Y unos cuantos días después me dijo:

–Ojalá escribiera o viniera mi sobrino, Ellen. Dime sinceramente qué opinión te merece, ¿ha cambiado a mejor o hay algún atisbo de que pueda mejorar según se va haciendo hombre?

–Es muy delicado, señor –contesté yo–, por lo que es difícil que llegue a hacerse un hombre adulto. Pero le aseguro que no recuerda a su padre, y si la señorita Catherine tuviera la mala suerte de casarse con él, no se le desmandaría a no ser que ella cayese en una estúpida y excesiva indulgencia. Con todo, señor, tendrá usted mucho tiempo para acostumbrarse a él y ver si le conviene a ella. Faltan más de cuatro años para que sea mayor de edad.

Edgar suspiró; y, acercándose a la ventana, miró hacia la iglesia de Gimmerton. Era una tarde nublada, aunque el sol de febrero brillaba tenuemente, y sólo podíamos distinguir los dos abetos del cementerio y las dispersas losas sepulcrales.

–He rezado a menudo –dijo en una especie de soliloquio para que llegara lo que se avecina, y ahora comienzo a encogerme y a temerlo. Pensaba que el recuerdo de la hora en que bajé esa cañada como novio sería menos dulce que la esperanza de que pronto, dentro de pocos meses, o posiblemente semanas, me llevaran hasta allí y me dejaran en la solitaria fosa. Ellen, he sido muy feliz con mi pequeña Cathy.

En las noches de invierno y los días de verano ha sido una esperanza viva a mi lado. Pero he sido igualmente feliz meditando a solas entre esas lápidas, bajo la vieja iglesia, reclinado durante las largas tardes de junio sobre el montículo verde de la tumba de su madre, y deseando..., anhelando la hora en que pudiera yacer debajo. ¿Qué puedo hacer por Cathy? ¿Cómo debo dejarla? No me importa lo más mínimo que Linton sea hijo de Heathcliff; no me importa que me la arrebate con tal de que sea capaz de consolarla de mi pérdida. No me importaría que Heathcliff se proclamara vencedor y saliera triunfante con el robo de mi última bendición. Pero si Linton fuera indigno, sólo un débil instrumento de su padre, ¡no podría dejarla en sus manos! Y por duro que resulte dominar el impetuoso espíritu de Cathy, tengo que seguir mitigando su alegría mientras viva, y dejándola sola cuando haya muerto. ¡Cariño mío! Preferiría entregársela a Dios, y depositarla bajo tierra antes de que me llegue a mí la hora.

–Encomiéndesela a Dios tal y como está, señor –contesté–, y si le perdemos a usted, que Él no lo permita, bajo Su providencia, yo seré su amiga y consejera hasta el final. La señorita Catherine es muy buena persona; no creo que escoja mal por propia voluntad, y la gente que cumple con su deber siempre acaba teniendo su recompensa.

La primavera siguió su curso, pero mi amo no consiguió reunir fuerzas, aunque sí retomó sus paseos por la finca con su hija. Para sus inexpertas nociones, eso era de por sí una señal de convalecencia, y como además con frecuencia se le encendían las mejillas y los ojos le hacían chiribitas, Catherine estaba segura de su recuperación.

Cuando cumplió diecisiete años, él no visitó el cementerio. Estaba lloviendo, y yo dije:

–¿No se le ocurrirá salir esta noche, verdad, señor?

Contestó:

–No, este año lo retrasaré un poco más.

Volvió a escribir a Linton, expresándole sus deseos de verle. Si el enfermo hubiera estado en condiciones, no me cabe duda de que su padre le habría permitido venir. Tal y como se encontraba, y siguiendo las instrucciones de su padre, contestó insinuando que éste se oponía a que visitara la Granja, pero que el amable recuerdo de su tío le alegraba mucho, que esperaba encontrárselo alguna vez durante sus paseos, y que personalmente le pedía que a su prima y a él no se les tuviera tanto tiempo sin verse.

Esa parte de la carta era sencilla y, probablemente, de su puño y letra. Heathcliff era consciente de que era capaz de reclamar con elocuencia la compañía de Catherine.

«No pido», decía, «que me visite aquí, pero estoy abocado a no verla, porque mi padre me prohíbe ir a su casa, y usted le prohíbe que venga a la mía. En sus paseos a caballo tráigala de vez en cuando a las Cumbres, y déjenos intercambiar alguna palabra en presencia suya. No hemos hecho nada para merecer esta separación, y usted no está enfadado conmigo, no tiene motivo alguno para sentir antipatía hacia mí, usted mismo lo reconoce. ¡Mi querido tío! Envíeme una nota amable mañana, y

permítame que me encuentre con usted en donde quiera, salvo en la Granja de los Tordos. Estoy seguro de que una cita le convencería de que no tengo el carácter de mi padre. Él asegura que soy más su sobrino que su hijo, y aunque tengo defectos que me hacen indigno de Catherine, ella me los ha perdonado y, por ella, debería usted excusarlos también. Preguntaba usted por mi salud; estoy mejor, pero mientras siga privado de toda esperanza y condenado a la soledad, o a la compañía de aquellos que nunca me quisieron y que nunca me querrán, ¿cómo puedo estar alegre y sentirme bien?».

Aunque Edgar lo sentía por el chico, no podía acceder a su petición puesto que no podía acompañar a Catherine.

Le dijo que tal vez en verano podrían encontrarse. Entretanto, esperaba que siguiera escribiéndole de vez en cuando, y se comprometía a darle los consejos y el consuelo que necesitara por carta, teniendo bien presente su dura situación familiar.

Linton obedeció, y de haber actuado sin trabas probablemente lo habría estropeado todo llenando las epístolas de quejas y lamentos; pero su padre le vigilaba muy de cerca y, por supuesto, insistía en ver cada una de las líneas que mi amo le enviaba. Por eso, en lugar de escribir sobre sus penas y desdichas personales, temas dominantes en su espíritu, se concentraba en la cruel obligación de estar separado de su amiga y amada, y amablemente insistía en que el señor Linton tenía que permitir una cita pronto, o empezaría a temer que lo estaba engañando a propósito con promesas vacías.

Cathy era una poderosa aliada en casa, y entre los dos, al fin, persuadieron a mi amo para que accediera a que les dejara ir a cabalgar o a pasear juntos, una vez a la semana, más o menos. Yo sería quien los vigilase por el páramo próximo a la Granja, porque la llegada de junio había coincidido con un empeoramiento en la salud del señor Linton. Aunque anualmente había ido apartando parte de sus ingresos para la fortuna de mi señorita, tenía un deseo natural de que conservara, o por lo menos recuperara en poco tiempo, la casa de sus antepasados, y pensó que la única esperanza de conseguirlo era mediante la unión con su heredero. De lo que no tenía ni idea (creo que ni él ni nadie) era de que Linton desfallecía casi tan rápido como él mismo. Ningún doctor visitaba las Cumbres, y nadie veía al amo Heathcliff para informarnos de su estado.

Yo, por mi parte, empecé a imaginarme que mis presentimientos eran falsos, y que en realidad debía de estar fortaleciéndose cuando mencionaba cabalgadas y paseos por los páramos y parecía tan resuelto en la consecución de sus objetivos.

No puedo imaginarme un padre tratando a un chiquillo a punto de morirse de forma tan tiránica y malévola como Heathcliff lo hizo con su hijo, según supe más adelante, y sólo para obligarle a expresar ese interés fingido. Sus esfuerzos se redoblaban cuanto más inminentemente sus avariciosos y crueles planes sufrían la amenaza de la muerte del muchacho.

Capítulo XXVI

Lo mejor del verano había pasado cuando Edgar cedió de mala manera a sus súplicas y Catherine y yo partimos a caballo para encontrarnos con su primo.

Era un día mustio y sofocante, desprovisto de sol, pero con un cielo demasiado aborregado y brumoso para amenazar lluvia. Nuestro lugar de encuentro había sido fijado en la piedra de guía en el cruce de los caminos. Pero al llegar allí, un pastorcillo enviado como mensajero nos dijo que el señor Linton estaba a aquel lado de las Cumbres y que nos agradecería mucho que siguiéramos un poco más.

–Entonces, el señorito Linton se ha olvidado de la primera condición de su tío. Nos mandó que permaneciéramos en el terreno de la Granja y ya estamos fuera de él.

–Bueno, pues daremos la vuelta a nuestros caballos en cuanto le encontremos –contestó mi compañera–, así nuestra excursión se hará desde allí a la casa.

Pero cuando le alcanzamos, que fue apenas a un cuarto de hora de su propia casa, nos encontramos con que no tenía caballo, así que nos vimos forzadas a desmontar y a dejar a los nuestros libres para que pacieran.

Estaba recostado sobre los brezos, esperando a que nos acercáramos, y no se levantó hasta que estuvimos muy cerca. Entonces comenzó a caminar con fuerzas desfallecidas, y estaba tan pálido que yo inmediatamente exclamé:

–Está claro, señor Linton, que no está usted esta mañana para disfrutar de un paseo. ¡Qué mal aspecto tiene!

Catherine le miró con una mezcla de pena y estupor, y cambió la expresión de alegría de sus labios por otra de alarma, y la felicidad ante un encuentro tan pospuesto, por la angustiosa pregunta sobre si estaría peor que de costumbre.

–¡No..., mejor..., mejor! –jadeó él, temblando y reteniéndole las manos como si necesitara su apoyo, mientras sus enormes ojos azules la miraban tímidamente; las ojeras que los circundaban habían transformado la lánguida expresión de antes en fatigada fiereza.

–Pero has estado peor –insistió su prima–, peor que cuando te vi por última vez..., estás más delgado, y...

–Estoy cansado –la interrumpió él rápidamente–. Hace demasiado calor para caminar, vamos a descansar aquí. Por las mañanas no me encuentro bien, papá dice que es porque estoy creciendo demasiado rápido.

Poco satisfecha con la respuesta, Cathy se sentó, y él se reclinó junto a ella.

–Hoy tenemos algo parecido a tu paraíso –dijo ella, esforzándose por animarle–. ¿Recuerdas que nos pusimos de acuerdo en pasar dos días en el lugar y de la manera en que cada uno de nosotros pensaba que serían más placenteros? Éste es casi el tuyo, sólo que hay nubes, pero la verdad es que son tan suaves y blandas que son más agradables que el sol. La siguiente vez tendrás que cabalgar hasta el parque de la Granja para probar el mío.

Linton no parecía recordar lo que Catherine decía, y era evidente que tenía

grandes dificultades para mantener la conversación. Su falta de interés por los temas escogidos para empezar a hablar, así como su incapacidad para contribuir al entretenimiento eran tan obvios que ella no podía esconder su desilusión. Un cambio indefinible había penetrado toda su persona y manera de pensar. El capricho que con caricias se podía transformar en ternura había dado paso a una apatía indolente. Ya no era el chiquillo malhumorado que se irrita y molesta a propósito para que le tengan que consolar, sino más bien un enfermo incurable, hosco y ensimismado, que rechaza todo consuelo y está dispuesto a tomarse el buen humor de los demás como un insulto.

Tanto Catherine como yo percibimos que nuestra compañía era para él más un castigo que una gratificación, y por ello la muchacha no tuvo escrúpulos en proponer que nos fuéramos en breve.

Esa propuesta sacó inesperadamente a Linton de su letargo y le sumió en un extraño estado de agitación. Miró con temor hacia las Cumbres, y pidió a Catherine que se quedara media hora más por lo menos.

–Es que creo que estarías más cómodo en casa que ahí sentado –dijo ella– y, por lo que veo, no te puedo entretener hoy con mis cuentos, mis canciones y mi charla. Te has vuelto más listo que yo en estos seis meses, y ahora te interesan poco mis pasatiempos. Porque si pudiera entretenerte, me quedaría con todo el gusto del mundo.

–Quédate y así descansas tú –contestó–. Y, Catherine, no pienses ni digas que estoy muy mal, es este tiempo bochornoso y el calor lo que me hacen aburrido. Además, estuve caminando por ahí antes de que llegaras, cosa que para mí supone un gran esfuerzo. Dile al tío que tengo muy buena salud, ¿lo harás?

–Le diré que tú lo dices, Linton, porque no podría afirmar que la tienes –observó mi joven ama, dudando de la pertinaz afirmación acerca de lo que evidentemente no era verdad.

–Y vuelve a venir el jueves –prosiguió él, esquivando la desconcertada mirada de su prima–. Y dale las gracias por permitirte que vengas, te lo agradezco enormemente, Catherine. Y..., y si te encuentras con mi padre y te pregunta por mí, no le hagas suponer que te he parecido extremadamente silencioso y estúpido, no te muestres triste y decaída como ahora, se enfadaría.

–No me importan sus enfados –exclamó Catherine, suponiendo que ella podría ser la causa.

–Pero a mí sí –dijo su primo temblando–. No le provoques en mi contra, Catherine, es muy duro.

–¿Es severo con usted, señorito Heathcliff? –pregunté yo–. ¿Se ha cansado de ser indulgente pasando del odio pasivo al activo?

Linton me miró, aunque no me contestó. Y después de haberse sentado junto a ella durante otros diez minutos, en los cuales su cabeza se decantó amodorrada sobre su pecho, sin exhalar más que gemidos de dolor o de cansancio, Cathy empezó a procurarse solaz en la búsqueda de arándanos y en compartir el fruto conmigo. No se los ofreció a él porque comprendió que hacerle más caso sólo aumentaría su agotamiento o su enojo.

–¿Ha pasado ya la media hora, Ellen? –susurró finalmente a mi oído–. No sé para qué tenemos que estar aquí más tiempo; está dormido y papá nos echará de menos.

–Pero no podemos dejarle dormido –contesté–, espera a que se despierte y ten paciencia. Estaba usted como loca por partir, y de pronto el deseo de ver a Linton se ha esfumado.

–¿Y para qué quería él verme? –contestó Catherine–. Prefiero su peor humor a ese tan raro que tiene ahora. Es como si esta cita fuera una labor que está obligado a llevar a cabo por miedo a que su padre le regañe. Pero no pienso venir para dar gusto al señor Heathcliff, cualquiera que sea la razón que tenga para ordenar a Linton que cumpla con este castigo. Y aunque me alegro de que esté mejor de salud, lamento que esté mucho menos agradable y mucho menos cariñoso conmigo.

–¿Entonces piensas que está mejor de salud? –pregunté.

–Sí –contestó ella–, porque, como sabes, siempre ha hecho mucho teatro de sus dolencias. Su salud no es tan buena como quiere que le diga a papá, pero es probable que esté mejor.

–Pues en eso no estamos de acuerdo, señorita Cathy –puntualicé–. Yo creo que está bastante peor.

Linton se despertó de su letargo con sobresalto y terror, y preguntó si alguien había voceado su nombre.

–No –dijo Catherine–, a no ser que sea en sueños. No concibo cómo te las apañas para permanecer adormilado, aquí al aire libre y por la mañana.

–Creí haber oído a mi padre –jadeó, mirando hacia la hosca colina que se alzaba sobre nosotros–. ¿Estás segura de que no ha hablado nadie?

–Muy segura –contestó su prima–. Sólo Ellen y yo estábamos discutiendo acerca de tu salud. ¿De verdad estás mejor que cuando nos separamos en invierno? Si es así, yo estoy segura de que hay algo que no ha mejorado y es tu consideración hacia mí, pero venga, dime, ¿estás mejor o no?

Las lágrimas brotaron de los ojos de Linton mientras respondía.

–¡Sí, sí, lo estoy!

Y todavía bajo la impresión de la voz imaginaria, su mirada vagaba de acá para allá como para detectar de quién procedía. Cathy se levantó.

–Por hoy tenemos que marcharnos –dijo ella–. Y no pienso esconder que me siento muy decepcionada con esta cita, aunque no se lo diré a nadie más que a ti, ¡y no porque tema al señor Heathcliff!

–¡Cállate! –murmuró Linton–, ¡por el amor de Dios, cállate, que viene! –y se agarró al brazo de Catherine luchando por retenerla, pero ante este anuncio, ella se desprendió precipitadamente y silbó a Minny que la obedeció como un perro.

–¡Vendré el jueves que viene! –exclamó saltando sobre la silla–. Adiós. ¡Rápido, Ellen!

Y así le dejamos, apenas consciente de nuestra partida, pues estaba pendiente de la llegada de su padre.

Antes de que llegara a casa, el disgusto de Catherine se había suavizado dando

paso a una perpleja sensación de lástima y remordimiento, mezclada en gran parte con vagas e inquietas dudas en cuanto al actual estado tanto físico como moral de Linton, que yo compartía, aunque le aconsejé que no hablara mucho de esto ya que un segundo viaje nos permitiría juzgar mejor.

Mi amo nos pidió cuentas acerca de nuestra salida. El agradecimiento de su sobrino fue debidamente transmitido, y Cathy mencionó el resto sólo de pasada. Yo también añadí poca luz a sus preguntas, porque apenas sabía qué convenía ocultar y qué convenía decir.

Capítulo XXVII

Pasaron siete días que fueron dejando su huella en el rápido deterioro que desde entonces sufrió la salud de Edgar Linton. Los estragos que antes eran evidentes en el transcurso de unos meses rivalizaban ahora con los causados en tan sólo unas horas.

Habríamos querido engañar a Catherine, pero su espíritu despierto no lo permitía. Adivinaba en secreto y rumiaba con tristeza la terrible probabilidad que gradualmente se fue convirtiendo en certeza.

Ella no tuvo el valor de mencionar su paseo cuando se aproximaba el jueves; yo lo hice por ella, y pedí permiso para que saliera de casa, ya que la biblioteca, donde su padre pasaba el breve espacio de tiempo que aguantaba al día sentado, y su habitación se habían convertido en todo su mundo. Aborrecía cada momento en que no se encontraba inclinada sobre su almohada o sentada junto a él. Se le puso la cara pálida de tanto vigilar y sufrir, por lo que mi amo le dio permiso de muy buena gana para que se fuera a lo que él se contentaba en pensar que sería un feliz cambio de escenario y de gentes, consolándose con la esperanza de que así no quedaría enteramente sola después de su muerte.

A través de algunas observaciones que dejó caer, pude ver que tenía la idea de que si su sobrino se parecía a él físicamente, también debía de parecerse en la manera de pensar, ya que las cartas de Linton apenas dejaban traslucir indicios de su defectuoso carácter. Y yo, por una excusable debilidad, me abstuve de enmendar este pensamiento erróneo, preguntándome a mí misma qué iba a sacar en claro perturbando sus últimos días con una información sobre unos hechos que él no tenía ni el poder ni la oportunidad de remediar.

Pospusimos la excursión hasta la tarde, una tarde dorada de agosto. Cada ráfaga que descendía de las colinas estaba tan llena de vida que parecía poder reanimar a cualquiera que la aspirase, aun estando a punto de morir.

El rostro de Catherine era un fiel reflejo del paisaje, pues se sucedían en él sombras y claros en rápida alternancia. Pero las sombras permanecían durante más tiempo y el sol era más fugaz, y su pobre corazoncito incluso le reprochaba por ese pasajero olvido de sus preocupaciones.

Divisamos a Linton, que estaba observando justo desde el mismo sitio de la otra vez. Mi joven ama se apeó y me dijo que como tenía pensado quedarse muy poco tiempo, era mejor que sujetara su caballo y que no me bajara. Pero desmonté. Puesto que me había sido encomendada, no quería perderla ni un minuto de vista, así que remontamos juntas la loma de los brezos.

En esta ocasión, el señorito Heathcliff nos recibió con mucho alborozo. Pero no parecía la suya una excitación que surge del entusiasmo, ni tampoco de la alegría, sino que más bien parecía tener su origen en el miedo.

–¡Es tarde! –dijo, con la voz entrecortada y como si le costara hablar–. ¿No está tu padre muy enfermo? Pensé que no vendrías.

–¿Por qué no eres sincero? –exclamó Catherine sin siquiera saludar–. ¿Por qué no me puedes decir de una vez por todas que no me quieres? ¡Es extraño, Linton, que ya sea la segunda vez que me haces venir aquí aparentemente con la única intención de que los dos nos molestemos y por ninguna otra razón!

Linton tembló, y la miró, mitad suplicante, mitad avergonzado. Pero a su prima se le había agotado la paciencia para aguantar un comportamiento tan enigmático.

–Mi padre está *muy* enfermo –dijo–. ¿Por qué me has arrancado de la cabecera de su lecho? ¿Por qué no me liberaste de esta promesa cuando en realidad no querías que la mantuviera? ¡Vamos! Exijo una explicación. Los juegos y las boberías están completamente borrados de mi cabeza, y no te puedo seguir la corriente ahora y menos complacer tus amaneramientos.

–¡Mis amaneramientos! –murmuró él–. ¿A qué amaneramientos te refieres? Por el amor de Dios, Catherine, no pongas esa cara de enfado. Despréciame lo que quieras porque soy un inútil, un desgraciado y un cobarde, todo desprecio sería insuficiente. Pero soy demasiada poca cosa para suscitar tu cólera. Odia a mi padre y conténtate con despreciarme.

–¡No digas disparates! –exclamó Catherine muy alterada–. ¡Loco! ¡Mira, se pone a temblar como si fuera a tocarle de verdad! No tienes que implorar desprecio, Linton. Cualquiera lo pondría a tu servicio espontáneamente. ¡Lárgate! Me voy a casa, es una locura despegarte del calor del fuego para aparentar..., ¿qué aparentamos? ¡Suelta mi vestido! Si te compadeciera por llorar y por tener ese aspecto asustadizo, deberías despreciar tal compasión. Ellen, dile lo humillante que es su conducta. Levántate y no te degrades hasta convertirte en un reptil, ¡*me has oído*!

Con el rostro chorreando y una expresión de agonía, Linton se había dejado caer inerte en el suelo. Parecía convulsionado por un terror extremo.

–¡Ay! –sollozó–. ¡No lo puedo soportar! Catherine, Catherine, yo también soy un traidor y no me atrevo a confesártelo. ¡Pero abandóname y me moriré! *Mi querida* Catherine, mi vida está en tus manos. Has dicho que me amabas, y si así fuera, no te haría ningún daño. ¿Entonces no te irás, mi dulce y buena Catherine? A lo mejor consientes... y él me deja morir contigo.

Al darse cuenta mi señorita de la intensidad de su angustia, se agachó para levantarle. El viejo sentimiento de ternura e indulgencia se sobrepuso a su indignación, y empezó a sentirse cada vez más conmovida y alarmada.

–¿Consentir en qué? –preguntó ella–. ¿En quedarme? Explícame lo que has querido decir con esas extrañas palabras y me quedaré. Te contradices y me confundes. Cálmate y sé franco, y confiesa de una vez todo lo que te pesa en el corazón. No me vas a hacer daño, Linton, ¿verdad? No dejarías que enemigo alguno me hiciera daño si lo pudieras evitar, ¿verdad? Tal vez seas un cobarde contigo mismo, pero no hasta el punto de que tu cobardía te lleve a traicionar a tu mejor amiga.

–Pero es que mi padre me ha amenazado –jadeó el chiquillo, agarrándose los frágiles deditos– y le temo, ¡le tengo mucho miedo!, y no me atrevo a hablar.

–¡Pues muy bien! –dijo Catherine con despectiva compasión–. Guarda tu secreto,

yo no soy una cobarde. Defiéndete como puedas, yo no tengo miedo.

Esta generosidad provocó el llanto de Linton. Rompió a llorar de manera salvaje, besando las manos que lo aguantaban y sin poder reunir fuerzas para hablar.

Yo reflexionaba sobre qué misterio podría haber, decidida de buen grado a que Catherine no sufriera nunca ni por su culpa ni por la de nadie, cuando oí un crujido entre los brezos, miré hacia arriba y vi al señor Heathcliff, que bajaba de las Cumbres, muy cerca de nosotros. No descargó ninguna mirada hacia mis compañeros, aunque estaba lo bastante próximo como para que los sollozos de Linton se oyeran. Me saludó con ese tono casi cordial que no usaba con nadie más, y de cuya sinceridad no pude por menos de dudar. Dijo:

–¡Ya es algo verte tan cerca de mi casa, Nelly! ¿Cómo estáis en la Granja? ¡Cuéntame! Corre el rumor –añadió en tono más bajo– de que Edgar Linton está a punto de palmarla, aunque... ¿estarán exagerando su enfermedad?

–No, mi amo se está muriendo –contesté–, es absolutamente cierto. Será muy triste para todos nosotros, aunque un alivio para él.

–¿Cuánto tiempo piensas que le queda? –preguntó.

–No lo sé –dije yo.

–Porque... –continuó echando un vistazo a los dos jóvenes que estaban inmóviles bajo su mirada. Parecía como si Linton no se atreviera a moverse, o a levantar la cabeza, y Catherine tampoco podía hacerlo porque le estaba sosteniendo–, porque ese chico parece decidido a derrotarme, y agradecería a su tío que fuera rápido y que se marchara antes que él. ¿Cuánto tiempo lleva jugando este cachorro a este juego de dar lástima? Le di algunas lecciones de lloriqueo. ¿No suele estar bastante animado con la señorita Linton?

–¿Animado? No. Se muestra profundamente acongojado –contesté yo–. Yo diría, por lo que veo, que en lugar de estar paseando con su cariñito por las colinas debería estar en cama, bajo los cuidados de un médico.

–Lo estará en uno o dos días –murmuró Heathcliff–. Pero primero, ¡levántate, Linton! ¡Levántate! No te arrastres por el suelo, levántate ahora mismo.

Linton se había vuelto a hundir y estaba postrado en otro paroxismo de irremediable pavor, supongo que causado por la mirada que le lanzaba su padre. Ninguna cosa en el mundo le producía tanta humillación. Hizo varias intentonas de obedecer, pero su escasa fuerza estaba aniquilada y volvió a caer hacia atrás soltando un sollozo.

El señor Heathcliff se acercó y le levantó para apoyarle en un banco de césped.

–Vamos a ver –dijo con ferocidad contenida–. Me estoy poniendo rabioso, y si no dominas ese miserable espíritu, pues... ¡maldito seas! ¡Levántate ahora mismo!

–Ya voy, padre –jadeó–. ¡Pero déjame en paz o me desmayaré! Estoy seguro de que he hecho lo que me pedías. Catherine te dirá si yo, si yo... he estado contento. ¡Ay!, quédate conmigo, Catherine, no me sueltes la mano.

–Coge la mía –dijo su padre–. ¡Ponte en pie! Venga..., ella dejará que te apoyes en su brazo..., muy bien, *mírala*. Creerá usted que soy el mismísimo demonio, señorita Linton, ejerciendo semejante terror. Tenga usted la amabilidad de caminar con él. Tiembla cuando le toco.

–¡Linton, querido! –susurró Catherine–. No puedo ir a Cumbres Borrascosas..., papá me lo ha prohibido... Él no te hará daño, ¿por qué tienes tanto miedo?

–No puedo volver a entrar en esa casa –contestó–. No puedo volver sin ti.

–¡Basta! –gritó su padre–. Respetemos los escrúpulos filiales de Catherine. Nelly, llévatelo y yo seguiré tus consejos con respecto al médico sin demora.

–Hará usted bien –fue mi respuesta–, pero tengo que permanecer con mi señorita. No tengo por qué ocuparme de su hijo.

–Eres muy dura, ya lo sé, pero me obligarás a que pellizque al crío para hacerle llorar antes que suscitar tu compasión. Vamos, pues, mi valentón, ¿estás dispuesto a volver escoltado por mí?

Se acercó una vez más e hizo como si fuera a coger a la frágil criatura, pero Linton retrocedió y se agarró a su prima, implorándole que le acompañara con tan frenética insistencia que no admitía negativa.

No pude impedirlo aunque no me parecía bien. Y es que..., ¿cómo habría podido ella negarse? No podíamos entender qué era lo que le producía semejante terror, pero ahí estaba, indefenso bajo sus garras, y parecía que a poco que el terror aumentara, el chico acabaría volviéndose idiota.

Llegamos al umbral y Catherine entró. Yo esperé fuera hasta que condujera al enfermo a una silla, pensando que saldría de inmediato. Entonces, el señor Heathcliff me empujó hacia dentro y exclamó:

–Mi casa no está apestada, Nelly, y hoy me siento hospitalario. Siéntate y déjame cerrar la puerta.

La cerró y también pasó el cerrojo. Yo comencé a temblar.

–Tomarás el té antes de irte a casa –añadió–. Estoy solo. Hareton se ha llevado el ganado a los pastizales de Lees, y a Zillah y a Joseph les he dado permiso para salir. Y, aunque estoy acostumbrado a estar solo, no me disgusta estar con gente agradable, si es que consigo que vengan. Señorita Linton, siéntese junto a él. Le doy lo que tengo, el regalo casi no merece la pena, pero no tengo nada más que ofrecerle. Me refiero a Linton. ¡Pero no me mire así! Es extraño, pero cuando alguien parece temerme, siempre se me despiertan los sentimientos salvajes. Si hubiera nacido en un país con unas leyes menos estrictas y unos gustos menos refinados, me regalaría con una lenta vivisección de esos dos, como entretenimiento nocturno.

Respiró hondo, golpeó la mesa y maldijo para sus adentros:

–¡Por todos los demonios! ¡Cuánto los odio!

–¡No le tengo miedo! –exclamó Catherine, quien no había oído la última parte de su discurso.

Se acercó, sus ojos negros lanzando destellos de pasión y muy resuelta.

–Deme esa llave, ¡démela, he dicho! No comería ni bebería aquí ni aunque me estuviera muriendo de hambre.

Heathcliff tenía apoyada sobre la mesa la mano donde guardaba la llave. Alzó la mirada, un tanto estupefacto ante la osadía de la niña, o tal vez la voz y la mirada le recordaron a la persona de quien las había heredado.

Ella alcanzó el objeto y casi consiguió arrebatárselo de los dedos aflojados. Pero

la acción de la niña hizo que Heathcliff volviera al presente, recuperando la llave con un movimiento rápido.

–Y ahora, Catherine Linton –dijo él–, quítese del medio o la tumbo, y eso volvería loca a la señora Dean.

Sin tener en cuenta su advertencia, ella volvió a atraparle aquella mano cerrada y su contenido.

–¡Nos vamos! –repitió haciendo un esfuerzo sobrehumano para que sus músculos de hierro se relajaran. Y viendo que sus uñas no hacían efecto, le clavó los dientes bien afilados.

Heathcliff me lanzó una mirada que me hizo abstenerme de intervenir por un momento. Catherine estaba demasiado concentrada en sus dedos para reparar en su cara. Entonces él abrió la mano repentinamente y soltó el objeto de disputa, pero antes de que ella lo hubiera puesto a buen recaudo, agarró a la niña con la mano libre y, poniéndola de rodillas, le propinó una lluvia de terribles sopapos a ambos lados de la cabeza, suficientes como para dar por cumplida su amenaza. Yo corrí hacia él furiosa:

–¡Bellaco! –comencé a gritar–. ¡Más que bellaco!

Un golpe en el pecho me obligó a callar. Soy corpulenta y me quedo sin aliento con facilidad, y eso, junto con lo excitada que estaba, me hizo recular aturdida, a punto de ahogarme o de que me estallara una vena.

La escena duró dos minutos. Una vez liberada, Catherine se llevó las dos manos a las sienes y parecía no estar segura de seguir teniendo las orejas en su sitio. Temblaba como un junco, y se apoyó contra la mesa totalmente aturdida.

–Sé cómo castigar a los niños, ya ves –dijo el canalla ferozmente, mientras se agachaba para hacerse con la llave que se había caído al suelo–. ¡Ahora vete con Linton como te he dicho, y a llorar a gusto los dos! Seré tu padre mañana, el único padre que vas a tener en unos cuantos días..., y verás cómo sigues recibiendo. Tú eres capaz de seguir recibiendo porque no eres una debilucha, ¡así que tendrás tu ración diaria si vuelvo a atisbar en tus ojos ese temperamento endemoniado!

Cathy corrió hacia mí en lugar de hacia Linton, se arrodilló, puso su mejilla ardiente sobre mi regazo y arrancó a llorar fuerte. Su primo estaba encogido en un rincón del escaño, callado como un ratón, me atrevería a decir que congratulándose de que el correctivo hubiera recaído sobre otro.

El señor Heathcliff, al darse cuenta de que todos estábamos aturdidos, se levantó y, muy expeditivo, hizo el té él mismo. Las tazas y los platillos estaban ya preparados. Lo sirvió y me ofreció una taza.

–Trágate tu bilis –me dijo– y sirve a tu animalejo malvado y al mío. Aunque lo haya preparado yo, no está envenenado. Voy a salir a buscar vuestros caballos.

Nuestro primer pensamiento, nada más salir él, fue el de salir por donde pudiéramos. Lo intentamos por la puerta de la cocina, pero estaba atrancada por fuera. Echamos un vistazo a las ventanas, pero eran demasiado estrechas incluso para alguien tan delgado como Catherine.

–Señorito Linton –exclamé yo, comprendiendo que estábamos prisioneras–, usted sabe qué es lo que pretende su diabólico padre, y, o nos lo dice, o le cruzo la

cara como él ha hecho con su prima.

–Sí, Linton, tienes que decírnoslo –dijo Catherine–. Por ti he venido, y negarte sería una perversa ingratitud.

–Dame una taza que tengo sed, y luego os cuento –contestó él–. Señora Dean, márchese. No me gusta que esté usted encima de mí. ¡Y tú, Catherine, se te están cayendo las lágrimas dentro de mi taza! No pienso beber de ésa. Alcánzame otra.

Catherine le empujó otra taza y se limpió la cara. Me sentí asqueada por la manera de comportarse de aquel desgraciado desde que había dejado de sentir miedo por sí mismo. La congoja que había mostrado en los páramos remitió tan pronto hubo entrado en Cumbres Borrascosas, así que supuse que le había amenazado con uno de sus espantosos brotes de ira si no conseguía llevarnos allí. Conseguido esto, por el momento ya no tenía nada que temer.

–Papá quiere que nos casemos –continuó, después de dar un sorbo al té–, y sabe que tu padre no nos permitiría que nos casáramos ahora. Pero como tiene miedo de que me muera si esperamos, quiere que lo hagamos mañana y por eso tienes que quedarte aquí toda la noche. Si haces lo que él te dice, volverás a casa al día siguiente y me podrás llevar contigo.

–¿Llevarle con ella, pobre botarate? –exclamé yo–. ¿Casarse *usted*? Pero ese hombre está loco o se que cree que todos nosotros lo estamos... ¿Es que piensa que esta jovencita hermosa, esta niña cariñosa y saludable va a atarse a un mono agonizante como usted? ¿Acaso acaricia la idea de que *cualquiera*, aparte de la señorita Catherine Linton, accedería a tenerle como marido? Se merece usted unos buenos azotes por habernos traído hasta aquí con sus lloriqueos y viles añagazas. ¡No ponga esa cara de bobo! Tengo muchas ganas de darle una buena tunda por su despreciable perfidia y su estúpida presunción.

Le propiné un ligero meneo, que le arrancó la tos, y prosiguió con su recurso de gemir y lloriquear, y Catherine me amonestó.

–¿Quedarme aquí toda la noche? ¡Ni hablar! –dijo lanzando una mirada lenta a su alrededor–. Ellen, saldré de aquí aunque tenga que prender fuego a esa puerta.

Iba a empezar a ejecutar la amenaza cuando Linton se levantó, de nuevo preocupado por su preciosa persona. Enlazó a la niña entre sus débiles brazos, lloriqueando...

–¿No me quieres aceptar, no quieres salvarme, no dejarás que vaya a la Granja? ¡Ay, mi querida Catherine! No te puedes ir y dejarme después de todo. ¡Tienes que obedecer a mi padre, *debes* hacerlo!

–Tengo que obedecer al mío y sacarle de este suspense cruel. ¡Toda la noche! ¿Pero qué se ha pensado? Debe de estar ya desesperado. Antes rompería o quemaría una salida de la casa. ¡Cállate! No tienes nada que temer, pero si te opones, Linton, que sepas que quiero a papá más que a ti.

El mortal terror que el señor Heathcliff inspiraba al chico le devolvió su cobarde elocuencia. Catherine estaba a punto de enloquecer, pero aún insistía en que tenía que volver a casa y procuraba, a su vez, convencer a Linton de que dominara su egoísta congoja.

Entretanto entró nuestro carcelero.

–Vuestras bestias se han largado –dijo–. Y bien, Linton, ¿lloriqueando otra vez? ¿Qué ha estado haciéndote ella? Termina. Vamos, vamos. Vete a la cama. En un mes o dos, zagal, podrás devolverle sus tiranías presentes con mano dura. Porque ahora suspiras de puro amor, ¿verdad?, no hay otra cosa en el mundo..., ¡pero acabará aceptándote! Venga, ¡a la cama! Zillah no va a estar aquí esta noche, tienes que desvestirte. ¡Silencio, calla ya! Una vez que estés en tu propia habitación, no me acercaré a ti, no tienes nada que temer. Por una vez te has portado bastante bien. Yo me cuidaré de lo demás.

Dijo estas palabras sujetando la puerta abierta para que su hijo pasase; éste salió como podría haberlo hecho un perro de aguas que sospecha en la persona que le cuida intenciones de maltratarle.

Heathcliff volvió a cerrar con llave y se acercó al fuego, donde mi señorita y yo estábamos en silencio. Catherine miró hacia arriba, e instintivamente se llevó la mano a la mejilla, como si la proximidad del otro reavivara una dolorosa sensación. Nadie podría haber juzgado este gesto infantil con severidad, pero él le frunció el ceño y le dijo:

–¿Conque no me tienes miedo? Pues disimulas mal tu osadía, pareces muy asustada.

–Es que ahora tengo miedo –contestó ella– porque, si me quedo aquí, papá empezará a preocuparse, y ¿cómo podría permitirme preocuparle cuando... cuando él...? Señor Heathcliff, ¡déjeme volver a casa! Prometo casarme con Linton, a papá también le gustará la idea, y le querré, porque..., ¿por qué desea usted obligarme a hacer lo que yo haría de buen grado?

–¡Ya veremos si la obliga! –exclamé yo–. ¡Existen leyes en el país, gracias a Dios! ¡Oh, sí!, aunque estemos apartados del mundo. Le denunciaría aunque fuera mi propio hijo, y es delito casarse por lo civil.

–¡Silencio! –vociferó el rufián–. ¡Al diablo con vuestros clamores! No necesito vuestra cháchara. Señorita Linton, me alegrará sobremanera pensar que su padre está preocupado, no podré dormir de pura satisfacción. No podría haber encontrado método más seguro para fijar su residencia bajo mi techo las próximas veinticuatro horas que informarme de que iba a ocurrir eso. En cuanto a su promesa de casarse con Linton, ya me cuidaré yo de que la mantenga, es más, no saldrá de aquí sin haberla cumplido.

–¡Pues entonces envíe a Ellen para que le diga a papá que estoy bien! –exclamó Catherine sollozando amargamente–. O cáseme ahora. ¡Pobre papá! Ellen, pensará que nos hemos perdido. ¿Qué podemos hacer?

–¡De eso nada! Pensará que están cansadas de él y que han huido para pasar el rato –contestó Heathcliff–. Porque... no me negarán que entraron en mi casa porque les dio la gana, haciendo caso omiso de sus prohibiciones. Y es muy normal que necesite divertirse a su edad, y que se canse usted de cuidar a un enfermo, y más cuando ese enfermo es sólo su padre. Catherine, los días más felices de su padre terminaron cuando empezaron los suyos. Hasta me atrevería a decir que la maldijo por traerla al mundo, como la maldije yo, y daría lo mismo que la maldijera cuando se marchara. Yo me uniría a él. ¡No la quiero! ¿Cómo podría hacerlo? Ea,

lloriquee. Por lo que veo, será su mejor entretenimiento de ahora en adelante, a no ser que Linton la compense por otras pérdidas, y parece que su providente padre se figura que puede hacerlo. Sus cartas de consejo y consolación me entretuvieron enormemente. En la última le recomendaba a mi joyita que cuidara de la suya y que fuera amable con ella cuando se casaran. ¡Cuidadoso y amable...!, ¡qué paternal! Pero Linton necesita toda su provisión de cuidado y amabilidad para él. Linton es capaz de hacer bien el papel de pequeño tirano. Podría torturar a un buen número de gatos con tal de que les hubieran sacado los dientes y les hubieran quitado las uñas. Podrá contarle a su tío preciosas historias sobre su bondad cuando vuelva a casa, eso se lo aseguro.

–¡En eso tiene usted razón! –dije yo–. Porque... explíquenos el carácter que tiene su hijo. Demuestre que se parece a usted mismo; y entonces, me imagino que la señorita Cathy se lo pensará dos veces antes de aceptar a ese basilisco.

–No me importa mucho hablar de sus preciosas cualidades –contestó– porque, o bien le acepta o bien se queda como prisionera, y tú de paso con ella, hasta que su amo se muera. Puedo reteneros a las dos aquí bastante escondidas. Si lo dudas, anímala a que retire su palabra y tendrás oportunidad de juzgar.

–No me retractaré –dijo Catherine–. Me casaré con él ahora mismo si después puedo ir a la Granja de los Tordos. Señor Heathcliff, es usted un hombre cruel, pero no un demonio, y no conseguirá de pura malicia destruir irrevocablemente toda mi felicidad. Si a papá se le pasa por la cabeza que le he dejado a propósito, y si muere antes de que vuelva, ¿cómo podría yo seguir viviendo? Ya me he cansado de llorar, pero voy a hincarme de rodillas aquí, junto a usted, ¡y no pienso levantarme, y no pienso apartar mis ojos de su cara hasta que vuelva a mirarme! ¡No, no vuelva el rostro! ¡Míreme! No verá usted nada que pueda provocarle. No le odio. No le guardo rencor por haberme golpeado. ¿Ha amado a alguien alguna vez en su vida, tío? *¿Nunca?* ¡Ay, pero míreme de una vez! Me siento tan desgraciada que no tendrá más remedio que compadecerme.

–¡Aparta tus dedos de lagarta y vete, o te daré una buena tunda! –vociferó Heathcliff, rechazándola brutalmente–. Preferiría que se me abrazara una serpiente. ¿Cómo diablos sueñas con enternecerme si te aborrezco?

Se encogió de hombros y se sacudió como si realmente la carne se le estremeciera de aversión, y echó su silla hacia atrás. Mientras tanto, yo me había levantado y abrí la boca para lanzarle un franco torrente de insultos. Pero me quedé muda a la mitad de la primera frase con la amenaza de que a la siguiente palabra que soltara me encerrarían sola en una habitación.

Estaba oscureciendo y oímos el sonido de unas voces junto a la verja del jardín. Nuestro anfitrión salió corriendo al instante. Él conservaba sus facultades mentales; nosotras no. Mantuvo una conversación de dos o tres minutos y volvió a entrar solo.

–Pensé que era su primo Hareton –le dije a Catherine–. ¡Ojalá viniera! ¡Quién sabe si no se pondría de nuestra parte!

–Eran tres criados enviados desde la Granja para buscaros –dijo Heathcliff, que me había oído–. Deberíais haber abierto una ventana para llamarlos, aunque

juraría que la chica se alegra de no haberlo hecho. Está muy contenta de que la obliguen a quedarse, estoy seguro.

Al tener noticia de la oportunidad que habíamos perdido, las dos dimos rienda suelta a nuestra pena, y nos dejó lamentándonos hasta las nueve. Entonces nos pidió que subiéramos a través de la cocina a la habitación de Zillah. Yo le susurré a mi compañera que obedeciera porque, una vez allí, quizá podríamos salir por la ventana o meternos en una buhardilla para salir a través del tragaluz.

Pero la ventana eran tan estrecha como las que había abajo y la trampilla de la buhardilla estaba hecha a prueba contra nuestros ataques, por lo que estábamos tan encerradas como antes.

Ninguna de las dos se acostó: Catherine se sentó junto a la ventana, esperando a que amaneciera con ansiedad. Algún hondo suspiro fue la única respuesta que obtuve a mis insistentes súplicas para que tratara de dormir.

Me senté en una silla, y mientras me mecía iba haciendo un estricto balance de las muchas veces que falté a mi deber. Se me ocurrió entonces que de aquellas faltas provenían todas las desgracias de mis amos. En realidad no era así, y soy consciente de ello, pero así me lo imaginé esa noche aciaga. Incluso llegué a pensar que Heathcliff era menos culpable que yo.

A la siete en punto, él entró y preguntó si la señorita Linton se había levantado.

Ella corrió hacia la puerta de inmediato y contestó que sí.

–Pues ven –dijo él abriéndola y empujándola hacia fuera.

Me levanté para seguirla, pero volvió a cerrar con llave. Le pedí que me liberara.

–Ten paciencia –contestó él–. Te enviaré el desayuno en un ratito.

Golpeé la puerta y sacudí el pestillo con rabia. Catherine quiso saber por qué se me mantenía encerrada. Él contestó que tenía que aguantarme una hora más, y se marcharon.

Aguanté dos o tres horas hasta que finalmente oí unas pisadas que no eran de Heathcliff.

–Te traigo algo para comer –dijo la voz–, abre la puerta.

Obedecí con presteza y vi a Hareton que venía cargado con comida suficiente para un día entero.

–Cógela –añadió, poniendo la bandeja en mis manos.

–Espera un minuto –le dije.

–¡Ni hablar! –gritó él, sin reparar en mis ruegos para detenerle.

Por lo que permanecí encerrada el día entero y toda la noche siguiente; y otra, y otra. Permanecí allí cinco noches y cuatro días en total sin ver a nadie más que a Hareton, una vez cada mañana. Era un carcelero ejemplar: huraño, mudo y sordo a todo intento de conmover su sentido de la justicia o la compasión.

Capítulo XXVIII

A la quinta mañana, o mejor dicho, a la tarde, se aproximaron unos pasos distintos, más ligeros y menudos, y esta vez, la persona entró en la habitación. Era Zillah, arrebujada en su chal escarlata, con un sombrero de seda negra sobre la cabeza y una cesta de mimbre colgándole del brazo.

–¡Ay, pero si es la señora Dean! –exclamó–. ¡Dios santo! Corren todo tipo de rumores sobre usted en Gimmerton. No se me ocurría otra cosa que pensar que se había hundido en la ciénaga de Blackhorse, y la señorita con usted, hasta que mi amo me contó que las habían encontrado y que les habían dado alojamiento aquí. Debieron de dar con uno de los islotes, seguro. ¿Y cuánto tiempo estuvo usted en el agujero? ¿Las salvó el amo, señora Dean? Pues no está usted tan delgada, no ha debido de pasarlo tan mal, ¿no?

–¡Su amo es un perfecto sinvergüenza! –contesté yo–. Pero me las pagará. No tenía por qué haber ido contando esas cosas, pero ya saldrá todo a la luz.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Zillah–. No es un cuento suyo, es lo que dicen en el pueblo..., que usted se perdió en la ciénaga. Y cuando llegué le dije a Earnshaw:

»–Han pasado cosas muy raras desde que me fui, señor Hareton. ¡Qué lástima lo de esa joven tan bonita y la vivaracha de Nelly Dean!

»Se me quedó mirando. Pensé que no sabía nada del asunto, así que le conté el rumor.

»El amo me escuchó, se limitó a sonreírse y dijo:

»–Si cayeron en la ciénaga, ya están fuera, Zillah. Ahora mismo Nelly Dean está alojada en tu cuarto. Puedes decirle que se largue cuando subas, aquí está la llave. El agua de la ciénaga se le subió a la cabeza y se habría marchado a casa completamente tarumba. Así que yo la retuve aquí hasta que recobró el sentido. Puedes decirle que se vaya a la Granja de una vez, si puede, y que lleve de mi parte el mensaje de que su ama la seguirá a tiempo de asistir al entierro del señor…

–¿Entonces ha muerto el señor Edgar? –jadeé–. ¡Oh, Zillah, Zillah!

–No, no, siéntese, mi querida amiga –contestó ella–, está usted muy enferma. No ha muerto. El doctor Kenneth piensa que puede durar otro día más; me lo encontré en el camino y se lo pregunté.

En lugar de sentarme, agarré mi ropa de calle y bajé corriendo aprovechando que el camino estaba expedito.

Al entrar en la sala busqué a alguien que me diera información acerca de Catherine.

La estancia estaba inundada de sol y la puerta abierta de par en par, pero no parecía haber nadie.

Cuando dudaba de si debía irme de una vez o volver a buscar a mi ama, una tos leve atrajo mi atención hacia el hogar.

Linton, único ocupante, estaba recostado sobre el escaño chuperreteando una barra de azúcar y siguiendo mis movimientos con ojos apáticos.

–¿Dónde está la señorita Catherine? –pregunté con gravedad, suponiendo que le asustaría y me daría información, al pillarle así, solo.

Siguió chupando como un tontaina.

–¿Se ha ido? –pregunté.

–No –contestó él–, está arriba. No se va a ir. No se lo permitiremos.

–¡Que no se lo permitiréis, estúpido cretino! –exclamé yo–. Lléveme a su habitación inmediatamente, o le haré cantar.

–Papá es el que la hará cantar si intenta subir –contestó él–. Dice que no debo ser indulgente con Catherine, es mi mujer, y es vergonzoso que desee dejarme. Él dice que ella me odia y que desea que me muera para conseguir mi dinero, aunque no lo tendrá. ¡Y no volverá a casa!, ¡nunca!, por mucho que lloriquee y se ponga enferma.

Prosiguió con su anterior ocupación, cerrando los labios como si quisiera dormirse.

–Señorito Linton –continué–, ¿acaso se ha olvidado de la bondad de Catherine hacia usted el pasado invierno, cuando decía quererla y cuando le trajo libros y le cantaba canciones y vino más de una vez bregando contra viento y marea para verle? Lloró una tarde que no pudo ir porque pensaba que se sentiría usted decepcionado. Creía entonces que ella era cien veces demasiado buena para usted, y ahora va usted y se cree las mentiras de su padre, aunque es consciente de que les detesta a los dos. Y se confabula en contra de ella. ¿A eso le llama gratitud?

La comisura de la boca de Linton cayó, y se retiró de los labios la barra de azúcar.

–¿Cree que venía a Cumbres Borrascosas porque le odiaba? –continué yo–. ¡Piense por sí mismo! Y en lo que se refiere a su dinero, ella ni siquiera sabe que lo tendrá. Y dice que está enferma, y sin embargo, la deja sola, ahí sola en una casa extraña. ¡Precisamente *usted*, que sabe lo que es sentirse abandonado! Se lamenta de sus propias dolencias, y ella también, pero lo que nunca haría es dolerse por ella. Yo lloro, ya ve, señorito Heathcliff, una simple criada vieja, mientras que usted, después de aparentar esos afectos y de tener motivos para adorarla, lo que hace es guardarse para sí mismo las lágrimas, limitándose a estar ahí tumbado como si tal cosa. ¡Ay!, ¡es usted un niño egoísta y sin corazón!

–¡No puedo estar con ella! –contestó enfadado–. No me quedaré solo con ella. Llora y no lo puedo soportar. Y no deja de llorar aunque le diga que voy a llamar a mi padre. De hecho, le llamé una vez, y amenazó con estrangularla si no se callaba. Pero luego comenzó de nuevo en el momento en que él se fue de la habitación. Se pasa toda la santa noche gimiendo y lamentándose aunque yo grite de irritación porque no me deja dormir.

–¿Ha salido el señor Heathcliff? –pregunté, percatándome de que la desgraciada criatura era incapaz de comprender las torturas mentales a las que estaba sometiendo a su prima.

–Está en el patio hablando con el doctor Kenneth, que dice que el tío por fin se está muriendo de verdad –dijo él–. Yo me alegro porque, cuando eso ocurra, seré el amo de la Granja, y Catherine siempre hablaba de ella como *su* casa. ¡No es su casa!

Es mía, papá dice que todo lo que tiene es mío. Todos sus preciosos libros son míos..., me los ofreció, y también los pájaros preciosos y su jaca Minny, si conseguía la llave de la habitación y la liberaba, pero le dije que no tenía nada para darme porque todo era mío, ¡mío! Y entonces comenzó a llorar, y se sacó un pequeño medallón del cuello y dijo que podía quedármelo también, dos retratos en un estuche de oro, por un lado su madre y por otro el tío, cuando eran jóvenes. Eso ocurrió ayer, le dije que los retratos *también* eran míos, e intenté arrebatárselos. Pero la muy pécora no me dejaba; me empujó y me hizo daño. Chillé, cosa que le asusta, oyó que venía papá y rompió las bisagras, dividió el estuche y me entregó el retrato de su madre. Intentó esconder el otro, pero papá preguntó qué ocurría y se lo expliqué. Me arrebató el retrato que tenía yo, y le ordenó que me entregara el otro. Ella se negó y él... la tiró al suelo, le arrancó la cadena y la aplastó con el pie.

–¿Y le pareció a usted bien que le pegara? –pregunté, pues tenía intención de que se animase a hablar.

–Cerré los ojos –contestó él–. Los cierro siempre que veo a papá pegando a un perro o a un caballo, ¡se pone tan violento! Aunque al principio me alegré: se merecía un castigo por empujarme. Pero cuando papá se hubo marchado hizo que me acercase a la ventana y me mostró un corte en la mejilla que se había hecho con los dientes, y la boca llena de sangre. Entonces recogió los pedacitos del retrato y se fue a sentarse con la cabeza contra la pared, y desde entonces no me ha vuelto a hablar. Seguramente no podía hablar a causa del dolor... No me gusta pensar en ello, pero es una niña mala por llorar continuamente, y tiene una cara tan pálida y salvaje que ¡le tengo un miedo!

–¿Y puede usted conseguir la llave cuando quiere? –dije.

–Sí, cuando estoy arriba, pero ahora no puedo subir.

–¿En qué habitación está?

–¡Ay! –exclamó–. ¡No pienso decirte donde está! Es nuestro secreto. Nadie, ni siquiera Zillah o Hareton, lo sabe. ¡Ya basta!, ya me has cansado, ¡vete! ¡Largo! –y apoyó el rostro contra el brazo y volvió a cerrar los ojos de nuevo.

Pensé que era mejor salir sin que me viera el señor Heathcliff y traer refuerzos de la Granja para mi jovencita.

Al llegar allí, mis compañeros los criados no cabían en sí de asombro y alegría; y cuando supieron que su amita estaba a salvo, dos o tres estuvieron a punto de subir a contarle las noticias al señor Edgar. Pero fui yo en persona quien se las dio.

¡Qué cambiado lo encontré, a pesar de que habían transcurrido unos pocos días! Su rostro estaba velado por la tristeza y la resignación, y esperaba su muerte. Parecía muy joven, y aunque actualmente tenía treinta y nueve años, uno podría haberle echado diez menos. Pensaba en Catherine, porque murmuraba su nombre. Le cogí la mano y comencé a hablar:

–¡Catherine vendrá pronto, mi querido amo! –le susurré–. Está sana y salva, y espero verla aquí esta noche.

Temblé ante los primeros efectos de esta noticia. Se medio incorporó, esparció una mirada de ansiedad por la habitación y volvió a hundirse como en un desmayo.

Cuando se recuperó le relaté nuestra visita forzada y la detención en las

Cumbres. Le dije que Heathcliff me había obligado a entrar, cosa que no era del todo verdad. Hablé lo menos posible en contra de Linton, y tampoco describí con pelos y señales la brutal conducta de su padre. A ser posible, no quería añadir más amargura a su ya rebosante cáliz.

Adivinó que uno de los propósitos de su enemigo era asegurar su fortuna personal y la hacienda para su hijo, o más bien para sí mismo. Pero por qué no esperaba a su muerte era un enigma para mi amo. Y es que ignoraba que su sobrino iba a dejar este mundo casi al mismo tiempo que él.

Sin embargo, comprendió que tenía que alterar su testamento. En lugar de dejar la fortuna de Catherine a su disposición, decidió ponerla en manos de fideicomisarios para que pudiera gozar de su usufructo en vida, y para sus hijos, si es que llegaba a tener alguno, después de ella. De este modo no caería en manos del señor Heathcliff en caso de que Linton muriera.

Habiendo recibido sus órdenes, envié a un hombre para que trajera a un abogado, y a otros cuatro más, provistos con armas suficientes, para exigir la joven a su carcelero. Tanto los unos como el otro se retrasaron mucho. El criado que partió solo fue el que regresó primero.

Dijo que el señor Green, el abogado, estaba fuera cuando llegó a su casa, y que le había esperado durante dos horas. Entonces el señor Green le contestó que tenía un pequeño asunto que concluir en el pueblo y que estaría en la Granja de los Tordos antes de que amaneciera.

Los cuatro hombres también volvieron sin compañía alguna. Vinieron con el recado de que Catherine estaba enferma, demasiado enferma como para dejar la habitación, y que Heathcliff no les había permitido verla.

Les eché una buena regañina por haber creído semejante cuento, con el que no pude ir a mi amo. Estaba decidida a llevarme toda una banda de hombres a las Cumbres al amanecer y asaltar la casa, literalmente, si no nos entregaban a la prisionera de forma pacífica. Me juraba una y otra vez que su padre la vería, aunque hubiese que matar a ese diablo en el umbral de su casa si intentaba oponerse a ello.

Afortunadamente me ahorré tanto el viaje como el problema.

Había bajado a las tres para coger una jarra de agua y pasaba a través del recibidor con ella cuando un fuerte aldabonazo en la puerta delantera me hizo pegar un brinco.

–¡Ah, pero si es Green! –dije haciendo memoria–. Tan sólo Green... –y proseguí con la intención de enviar a otra persona para abrirle. Pero el golpeteo volvió a escucharse no muy fuerte, aunque sí de forma insistente.

Coloqué la jarra sobre el pasamanos y me apresuré a abrir yo misma.

La luna llena otoñal resplandecía fuera. No era el abogado. Mi dulce amita me saltó al cuello sollozando.

–¡Ellen!, ¡Ellen! ¿Está vivo papá?

–¡Sí! –exclamé–, ¡lo está, mi angelito, está vivo! ¡Gracias a Dios usted está de nuevo a salvo con nosotros!

Quería subir corriendo, sin aliento como estaba, a la habitación de su padre. Pero

la obligué a sentarse en una silla y la hice beber. También le lavé la cara, restregándosela con el delantal para sacar un poco de color. Le dije que tenía que entrar yo primero para anunciar su llegada, y le rogué que le dijera que iba a ser feliz con el joven Heathcliff. Me miró sorprendida, pero enseguida comprendió por qué le aconsejaba decir semejante mentira, y me aseguró que no se quejaría de nada.

No me atreví a presenciar el encuentro. Permanecí junto a la puerta durante un cuarto de hora, y apenas me aventuré a acercarme a la cama.

Todo estaba tranquilo. El desasosiego de Catherine era tan silencioso como la alegría de su padre. Ella le sujetaba con aparente tranquilidad, y él tenía fijos en el rostro de su hija los ojos abiertos que parecían dilatarse con el éxtasis.

Murió dichoso, señor Lockwood, así murió. Y besando la mejilla de Catherine, murmuró:

–Me voy con ella, y tú, nuestra niña querida, vendrás con nosotros.

No volvió a rebullir ni a hablar, pero continuaron en aquel éxtasis, mirándose radiantes, hasta que su pulso se detuvo imperceptiblemente y su alma se marchó. Ninguna de las dos habría podido decir cuándo murió exactamente, tan apacible fue su despedida.

Ya sea porque Catherine había agotado sus lágrimas, o porque el dolor era demasiado pesado como para dejarlas fluir, permaneció sentada con los ojos secos hasta que salió el sol. Se sentó hasta el mediodía, y se habría quedado durante más tiempo meditando sobre ese lecho de muerte, pero yo insistí en que saliera y reposara un poco.

Menos mal que conseguí sacarla de allí, porque a la hora de comer apareció el abogado, que había pasado por Cumbres Borrascosas para recibir instrucciones de cómo proceder. Se había vendido al señor Heathcliff, y de ahí el retraso en cumplir las órdenes de mi amo, por cuya mente, por ventura, no había cruzado ningún pensamiento mundano que le perturbara desde la llegada de su hija.

El señor Green se ocupó de dar órdenes para todo y para todos en la casa. Despidió a todos los criados excepto a mí. Habría llevado su autoridad delegada hasta el extremo de insistir en que Edgar Linton no fuera enterrado junto a su esposa, sino en la capilla con el resto de su familia. Pero estaba el testamento para evitarlo, así como mis enérgicas protestas contra cualquier infracción de sus disposiciones.

Se le enterró a toda prisa. A Catherine, la señora Linton Heathcliff ahora, se le permitió quedarse en la Granja hasta que el cadáver de su padre hubiera partido.

Me contó que por fin su angustia incitó a Linton a correr el riesgo de liberarla. Oyó a los hombres que yo envié discutiendo en la puerta, comprendiendo el sentido de la respuesta de Heathcliff, que le llevó al límite de la desesperación. Linton, a quien habían llevado al gabinete después de haberme ido yo, se aterrorizó tanto que fue a buscar la llave antes de que su padre volviera a subir.

Tuvo la astucia de correr el cerrojo y de volverlo a echar sin cerrar la puerta y, cuando tuvo que irse a la cama, solicitó dormir con Hareton, petición que le fue concedida por una vez.

Catherine huyó antes de que abriera el día. No se atrevió a salir por las puertas, no fuera que los perros dieran la voz de alarma. Pasó por las habitaciones vacías inspeccionando las ventanas; por suerte, al llegar a la de su madre, saltó al suelo fácilmente por la ventana gracias al abeto que estaba cerca. Su cómplice tuvo que sufrir lo suyo por haber ayudado en la fuga, a pesar de sus tímidos subterfugios.

Capítulo XXIX

La noche después del funeral, mi joven ama y yo estábamos sentadas en la biblioteca, ya cavilando tristemente (una de nosotras embargada por la desesperación), ya haciendo conjeturas sobre nuestro oscuro porvenir.

Acordamos que el mejor destino que le cabía esperar a Catherine era el de obtener permiso para seguir residiendo en la Granja, por lo menos mientras Linton viviera: a él se le permitiría reunirse con ella aquí, y yo permanecería como ama de llaves. Parecía éste un apaño demasiado favorable como para hacernos ilusiones. Con todo, no podía evitar hacérmelas, y comencé a animarme con la perspectiva de mantener mi hogar y mi empleo, y, por encima de todo, a mi querida señorita. En éstas, entró precipitadamente uno de los criados despedidos que todavía no se habían ido, diciendo que el demonio de Heathcliff estaba en el patio, y si tenía que cerrarle la puerta en las narices.

De haber tenido el poco sentido común de ordenar eso, no habríamos tenido tiempo. No hizo la ceremonia ni de llamar ni de anunciar su nombre. Él era el amo, y se adjudicaba el privilegio de amo al entrar directamente sin articular palabra alguna.

La voz de nuestro informante le atrajo hacia la biblioteca. Entró, ordenó al criado que se fuera y cerró la puerta.

Se trataba de la misma habitación en la que había sido recibido como invitado hacía dieciocho años. La misma luna refulgía a través de la ventana, y fuera se extendía el mismo paisaje de otoño. Todavía no habíamos encendido las velas, pero en la estancia se veía bien, incluso se distinguían los cuadros colgados por la pared, entre otros el espléndido retrato de la señora Linton y el tan elegante de su marido.

Heathcliff avanzó hacia la chimenea. El tiempo tampoco le había alterado mucho. Era el mismo hombre: su rostro moreno un poco más cetrino y sosegado, quizá algo más grueso de cuerpo, pero ninguna otra diferencia.

Cuando le vio, Catherine se levantó con el impulso de salir corriendo.

–¡Quieta! –dijo él, deteniéndola por el brazo–. ¡Ya vale de escapar! ¿Adónde quieres ir? He venido a buscarte para llevarte a casa y espero que seas una hija sumisa y que no incites a mi hijo a desobedecerme más. No sabía cómo castigarle cuando descubrí su parte en el asunto, es tan poca cosa que un pellizco acabaría con él; pero ¡por su mirada comprobarás que ha recibido su merecido! Le bajé una noche, anteayer, y me limité a instalarle en una silla sin volver a tocarle. Eché a Hareton, así que teníamos la habitación para nosotros solos. En dos horas llamé a Joseph para que lo volviera a subir, y desde entonces, mi presencia ejerce en sus nervios un poder parecido al de un fantasma, y creo que me ve a menudo, aunque no esté cerca. Hareton dice que por la noche se despierta gritando a cada rato. Te llama para que acudas a protegerle de mí, y te guste o no tu precioso consorte, tienes que venir. Él es ahora tu preocupación. Te cedo todo mi interés por él.

–¿Y por qué no dejar que Catherine continúe aquí? –supliqué–. Puede mandarnos al amo Linton. Como les odia a los dos, no les echará de menos. Sólo supondrían un tormento diario para su corazón descastado.

–Estoy buscando un inquilino para la Granja –contestó–, y quiero que mis hijos estén junto a mí para tenerlos a buen recaudo. Además, esta joven tiene que servirme para ganarse su pan, no pienso mantenerla en el lujo y la ociosidad cuando Linton no esté. Date prisa y prepárate, no me obligues a forzarte.

–Iré –dijo Catherine–. Linton es todo lo que me queda en el mundo, y aunque ha hecho usted todo lo que ha podido para que me odie, y para que yo le odie a él, ¡no puede hacer que nos odiemos el uno al otro! Le desafío a que le haga daño estando yo presente, y también a que se atreva a asustarme.

–¡Te llevas la palma de la arrogancia! –contestó Heathcliff–. Pero no me gustas lo suficiente como para hacerte daño..., serás tú quien obtenga todo el beneficio del tormento mientras viva. No seré yo quien haga que te resulte odioso sino su propio espíritu empalagoso. Está amargado como la hiel por tu huida, y no esperes agradecimiento por tu noble abnegación. Le oí esbozar un bonito cuadro a Zillah sobre lo que haría si fuera tan fuerte como yo. Por tanto, la inclinación está ahí, y su propia debilidad agudizará su ingenio para encontrar un sustituto de la fuerza.

–Sé que tiene una naturaleza malévola –dijo Catherine–, al fin y al cabo es su hijo. Pero me alegro de que la mía sea algo mejor para poder perdonarle, y sé que me quiere y por ese motivo yo también le quiero. Señor Heathcliff, no tiene usted *a nadie* que le quiera; y, por muy desgraciados que nos haga, todavía tendremos la venganza de pensar que su crueldad tiene origen en su inmensa miseria. Porque *es* usted un desgraciado, ¿no es verdad? Solitario como el demonio, y envidioso como él. *Nadie* le ama, *nadie* llorará por usted cuando muera. ¡No me gustaría estar en su pellejo ni muerta!

Catherine hablaba con una suerte de triste triunfo. Parecía haberse decidido a dejarse penetrar por el espíritu de su futura familia, y obtenía placer de las penas de sus enemigos.

–Te arrepentirás de ser tú misma en breve. Muévete, bruja, y coge tus cosas.

Ella salió con despecho.

Cuando se marchó, comencé a pedir el puesto de Zillah en las Cumbres, ofreciéndole a cambio el mío, pero él no aceptó de ninguna manera. Me pidió que me callara, y entonces, por primera vez, se permitió a sí mismo lanzar una mirada por la habitación y por los retratos. Después de detenerse en el de la señora Linton, dijo:

–Me llevaré ése a casa, no porque lo necesite sino porque...

Se volvió bruscamente hacia el fuego y continuó con lo que, a falta de una palabra mejor, debería llamar una sonrisa:

–¡Te diré lo que hice ayer! Le mandé al sepulturero que estaba cavando la fosa de Linton que quitara la tierra de la tapa del ataúd de ella y la abrí. Por un momento pensé que me quedaría allí cuando volviera a verle la cara (¡sigue siendo la suya!), y le costó Dios y ayuda al hombre apartarme de ahí, pero dijo que el rostro se alteraría si le daba el aire. Así que lo volví a cubrir y arranqué una de las tablas

laterales del ataúd y la volví a encajar de nuevo dejándola un poco suelta, no la que quedaba al lado de Linton, ¡maldito sea!, ¡ojalá su ataúd estuviera soldado con plomo! Soborné al sepulturero para que cuando me entierren, haga lo mismo con la tabla de mi ataúd. Así, si Linton se levanta por casualidad a vernos, ¡no sabrá quién es quién!

–¡Es usted perverso! –exclamé–, ¿es que no le da vergüenza, molestando a los muertos?

–No he molestado a nadie, Nelly –contestó–, y en cambio, me he dado un pequeño gusto. Desde ahora me sentiré mucho mejor, y así tú tendrás más posibilidades de que me quiera quedar bajo tierra cuando me lleven allí. ¿Molestarla, dices? ¡No! Es ella la que me ha molestado a mí, noche y día, durante dieciocho años, incesantemente, sin remordimientos, hasta ayer. Y ayer, por fin, me sentí tranquilo. Soñé que dormía mi último sueño junto a ella, con el corazón detenido y la mejilla helada contra la suya.

–Y si ella se hubiera convertido en polvo, o en otra cosa peor, ¿con qué habría soñado entonces? –dije yo.

–¡Pues con disolverme con ella y ser más dichoso todavía! –contestó él–. ¿Te crees que tenía miedo de un cambio de ese tipo? Esperaba encontrarme con esa transformación al levantar la tapa, pero me alegra todavía más que no comience hasta que yo la comparta. Además, de no haber visto claramente la serenidad de sus rasgos, no me habría deshecho del extraño sentimiento que me invadía. Comenzó de manera extraña. Ya sabes, era un sentimiento salvaje después de que hubiera muerto, e invocaba a su espíritu de la mañana a la noche para que volviera. Tengo una fe ciega en los fantasmas. Estoy convencido de que pueden existir y de que, de hecho, existen entre nosotros.

»El día en que fue enterrada cayó una nevada. Por la noche fui a la iglesia. Soplaba un viento helado de invierno y a mi alrededor reinaba la soledad. No tenía miedo de que al loco de su marido se le ocurriera vagar por la zona tan tarde, y a nadie más se le había perdido nada por allí.

»Como estaba solo y era consciente de que sólo nos separaban dos yardas de tierra suelta, me dije a mí mismo: «¡La volveré a tener entre mis brazos! Y si está fría, pensaré que es este viento del norte el que me congela; y si está inmóvil, pensaré que duerme».

»Cogí un azadón del cobertizo, y comencé a cavar con todas mis fuerzas hasta que arañé el ataúd. Acabé excavando con las manos, la madera comenzó a crujir por las bisagras, y estaba a punto de llegar a mi objetivo cuando me pareció oír un suspiro de alguien que se inclinaba sobre mí al borde de la tumba. «Si pudiera levantar esto», murmuré, «¡ojalá nos echaran tierra encima a los dos!». Y me afané más desesperadamente todavía. Hubo otro suspiro, muy cerca de mi oreja, y me pareció sentir un cálido aliento abriéndose camino entre la ventisca de aguanieve. Sabía que no podía haber por allí ningún ser de carne y hueso, pero de la misma manera que se puede percibir en la oscuridad cuando el cuerpo de alguien se nos aproxima, aunque no pueda ser divisado, así de seguro estaba de que Cathy estaba allí, no debajo de mí, sino sobre el suelo.

»Una repentina sensación de alivio fluyó desde mi corazón a través de todos los miembros. Dejé mi trabajo agotador y por fin encontré consuelo, un consuelo inefable. Su presencia estaba conmigo; permaneció mientras rellenaba la tumba y me condujo a casa. Te puedes reír si quieres, pero estaba seguro de que la vería ahí. Estaba seguro de que estaba conmigo y no podía evitar hablar con ella.

»Una vez en las Cumbres, me apresuré ansiosamente hacia la puerta. Estaba cerrada con llave, y recuerdo que el maldito de Earnshaw y mi mujer no me dejaban entrar. Me acuerdo de que me paré a golpearle hasta dejarle sin resuello, y que después me apresuré escaleras arriba a mi habitación y a la suya. Miré a mi alrededor con impaciencia, y la sentí junto a mí, *casi* podía verla, y sin embargo ¡*era incapaz*! Debí de haber sudado sangre debido a la angustia de mis anhelos y al fervor de mis súplicas para obtener de ella una sola mirada: no obtuve ni una. ¡Se portó conmigo como un demonio, como muchas veces en vida! Y desde entonces, unas veces más que otras, he sido el juguete de esa tortura intolerable. Tortura infernal, que ha provocado que mis nervios estén en tal tensión que, si no hubieran sido como cuerdas de violín, se habrían destensado tanto como los de Linton. Cuando me sentaba en el hogar con Hareton parecía que al salir la iba a ver, y cuando paseaba por los páramos parecía que me la iba a encontrar. Cuando me iba de la casa, me daba prisa en volver porque tenía que andar por algún lugar de las Cumbres, estaba seguro. Y cuando dormía en su habitación me sentía rechazado, no podía estar acostado allí. Porque en el momento en que cerraba los ojos aparecía ella, fuera de la ventana, o se deslizaba por los paneles o entraba en la habitación, o incluso descansaba su adorada cabecita en la misma almohada que tenía cuando era pequeña. Y tenía que abrir los párpados para mirar. Así que los abría y los cerraba cien veces en una noche, para sentirme siempre decepcionado. ¡Me atormentaba! A menudo gemía en alto, y hasta ese viejo malvado de Joseph creía, no cabe duda, que mi conciencia estaba poseída por el demonio.

»Ahora, desde que la he visto, estoy más tranquilo, un poquito más. Ha sido una manera de matarme, no pulgada a pulgada, sino por fracciones del ancho de un cabello, para engañarme durante dieciocho años con el espectro de la esperanza.

El señor Heathcliff hizo una pausa y se limpió la frente. Tenía el pelo pegado, humedecido por el sudor, y los ojos fijos en las rojas brasas del fuego. Las cejas, no contraídas sino enarcadas a la altura de las sienes, disimulaban el tenebroso aspecto de su rostro, pero le conferían un peculiar aire de disgusto y una penosa apariencia de tensión mental hacia un objeto absorbente. Apenas se dirigía a mí, y yo me mantuve en silencio porque no me gustaba oírle hablar.

Después de un tiempo corto reanudó su meditación sobre el retrato: lo bajó y lo apoyó contra el sofá para contemplarlo con toda tranquilidad. Y mientras estaba así de embebido, entró Catherine anunciando que estaba preparada para cuando su jaca estuviera ensillada.

–Envíame esto mañana –me dijo Heathcliff, y entonces, volviéndose a ella, añadió–: Te las apañarás sin tu jaca, hace una noche muy buena y no necesitas jaca alguna en Cumbres Borrascosas porque para los viajes que vayas a hacer te servirán los pies. ¡Vamos!

–Adiós, Ellen –me susurró mi pequeña ama. Al besarme sentí sus labios como el hielo–. Ven a verme, Ellen, no te olvides.

–Cuídate de no hacer semejante cosa, señora Dean –dijo su nuevo padre–. Cuando desee hablar contigo, vendré aquí. No quiero que ninguno de vosotros ande husmeando por mi casa.

Le hizo una seña para que le siguiera y, lanzándome una mirada que me partió el alma, ella obedeció.

Los vi bajando por el jardín desde la ventana. Heathcliff había pasado el brazo de Catherine bajo el suyo, aunque ella se resistió, al menos al principio, y se la llevó con paso ligero por el sendero, donde los árboles acabaron por ocultarlos.

Capítulo XXX

Hice una visita a las Cumbres, pero no la he vuelto a ver desde que se fue. Joseph sujetaba la puerta con la mano cuando fui a preguntar por ella y no me dejó entrar. Dijo que la señora Linton estaba atareada, y que el amo no estaba. Zillah me ha contado algo sobre la vida que llevan, de otro modo no sabría quién está vivo y quién muerto.

Piensa que Catherine es altiva, y adivino por lo que dice que no se lleva bien con ella. Nada más llegar, mi señorita le pidió ayuda, pero Heathcliff le dijo que se ocupara de sus propios asuntos y que dejara que su nuera se cuidara por sí misma, a lo que Zillah asintió de buen grado porque es una mujer egoísta y estrecha de miras. Catherine mostró un enfado infantil por este abandono, que pagó con desprecio. Así incorporó a mi informante en la lista negra de sus enemigos, como si le hubiera causado un daño terrible.

Tuve una charla larga con Zillah, hace unas seis semanas, un poco antes de que usted llegara, un día que nos encontramos en los páramos, y esto fue lo que me contó:

–La primera cosa que hizo la señora Linton cuando llegó a las Cumbres fue correr escaleras arriba sin siquiera darnos las buenas noches a mí y a Joseph. Se encerró en la alcoba de Linton y allí permaneció hasta la mañana siguiente. Entonces, mientras el amo y Earnshaw estaban desayunando, entró en el salón y, temblando de pies a cabeza, preguntó si se podía llamar al médico porque su primo estaba muy enfermo.

»–Ya lo sabemos –contestó Heathcliff–, pero su vida no vale un céntimo, y yo no pienso gastarme ni uno en él.

»–Pero no sé qué tengo que hacer –dijo ella–, y si nadie me ayuda se morirá.

»–¡Largo de la habitación! –gritó el amo–, ¡y que no vuelva a oír ni una sola palabra más de él! A ninguno de los que estamos aquí le importa lo que le ocurra, así que si a ti te importa, ponte a cuidarle. Y si no, enciérrale y déjale.

»Entonces comenzó a atosigarme, y le dije que ya me valía con el pesado de Linton. Cada uno teníamos nuestro trabajo y el de ella era cuidar de Linton, ya que el señor Heathcliff me había ordenado que se lo reservara a ella.

»Cómo se las apañaron juntos, no lo podría decir. Supongo que él estaría muy inquieto y que se pasaría día y noche gimiendo; y que ella descansaba más bien poco, como se deducía de su rostro pálido y sus ojeras. A veces venía a la cocina con aspecto asalvajado, como si quisiera pedir socorro. Pero yo no iba a desobedecer al amo, nunca me atreví a desobedecerle, señora Dean, y aunque no me parecía bien que no se avisara a Kenneth, no era asunto de mi incumbencia, ni avisarle ni quejarme. Y siempre me negué a entrometerme.

»Una o dos veces, después de habernos ido a la cama, se me ocurrió abrir de nuevo la puerta y la vi sentada, llorando en el rellano de la escalera. Pero entonces me volvía a encerrar rápido, por miedo a sentirme tentada a interferir. En ese

momento sí que me daba pena, no cabe duda, pero aun así, como comprenderá usted, no quería perder mi trabajo.

»Al fin una noche entró decidida en mi alcoba dándome un susto de muerte.

»–Dígale al señor Heathcliff que su hijo se está muriendo –dijo–, estoy segura de que ahora sí. ¡Levántese inmediatamente y vaya a decírselo!

»Dicho esto, volvió a desaparecer. Me quedé tumbada durante un cuarto de hora, escuchando y temblando. Nada se movía, y la casa estaba tranquila.

»"Se habrá equivocado", me dije, "ya estará mejor, no tengo por qué preocuparles". Y comencé a dormitar. Pero mi sueño fue interrumpido por segunda vez por un fuerte campanilleo, la única campana que tenemos, que se puso a propósito para Linton, y el amo me pidió cuentas de lo que ocurría y me dijo que les informara de que no quería volver a oír aquel ruido.

»Le di el mensaje de Catherine. Maldijo para sí, y en un par de minutos salió con una vela encendida en dirección a la alcoba de ellos. Yo le seguí; la señora Heathcliff estaba sentada junto a la cama, con las manos dobladas sobre las rodillas. Su suegro se acercó, iluminó la cara de Linton, le escrutó, le tocó y acto seguido se volvió hacia ella.

»–Y ahora, Catherine –dijo–, ¿cómo te encuentras?

»Ella estaba muda.

»–¡Que cómo te encuentras, Catherine! –repitió él.

»–Él ya no sufre y yo soy libre –contestó–, debería encontrarme bien, pero... –continuó con una amargura que no podía disimular–. Me ha dejado usted tanto tiempo luchando contra la muerte, sola, que no siento más que la muerte. ¡Yo misma me siento como una muerta!

»¡Y también tenía todo el aspecto de estarlo! Le di un poco de vino. Entraron Hareton y Joseph que se habían despertado con el campanilleo y con el rumor de las pisadas y de nuestra conversación de fuera. Yo creo que Joseph se alegraba de la muerte del chico; Hareton parecía un poco más afectado, aunque estaba embebido en la contemplación de Catherine y no pensaba mucho en Linton. Pero el amo le pidió que regresara a la cama pues no necesitábamos su ayuda. Luego hizo que Joseph trasladara el cuerpo a su alcoba y a mí me dijo que volviera a la mía, por lo que la señorita Heahtcliff se quedó sola.

»Por la mañana me ordenó que le dijera que tenía que bajar a desayunar. Se había desvestido, y parecía que se iba a la cama. Dijo que estaba enferma, cosa que no me sorprendió. Se lo comuniqué al señor Heathcliff, y me contestó:

»–Bueno, pues déjala estar hasta el funeral, y sube de vez en cuando para llevarle lo que necesite. Y tan pronto se encuentre mejor, me lo dices.

Según Zillah, que la visitaba dos veces al día, Catherine permaneció arriba durante dos semanas, y se habría mostrado aún más cordial si sus crecientes intentos de amabilidad no hubieran sido abortados al punto con altanería.

Heathcliff subió una vez a mostrarle el testamento de Linton. Había dejado todos sus bienes muebles y los que habían sido de ella a su padre. La pobre criatura había sido amenazada o coaccionada a hacerlo durante la semana que ella había estado ausente, cuando murió su padre. De las tierras, por ser Linton menor de

edad, no pudo disponer. Sin embargo, el señor Heathcliff las había reclamado y las poseía por el derecho de su mujer, y el suyo también, supongo que legalmente. En todo caso, Catherine, sin dinero y sin amigos, nunca podrá disputarle la posesión.

–Exceptuando esa vez –dijo Zillah–, nadie más que yo se acercó nunca a su puerta, y nadie preguntó por ella. La primera vez que bajó a la sala era un domingo por la tarde.

»Cuando le subí la cena se quejó de que no soportaba más el frío. Le dije que el amo se marchaba a la Granja de los Tordos, y que Earnshaw y yo no teníamos nada en contra de que bajara. Así que, tan pronto oyó alejarse el caballo de Heathcliff, hizo su aparición vestida de negro con los rizos rubios pegados por detrás de las orejas, lisos como los de una cuáquera; no se los conseguía peinar.

»Normalmente Joseph y yo vamos a misa los domingos. La iglesia –me explicó–, sabe usted, no tiene ahora pastor, y en Gimmerton llaman capilla al lugar de reunión de metodistas o baptistas, no sé bien cuál de los dos. Joseph se había marchado –continuó–, pero pensé que era mejor quedarme en casa. Es mejor que a los jóvenes les eche un ojo una persona mayor, y Hareton, con toda su timidez, no es un modelo de buena conducta. Le comuniqué que probablemente su prima se sentaría con nosotros, y como ella acostumbraba guardar el domingo, sería mejor que él dejara a un lado sus escopetas y pequeños quehaceres de interior mientras estuviera con nosotros.

»Se sonrojó ante las noticias, y se echó un vistazo a las manos y las ropas. En un minuto, el sebo y la pólvora desaparecieron de la vista. Comprendí entonces que sí quería hacerle compañía a su prima, y por su manera de proceder supuse que quería estar presentable. Así que, riéndome como no me atrevería a hacerlo cuando el amo está presente, le ofrecí mi ayuda, incluso bromeé con su confusión. Se puso serio y empezó a blasfemar.

»Pues bien, señora Dean –prosiguió ella, viendo que no me agradaba su proceder–, probablemente piensa usted que su ama es demasiado fina para el señor Hareton, y probablemente tenga usted razón, pero confieso que me gustaría ver su orgullo rebajado, porque... ¿de qué le sirve ahora toda su cultura y refinamiento? Es tan pobre como usted y como yo, o más si cabe. Seguro, porque usted tiene sus ahorros y yo hago lo que puedo en ese sentido.

Hareton le permitió a Zillah que le ayudara y ella le halagó hasta ponerle de buen humor, así que, cuando bajó Catherine, medio olvidando sus antiguos insultos y según el relato del ama de llaves, intentó mostrarse agradable.

–La señorita entró fría como un témpano y altiva como una princesa –prosiguió Zillah–. Me levanté y le ofrecí mi asiento en el sillón. Pero no volvió la cara a mi cortesía. Earn - shaw también se levantó y le pidió que viniera al escaño y que se sentara junto al fuego porque estaba seguro de que estaba muerta de frío.

»–Llevo más de un mes muerta de frío –contestó, apoyándose en la pared, con tanto desdén como pudo.

»Y se acercó una silla y la colocó a una cierta distancia de donde nos encontrábamos nosotros.

»Permaneció sentada hasta que entró en calor, y luego comenzó a mirar en

redondo hasta que descubrió unos libros en el aparador. Entonces se puso inmediatamente en pie y se estiró para alcanzarlos, pero estaban demasiado altos.

»Su primo, después de observar sus esfuerzos durante un rato, finalmente reunió fuerzas para ayudarla. Mientras ella se sujetaba la falda, él la llenaba con los primeros libros que tenía a mano.

»Fue éste un gran punto a favor del chico, aunque ella no le dio las gracias. Con todo, él se sintió satisfecho de que ella aceptara su ayuda, y se aventuró a permanecer de pie detrás mientras Catherine examinaba los libros, e incluso a inclinarse y señalar lo que le llamaba la atención de alguno de los viejos grabados que los ilustraban. No le intimidaba la impertinencia con que ella le arrancaba la página de entre los dedos; se contentó con retirarse un poco y mirarla a ella en lugar de al libro.

»Cathy continuó leyendo, o buscando algo que leer. La atención de Hareton se centró gradualmente en sus abundantes y sedosos rizos. No podía verle la cara, y ella no alcanzaba a verle a él. Y, tal vez no demasiado consciente de lo que hacía, pero atraído como un niño por una vela, finalmente pasó de mirar a tocar; alargó una mano y acarició un tirabuzón, tan suave como si fuera un pájaro. Ante este avance, Cathy se dio la vuelta con tal sobresalto que parecía que le hubieran clavado un cuchillo en el cuello.

»–¡Vete ahora mismo! ¿Cómo te atreves a tocarme? ¿Qué haces ahí parado? –exclamó con tono de enfado–. ¡No te soporto! ¡Me iré arriba si te acercas!

»El señorito Hareton retrocedió con cara de tonto a más no poder. Se sentó en el escaño, muy callado, y ella continuó pasando las páginas de sus libros durante otra media hora. Finalmente, Earnshaw cruzó la habitación y me susurró:

»–¿Le puedes pedir que nos lea, Zillah? Estoy harto de no hacer nada y me gusta... me gustaría oírla. Pero no le digas que lo pido yo, sino que se lo pides tú.

»–El señor Hareton quiere que nos lea, señorita –dije a continuación–; le alegraría mucho y le estaría muy agradecido.

»Ella frunció el entrecejo y levantando la vista contestó:

»–El señorito Hareton y todos ustedes tengan a bien entender que rechazo toda aparente amabilidad que tengan la hipocresía de ofrecerme. ¡Les desprecio y no encontraría nada que decirles a ninguno! Cuando quise dar mi vida por una palabra amable, e incluso por ver una de vuestras caras, estaban todos ausentes. ¡Pero no pienso quejarme! Me he visto obligada a venir aquí por el frío y no para entretenerles ni para disfrutar de su compañía.

»–¿Y qué quería que hiciera yo? –comenzó Earnshaw–, ¿qué culpa tengo yo?

»–Sí, tú eres una excepción –contestó su prima–. Nunca eché de menos tu disposición.

»–Pues me ofrecí más de una vez –dijo enardeciéndose ante su insolencia–, y le pedí al señor Heathcliff que me dejara hacer vela en su lugar.

»–¡Cállate! Me iré fuera, o a cualquier otra parte, antes de que tu voz desagradable resuene en mi oído! –dijo mi señora.

»Hareton murmuró que por él se podía ir al infierno y, descolgando su escopeta, no se privó más tiempo de sus ocupaciones de domingo.

»Él hablaba ya con toda soltura y a ella le pareció oportuno retirarse a su soledad, pero la helada ya había cuajado y, a pesar de su orgullo, se vio forzada a condescender gradualmente a nuestra compañía. Sin embargo, yo misma he tenido mucho cuidado de que no vuelva a dañar mi buena voluntad. Desde entonces soy tan altiva como ella. No tiene quien la quiera, y a ninguno de nosotros le cae bien, y no se lo merece, porque se le dice la menor palabra y se encrespa sin respetar a nadie. Contesta incluso al amo hasta provocarle para que le pegue, y cuanto más daño le hace, más venenosa se pone.

Al principio, después de oír el relato de Zillah, estaba decidida a dejar mi situación, tomar una casita e ir a buscar a Catherine para que viniera a vivir conmigo. Pero Heathcliff habría permitido esto tanto como poner a Hareton en casa independiente, y de momento no le veo remedio, a no ser que vuelva a casarse, cosa que no está dentro de mi jurisdicción.

Y así termina el relato de la señora Dean. A pesar de la profecía del doctor, estoy recuperando fuerzas rápidamente, y aunque estemos tan sólo en la segunda semana de enero, me propongo a mí mismo salir a caballo, en uno o dos días, e ir hasta Cumbres Borrascosas para informar a mi propietario de que pasaré los próximos seis meses en Londres; y que, si quiere, puede buscar otro inquilino en mi lugar para después del mes de octubre pues por nada del mundo pasaría otro invierno aquí.

Capítulo XXXI

Ayer hizo un día luminoso, tranquilo y frío. Fui hasta las Cumbres según lo acordado. Mi ama de llaves me pidió que llevara a la joven una pequeña nota de su parte, y no me negué, porque la buena mujer no creía que su petición pudiera tener nada de malo.

La puerta delantera estaba abierta, pero la cancela atrancada como en mi última visita. Llamé y reclamé la ayuda de Earnshaw, que andaba por los parterres del jardín. Quitó la cadena y entré. El chico es el granjero más guapo que he visto en mi vida. Me fijé especialmente en él esta vez, y da la impresión de que se empeña en sacar el menor partido de sus posibilidades.

Le pregunté si estaba en casa el señor Heathcliff. Contestó que no, pero que estaría a la hora del almuerzo. Eran las once, y anuncié mi intención de entrar y de esperar a que llegara, ante lo cual arrojó inmediatamente sus herramientas al suelo y me acompañó, más como un perro guardián que como el sustituto del amo.

Entramos juntos; Catherine estaba allí, afanándose en preparar unas verduras para la comida. Me pareció más huraña y menos vivaz que la última vez que la vi. Apenas levantó los ojos para mirarme, y continuó enfrascada en su tarea con el mismo desprecio hacia las reglas de cortesía que la última vez. No respondió siquiera levemente a mi inclinación y a mis buenos días.

«No parece muy afable», pensé, «por mucho que diga la señora Dean. Es una belleza, es verdad, aunque no un ángel».

Earnshaw le ordenó groseramente que se llevara sus cosas a la cocina.

–Quítalas tú mismo –dijo ella, poniéndolas aparte en cuanto terminó. Y, retirándose a un taburete junto a la ventana, se puso a esculpir figuras de pájaros y bestias en las mondas de nabo que tenía en sus faldones.

Me acerqué a ella fingiendo que quería echar un vistazo al jardín y, a mi parecer con habilidad, dejé caer la nota de la señora Dean en su regazo sin que Hareton se diera cuenta. Ella preguntó en alto:

–¿Qué es eso? –y la tiró.

–Una carta de su vieja amiga, el ama de llaves de la Granja –respondí, incómodo porque descubriera mi buena acción y temeroso de que se imaginara que la carta era mía.

Al oír esto, ella la habría cogido de buena gana pero Hareton se le adelantó. La cogió y se la introdujo en el bolsillo de su chaleco, diciendo que el señor Heathcliff tenía que leerla primero.

Catherine volvió entonces el rostro y furtivamente sacó un pañuelo para secarse los ojos. Su primo, después de luchar un rato para sofocar sus buenos sentimientos, sacó la carta y la tiró al suelo junto a ella con todo el desprecio del mundo.

La joven la cogió y la leyó con ansiedad. Entonces me hizo unas cuantas preguntas racionales e irracionales sobre los moradores de su antiguo hogar, y con

los ojos fijos en las colinas, murmuró en un soliloquio:

–¡Cómo me gustaría estar montando a Minny allí abajo! ¡Y trepar por allí! ¡Ay, estoy cansada, estoy aburrida, Hareton!

Apoyó su preciosa cabeza contra el antepecho de la ventana y, medio bostezando, medio suspirando, se sumió en una especie de ensimismada tristeza sin importarle o sin saber si la observábamos o no.

–Señora Heathcliff –dije yo, después de permanecer sentado en silencio durante un tiempo–. ¿No se da cuenta de que la conozco tan de memoria que me resulta raro que no venga usted a hablarme? Mi ama de llaves no tiene problema en hablarme de usted y ensalzarla. Se sentirá muy decepcionada si vuelvo sin noticias suyas, excepto que ha recibido usted la carta y no ha dicho nada.

Pareció meditar sobre esto.

–¿Es Ellen su amiga? –preguntó.

–Sí, mucho –repliqué sin vacilar.

–Pues debe usted decirle –continuó ella– que contestaré a su carta, pero que no tengo material para escribir, ni siquiera un libro del que arrancar una hoja.

–¡Que no tiene libros! –exclamé–. Si me permite tomarme la libertad de preguntarle, ¿cómo puede usted arreglárselas para vivir aquí sin ellos? Aunque tenemos una biblioteca enorme, me aburro con frecuencia en la Granja, pero si a alguien se le ocurre quitarme mis libros, ¡me desesperaría!

–Leía mucho cuando los tenía –dijo Catherine–, cosa que no hace nunca el señor Heathcliff, por eso se le metió en la cabeza destruir los míos. No he visto ni uno durante semanas. Tan sólo una vez busqué entre el acopio de libros de teología que tiene Joseph, ante su enorme irritación, y en otra ocasión, Hareton, me encontré con un almacenaje secreto en tu habitación..., libros en latín y griego, y algún que otro relato y poesía; todos viejos amigos. Yo los había traído aquí y tú me los cogías, como coge una urraca cucharas de plata por el mero afán de robar. A ti no te sirven de nada, a no ser que los escondas con la mala idea de que, como tú no puedes disfrutar de ellos, nadie más lo haga. ¿Acaso fue la envidia la que aconsejó al señor Heathcliff que me robara mis tesoros? Pero la mayoría están escritos en mi cerebro e impresos en mi corazón, y nunca me podrás privar de eso.

–El señor Hareton está deseoso de aumentar sus conocimientos –dije yo saliendo en su ayuda–. No tiene envidia sino que desea *emular* sus logros. ¡En un par de años se convertiría en un alumno aplicado!

–Y mientras tanto pretende que yo me vuelva lerda –contestó Catherine–. Sí, ya he oído cómo trata de deletrear y de leer para sí mismo, y ¡menudos disparates! Ojalá repitieras «Chevy Chase»[14] como lo hiciste ayer. ¡Estuvo realmente gracioso! Te oí..., y te oí echando mano del diccionario para buscar las palabras más difíciles, y luego soltando al aire maldiciones porque eras incapaz de descifrar las explicaciones.

Evidentemente, al joven le pareció muy mal que se rieran de su ignorancia y también de sus intentos por hacerla desaparecer. Yo tuve una sensación parecida y, recordando la anécdota de la señora Dean sobre su primer intento de poner luz a la oscuridad en la que había crecido, observé:

–Pero, señora Heathcliff, todos hemos tenido nuestro comienzo, y todos nos hemos tropezado y hemos vacilado en el umbral, y si hubiéramos tenido el desprecio de nuestros maestros, en lugar de su ayuda, todavía estaríamos tropezando y vacilando.

–¡Oh! –contestó ella–. No era mi intención limitar sus conocimientos..., pero no tiene derecho a apropiarse de lo que es mío y convertirlo en ridículo con sus errores garrafales y su mala pronunciación. Esos libros, de prosa y verso, son para mí sagrados por lo que connotan, y odio que se rebajen y profanen en otras bocas. Y, por encima de todo, ha seleccionado mis piezas favoritas para repetir, como por una malicia deliberada.

El pecho de Hareton se hinchó en silencio durante un minuto; luchaba contra un intenso sentimiento de mortificación y de ira que no era fácil reprimir. Me levanté, llevado por la caballerosa idea de aliviar su turbación, y permanecí allí de pie en la puerta, contemplando el paisaje exterior.

Siguió mi ejemplo y dejó la estancia, pero a continuación reapareció cargado de media docena de volúmenes que arrojó al regazo de Catherine, exclamando:

–¡Llévatelos! ¡No quiero oír, ni leer, ni pensar en ellos nunca más!

–¡Pues ahora no los quiero! –contestó ella–, ¡los asocio a ti y los desprecio!

Abrió uno que obviamente había sido utilizado numerosas veces y leyó un trozo con el tono balbuciente de un principiante. Entonces se rió y lo arrojó al suelo.

–¡Escuchad! –continuó con aire provocador, y comenzó a leer de la misma manera una estrofa de una antigua balada.

Pero el amor propio de Hareton no le permitía soportar mayores tormentos, y oí, sin desaprobarlo del todo, que ponía freno a la insolente lengua de la niña con una bofetada. La malvada había hecho todo lo posible por herir los sentimientos tiernos, aunque no cultivados, de su primo, y un argumento físico era la única medida a su alcance para saldar la cuenta y devolver sus resultados al agresor.

A continuación reunió los libros y los arrojó al fuego. Pude leer en su rostro la angustia que le producía ofrecer ese sacrificio a su rencor, y me imaginé que mientras los libros se consumían, recordaba el deleite que ya le habían proporcionado, y el triunfo y el creciente placer que de ellos esperaba; y me atrevería a pensar que también el estímulo de sus secretos profundos. Hareton se había contentado con el trabajo diario y sus rudos divertimentos de animal hasta que Catherine se cruzó en su camino. La vergüenza ante su desprecio y la ilusión de que podría llegar a aceptarle fueron sus primeros acicates para más altas metas. Pero como ella no le protegió de lo primero, ni le concedió lo segundo, los esfuerzos del chico por prosperar habían producido exactamente el efecto contrario.

–¡Sí, ése es todo el provecho que un bruto como tú puede sacar de ellos! –exclamó Catherine, mordiéndose el labio herido mientras observaba los efectos de su provocación con ojos de indignación.

–¡Será mejor que cierres el pico inmediatamente! –contestó él ferozmente.

Su agitación le impidió decir nada más y avanzó rápidamente hasta la entrada, de donde me retiré para dejarle pasar. Pero antes de que cruzara el umbral, el señor

Heathcliff, que subía por el camino, se lo encontró, y poniendo una mano sobre su hombro, le preguntó:

–¿Y qué ocurre ahora, zagal?

–¡Nada en absoluto! –dijo, y rompió a andar para rumiar su pena y su ira en soledad.

Heathcliff le siguió con la mirada y suspiró.

–Tendría gracia que me saliera el tiro por la culata –murmuró sin saber que yo estaba detrás de él–, pero cuando busco a su padre en su rostro, la encuentro a *ella* cada día más. ¿Cómo es posible que se parezca tanto? Casi no soporto verle.

Dirigió los ojos hacia el suelo y entró pensativo. En su rostro había una expresión inquieta y ansiosa que antes no había percibido, y parecía más delgado.

Al oírle entrar desde la ventana, su nuera escapó de inmediato hacia la cocina, así que me quedé solo.

–Me alegro de ver que ya puede usted salir de nuevo, señor Lockwood –dijo él como contestación a mi saludo–, aunque sea en parte por motivos egoístas, porque no veo fácil encontrar a alguien para sustituirle en esta desolación. Más de una vez me he preguntado qué es lo que le trajo aquí.

–Un capricho tonto, me temo, señor –fue mi respuesta–, o más bien un capricho tonto me va a hacer desaparecer. Tengo intención de marcharme a Londres la semana que viene, y me creo en la obligación de advertirle que no me siento inclinado a mantener la Granja de los Tordos más de los doce meses de alquiler que acordé con usted. Creo que no viviré ahí nunca más.

–Oh, ¿no me diga que ya se ha cansado de estar apartado del bullicio...? –dijo–. Pero si viene usted a pedirme que no le cobre por una casa que no va a ocupar, su viaje es en balde. No cedo nunca en dejar de exigir a nadie, sea quien sea, que me pague lo que me debe.

–¡No vengo a pedirle nada! –exclamé yo bastante indignado–. Si no tiene inconveniente, lo arreglamos ahora –y saqué mi cartera del bolsillo.

–No, no –contestó fríamente–; dejará bastantes cosas para saldar sus deudas si no vuelve... No tengo tanta prisa. Siéntese y cene con nosotros, un invitado del que se sabe que no volverá, siempre es bienvenido. ¡Catherine! Trae las cosas, ¿dónde estás?

Catherine reapareció cargando con una bandeja de cuchillos y tenedores.

–Puedes comer con Joseph –le dijo Heathcliff en un aparte– y quedarte en la cocina hasta que él se haya marchado.

Obedeció a sus indicaciones sin rechistar (tal vez porque no tenía intención de transgredirlas). Viviendo entre patanes y misántropos, probablemente no era capaz de apreciar a personas de otra categoría superior, cuando se las encontraba.

Con el señor Heathcliff, torvo y taciturno, a un lado y con Hareton, completamente mudo, al otro, tuve una comida un tanto aburrida y me despedí pronto. Me habría marchado por la puerta de atrás para echar un último vistazo a Catherine, y para molestar al viejo Joseph. Pero Hareton recibió el encargo de acercar mi caballo y el mismo anfitrión me guió hasta la puerta, así que no pude darme el gusto.

«¡Qué vida más miserable la de la gente de esa casa!», pensé mientras descendía el camino. «¡Vaya un cuento de hadas romántico el que habría vivido la señora Linton Heathcliff si nos hubiéramos unido en matrimonio, tal y como deseaba su buena aya, y nos hubiéramos fugado juntos al bullicioso ambiente de la gran ciudad!»

Capítulo XXXII

1802.– En el mes de septiembre de este año estuve en el norte, invitado por un amigo a una cacería, y en el viaje hacia su casa, pasé inesperadamente a unas quince millas de Gimmerton. El mozo de cuadra de la posada en la que hice fonda sujetaba un cubo de agua para dar de beber a mis caballos cuando pasó una carreta cargada de heno verde recién segado, y observó:

–Viene de Gimmerton, seguro. Por ahí hacen la siega tres semanas más tarde que nosotros.

–¿Gimmerton? –repetí. Mi residencia en aquel lugar se había convertido en algo fantasmal y nebuloso–. ¡Ah, sí, ya caigo! ¿A qué distancia está de aquí?

–Unas catorce millas campo a través y por malos caminos y vericuetos –contestó.

Un impulso repentino me llevó a visitar la Granja de los Tordos. No había anochecido todavía, y se me ocurrió que también podría pasar la noche bajo mi propio techo como si fuera una posada. Además disponía de un día libre para arreglar las cosas con mi arrendatario, ahorrándome así la molestia de volver a hacer otro viaje por aquellas latitudes.

Después de descansar un rato, le ordené a mi criado que averiguase la manera de llegar al pueblo y, con gran fatiga para nuestros animales, conseguimos recorrer la distancia en unas tres horas.

Le dejé allí y proseguí solo valle abajo. La iglesia gris parecía aún más gris, y la capilla solitaria aún más solitaria. Divisé una oveja del páramo paciendo hierba entre las tumbas. Hacía un tiempo dulce y cálido, demasiado cálido para viajar, aunque el calor no me impidió que disfrutara del maravilloso paisaje que se extendía sobre mi cabeza y a mis pies. De haberlo visto más próximo a agosto, seguro que habría caído en la tentación de pasar otro mes en esa soledad.

No hay nada más tétrico en invierno, ni nada más divino en verano, que esas estrechas vaguadas encajonadas entre cerros y esas audaces y escarpadas crestas cubiertas de brezo.

Llegué a la Granja antes de la puesta del sol, y llamé a la puerta; pero sus moradores debían de estar en la parte trasera de la casa, a juzgar por el humillo azulado que salía de la chimenea de la cocina haciendo bucles, y no me oyeron.

Fui hasta el patio. Sentada bajo el porche había una niña de nueve o diez años que hacía calceta, y una vieja apoyada sobre los escalones de la caballeriza, fumando con aire meditativo.

–¿Está en casa la señora Dean? –le pregunté a la señora.

–¿La señora Dean? No. Ya no vive aquí. Se ha ido allá arriba, a las Cumbres.

–Entonces, ¿es usted el ama de llaves? –proseguí yo.

–Sí, yo cuido la Granja –contestó.

–Bueno, es que soy el señor Lockwood, el amo. ¿Habría alguna habitación en la que alojarme? Me gustaría quedarme aquí toda la noche.

–¡El amo! –exclamó atónita–. ¿Quién iba a pensar que iba a venir usted? No ha

avisado de que venía. Pues no hay ni un solo rincón limpio ni habitable, ¡ni uno!

Arrojó la pipa al suelo y se apresuró a entrar seguida de la niña; yo también entré, percatándome pronto de que lo que había dicho era verdad, y sobre todo que se había sulfurado con mi inesperada irrupción.

Le pedí que se tranquilizara. Me iría a dar una vuelta para que le diera tiempo a prepararme un rincón en la sala para cenar, así como una cama en la que dormir. No hacía falta ni que barriera ni que quitara el polvo, sino que me bastaba con un buen fuego y sábanas limpias.

Parecía dispuesta a hacer todo cuanto estuviera en sus manos. Pero metió la escoba en la lumbre en lugar del atizador, y con la misma destreza equivocada utilizó los otros artículos de limpieza. A pesar de todo, me fui confiando en que sacaría energía suficiente para prepararme a mi regreso un sitio en donde descansar.

Tenía intención de ir de excursión hasta Cumbres Borrascosas. Pero lo pensé dos veces y me volví nada más dejar el patio.

–¿Se encuentran todos bien en las Cumbres? –le pregunté a la mujer.

–Que yo sepa sí –contestó, y se escabulló llevándose un barreño lleno de ceniza.

De buena gana le habría preguntado por qué había dejado la Granja la señora Dean. Pero me di cuenta de que era inútil tratar de entretenerla con lo nerviosa que estaba, por lo que me di media vuelta y me dirigí a la salida, paseando tranquilamente bajo el resplandor del sol de poniente y la suave luna gloriosa. Desfallecía uno y cobraba luz la otra mientras yo dejaba el parque y descendía por el sendero pedregoso que se bifurca para dirigirse al hogar del señor Heathcliff.

Antes de que llegara a divisarlo, todo lo que quedaba del día era una luz difusa de color ámbar que se extendía por el oeste. Con todo, gracias al resplandor espléndido de la luna, podía divisar cada una de las piedras del sendero y las briznas de hierba.

No tuve ni que escalar la verja ni que llamar a la puerta: pude abrirla con la mano.

«¡Todo un adelanto!», pensé. Y, con ayuda de mis fosas nasales, me apercibí de otra cosa: un perfume de cepas y alhelíes flotaba en el aire entre los frutales de la casa.

Tanto las puertas como las ventanas estaban abiertas. Sin embargo, y como es habitual en las regiones carboníferas, un fuego rojo iluminaba la chimenea; el placer que el ojo extrae de él hace tolerable el exceso de calor. Pero la casa de Cumbres Borrascosas es tan grande que sus moradores tienen espacio suficiente para escapar de su influencia, y los que en aquel momento estaban allí se habían instalado a poca distancia de una de las ventanas. Los había visto y oído antes de entrar y, en consecuencia, miré y escuché, movido por una mezcla de curiosidad y de envidia que iba en aumento a medida que me demoraba.

–¡Con-tra-rio! –decía una voz dulce como el tintineo de una campanilla de plata–. ¡Ya van tres veces que te lo digo, burro! No te lo vuelvo a decir; como no te acuerdes te doy un tirón de pelo.

–Contrario, vale –contestó otra voz más grave, pero con un tono suavizado–. Y

ahora dame un beso por haberlo dicho tan bien.

–No, primero tienes que leer correctamente, sin equivocarte ni una sola vez.

El interlocutor masculino comenzó a leer. Se trataba de un hombre joven, apuestamente vestido y sentado frente a una mesa con un libro delante. Su hermoso rostro resplandecía de satisfacción, y sus ojos danzaban impacientemente de la página a una manita posada sobre su hombro que le llamaba al orden con un alegre cachete en la mejilla cada vez que él daba señales de distracción.

Ella estaba de pie detrás del joven. Sus rizos rubios y brillantes rozaban a veces los cabellos castaños de él mientras se inclinaba para supervisar su trabajo, y su rostro... Era una suerte que él no pudiera verle la cara, de otro modo nunca habría podido estar tan concentrado. Yo sí que podía, y no tuve más remedio que morderme el labio por haber desperdiciado la posibilidad que habría podido tener de hacer algo más que contemplar su cautivadora belleza.

La lección terminó, no sin más errores, pero el alumno pidió una recompensa y recibió al menos cinco besos que devolvió generosamente. Entonces fueron hasta la puerta, y por la conversación que mantuvieron, deduje que estaban a punto de salir a pasear por los páramos. Supuse que Hareton Earnshaw me condenaría en su corazón, si no en su boca, a las más profundas regiones infernales si me atrevía a mostrar mi desafortunada persona en su territorio, por lo que, sintiéndome muy ruin y maligno, me di media vuelta con el fin de buscar refugio en la cocina.

También por ese lado se entraba sin obstáculos; y junto a la puerta estaba mi vieja amiga Nelly Dean cosiendo y canturreando, a menudo interrumpida por duras palabras de desprecio e intolerancia que venían de dentro, vertidas en un tono que estaba muy lejos de ser musical.

–Preferiría tener llenos los oídos de blasfemias de la mañana a la noche que oírla a usted –dijo el inquilino de la cocina, en respuesta a unas palabras de Nelly, que no oí–. Es una vergüenza no poder abrir el Libro Santo sin que usted no empiece a entonar alabanzas a Satanás y a todas las maldades nacidas en el mundo. Es usted mala y la otra también, y este pobre chico se perderá entre las dos. ¡Pobre chico! –añadió con un gruñido–. Está embrujado, estoy seguro. ¡Oh, señor, júzgalos, porque no hay ley ni justicia en este país!

–No, de lo contrario nos habrían puesto sobre llameantes hogueras, creo yo –replicó la cantante–. Pero cállate, viejo, y lee tu Biblia como un cristiano sin tenerme a mí en cuenta. Ésta es «Fairy Annies's Wedding»[15], una bonita melodía, y se baila.

La señora Dean estaba a punto de volver a empezar cuando me aproximé, y, al reconocerme, se puso en pie de inmediato y exclamó:

–¡Vaya, que Dios le bendiga, señor Lockwood! ¿Cómo se le ha ocurrido volver de esta manera? La Granja de los Tordos está cerrada a cal y canto. Debería habernos dicho que venía.

–He dispuesto alojarme aquí por poco tiempo –respondí–. Mañana partiré de nuevo. ¿Y cómo es que se ha trasladado aquí, señora Dean?, cuéntemelo.

–Zillah se fue, y el señor Heathcliff quiso que yo viniera poco después de que

usted se fuera a Londres, y que me quedara hasta que usted volviera. Pero, por favor, entre. ¿Ha venido andando esta noche desde Gimmerton?

–Desde la Granja –contesté–, y mientras me buscan acomodo allí, quisiera tratar unos asuntos con su amo, porque no creo que me sea fácil encontrar otra oportunidad.

–¿Qué asuntos, señor? –preguntó Nelly, guiándome hacia el interior de la casa–. De momento se ha marchado, y no volverá pronto.

–La renta –respondí.

–Ah, entonces tiene que arreglarlo con la señora Heathcliff –observó ella–, o mejor conmigo. Todavía no ha aprendido a manejar sus negocios y yo actúo en su lugar, no hay nadie más.

Le miré sorprendido.

–¡Ay, no ha oído usted lo de la muerte de Heathcliff, ya veo! –continuó ella.

–¿Heathcliff muerto? –exclamé atónito–. ¿Hace cuánto tiempo?

–Hace tres meses, pero siéntese y deje que coja su sombrero y que le cuente todo. ¡Espere! No ha comido nada, ¿verdad?

–No quiero nada. He pedido que me prepararan cena en mi casa. Siéntese usted también. Nunca soñé que llegaría a morirse. Pero dígame cómo ocurrió. ¿No espera en un tiempo... a los jóvenes?

–No, todas las noches tengo que regañarles por volver tan tarde de pasear, pero les da igual lo que les diga. Por lo menos beba un poco de la cerveza de la casa, le hará bien, parece usted cansado.

Se apresuró a cogerla antes de que me pudiera negar y oí a Joseph preguntando si «no era escandaloso que tuviera pretendientes a su edad, y además darles de beber en la bodega del amo... Era vergonzoso vivir para verlo».

Ella no se molestó en replicar sino que en un minuto volvió a entrar con una rebosante jarra de plata, cuyo contenido alabé con la apropiada seriedad. Después me obsequió con la continuación de la historia de Heathcliff. Había tenido un final «extraño», según dijo.

Me ordenaron que me presentara en Cumbres Borrascosas a los quince días de que usted nos dejara –dijo ella–; y yo obedecí de buena gana por amor a Catherine.

Mi primera charla con ella me apenó y me disgustó. El señor Heathcliff no me explicó por qué había cambiado de opinión con respecto a mi vuelta. Lo único que me dijo es que me necesitaba, y que estaba cansado de ver a Catherine, por lo que debía convertir la salita en mi sala de estar y retenerla a ella conmigo. Ya tenía bastante con estar obligado a verla dos o tres veces al día.

Parecía contenta con este arreglo, y poco a poco fui llevando a hurtadillas gran número de libros y otros objetos que habían contribuido a su diversión en la Granja, y me contentaba pensando que viviríamos con bastante comodidad.

Las ilusiones duraron bien poco. Catherine, aunque contenta al principio, al poco tiempo se volvió irritable e inquieta. Por un lado, tenía prohibido salir del jardín, y

le fastidiaba mucho verse confinada en aquellos estrechos límites a medida que avanzaba la primavera; por otro lado, para atender la casa, yo tenía que dejarla con frecuencia, y se quejaba de soledad. Prefería charlar con Joseph en la cocina que estar sentada a solas.

No me importaban sus escaramuzas, pero Hareton también se veía obligado a buscar el solaz de la cocina cuando el amo quería tener la casa para él solo; y, aunque al principio ella se marchaba en cuanto él se acercaba, o bien tranquilamente se me unía en mis quehaceres y evitaba hacerle observaciones o dirigirle la palabra (a pesar de que él siempre estaba de lo más taciturno y silencioso), después de un tiempo cambió de actitud y le resultó imposible dejarle solo. Le hablaba, le hacía comentarios sobre su estupidez y ociosidad, le decía que cómo podía soportar la vida que llevaba..., cómo podía pasar toda una tarde contemplando el fuego y dormitando.

–Es igualito que un perro, ¿verdad, Ellen? –dijo una vez–, o que un caballo de tiro. Hace su trabajo, zampa su comida y duerme eternamente. ¡Qué espíritu más vacío y triste debe de tener! ¿Sueñas alguna vez, Hareton? Y, si lo haces, ¿en qué sueñas? ¡Pero es que no puedes ni hablar conmigo!

Después ella le lanzó una mirada, pero él ni abrió la boca ni volvió a mirar.

–A lo mejor está soñando ahora –continuó–. Encoge los hombros igual que Juno. Pregúntale, Ellen.

–El señor Hareton pedirá al amo que la mande a usted arriba, si no se comporta –dije yo–. No sólo ha encogido los hombros, sino que ha cerrado los puños, como si estuviera tentado a emplearlos.

–Sé por qué Hareton no habla nunca cuando estoy en la cocina –exclamó ella en otra ocasión–. Tiene miedo de que me ría de él. Ellen, ¿a ti qué te parece? Una vez empezó a enseñarse a sí mismo a leer y, como me reí, quemó los libros y se dio por vencido. ¿Verdad que es un atolondrado?

–¿Y no se comportó usted un poco mal? –dije yo–. Contésteme.

–Quizá... –prosiguió ella–, pero no me esperaba que fuera tan memo. Hareton, si te diera un libro, ¿lo cogerías ahora? ¡Voy a intentarlo!

Le puso en la mano uno que había estado leyendo. Él lo arrojó al suelo refunfuñando que si no le dejaba en paz le retorcería el cuello.

–Bueno, lo pondré aquí –dijo–, en el cajón de la mesa, y me voy a la cama.

Entonces me susurró que vigilara si lo tocaba, y se marchó. Pero no se acercó a él, y así se lo dije a ella por la mañana, para su gran decepción. Vi que le dolía la perseverante taciturnidad e indolencia de Hareton, y que le remordía la conciencia por haber ahuyentado su interés en mejorar. Verdaderamente lo había conseguido.

Pero su ingenuidad trabajaba para remediar la ofensa; mientras yo planchaba o me ocupaba de otros quehaceres sedentarios que no podía hacer bien en la salita, ella traía algún libro de lectura agradable y me lo leía en alto. Cuando Hareton estaba presente, generalmente detenía la lectura en una parte interesante y dejaba el libro por ahí. Eso lo hizo en repetidas ocasiones. Pero él era terco como una mula, y en lugar de morder el anzuelo, cuando hacía mal tiempo se dedicaba a fumar con Joseph. Se sentaban como autómatas, uno a cada lado del fuego, el viejo

afortunadamente demasiado sordo para oír las malvadas «sandeces» (como él mismo las habría llamado), y el más joven haciendo lo posible por aparentar que no le interesaba. Cuando hacía bueno, Hareton salía de caza mientras Catherine bostezaba, suspiraba y me hacía rabiar para que le hablara, y en cuanto comenzaba a hacerlo, salía corriendo al patio o al jardín. Como último recurso comenzaba a lloriquear diciendo que estaba cansada de vivir, y que su vida era inútil.

El señor Heathcliff, que cada día se iba haciendo más y más insociable, casi nunca dejaba que Earnshaw entrase en su habitación. Debido a un accidente ocurrido a principios de marzo, se convirtió durante unos días en un elemento permanente de la cocina. Se le reventó la escopeta mientras andaba solo por las colinas, se le metió una astilla en el brazo y perdió bastante sangre antes de llegar a casa. Como consecuencia, se vio condenado a la fuerza a permanecer tranquilamente junto a la chimenea hasta que se repuso.

A Catherine le venía bien tenerle ahí. De cualquier forma, le hizo odiar más que nunca su habitación de arriba y me forzaba a encontrar alguna tarea que hacer abajo, de manera que ella pudiera acompañarme.

El lunes de Pascua, Joseph se fue a llevar ganado a la feria de Gimmerton, y por la tarde, yo estaba ocupada planchando la ropa blanca en la cocina. Earnshaw estaba sentado, ocioso como siempre, en la esquina de la chimenea, y mi señorita mataba el rato haciendo dibujos en los cristales de la ventana, alternando su diversión con ahogados brotes de melodías, murmurando exclamaciones y echando rápidas e impacientes miradas de refilón en dirección a su primo, quien, impertérrito, fumaba y contemplaba el fuego.

Al decirle que no podía trabajar si me quitaba la luz, se trasladó al hogar. Presté poca atención a lo que hacía, pero al poco la oí decir:

–Hareton, me he dado cuenta de que quiero..., de que estoy contenta..., de que me gustaría que fueses mi primo..., ahora, si no te hubieras enfadado y no fueras tan rudo...

Hareton no hizo comentario alguno.

–¡Hareton, Hareton, Hareton!, ¿me oyes? –continuó ella.

–¡Lárgate de aquí! –gruñó él con implacable sequedad.

–Dame esa pipa –dijo ella, alargando cautelosamente la mano y quitándosela de la boca.

Antes de que él intentara recuperarla, ya estaba rota y en el fuego. La maldijo y cogió otra.

–¡Espera! –exclamó ella–, primero tienes que escucharme. No puedo hablarte con esas nubes flotándome a la altura de la cara.

–Pero ¿por qué no te vas al infierno y me dejas tranquilo? –exclamó él ferozmente.

–No –insistió ella–, no pienso hacerlo. No sé qué debo hacer para que me dirijas la palabra y tú te empeñas en no comprender. Cuando te llamo estúpido, no quiero decir nada. No quiero decir que te desprecie. Venga, tienes que hacerme caso, Hareton, eres mi primo y tienes que aceptarme.

–No tengo nada que ver contigo, ni con tu asqueroso orgullo, ni con tus malditas

burlas. Prefiero ir al infierno en cuerpo y alma antes de volver a tenerte delante. ¡Lárgate de aquí inmediatamente!

Catherine frunció el ceño y volvió al asiento de la ventana mordiéndose el labio y procurando ocultar sus crecientes ganas de llorar tarareando una excéntrica canción.

–Tiene que intentar ser amigo de su prima, señor Hareton –interrumpí yo–, puesto que ella se arrepiente de su impertinencia. Le haría mucho bien..., haría de usted otro hombre si la tuviera por compañera.

–¿Compañera? –exclamó él–. Pero si me odia y cree que no le llego ni a la suela del zapato. No, aunque me hiciera rey. No me expondré a más burlas por buscar de nuevo su buena voluntad.

–¡No soy yo la que te odia sino tú a mí! –sollozó Cathy, sin disimular más su malestar–. Me odias tanto como el señor Heathcliff, o más.

–Eres una maldita embustera –comenzó Earnshaw–, y entonces ¿por qué le he hecho enfadar poniéndome de tu parte un montón de veces? Y eso que tú te burlabas de mí y me despreciabas y..., pero sigue molestándome, que saldré y le diré que me has echado de la cocina.

–No sabía que te hubieras puesto de mi parte –contestó ella secándose los ojos–. Estaba triste y sentía rencor contra todo el mundo; pero ahora te doy las gracias y te pido que me perdones, ¿qué más puedo hacer?

Se volvió hacia el hogar y le tendió la mano con sinceridad. El rostro de él se ensombreció como una nube de tormenta y mantuvo los puños firmemente cerrados y la vista fija en el suelo.

Por instinto, Catherine debió de adivinar que lo que dictaba aquella pertinaz conducta no era desagrado sino perversa contumacia, ya que, después de permanecer indecisa durante un rato, posó en su mejilla un suave beso.

La muy picarona pensó que yo no la había visto, y se retiró muy recatada a su anterior puesto junto a la ventana. Moví la cabeza en señal de reprobación; se sonrojó y me dijo:

–¡Y bien, Ellen! ¿Qué querías que hiciera...? No quería darme la mano en son de paz ni mirarme, y tengo que demostrarle de alguna manera que le aprecio y que quiero que seamos amigos.

No sé si el beso convenció a Hareton, pero el caso es que durante algunos minutos tuvo mucho cuidado de que no se le viera la cara. Cuando por fin se levantó, estaba tristemente indeciso acerca de hacia dónde dirigir la mirada.

Catherine se puso a envolver meticulosamente un libro bonito en papel blanco. Y cuando ya lo había atado con un trozo de lazo y escrito «Para el señor Hareton Earnshaw», decidió que yo sería su embajadora y me pidió que llevara el regalo a su destinatario.

–Y dile que si lo acepta, vendré a enseñarle a leerlo correctamente –dijo ella–, y que si lo rechaza, subiré arriba y nunca más volveré a hacerle rabiar.

Se lo llevé y repetí el mensaje mientras mi ama vigilaba ansiosamente. Como Hareton no quiso abrir las manos, se lo dejé en las rodillas. No lo tiró. Yo volví a mi trabajo. Catherine apoyó la cabeza y los brazos en la mesa, hasta que oyó el crujir

ligero de la envoltura al ser retirada. Entonces se escabulló y se sentó silenciosamente junto a su primo. Él temblaba y tenía el rostro arrebolado: toda su rudeza y su hosca aspereza habían desaparecido. Al principio era incapaz de reunir fuerzas para pronunciar una palabra en respuesta a su mirada inquisitiva y a la petición que le había susurrado.

–¡Dime que me perdonas, Hareton, por favor! ¡Me harías tan feliz diciéndome esa palabrita!

Murmuró algo inaudible.

–¿Y serás mi amigo? –añadió inquisitivamente Catherine.

–¡No! Te avergonzarías de mí todos los días de mi vida –respondió él–, y más cuanto más me conozcas, y no podría soportarlo.

–Eso quiere decir que no serás mi amigo –dijo lanzando una sonrisa dulce como la miel y arrejuntándose un poquito.

No alcancé a distinguir nada más. Pero al mirar hacia allí de nuevo, vi dos caras tan radiantes inclinadas sobre la página del libro aceptado que no dudé que el acuerdo había sido ratificado por ambas partes y que, a partir de entonces, los enemigos serían fieles aliados.

La obra que estudiaban estaba repleta de lujosos grabados, así que entre éstos y el estar juntos encontraron suficientes motivos como para mantenerse inmóviles hasta que Joseph llegó a casa. El pobre hombre quedó totalmente horrorizado ante el espectáculo de Catherine sentada con Hareton Earn - shaw sobre el mismo banco, mientras apoyaba su mano sobre la espalda de su primo, así como desconcertado al ver que su favorito toleraba tal proximidad. Le afectó de tal manera que fue incapaz de hacer observación alguna sobre el tema aquella noche. Su emoción sólo se dejaba traslucir a través de los inmensos suspiros que exhalaba mientras extendía su Biblia enorme sobre la mesa y la cubría con sucios billetes sacados de su cartera, producto de las transacciones del día. Por fin ordenó a Hareton que se acercara.

–Lleva esto al amo, zagal –dijo–; y quédate allí. Yo tengo que subir a mi habitación. Este lugar no es decente para nosotros, tenemos que buscar otro acomodo.

–Vamos, Catherine –dije yo–, también nosotras tenemos que irnos. Ya he planchado, ¿estás lista para marcharte?

–¡Pero si no son ni las ocho! –contestó ella poniéndose en pie de mala gana–. Hareton, voy a dejar este libro sobre la chimenea y traeré más mañana.

–Los libros que usted deje los llevaré a la sala –dijo Joseph–, y será todo un milagro que los encuentre usted de nuevo, así que haga lo que le venga en gana.

Catherine le amenazó con que su biblioteca pagaría por la de ella y, sonriendo al pasar junto a Hareton, subió canturreando, me atrevería a decir que más liviana de corazón de lo que nunca antes había estado bajo ese techo; excepto, quizá, durante las primeras visitas a Linton.

Por tanto, la intimidad que ya había comenzado aumentó rápidamente, aunque se encontró con interrupciones temporales. Earnshaw no se iba a civilizar en un abrir y cerrar de ojos, y mi señorita no era ni filósofa ni el mejor ejemplo de

paciencia. Pero como ambas mentes tendían a un mismo objetivo..., la una amando y deseando estimar y el otro amando y deseando ser estimado..., al final se las apañaron para alcanzarlo.

Como ve, señor Lockwood, era bastante fácil ganarse el corazón de la señorita Heathcliff. Pero si quiere que le diga la verdad, me alegro de que usted no lo intentara. La unión de ellos dos será el coronamiento de todos mis deseos. No pienso envidiar a nadie el día de la boda: no habrá nadie tan feliz como yo en toda Inglaterra.

Capítulo XXXIII

Al día siguiente de aquel lunes, puesto que Earnshaw seguía incapacitado para el desempeño de sus trabajos ordinarios y, por tanto, iba de un lado a otro de la casa, inmediatamente comprendí que sería imposible retener a mi pupila a mi lado como hasta entonces.

Bajó antes que yo y salió al jardín, en donde había visto a su primo realizando algún trabajo de poca monta. Y cuando fui a decirles que vinieran a desayunar, vi cómo le había engatusado para que despejara un gran espacio de terreno de arbustos de grosella y zarzamora, y cómo planeaban juntos una gran importación de plantas de la Granja.

Me quedé espantada ante la devastación realizada en menos de media hora; aquellos arbustos de grosella negra eran la niña de los ojos de Joseph, y Catherine había decidido colocar un macizo de flores justo en medio.

–¡Válgame Dios! Todo eso se lo tendrán que enseñar al amo en el momento en que lo descubra –exclamé–. ¿Y qué excusa tienen ustedes para haberse tomado esas libertades en el jardín? ¡Menuda nos va a caer a todos, esperen y verán! ¡Señor Hareton, creí que tenía más cabeza! ¡No sé cómo ha sido capaz de organizar este desastre sólo porque ella se lo pida!

–Se me olvidó que eran de Joseph –contestó Earnshaw bastante desconcertado–, pero le diré que fui yo quien lo hizo.

Siempre comíamos con el señor Heathcliff. Yo ocupaba el puesto de señora de la casa haciendo el té y trinchando, por lo que mi presencia era indispensable en la mesa. Normalmente Catherine se sentaba a mi lado, pero ese día se arrimó a Hareton. Pronto supe que no mostraría más discreción en su amistad de la que había tenido cuando eran enemigos.

–Cuidadito con hablar o hacer demasiado caso a su primo –le susurré como advertencia cuando entrábamos en la habitación–. No me cabe duda de que molestará al señor Heathcliff, y se volverá loco con ustedes dos.

–No pienso hacerlo –respondió.

Un minuto después se había escabullido junto a él y lanzaba prímulas a su plato de gachas de avena.

Él no se atrevía a hablarle y apenas la miraba. Con todo, Catherine siguió haciéndole bromas hasta que en dos ocasiones estuvo a punto de echarse a reír. Yo fruncí el ceño y entonces ella miró hacia el amo, que, como se leía en su rostro, estaba ocupado con asuntos distintos a los que entretenían las mentes de las personas que le acompañaban. Catherine se puso seria durante un instante, escrutándole con penetrante gravedad. Después se giró y retomó su juego sin sentido hasta que finalmente Hareton soltó una risa ahogada.

El señor Heathcliff se sobresaltó, y enseguida nos supervisó a todos atentamente. Catherine le sostuvo la mirada con su acostumbrada irritabilidad y el desafío que él aborrecía.

–¡Menos mal que estáis fuera de mi alcance! –exclamó–. ¿Qué clase de diablo te posee para que estés siempre mirándome con esos ojos infernales? ¡Bájalos!, y no vuelvas a recordarme tu existencia de nuevo. Creí que te había curado para siempre de la risa.

–He sido yo –murmuró Hareton.

–¿Qué has dicho? –preguntó el amo.

Hareton miró hacia su plato sin repetir la confesión.

El señor Heathcliff le escrutó durante un rato y a continuación prosiguió con su desayuno y con su musitar interrumpido.

Ya casi habíamos terminado, y los dos chicos se retiraron juntos prudentemente, así que por aquel día no esperaba yo más problemas. Pero en ese momento apareció Joseph por la puerta dando a entender por su labio temblequeante y sus ojos furiosos que había descubierto el desastre cometido con sus arbustos.

Debía de haber visto a Cathy y a su primo por el lugar antes de haberlo examinado, porque mientras su mandíbula hacía el mismo trabajo que el de una vaca rumiando, lo que hacía que fuera difícil entender sus palabras, empezó:

–¡No me queda más remedio que cobrar mi salario y largarme! Era mi deseo morirme en el lugar en el que había servido durante sesenta años. Había pensado llevar mis libros a la buhardilla y todas mis cosas, para dejarles a ellos la cocina y quedarme yo tranquilo. ¡Se me hacía difícil renunciar a mi sitio junto al hogar, pero estaba dispuesto! Y ahora ella me arrebata el jardín, y eso, por mi vida, amo, ¡no puedo soportarlo! Usted puede dejarse avasallar, si le da la gana. Pero yo no lo tengo por costumbre, ni tiene por qué acostumbrarse un hombre viejo a sufrir nuevas vejaciones. ¡Antes prefiero ganarme el pan con un pico por los caminos!

–¡Cállate ya, imbécil! –interrumpió Heathcliff–. Ve al grano. ¿Qué es lo que te pasa? No voy a entrometerme en las trifulcas entre tú y Nelly. Ya puede encerrarte en la carbonera que me importa un rábano.

–¡No se trata de Nelly! –contestó Joseph–. No me iría por Nelly... con todo lo asquerosa que es. ¡Gracias a Dios no puede ensuciar el alma de nadie! Nunca fue tan guapa como para que fuera peligroso mirarla. Es esa mala pécora dejada de la mano de Dios la que ha embrujado a nuestro chico con sus ojos provocativos y sus modales descarados. Y le diré más: ¡se me parte el corazón! Ha olvidado todo lo que he hecho por él y todo lo que he hecho de él, y ahora encima me arranca toda una hilera de los mejores arbustos de grosella del jardín.

Y aquí comenzó a lamentarse abiertamente, abrumado por el sentimiento de sus amargas ofensas, y por la ingratitud de Earnshaw y su situación de peligro.

–¿Pero es que está borracho este imbécil? –preguntó el señor Heathcliff–. Hareton, ¿te está echando a ti la culpa?

–Arranqué dos o tres arbustos –contestó el joven–, pero voy a reponerlos.

–¿Y por qué los has arrancado? –quiso saber el amo.

Catherine metió baza oportunamente.

–Queríamos plantar flores ahí –exclamó–. Yo soy la única que tiene la culpa porque quise que lo hiciera.

–¿Y quién diablos te mandó tocar ni un palo de ese lugar? –preguntó su suegro

muy sorprendido–. ¿Y quién te ordenó que la obedecieses? –añadió volviéndose hacia Hareton.

Éste se quedó mudo. Su prima replicó:

–¡No debería racanearme unas cuantas yardas para adorno, cuando me ha quitado todas mis tierras!

–¿Tus tierras, insolente desgraciada? Pero si nunca tuviste ninguna... –dijo Heathcliff.

–Y mi dinero –continuó ella, devolviéndole su colérica mirada mientras mordía una corteza de pan, el resto de su desayuno.

–¡Silencio! –exclamó él–. ¡Acaba y vete de una vez!

–Y las tierras de Hareton y su dinero –prosiguió la indomable criatura–. Hareton y yo somos amigos ahora, y pienso contarle todo sobre usted.

El amo pareció confundido por un momento, se puso pálido y se levantó sin dejar de escrutarla con una expresión de odio mortal.

–¡Si me pega, Hareton le pegará a usted! –dijo ella–. Así que, si no le importa, siéntese.

–¡Si Hareton no te echa de la habitación, le moleré a palos! –tronó Heathcliff–. ¡Maldita bruja! ¿Es que pretendes ponerle en mi contra? ¡Largo! ¿Has oído? ¡Llévatela a la cocina! ¡La mataré, Ellen Dean, si dejas que se me vuelva a poner delante!

Hareton intentó persuadirla en voz baja para que se fuera.

–¡Arrástrala fuera de aquí! –gritó el otro como un salvaje–. ¿Acaso te quedas ahí para hablar con ella? –y se acercó para ejecutar su propia orden.

–¡No va a obedecerte más, malvado! –dijo Catherine–, ¡y pronto empezará a odiarte tanto como yo!

–¡Calla, calla! –musitó el joven en tono de reproche–. No quiero que le hables así, déjalo ya.

–¿Pero es que vas a dejar que me pegue? –gritó ella.

–Vamos, pues –le susurró él con severidad.

Pero era ya demasiado tarde; Heathcliff la había atrapado.

–¡Tú lárgate! –le dijo a Earnshaw–. ¡Maldita bruja! Esta vez me ha provocado hasta reventar, y haré que se arrepienta por ello.

La tenía cogida por los pelos; Hareton intentó liberar los rizos, pidiéndole que no le hiciera daño por esta vez. Los ojos negros de Heathcliff lanzaban destellos y parecía preparado para despedazar a Catherine. Yo estaba a punto de arriesgarme a ir en su auxilio cuando de repente sus dedos se aflojaron, trasladó su garra de la cabeza al brazo y la miró fijamente. Entonces se tapó los ojos con la mano, permaneció quieto para reponerse y, volviéndose de nuevo hacia Catherine, dijo con aparente calma:

–¡Tienes que aprender a no provocarme o algún día te mataré! Vete con la señora Dean y quédate con ella y confía tu insolencia a sus oídos. Y en lo que respecta a Hareton Earnshaw, si le veo escuchándote, le mandaré a que se busque su pan donde pueda encontrarlo. Tu amor no hará más que convertirlo en un marginado y un mendigo. Nelly, llévatela y déjame, dejadme todos. ¡Dejadme!

Saqué de allí a mi señorita, que estaba tan contenta de haber escapado de él que no opuso resistencia. Los otros nos siguieron y el señor Heathcliff se quedó solo en la habitación hasta la hora de comer.

Aconsejé a Catherine que comiera arriba, pero en cuanto él se dio cuenta de que su asiento estaba vacío, me mandó llamarla. No nos habló a ninguno, comió muy poco e inmediatamente después salió, advirtiendo que no volvería antes del atardecer.

Los dos nuevos amigos se instalaron en la sala durante su ausencia, en donde oí que Hareton reprendía severamente a su prima porque le estaba proponiendo revelarle lo mal que Heathcliff se había portado con el padre del chico. Dijo que no aguantaría ni una sola palabra que le denigrase en su presencia, aunque fuera el mismo diablo, tanto le daba. Él estaría siempre de su parte y prefería recibir en su persona los insultos que Catherine solía dirigirle antes de que se metiera con el señor Heathcliff.

Ante esto, Catherine se puso como un basilisco. Pero consiguió acallarla preguntándole qué le parecería que *él* se dedicase a hablar mal de su padre. Con esto comprendió ella que Earnshaw tomaba como suya la reputación del amo, y que estaba unido a él por lazos demasiado fuertes como para que la razón los pudiera romper: cadenas forjadas por el hábito y contra las que sería cruel atentar.

A partir de entonces, Catherine demostró tener un buen corazón evitando tanto las quejas como las expresiones de antipatía hacia Heathcliff, y a mí me confesó que sentía mucho haber metido cizaña entre él y Hareton. De hecho, no recuerdo que desde entonces volviera a pronunciar delante del muchacho una sola palabra contra su opresor.

En cuanto se arregló esta pequeña discordia volvieron a estar muy unidos y entregados por completo a sus varias tareas de alumno y profesora. Después de terminar con mis quehaceres, yo entraba a sentarme con ellos y me sentía tan relajada y reconfortada al verles que no notaba cómo pasaba el tiempo. Sabe usted, en cierto modo, los dos parecían mis niños: me había sentido orgullosa de Catherine y estaba segura de que el otro iba a proporcionarme iguales motivos de satisfacción. Su naturaleza honesta, cordial e inteligente disipó rápidamente las nubes de ignorancia y envilecimiento que habían presidido su crianza; y las sinceras advertencias de Catherine eran como un acicate para su laboriosidad. Al iluminarse su espíritu se iluminaban sus facciones y añadían vida y presencia a su aspecto. Apenas podía pensar que se tratara de la misma persona que vi el día que encontré a mi señorita en Cumbres Borrascosas después de su expedición al Roquedal.

Mientras contemplaba cómo trabajaban se fue poniendo el sol, y en el entretanto regresó el amo. Irrumpió de manera bastante inesperada por la puerta de delante, echando una ojeada a los tres antes de que pudiéramos alzar nuestras cabezas para mirarle.

«Bueno», pensé yo, «nunca habrá contemplado un espectáculo tan placentero e inofensivo, y sería una verdadera lástima que los regañara». El fuego lanzaba destellos rojos sobre las dos hermosas cabezas revelando sus rostros animados

con el interés despierto que muestran los niños. Porque, aunque él tenía veintitrés años y ella dieciocho, les quedaba tanto por aprender y había tantas novedades por experimentar que nada en ellos dejaba entrever los sentimientos que se experimentan en la sobria y desencantada madurez.

Alzaron la mirada al mismo tiempo para encontrarse con la de Heathcliff; tal vez no haya reparado usted en que sus ojos son muy parecidos y en que son los de Catherine Earnshaw. La actual Catherine no presenta ningún otro parecido con ella, excepto la frente despejada y una curva en las aletas de la nariz que le confiere, quieras o no, un aire altanero. El parecido de Hareton con su tía es más evidente; siempre lo ha sido, pero en aquel momento resultaba particularmente llamativo porque su sensibilidad estaba viva y sus facultades mentales despiertas por una insólita actividad.

Supongo que este parecido desarmó al señor Heathcliff. Se acercó a la chimenea con evidente agitación, pero aquella emoción cedió a medida que iba mirando al joven, o debería decir que la agitación cambió de naturaleza, porque aún se percibía.

Le quitó el libro de la mano y echó un vistazo a la página abierta; luego lo devolvió sin hacer el menor comentario. Se limitó a hacer una indicación a Catherine para que se fuera. Su amigo no tardó mucho en seguirla, y yo estaba a punto de irme también pero me pidió que me quedara sentada.

–Es un final estúpido, ¿no te parece? –comentó después de reflexionar sobre la escena que acababa de presenciar–. Un final absurdo teniendo en cuenta todos mis esfuerzos. Me hago con picos y palancas para derribar las dos casas, me entreno para ser capaz de llevar a cabo un trabajo hercúleo, y cuando todo está a punto y bajo control, me doy cuenta de que se me acaba la voluntad de levantar las tejas de ambas cubiertas. Mis viejos enemigos no me han derrotado, este momento sería el más indicado para vengarme en sus representantes. Podría hacerlo, y nadie me lo impediría, pero ¿de qué me serviría? Pegar no me produce emoción alguna, y no quiero ni molestarme en alzar la mano. Parece como si hubiera estado trabajando todo este tiempo para acabar mostrando un hermoso rasgo de magnanimidad. No es el caso, ni muchísimo menos; he perdido la facultad de gozar de su destrucción y soy demasiado perezoso para destruir por destruir.

»Nelly, se avecina un cambio extraño bajo cuya sombra vivo actualmente. Me interesa tan poco mi vida cotidiana que casi ni me acuerdo de comer y beber. Esos dos que acaban de dejar la habitación son los únicos objetos que conservan para mí una apariencia material distinta, y esa apariencia me produce un dolor que raya en la agonía. En cuanto a *ella*, no pienso hablar, no quiero ni pensar, aunque sinceramente desearía que fuera invisible, ya que su presencia no me suscita más que sensaciones enloquecedoras. *Él* me mueve de manera diferente, pero si pudiera hacerlo sin parecer un perturbado, no volvería a verlo jamás. Tal vez tú creas que lo soy –añadió haciendo un esfuerzo por sonreír– si intento describirte los miles de recuerdos y pensamientos del pasado que él personifica…, pero tú no vas a contarle a nadie lo que te digo, y mi mente está tan encerrada en sí misma que a veces resulta tentador abrirla ante otro.

»Hace cinco minutos, Hareton parecía la personificación de mi juventud, no un ser humano. Me provocaba una mezcla tan variada de sensaciones que me habría resultado imposible dirigirme a él de forma racional.

»En primer lugar, su llamativo parecido con Catherine le conectaba con ella de manera peligrosa. Sin embargo, eso, que tú puedes pensar es el detalle que más poderosamente acapara mi imaginación, es en realidad lo más insignificante. Porque, ¿qué no está conectado con ella para mí? No puedo mirar al suelo sin que sus rasgos estén esbozados en las baldosas. En cada nube, en cada árbol, llenando el aire nocturno y refulgiendo de día en cada objeto, me veo continuamente cercado por su imagen. Los rostros más normales de hombres y mujeres, incluso mis propios rasgos, se burlan de mí mostrándome un parecido. El mundo entero es una monstruosa colección de recuerdos que me dicen que ella existió, ¡y que la perdí!

»Pues bien, la visión de Hareton era el fantasma de mi amor inmortal, de los esfuerzos salvajes que he acometido por sacar adelante mis derechos, mi degradación, mi orgullo, mi felicidad y mi angustia.

»Pero es una locura repetirte a ti estos pensamientos; solamente quería que entendieras por qué, a pesar de mi rechazo a vivir siempre solo, la compañía de Hareton, en vez de beneficiarme, lo que hace es agravar el constante tormento que sufro, y en parte contribuye a que me desentienda de las relaciones con su prima. No puedo prestarles más atención.

–¿Pero qué quiere decir usted con eso de *un cambio*, señor Heathcliff? –dije yo, alarmada ante su actitud, aunque no estaba en peligro ni de perder el control ni de morirse, ya que, según mi entendimiento, estaba bastante fuerte y saludable; y en cuanto a su juicio, desde niño había tenido una tendencia a los pensamientos oscuros y a alimentar fantasías extravagantes. Podía estar obsesionado por el tema de la partida de su ídolo, pe - ro en cualquier otro aspecto estaba tan en sus cabales como yo.

–No lo sabré hasta que ocurra –dijo–. Ahora es tan sólo un pálpito.

–No tiene usted la sensación de estar enfermo, ¿verdad? –le pregunté.

–No, Nelly, no la tengo –contestó él.

–Entonces, ¿no teme usted la muerte? –proseguí yo.

–¡Temerla! ¡De ninguna manera! No tengo miedo ni presentimiento ni esperanza de morir, ¿por qué iba a temerla? Con mi dura constitución, mi sobrio modo de vida y mis ocupaciones poco peligrosas debería permanecer, y probablemente permanezca, sobre la faz de la tierra hasta que apenas me quede un solo pelo negro sobre la cabeza. Sin embargo, ¡soy incapaz de proseguir en este estado! Tengo que acordarme de respirar..., casi tengo que recordar a mi corazón que ha de latir. Es como enderezar un duro resorte... Sólo por obligación realizo el acto más insignificante, nunca impulsado por el pensamiento; y sólo por obligación presto atención a cualquier cosa, viva o muerta, que no esté asociada con la única idea que me domina... No tengo más que un único deseo y todo mi ser y mis facultades anhelan alcanzarlo. Lo han anhelado durante tanto tiempo y de forma tan indiscutible que estoy convencido de que llegaré a alcanzarlo, y *pronto*, porque ha

englutido toda mi existencia. Estoy ya embebido en la anticipación de su cumplimiento.

»Mi confesión no me ha aliviado, pero puede que explique algunos cambios de humor por los que atravieso, y que de otro modo serían inexplicables. ¡Oh, Dios! ¡Qué lucha tan larga! ¡Ojalá se terminara!

Empezó a dar zancadas de un lado a otro de la habitación, murmurando para sí cosas terribles, incluso me incliné a pensar, tal y como él decía de Joseph, que la conciencia le había convertido el corazón en un infierno terrenal. Me preguntaba seriamente cómo terminaría aquello...

Aunque rara vez había revelado su estado de ánimo, ni siquiera a través de su aspecto, ése era su humor habitual, no me cabía la menor duda, y además él mismo lo había declarado. Pero por su talante en general nadie lo habría imaginado. No lo hizo usted cuando lo vio, señor Lockwood, y en la época en la que le conoció estaba exactamente igual que entonces, sólo que más dado a la soledad permanente y quizá más lacónico con los que le rodeaban.

Capítulo XXXIV

Durante algunos días después de aquella noche, el señor Heathcliff evitó coincidir con nosotros para comer; y sin embargo, no consentía que se excluyera formalmente a Hareton y a Cathy. Sentía aversión a ceder a sus sentimientos de manera tajante, por lo que prefería ausentarse. Y comer una vez cada veinticuatro horas le pareció sustento suficiente.

Una noche, después de que todos se hubieran acostado, le oí bajar y salir por la puerta delantera. No le oí volver a entrar, y por la mañana vi que todavía estaba fuera.

Por entonces estábamos en abril, el tiempo era suave y tibio, la tierra estaba tan verde como los chaparrones y el sol se lo permitían, y los dos manzanos enanos situados junto a la tapia sur estaban en plena floración.

Después del desayuno, Catherine insistió en que trajera una silla y me sentara con mi labor bajo los abetos en el extremo de la casa, y engatusó a Hareton, que estaba completamente recuperado de su accidente, para que cavara y arreglara su jardincito, que había sido desplazado a esa esquina con motivo de las quejas de Joseph.

Yo disfrutaba de los efluvios primaverales del ambiente y del azul hermoso y suave del cielo, cuando mi señorita, que había ido hasta la verja a coger algunas raíces de prímulas para un parterre, volvió con tan sólo media carga y nos informó de que venía el señor Heathcliff.

–Y me ha hablado –añadió con una expresión de perplejidad.

–¿Qué te ha dicho? –preguntó Hareton.

–Me dijo que me largara lo más rápido posible –contestó ella–. Pero parecía tan distinto que hasta me detuve un momento para mirarle.

–¿Y por qué? –preguntó él.

–Bueno, estaba casi hasta radiante y alegre. Qué digo, nada de casi..., ¡*muy* excitado, frenético y contento! –contestó ella.

–Eso es que los paseos nocturnos le divierten –observé yo aparentando indiferencia. En realidad estaba tan perpleja como ella y ansiosa por comprobar que la afirmación era verdad, porque ver al amo alegre no era un espectáculo cotidiano, así que inventé una excusa para entrar.

Heathcliff estaba ante la puerta abierta; estaba pálido y temblaba, aunque era cierto que en sus ojos había un fulgor extraño de alegría que alteraba el aspecto de su rostro.

–¿Quiere usted desayunar? –pregunté–. Debe de tener hambre después de andar por ahí toda la noche.

–No, no tengo hambre –contestó, volviendo la cabeza y hablando con cierto desdén, como si imaginara que yo quería adivinar la causa de su buen humor.

Estaba perpleja, y no sabía si tenía que aprovechar para amonestarle un poco.

–No me parece bien que ande usted por ahí fuera –observé– en lugar de estar en

cama. En todo caso, no es muy apropiado con este tiempo húmedo. Apuesto a que se atrapará usted un resfriado, o que le subirá la fiebre... si es que no tiene ya algo.

–Nada que no pueda soportar, y aun con gusto, con tal de que me dejes solo. Métete, y deja de molestarme.

Obedecí, y al pasar, me di cuenta de que su respiración estaba tan acelerada como la de un gato.

«¡Pues sí!», me dije, «va a caer enfermo. Lo que no llego a imaginar es qué habrá estado haciendo».

Ese mediodía se sentó a comer con nosotros y recibió de mi mano un plato lleno a rebosar, como si quisiera compensar su anterior ayuno.

–No tengo ni resfriado ni fiebre, Nelly –observó haciendo alusión a mi charla de la mañana–. Estoy preparado para hacer justicia a la comida que me das.

Cogió su cuchillo y tenedor y estaba a punto de comenzar a comer cuando pareció que de repente se quedaba sin apetito. Puso los cubiertos sobre la mesa, miró con ansiedad por la ventana, se levantó y salió.

Le vimos deambular por el jardín mientras terminábamos de comer. Earnshaw dijo que iría a preguntarle por qué no comía, ya que pensaba que le habíamos ofendido de alguna manera.

–Y qué, ¿viene? –preguntó Catherine cuando volvió su primo.

–No –contestó él–, pero no está enfadado. Parecía especialmente raro y contento. Sólo se impacientó porque le dirigí la palabra dos veces. Luego me pidió que me fuera contigo ya que le sorprendía que pudiera querer la compañía de cualquier otra persona.

Coloqué su plato en el guardafuegos para mantenerlo caliente, y después de una o dos horas volvió a entrar cuando la estancia estaba despejada, aunque sin mostrarse en modo alguno más tranquilo. Tenía la misma expresión antinatural (porque era antinatural) de alegría bajo sus cejas negras, el mismo color exangüe y aquella suerte de sonrisa que le hacía mostrar los dientes de vez en cuando. La frente le temblaba, pero no era un temblor de frío o de flaqueza, sino el de una cuerda muy tensa..., un intenso estremecimiento más que una sacudida.

«Voy a preguntar qué es lo que ocurre», pensé, «porque si no..., ¿quién va a hacerlo?». Y exclamé:

–¿Tiene usted buenas noticias, señor Heathcliff? Parece más animado que de costumbre.

–¿Y de dónde me iba a venir a mí una buena noticia? –dijo–. Es el hambre lo que me anima, así que parece que no debo comer.

–Su comida está aquí –respondí yo–. ¿Por qué no la coge?

–No la quiero ahora –murmuró apresuradamente–. Esperaré hasta la cena. Y Nelly, de una vez por todas, te ruego que adviertas a Hareton y a la otra que se alejen de mí. No quiero que nadie me moleste y desearía que me dejaran este sitio para mí solo.

–¿Existe alguna nueva razón para este destierro? –pregunté–. ¿Por qué está usted tan raro, señor Heathcliff? ¿Dónde estuvo usted ayer noche? No le hago la pregunta por vana curiosidad, sino que...

–Estás preguntando por una vana curiosidad muy grande –interrumpió con una carcajada–. Pero te contestaré: ayer noche estuve en el umbral del infierno. Hoy estoy avistando mi cielo. Tengo los ojos puestos en él. ¡Apenas tres pies me separan de él! Y ahora, es mejor que te vayas. No verás ni oirás nada que te asuste si te abstienes de cotillear.

Cuando terminé de barrer el hogar y de limpiar la mesa, me marché más perpleja que nunca.

Esa tarde no volvió a salir de la casa y nadie interrumpió su soledad hasta que a las ocho juzgué conveniente, aunque no me lo hubiera mandado, llevarle una vela y su cena.

Estaba apoyado en el antepecho de una ventana abierta, aunque no miraba hacia fuera sino que su rostro estaba vuelto hacia el interior en penumbra. El fuego se había quedado en ascuas, por la habitación flotaba el aire húmedo y templado de la tarde nublada, y era tal el silencio que no sólo se distinguía el murmullo del arroyuelo que discurre hasta Gimmerton, sino también sus ondas y gorgoteos sobre los guijarros o entre los pedruscos que no llegaba a cubrir.

Proferí una exclamación de disgusto al ver el fuego tan mortecino y comencé a cerrar las contraventanas, una tras otra, hasta que llegué a la suya.

–¿Cierro ésta? –pregunté para ver si le despertaba, ya que no se movía.

La luz iluminó sus rasgos mientras le hablaba. ¡Ay, señor Lockwood, no puedo expresarle el terrible sobresalto que me llevé ante aquella efímera visión! ¡Esos ojos negros y oscuros! Esa sonrisa y esa expresión fantasmal. Me pareció estar no ante el señor Heathcliff, sino ante un trasgo, y, aterrorizada, dejé que la vela se doblara sobre la pared, quedándome a oscuras.

–Sí, ciérrala –contestó con el tono que me era familiar–. ¡Pero qué torpe! ¿Cómo es que has sujetado la vela horizontal? Rápido, trae otra.

Salí como una centella enloquecida de terror. Le dije a Joseph:

–El amo desea que le lleves una vela y que vuelvas a encenderle el fuego.

Pues, en aquel momento, no me atrevía a entrar de nuevo allí.

Joseph reunió un montón de brasas en la pala y entró. Pero volvió a traerlo inmediatamente, con la bandeja de la cena en la otra mano, diciendo que el señor Heathcliff se iba a la cama y que no quería nada de comer hasta el día siguiente.

A continuación le oímos remontar las escaleras; no se encaminó hacia su habitación habitual, sino que se dirigió a la que tenía esa cama con celosías cuya ventana, como le dije antes, es tan ancha que cualquiera podría introducirse dentro, y se me ocurrió que planeaba otra excursión nocturna de la que prefería que no sospecháramos.

«¿Será un vampiro?», me pregunté.

Había oído contar cosas sobre esos odiosos demonios encarnados. Y entonces, me puse a pensar en cómo le había cuidado en su infancia, y cómo le había visto crecer hasta que se convirtió en un joven y había seguido el curso de casi toda su vida, y qué absurdo sinsentido era ceder ante esa sensación de terror.

«¿Pero de dónde vino, aquella criatura de piel olivácea, recogido por un buen hombre para su ruina?», me susurraba la superstición mientras caía adormilada en

la inconsciencia. Y, medio en sueños, comencé a esforzarme en encontrar algún parentesco apropiado para él, y repitiendo mis meditaciones de cuando estoy despierta, volví a trazar de nuevo su existencia con tristes variantes. Finalmente, me imaginé su muerte y su funeral. Todo lo que puedo recordar de ese ensueño era que estaba terriblemente enojada al corresponderme la tarea de dictar la inscripción para su tumba, y consultaba al enterrador, y como no teníamos el apellido y no podíamos decir la edad que tenía, nos veíamos obligados a contentarnos con la mera palabra «Heathcliff». Eso resultó ser verdad. Fue lo que tuvimos que hacer. Si entra usted en el cementerio, no leerá en su lápida más que eso y la fecha de su muerte.

El amanecer me devolvió a mis cabales. Me levanté y fui al jardín tan pronto como hubo luz para asegurarme que había huellas bajo su ventana. No vi ninguna.

«Se ha quedado en casa», pensé, «y hoy estará bien».

Como de costumbre, preparé el desayuno para la familia, pero les dije a Hareton y a Catherine que tomaran el suyo antes de que bajara el amo, que todavía estaba en cama. Prefirieron llevárselo fuera de casa, bajo los árboles, así que les acomodé en una mesita.

Cuando volví a entrar me encontré con que el señor Heathcliff había bajado. Él y Joseph conversaban sobre algún asunto de labranza. Dio unas instrucciones claras y precisas acerca del asunto pero hablaba rápido, volviendo continuamente la cabeza a un lado, y tenía la misma expresión de excitación, incluso más evidente.

Cuando Joseph se marchó, se acomodó en su asiento habitual y yo le puse delante un tazón de café. Se lo acercó, y luego descansó los brazos sobre la mesa mirando hacia la pared opuesta, como supuse, supervisando un trocito de la misma de arriba abajo, con ojos brillantes e intranquilos y con un interés tan intenso que dejó de respirar durante medio minuto.

–Venga –exclamé, empujando un pedazo de pan contra su mano–. Cómase y bébase esto mientras esté caliente. Lleva aquí casi una hora.

No me hizo caso, pero sonrió. Habría preferido verle rechinar los dientes que sonreír así.

–¡Señor Heathcliff, amo! –grité–. ¡Por el amor de Dios, no me mire así, que parece que está contemplando un fantasma!

–Y tú, por el amor de Dios, no grites tan alto –contestó él–. Echa un vistazo por ahí y dime si estamos solos.

–Por supuesto –contesté–, ¡claro que lo estamos!

De todas formas le obedecí involuntariamente, como si no estuviera del todo segura.

Con un movimiento de la mano apartó las cosas del desayuno dejando frente a sí un espacio vacío y se echó hacia delante para ver mejor.

Me di cuenta entonces de que en realidad no estaba mirando a la pared, ya que al fijarme mejor comprobé que miraba algo que estaba a dos yardas de distancia. Y, fuera lo que fuera, extraía de esa visión una mezcla de placer y de dolor sumamente exquisitos. Ésa era al menos la impresión que sugería la expresión angustiada y al mismo tiempo extasiada de su rostro.

El objeto imaginado tampoco se mantenía fijo; sus ojos lo perseguían con infatigable atención, e incluso hablándome a mí, no dejaba de mirar.

En vano le recordé su prolongado ayuno; si se movía para alcanzar algo obedeciendo a mis súplicas, si alargaba la mano para coger un trozo de pan, sus dedos se cerraban antes de alcanzarlo y permanecían sobre la mesa olvidando su objetivo.

Me senté con toda la paciencia del mundo para intentar atraer su ensimismada atención sacándole de sus absortas meditaciones, hasta que se irritó, se puso en pie y me preguntó por qué no le dejaba escoger las horas de la comida. También dijo que la próxima vez no tenía que esperar, que pusiera las cosas sobre la mesa y me fuera.

Dicho esto, dejó la casa, se puso a pasear despacio por el sendero del jardín y desapareció por la verja.

Las horas pasaban angustiosamente. Llegó otra noche. No me retiré a descansar hasta tarde, y cuando lo hice, no pude dormir. Volvió después de medianoche, y en lugar de irse a la cama se encerró en el cuarto de abajo. Me quedé escuchando, deambulé por la habitación y finalmente me vestí y bajé. Resultaba demasiado agobiante estar allí acostada devanándome los sesos con cientos de recelos estúpidos.

Distinguí los pasos del señor Heathcliff midiendo el suelo con inquietud, y a menudo rompía el silencio con una inspiración profunda que recordaba a un gemido. Murmuraba también palabras inconexas; la única que pude distinguir fue el nombre de Catherine emparejado con alguna loca expresión de amor o de sufrimiento, que eran pronunciadas como si hablara con alguien presente: en voz baja y contundente, arrancándolas de los sótanos de su alma.

No tuve el coraje de entrar en la habitación, pero como deseaba sacarle de su ensimismamiento, me puse a atizar el fuego de la cocina y a escarbar las cenizas. Eso le hizo salir antes de lo que esperaba. Abrió inmediatamente la puerta y dijo:

–Nelly, ven aquí, ¿es ya de día? Entra con tu vela.

–Están dando las cuatro –contesté–. Necesita una vela para llevarla arriba. Podía haber encendido una en este fuego.

–No, no deseo subir –dijo él–. Entra, enciéndeme un fuego y haz lo que tengas que hacer en la habitación.

–Tengo que soplar para poner los carbones al rojo vivo antes de que pueda llevarle ninguno –contesté, cogiendo una silla y el fuelle.

Entretanto, andaba de un lado a otro en un estado próximo a la locura, y sus profundos suspiros se sucedían tan rápido que no dejaban espacio para una respiración normal.

–Cuando abra el día, mandaré a buscar a Green –dijo–. Deseo hacerle unas cuantas consultas legales mientras pueda prestar atención a esos asuntos y actuar con calma. Todavía no he escrito mi testamento y ¡no sé cómo legar mis propiedades! Ojalá pudiera hacerlas desaparecer de la faz de la tierra.

–No hable así, señor Heathcliff –le interrumpí yo–. Deje estar su testamento por un rato, aún podrá arrepentirse de sus muchas injusticias. Nunca pensé que sus

nervios se trastornarían, porque lo están ahora, de forma portentosa, y casi enteramente por su culpa. La manera en que ha pasado estos tres últimos días derribaría a un titán. Coma algo y descanse. Sólo tiene que mirarse en el espejo para comprobar que le hacen falta las dos cosas. Tiene usted las mejillas demacradas y los ojos inyectados en sangre como si de un muerto de hambre se tratara, y está perdiendo visión por la falta de sueño.

–Yo no tengo la culpa de no poder comer ni descansar –contestó él–. Te aseguro que no se trata de algo deliberado. Haré las dos cosas tan pronto me sea posible. Porque ahora sería como pedirle a un hombre que se encuentra braceando en el agua que descanse en el momento en que sus brazos están a punto de tocar la orilla. Primero deberé alcanzarla y luego descansaré. Pero no mencionaremos al señor Green. Y en cuanto a arrepentirme de mis injusticias, no he cometido injusticia alguna y no me arrepiento de nada: estoy muy feliz, aunque todavía no lo estoy bastante. La bienaventuranza de mi alma aniquila mi cuerpo; no se basta a sí misma.

–¿Feliz dice, amo? –grité–. ¡Pues menuda felicidad! Si tuviera usted la bondad de escucharme sin enfadarse, le daría un consejo que le haría más feliz.

–¿Y de qué se trata? –preguntó–. Dímelo.

–Sabe usted perfectamente, señor Heathcliff, que desde que tenía usted trece años ha llevado una vida egoísta y poco cristiana, y probablemente apenas haya tenido una Biblia entre sus manos durante todo ese periodo. Es probable que haya olvidado el contenido del libro, y seguramente no tiene usted tiempo para buscarlo ahora. ¿Qué inconveniente habría en llamar a alguien, algún ministro del tipo que sea, no importa cuál, que le explique y que le muestre lo mucho que ha errado en sus preceptos, y lo indigno que es de alcanzar el cielo, a no ser que se produzca un cambio antes de su muerte?

–Más que enfadarme, lo que te estoy es agradecido, Nelly –dijo él–, porque me recuerdas la forma en que quiero ser enterrado. Quiero que me transporten a la iglesia por la noche. Tú y Hareton podéis acompañarme si queréis, y ¡cuida de que el enterrador siga las indicaciones concernientes a los dos ataúdes! No hace falta que venga un sacerdote, ni que se diga ninguna palabra ante mi tumba. Ya te dije que casi he conseguido *mi* cielo, y el de los otros no tiene ningún valor para mí y no lo envidio.

–Y en el caso de que persistiera usted en su obstinado ayuno, y de que se muriera a consecuencia de ello, ¿qué pasaría si se negaran a enterrarle dentro de los límites de la capilla? –dije yo, conmovida ante su indiferencia por los asuntos divinos.

–No lo harán –contestó–, y si lo hicieran, tienes que cambiarme de sitio en secreto. De lo contrario, comprobarás con toda evidencia que a los muertos no se les puede aniquilar.

Tan pronto oyó los movimientos de los otros miembros de la familia se retiró a su cubil y yo suspiré tranquila. Pero por la tarde, mientras Joseph y Hareton se dedicaban a sus tareas, volvió a entrar en la cocina y, lanzando una mirada salvaje, me pidió que fuera y me sentara en el hogar, ya que quería que alguien estuviera

junto a él.

Yo me negué arguyendo que sencillamente su extraña charla y maneras me asustaban y que ni tenía la entereza ni la voluntad de ser su compañera en soledad.

–Me da la impresión de que me tomas por un diablo –dijo con una risa lúgubre–, alguien demasiado terrible como para vivir bajo un techo decente.

Entonces, dirigiéndose a Catherine, que estaba allí y que se había escondido detrás de mí al ver que se acercaba, añadió medio riéndose:

–¿Vienes tú, cariño? No quiero hacerte daño. ¡Para ti he sido peor que el diablo! Pues bien, ¡aquí tenemos a *una* que no se asusta de mi compañía! ¡Dios santo, es implacable! ¡Ay, qué maldición! Resulta algo insoportable para cualquier ser de carne y hueso, incluso para mí.

No volvió a solicitar la compañía de nadie. Por la tarde se encerró en su habitación, y durante toda la noche, y bien entrada la mañana, le oímos gruñendo y murmurando para sí mismo. Hareton estaba impaciente por entrar, pero le pedí que fuera a buscar al señor Kenneth para que viniera a verle.

Cuando vino, pedí permiso para entrar en su habitación y traté de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Heathcliff nos mandó al diablo. Estaba mejor y quería que le dejáramos solo, por lo que el médico se fue.

A la noche siguiente estuvo lloviendo a cántaros hasta que amaneció. Y mientras daba mi paseo matinal alrededor de la casa, observé que la ventana del amo estaba abierta de par en par y que la lluvia se colaba dentro.

«¡No puede estar en cama!», pensé, «¡porque esa lluvia le habría calado hasta los huesos! Tiene que estar despierto o haber salido. Pero no le voy a dar más vueltas; entraré a ver qué le pasa».

Una vez me las hube apañado para entrar con otra llave, corrí a descorrer los paneles porque la habitación estaba vacía. Los hice a un lado y miré dentro. El señor Heathcliff estaba allí, tumbado boca arriba. Sus ojos se encontraron con los míos, tan penetrantes y feroces que me recorrió un estremecimiento; y en ese momento, me pareció que me sonreía.

No me lo podía imaginar muerto, pero su rostro y su garganta estaban calados. La ropa de la cama goteaba y estaba totalmente inmóvil. Una de las hojas de la ventana, al abrirse y cerrarse, le había aplastado una mano que reposaba sobre el alféizar. No brotaba la sangre de la piel levantada, y cuando la toqué con mis dedos ya no me cupo la menor duda: ¡estaba muerto y rígido!

Atranqué la ventana y le despejé la frente peinando hacia atrás sus cabellos largos y negros. Intenté cerrarle los ojos, a ser posible para extinguir esa mirada de júbilo feroz que parecía la de una persona viva, antes de que nadie más pudiera contemplarla. Pero los ojos no se cerraban, como si hicieran burla de mis intentos. ¡Y sus labios entreabiertos, que dejaban ver los dientes blancos y afilados, también se burlaban! Presa de un nuevo ataque de miedo, llamé a Joseph. Vino arrastrando los pies y se puso a armar mucha bulla, pero se negó a inmiscuirse.

–¡El demonio se ha llevado su alma! –gritó–. ¡Y puede llevarse la carroña por añadidura! A mí me importa bien poco. ¡Mira la sonrisa de malo que pone, desafiando a la muerte!

El viejo pecador sonreía haciendo burla, y hasta creí que iba a bailar en torno al lecho. Pero de pronto se sosegó, se hincó de rodillas, alzó los brazos al cielo y dio las gracias de que el amo legítimo y el viejo linaje quedaran restaurados en sus derechos.

Yo estaba consternada por el espantoso suceso, y mi memoria, inevitablemente, me retrotraía a tiempos pasados con una especie de opresiva tristeza. Pero el pobre Hareton, que se había llevado los peores tratos, fue el único que sufrió de verdad. Se quedó velando al cadáver toda la noche, sollozando amargamente y de todo corazón. Le apretaba la mano y le besaba el rostro sarcástico y salvaje que todos los demás evitaban contemplar. Le lloró con esa pena profunda que sólo emana de los corazones generosos, aunque se muestren duros como el acero.

El señor Kenneth no sabía cómo certificar la muerte del amo. No le dije que no había tomado nada en cuatro días por miedo a que me trajera problemas, y además, estoy convencida de que no hizo ayuno a propósito. Fue consecuencia de su extraña enfermedad, pero no la causa.

Para escándalo de todo el vecindario, le enterramos tal y como él había dispuesto. Earnshaw y yo, el sepulturero y seis hombres que transportaron el ataúd formamos todo el séquito.

Los seis hombres se marcharon en cuanto depositaron el ataúd en el suelo. Hareton, con el rostro bañado en lágrimas, arrancó terrones de musgo y los puso sobre la tierra parda. Ahora la tumba verdea suavemente como los montículos vecinos, y espero que su inquilino duerma en consonancia. Pero la gente del lugar, si usted les preguntara, le juraría con la mano sobre la Biblia que *anda por ahí suelto*. Algunos dicen que se lo han encontrado junto a la iglesia y en los páramos, e incluso en esta misma casa. Cuentos chinos, dirá usted, y yo digo lo mismo. Pero el viejo que está ahí en la cocina junto al fuego afirma que a partir de la muerte del señor Heathcliff, siempre que llueve los ve a él y a ella de noche mirándole desde fuera de la ventana. Y algo muy extraño me ocurrió a mí hace un mes.

Una noche oscura, que amenazaba tormenta, me dirigía a la Granja, y justo en el cruce que lleva a Cumbres Borrascosas me encontré con un niño con una oveja y dos corderos que sollozaba amargamente, así que supuse que los corderos eran tozudos y se resistían a dejarse guiar.

–¿Qué ocurre, pequeño? –le pregunté.

–Son Heathcliff y una mujer, allí, debajo del Roquedal –gimoteó–, y no me atrevo a pasar.

No vi nada, pero ni las ovejas ni él estaban dispuestos a seguir, así que le dije que tomara el camino de más abajo.

Es probable que mientras cruzaba a solas los páramos, en su imaginación hubieran surgido los fantasmas, por las habladurías que había oído repetir a sus padres y a sus compañeros. El caso es que ahora prefiero no estar fuera, y no me gusta quedarme a solas en esta lúgubre casa. No lo puedo evitar, y me alegraré el día que la dejen y se trasladen a la Granja.

–¿Se van a la Granja, entonces? –pregunté.

–Sí –contestó la señora Dean–, tan pronto se casen; y eso será el día de Año Nuevo.

–¿Y quién va a vivir aquí?

–Joseph cuidará de la casa, y tal vez un muchacho para hacerle compañía. Vivirán en la cocina y el resto de la casa se cerrará.

–Por si a esos fantasmas les apetece habitarla –comenté.

–No, señor Lockwood –dijo Nelly sacudiendo la cabeza–. Creo que los muertos están en paz, pero no está bien hablar de ellos con ligereza.

En ese momento chirrió la verja del jardín. Los paseantes estaban de vuelta.

–*Esos dos* no tienen miedo de nada –rezongué viéndolos venir a través de la ventana–. Juntos desafiarían a Satán y a todas sus legiones.

Cuando llegaban al umbral de la casa y se detuvieron para echar una última ojeada a la luna, o, mejor dicho, para mirarse el uno al otro a su luz, me sentí irresistiblemente impulsado a huir de ellos nuevamente. Así que, depositando una propina de recuerdo en la mano de la señora Dean y haciendo caso omiso de sus quejas por mi brusca partida, desaparecí por la cocina según abrían la puerta, cosa que habría reafirmado a Joseph en su opinión sobre las alegres indiscreciones de su compañera de servicio, de no ser porque afortunadamente me tenía por una persona respetable gracias al dulce tintineo de una moneda que cayó a sus pies.

Mi regreso a casa se retrasó porque me desvié en dirección a la iglesia. Cuando estaba entre sus muros pude comprobar los progresos de la ruina en aquellos siete meses. Muchas ventanas tenían huecos negros al faltarles los cristales, y las tejas sobresalían aquí y allá por toda la vertiente del tejado, y se verían gradualmente desprendidas con las próximas tormentas otoñales.

Me puse a buscar las tres lápidas en el declive cercano al páramo, y enseguida las encontré. La del centro era gris y estaba medio sepultada por los brezos. La de Edgar Linton armonizaba con el césped y el musgo que crecía a sus pies. La de Heathcliff aún estaba desnuda.

Deambulé alrededor de ellas bajo aquel cielo benigno, contemplé el revoloteo de las polillas entre el brezo y las campánulas, escuché el aliento de la brisa a través de la hierba, y me pregunté cómo nadie podía imaginar sueños tan poco serenos para quienes duermen en esta tierra tan serena.

Título original: *Wuthering Heights*

Edición en formato digital: julio de 2010

© De la traducción y notas, Cristina Sánchez-Andrade, 2007
© Del prólogo, Alejandro Gándara, 2007
© Ediciones Siruela, S. A., 2007, 2010
c/ Almagro, 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-683-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

1 Noche de Reyes, o lo que queráis*, de William Shakespeare, acto II, escena IV:* She never told her love / But let concealment, like a worm i' the bud / Feed on her damask cheek.

2 En realidad sí la vio en su anterior visita a Cumbres Borrascosas. *(N. de la T.)*

3 Ver árbol genealógico al principio del libro. *(N. de la T.)*

4 A través del discurso de Joseph, Emily Brontë nos da a conocer el acento típico de la región de Yorkshire, que es imposible reproducir en la traducción. *(N. de la T.)*

5 «Viejo Nick», el Diablo. *(N. de la T.)*

6 Cita de Mateo 18, 21-22. Son muy frecuentes y reconocibles las alusiones a la Biblia a lo largo de todo el libro, por lo que en adelante no las anotaremos. *(N. de la T.)*

7 Ver árbol genealógico. *(N. de la T.)*

8 Paralelismo con Heathcliff, que, siendo ajeno a la familia, termina apropiándose de la casa como hacen los cucos con los nidos de otros pájaros.

9 En el capítulo siguiente se dice que ha estado tres años ausente y que vuelve casado, luego puede ser que en realidad haya sido enviado a un internado para jóvenes o incluso a la universidad. *(N. de la T.)*

10 En *Life of Charlotte Brontë*, Elizabeth Gaskell hace una minuciosa descripción del carácter brusco y taciturno típico de las gentes de la región de Yorkshire.

11 Tanto Emily Brönte como sus hermanas eran buenas conocedoras de las tendencias musicales del momento, así como de la música secular, salmos religiosos, canciones, tonadas y baladas populares escocesas. Para más información sobre este tema ver *The Bröntes's World of Music. Music in the seven novels by the Three Brönte Sisters*, de Akiko Higuchi. *(N. de la T.)*

12 Milo de Crotona, atleta griego que vivió alrededor del siglo VI antes de Cristo. Un día encontró un árbol rajado con una cuña. Se la quitó, porque quería partirlo él mismo con sus propios brazos, pero no pudo. Los trozos del tronco volvieron a unirse, y como él quedó aprisionado, fue devorado por los lobos.

13 El texto original dice «señorita Cathy». Es posible que el comportamiento de Isabella le recuerde a Joseph el de Cathy. O podría tratarse de un error de la escritora, ya que el criado está hablando con la señorita Isabella. *(N. de la T.)*

14 Balada popular inglesa que, según se cree, describe la batalla de Otterburn que tuvo lugar en 1388. Véase también la nota 4.

15 Balada popular de origen danés, citada por sir Walter Scott. Véase también la

nota 4.

Índice

Portadilla	4
Prólogo	2
Nota a la traducción	2
Cumbres borrascosas	2
Créditos	2